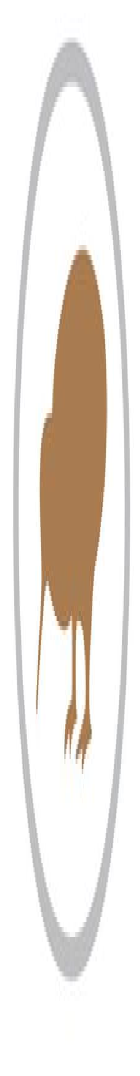
HASTA QUE DEJE DE LLOVER

MAR VAQUERIZO

ROMÁNTICA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.





Primera edición, junio 2021

Corrección: Merche Diolch

Nota del Editor

Índice

Para ti, lector,
que seguro que luchas cada día por el amor de tu vida.
Lo tengas, lo busques o lo sueñes,
no te rindas.
Nunca te rindas.

Porque el amor debería ser de dos direcciones,
pero de un solo sentido.
A veces decir adiós es la mejor forma de querer(se).

@notasenmilibreta
Sergio Puerta

Alguien dijo una vez:
Si deseas algo con mucha fuerza, déjalo en libertad.
Si vuelve a ti, será tuyo para siempre.
Si no regresa, no te pertenecía desde el principio.

Una proposición indecente, **1993**

Pluviofilia

Amor por la lluvia, sensación de encontrar paz,
felicidad e inspiración mientras llueve.

Lista de canciones

Como siempre hago en mis novelas, os dejo la lista de canciones que aparecen. Espero que las disfrutéis tanto como yo.

- *At Night* de Shakedown
- *Put ´Em Hight* de Therese
- *Right On!* de Silicone Soul
- *21 Questions* de 50 cent y Nate Dogg
- *Smile* de Katy Perry
- *Summer vibes* de Derin Falana
- *Rain On Me* de Lady Gaga y Ariana Grande.
- *Natural Disaster* de Chris Brown
- *Sorry Enough* de Chris Brown
- *Call out my name* The Weeknd
- *Estoy hecho de pedacitos de ti* de Antonio Orozco

Prólogo

Año 2009

La lluvia caía con fuerza como si el cielo estuviese triste y a la vez enfadado. Se parecía mucho a cómo se sentía ella.

Estaba congelada, pero no notaba el frío en el cuerpo. La sensación de vacío era tan grande, que era como si no estuviese viviendo aquel momento de su vida, como si le perteneciera a otra persona o estuviera dentro de una película.

El agua golpeaba el suelo haciendo gorgoritos, mientras su abuela Obdulia intentaba taparla con el paraguas a duras penas.

Greta cogió aire sin apartar la vista del féretro de su padre.

El infarto había sido fulminante e inesperado. Darío aún era joven y llevaba una vida sana. Todos estaban devastados con la repentina pérdida.

—Hija, por favor, acércate más que te tape. No quiero que caigas enferma —rogaba su abuela paterna, dividida entre el dolor de perder un hijo y el de ver a su nieta sin nadie más en el mundo.

—Ya lo sostengo, Lía. Yo me ocupo de Greta —susurró Leo tras las mujeres, metiendo la mano entre sus hombros para llegar al mango del paraguas.

La mujer asintió con un gesto de alivio al ver al muchacho por fin allí. Se apartó un poco de ellos para poder abrir el otro paraguas y taparse mejor. El agua caía todavía con más fuerza.

—Ya estoy aquí. Estoy contigo —susurró a la chica en un hilo de voz, mientras aguantaba el paraguas con una mano y pasaba la otra por su cintura, sobre el abrigo, para sostenerla.

Leo sintió la mano de su madre sobre el hombro, él la miró con el corazón roto. Darío era el mejor amigo de su padre, era una persona muy importante en sus vidas, y su progenitor estaba destrozado, pero lo que le partía el alma era ver a Greta pasar por esta pérdida tan joven, tan pronto…

La chica cerró los ojos y se recostó en el pecho de Leo como si fuese el único sitio donde pudiese soportar el dolor.

—Has venido… —consiguió decir a duras penas, mirándole con los ojos llenos de lágrimas.

Obdulia la observó sorprendida de que hubiese pronunciado dos palabras seguidas. Intuía que solo Leo la haría reaccionar y no se equivocaba. Gracias a Dios había conseguido volar por fin desde Londres. Aquella tormenta estaba causando estragos en toda Europa.

Nunca le contaría lo difícil que había sido llegar hasta ella. Ya

estaba allí, aunque fuese en el último momento.

Se limpió las lágrimas con el pañuelo que llevaba en la mano.

La vida se había vuelto un túnel oscuro para su nieta y ese chico era la única luz que había allí.

—¿Dónde iba a estar? —susurró Leo, apretándole la cintura para acercarla más a él, pensando en el día y medio que había luchado contra los elementos para asistir a tiempo.

Nunca le contaría lo difícil que había sido llegar hasta ella. Solo sabía que no la podía dejar sola en uno de los momentos más duros de su vida. Hubiese llegado nadando si no le hubiese quedado más opción.

CAPÍTULO 1

Once años después…
Marzo 2020

Greta conducía bajo la intensa lluvia hacia su nueva casa.

La autovía se volvía peligrosa y no quería ni pensar en cómo estaría la pequeña carretera que llevaba a Bellavista. Tomó el desvío a la carretera nacional, y, por suerte, circuló prácticamente sola.

Llevaba puesta la radio con las noticias. El pronóstico no era nada halagüeño. Al menos le esperaban otros diez días de lluvias intensas. El tiempo se había vuelto loco.

Después de cuarenta kilómetros en tensión, entró con extrema prudencia en la temida carretera secundaria.

Si ya iba lenta por la poca visibilidad, por allí solo podía ir a treinta por hora.

—Tenía que haber parado en la puta gasolinera. ¡Estás loca, Greta! —se regañó. Era una imprudencia, aunque conociera bien el camino.

La sinuosa carretera, que normalmente regalaba una preciosa vista del pantano y de los montes que lo rodeaban, ahora era una trampa mortal para los atrevidos e irresponsables como ella.

Respiró hondo y se concentró.

Los limpiaparabrisas iban a toda velocidad y, aun así, no era suficiente.

Cuando vio el cartel que señalaba los escasos kilómetros que quedaban, no sintió el alivio que acostumbraba antaño.

La dichosa tormenta, sumado al porqué de su abrupto viaje, no era el mejor panorama.

—Nada malo puede pasar en cinco kilómetros, ¿verdad, Choco? Aunque sean los peores de todo el trayecto.

Su perro labrador marrón chocolate la miró desde el asiento trasero donde estaba atado con su arnés de seguridad.

La expresión parecía la de una persona, incluso creyó ver una ceja levantada de sorpresa por el atrevido comentario, antes de bajar la vista.

—No me ayudas nada, amigo —le reprochó su actitud. El perro gruñó con suavidad como si pidiera disculpas.

Greta cogió aire de nuevo y apretó el volante por enésima vez.

Era muy buena conductora, pero estaba en tensión desde que había empezado aquel increíble diluvio una hora atrás.

Cuando salió de Madrid, llovía un poco, pero no de esta manera.

Las previsiones hablaban de tormentas fuertes a partir de las nueve de la noche y aún eran las siete y media, aunque la luz solar hubiese desaparecido ya. Estaba claro que los pronósticos no iban a servir de nada en estos días de tormentas.

—¡Por Dios! —gritó al ver que aún caía agua con más fuerza—. No puede llover más, ¡es imposible!

Pero sí lo era, la lluvia caía de tal forma que parecía que tiraban cubos de agua desde cielo.

Los limpiaparabrisas iban lo más rápido posible, pero la carretera se había vuelto borrosa.

Tampoco podía ir más despacio ni parar, porque no había casi arcén. Podría provocar un accidente o incluso tenerlo si no se situaba en el sitio correcto de la ladera.

Se aseguró de que la luz antiniebla estuviese conectada, ya que hacía tiempo que las había puesto, aunque servía de poco, y continuó.

Hasta Choco gimió de miedo.

—Lo sé, lo sé…, pero tenemos que llegar. No tenemos otro sitio donde ir.

El animal gruñó.

Era literal. No podían quedarse en aquella estrecha carretera y no podían volver a la ciudad.

—No me riñas, es lo que hay. Si nos hubiésemos quedado allí un día más, habríamos acabado mal, créeme —susurró a su perro, pero en realidad se intentaba recordar a sí misma que estaba haciendo lo correcto.

Greta se recolocó en el asiento intentando apartar sus problemas personales de la mente. Ahora no ayudaban, necesitaba concentración.

Subió un repecho en curva que había un par de kilómetros antes de la entrada al pueblo sin siquiera pestañear.

Era una de las zonas más peligrosas donde podía encontrar problemas. Tenía que ir con mil ojos.

—¡Oh, Dios mío! —gritó pisando el freno con contundencia nada más llegar arriba y salir de la curva.

Un vehículo se había atravesado en parte de la calzada.

Su coche derrapó ligeramente, pero lo controló a tiempo para que el golpe fuese suave.

Lo logró, solo se rozaron un poco, aunque su Seat Ibiza rojo se deslizó unos cuantos metros más, hasta que lo consiguió parar con pequeños apretones al pedal del freno.

—¿Estás bien, Choco? —preguntó al perro. El animal ladró con fuerza. El arnés de seguridad había hecho su trabajo a la perfección y lo había retenido con firmeza—. Ese es mi chico —susurró extendiendo la mano para acariciarle un poco. El animal se dejó y después le lamió la mano—. Tengo que señalizar el accidente o no

tendrá tanta suerte con el próximo que suba esa cuesta.

Sin tiempo que perder, abrió el cajón bajo su asiento y sacó un objeto circular, dio al interruptor que había en un lateral y abrió la ventanilla. Colocó el dispositivo *help flash* sobre el techo de su coche. El objeto, que había comprado donde cambió los neumáticos hacía un par de meses, era una baliza con forma de foco que emitía una luz reflectante visible a un kilómetro a la redonda.

Cerró la ventanilla y se quitó la sudadera, la colocó sobre el reposacabezas de su asiento para ponerse un chubasquero rojo que llevaba plegado en el asiento del copiloto. No quería mojarse la única ropa seca que tenía en el habitáculo porque más tarde la iba a necesitar. Y, encima de esa protección contra la lluvia, se puso el chaleco reflectante.

Miró su móvil. No había cobertura.

—Para variar —reclamó enfadada al aparato—. Tú quédate aquí —ordenó al perro, que no podía moverse, aunque quisiera porque seguía atado.

Con rapidez salió del coche, fue a su maletero, sacó los triángulos de emergencia, y corrió hacia el accidente.

El vehículo se había salido de la carretera en una zona donde no había quitamiedos, estaba un poco más apartado de la mitad de la calzada, pero no lo suficiente como para que no hubiese más accidentes.

Tenía un golpe fuerte en un lateral al darse contra el árbol que había al lado, una rueda se había salido de su lugar y el motor se había parado.

La posición era peligrosa, ya que estaba al filo de la pendiente del monte.

Miró la carretera y comprobó que no se veía bien la trayectoria con la lluvia, pero había una frenada. Parecía que había perdido el control del vehículo en la dichosa curva y se había deslizado hasta dar contra el árbol. Eso le había salvado la vida.

Sin perder un minuto, Greta pasó de largo el vehículo y fue hasta el otro lado para colocar los triángulos que avisarían a otros coches del peligro.

Esperaba que la tormenta no los tirase, ya que el viento empezaba a soplar fuerte y se sentía como si estuviese dentro de un huracán.

Regresó sobre sus pasos hasta el coche accidentado. Las puertas estaban cerradas, alguien debía estar dentro.

—¡Hola! —gritó bajo la lluvia—. ¿Me escucha? ¿Está bien? —preguntó mientras golpeaba ligeramente el cristal.

No podía ver quién estaba dentro, pero parecía un hombre sobre el airbag del volante.

Tiró de la manija de la puerta, pero no lo pudo abrir.

—Mierda —susurró para sí y se apartó un poco del coche para ver mejor—. ¡Enseguida vuelvo! —gritó a quien estuviera dentro por si podía escucharla.

Miró a su alrededor y encontró una piedra con la suficiente contundencia para romper la ventanilla. No le quedaba más remedio.

—Voy a romper el cristal, no se asuste —avisó al hombre inconsciente.

Greta arrugó el ceño, contó hasta tres y lanzó la piedra contra el cristal trasero tras el conductor.

La ventanilla se deshizo en mil pedazos.

—¡Sí! —gritó levantando los brazos en señal de victoria.

Se acercó al coche, metió el brazo por ese hueco y consiguió llegar a la palanca de apertura cercana al asiento del conductor.

Había metido el brazo hasta el hombro y, al sacarlo, se rasgó la ropa con los cristales.

—Mierda, cómo duele —susurró mirándose el roto. Se había hecho un corte que no podía ver con claridad, pero no sangraba mucho. No le dio más importancia.

Con la puerta abierta, alcanzó al accidentado.

Podía confirmar que era un hombre y tenía un golpe en la cabeza.

—Hola, soy Greta, ¿puedes oírme? —preguntó la chica, pero él no contestó.

Pulsó el botón de apertura de todas las puertas que se controlaba solo desde allí y con rapidez fue hasta la del copiloto.

La abrió y accedió al interior.

Estaba caldeado. No hacía mucho del accidente porque aún se notaba la calefacción.

Lo miró. Debía tener su edad más o menos, iba bien vestido y por la pinta de su coche, era cuidadoso. Además, olía a perfume masculino de esos que te dejan sin aliento cuando un hombre atractivo pasa por tu lado y huele así.

—Hola, ¿puedes oírme? Has tenido un accidente —susurró al herido, tocándole la cara con suavidad para ver la brecha que tenía en un lado de la frente. Se debía haber golpeado con el lateral del coche al girar sobre sí mismo.

El hombre gimió al sentir las frías manos sobre su piel.

—¿Accidente? —murmuró casi sin voz.

—¡Hola! —saludó ella alegre al ver que reaccionaba—. Sí, has tenido un accidente. ¿Te duele algo? —preguntó a aquel tipo sin saber muy bien qué más podía hacer.

—¿Dónde estoy? —dijo de nuevo arrastrando las palabras.

—En la carretera comarcal que va a Bellavista.

—¿Bellavista? —preguntó intentando incorporarse—. Me duele la cabeza.

—Con cuidado, tienes una brecha y te has golpeado con algo —contestó a sus dolores.

—Joder —susurró abriendo los ojos poco a poco. Se tocó la frente y miró su mano ensangrentada.

El repiqueteo del agua cayendo con fuerza sobre la chapa del coche, era ensordecedor. La tormenta empeoraba por momentos. A Greta aquel sonido le hizo sentir un escalofrío.

El coche se movió ligeramente, el terreno sobre el que estaban era peligroso.

—Creo que no es buena idea que nos quedemos aquí. El coche se puede deslizar por la ladera en cualquier momento. No hay cobertura en los móviles para pedir ayuda y llueve cada vez más —lo miró unos segundos antes de continuar. Era consciente del riesgo de moverlo sin un collarín, pero no sabía qué más hacer—. Lo correcto y más seguro sería no moverte hasta que te asista un equipo médico, pero no sé cuándo podría llegar una ambulancia… Deberíamos irnos. Es más peligroso quedarse.

El chico se incorporó con cuidado mirando por el parabrisas.

Comprobó que podía hacerlo y lo más importante, ella le decía la verdad. Estaban al borde del desfiladero con un terreno resbaladizo bajo sus neumáticos. Solo los frenaba aquel árbol.

—Debemos irnos —confirmó—, pero tengo que coger mis cosas.

—Te ayudaré. Tengo mi coche ahí mismo. ¿Tienes abrigo o alguna cazadora?

El hombre señaló la parte trasera.

Greta cogió un abrigo tras ella.

—Creo que no tiene cristales —dijo tendiéndoselo—. Siento lo de la ventanilla —añadió de paso—. Te daré un parte del seguro.

El chico la miró mientras ella le ayudaba a ponerse el chaquetón.

—Me estás salvando de un accidente grave, créeme si te digo que la ventanilla y el coche me importan una mierda.

Ambos se miraron unos segundos.

El vehículo se deslizó de nuevo unos centímetros más.

—Será mejor que cojamos lo que necesites y salgamos de aquí.

—Abre la guantera. Está toda la documentación.

Greta hizo lo que le pedía. Abrió la trampilla y sacó una carpeta con los papeles. Él recogió el móvil y algunos objetos personales de la zona de conducción, que se guardó en los bolsillos.

Costó un poco sacar al hombre. Estaba mareado por la conmoción y tenían que procurar no ser bruscos para que el vehículo no se deslizara todavía más.

Accionó la llave que había quitado al contacto y abrió el maletero.

—Saca tus triángulos. Señalizaré el accidente un poco más abajo. Esta zona es muy peligrosa y solo con los míos, con esta tormenta,

pueden no ser suficientes.

El hombre le indicó donde estaban.

Greta los cogió y bajó unos metros la cuesta para marcar el accidente.

Cuando regresó, él ya había cogido el triángulo que quedaba, una bolsa de viaje y otra de oficina que se había colgado al hombro.

Pulsó el botón de cierre automático.

Ella lo miró con las cejas enarcadas, pero no dijo nada. De poco iba a servir cerrar el coche con la ventanilla trasera destrozada, pero lo entendía.

El hombre se apoyó en ella para caminar más seguro, mientras el agua les calaba hasta los huesos.

—Entra con Choco, yo guardaré las cosas atrás.

El hombre la miró confundido por sus palabras, pero no rechistó, y se metió al vehículo por el asiento del copiloto.

Greta abrió la puerta de los asientos traseros y acomodó las cosas del desconocido. Su maletero iba lleno.

—Pórtate bien, ¿vale? —pidió a su perro en voz baja, acariciándole con suavidad la cabeza.

Cerró la puerta sin esperar ningún gesto por su parte. No había ladrado a aquel tipo al entrar, eso quería decir que no veía peligro en él. Era experto en alertarla de esas cosas, aunque ella no le había hecho mucho caso hasta unos meses atrás.

Colocó el otro triángulo delante de su coche, quitó la luz de emergencia sobre el techo del vehículo y entró en él chorreando de agua.

Se quitó el chubasquero intentando mojar lo menos posible. Se miró un poco la herida sin mucho interés, no parecía grave y no le dolía, y se puso la sudadera seca.

—Siento no tener nada para ti, pero quítate el abrigo empapado que pongo la calefacción.

El chico le hizo caso. Se quitó el abrigo y lo dejó a un lado a sus pies.

—Menos mal que el accidente me ha dejado colocada en la dirección correcta de la carretera, no creo que pudiese maniobrar con esta visibilidad —susurró mientras accionaba el contacto.

—No sé cómo vamos a llegar. No se ve nada —dijo él preocupado.

—Este tramo es el más peligroso, pero lo conozco. Confía en mí — pidió al desconocido, dejando una pausa al final. Iba a llamarlo por su nombre, pero no sabía cómo se llamaba.

—Arturo —contestó al darse cuenta de que no se había presentado.

—Como el rey —apreció la chica.

—Sí —contestó divertido—. ¿Y tú? Seguro que me lo has dicho,

pero no lo recuerdo.

—Greta.

—Como la actriz —añadió con media sonrisa.

—Exacto —contestó devolviéndosela antes de concentrarse en la carretera—. Vamos allá, Arturo. Tenemos que curarte esa herida —dijo, tendiéndole un paquete de pañuelos de papel que sacó de la guantera para que presionase la hemorragia, antes de comenzar a moverse.

CAPÍTULO 2

Greta entró en el pueblo cogiendo aire. Sobre todo porque lo habían conseguido, pero también por lo que significaba regresar.

El ascenso hasta allí suponía un par de kilómetros más de curvas con cambios de rasante, que habían multiplicado su peligrosidad ante la tormenta, pero habían llegado.

No había nadie por las calles de Bellavista y, para ella, era lo mejor. No quería llamar la atención, aunque tarde o temprano tendría que dejarse ver por allí.

Otro escalofrío la sacudió. Cogió aire.

—¿Tienes algún sitio donde quedarte? —preguntó a Arturo, mientras pasaba por la plaza principal.

—No. Venía de viaje y de regreso había pasado por aquí para hacer una gestión. Ya volvía a Madrid. Además, creo que los hoteles de por aquí están cerrados —contestó mirando el pueblo con atención.

—Sí, en invierno no hay movimiento y no les merece la pena abrir. Son gastos que no pueden asumir —contó entrando a otra de las calles que cruzaban la población, aguantando la punzada de nostalgia —. Puedes venir a casa. No es gran cosa. Está deshabitada desde hace meses y ni siquiera sé si va a funcionar la calefacción, pero al menos podrás ponerte ropa seca, intentar llamar por teléfono a una grúa y curarte esa herida. Es la mejor oferta que vas a encontrar —propuso sin pensar mucho. Aquel tipo no tenía donde ir. ¿Qué podía hacer? Ella era así. No lo podía evitar.

—Gracias, desde luego que acepto —accedió de inmediato.

—Solo hay una condición —continuó la chica dejando el pueblo atrás y paró el coche antes de continuar—: necesito saber que no eres un asesino en serie ni nada parecido.

Había detenido el coche para mirarle a la cara. Choco no había ladrado, estaba tirado en los asientos traseros olisqueando las pertenencias de aquel tipo y nada lo había alterado. Sabía que era una persona de la que su perro se fiaba, al menos no desconfiaba, y por eso le ofrecía su hospitalidad, pero quería verle la expresión al preguntar.

—Lo juro por mi madre —declaró contundente.

—¿Qué te parece, Choco? ¿Le creemos? —El perro se puso de pie en los asientos y ladró al instante a su dueña. Después, olisqueó al hombre otra vez y le lamió la mano. Greta sonrió—. Te creemos —anunció al chico que sonrió ante el gesto.

La ventaja de la casa de su abuela era que estaba en las afueras,

en el que llamaban el camino viejo. Ya no estaba muy transitado, aunque antaño era el que llevaba a la carretera que usaban los lugareños antes de que se construyera la nueva por la que circulaban.

Ya no llegaba nadie al pueblo por allí. Era más peligroso. Solo transitaban los hortelanos para ir a sus huertos, los habitantes de los pueblos colindantes que bajaban a comprar provisiones o la gente que iba con sus *quads* o motos para dar una vuelta los fines de semana o en vacaciones. Ahora estarían encantados de disfrutar de los caminos embarrados.

Greta salió del pueblo y condujo poco menos de un kilómetro hasta la entrada de la finca.

Paró el coche frente a ella. Se quedó quieta mirando la verja y la casa que se divisaba al fondo.

Hacía meses que no iba por allí.

Había estado el verano anterior, cuando su abuela Obdulia aún vivía, pasando unos días con ella.

La relación con su madre era nula, su padre había fallecido hacía once años, y la que mantenía con su pareja hasta esa misma mañana, ya hacía aguas antes de aquellas vacaciones.

«He arreglado el testamento», le dijo su abuela entonces y ella negó con la cabeza porque no quería escuchar que esta se iría pronto y se quedaría sola en el mundo de verdad.

«Es difícil para ti, lo sé, pero no quiero que pases pena ni penurias. Vendes esta casa y las tierras por un buen dinero, igual que hiciste con la de tu padre, y dejas al desgraciado ese que tienes de novio antes de que te meta en un problema. Vete lejos. No vuelvas».

Ella la miró sin decir ni media palabra. No hacía falta. Sabía de sobra que siempre habría algo que la ataba allí por mucho que quisiera evitarlo.

«Si le quieres de verdad, ve a buscarlo, dile que le quieres y sed felices, pero si no le quieres, hazme caso, vende todo y no vuelvas. No mires atrás. Este pueblo solo tiene recuerdos, ancianos y tristeza, mi vida».

Aún sentía la calidez de las manos de su abuela en el rostro, a pesar del frío que tenía en el cuerpo, y las de Leo…

Se tocó los labios. Tenía un cosquilleo en ellos como si la hubiera besado en ese instante.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona —contestó a Arturo en un susurro casi para sí, pero reaccionó. Era marzo, habían cambiado de año y las cosas eran tan diferentes en tan poco tiempo, que casi no se lo podía creer.

Se quitó de nuevo la sudadera, se puso el chubasquero, sacó unas llaves de la guantera y salió al exterior.

—¡Dios mío! —la escuchó el hombre mientras veía cómo se

sujetaba al coche.

Las ráfagas de aire cada vez eran más fuertes.

El chico quería ayudar, pero sabía que en ese momento no era buena idea. Su cabeza aún estaba resentida del golpe y tenía una herida abierta.

Observó cómo llegaba a la puerta, abría la verja con dificultad y regresaba al coche.

Arturo agarró la sudadera seca antes de que volviera para que no la mojara al sentarse.

—Es increíble. Parece una depresión tropical en vez de una tormenta en Castilla-La Mancha —resopló la muchacha, acelerando para entrar a la parcela. Los pensamientos de momentos antes habían volado por el momento.

—Se suponía que no llovería fuerte hasta las nueve —contestó Arturo.

—¿Verdad que sí? Eso mismo había escuchado, pero Chocolate no me cree. En fin…

Arturo miró a la chica con media sonrisa divertida para enseguida prestar atención a la casa.

Era roja, aunque la pintura se había apagado un poco por el paso del tiempo.

Tenía poyetes de piedra en las ventanas de madera y parecía que se dividía en dos plantas. Tenía una bonita chimenea.

Al lado de la vivienda había un porche techado donde Greta aparcó. A continuación, lo completaba otra casita de piedra más pequeña.

—Será mejor que entremos para ver cómo está todo antes de sacar nada del coche. Coge lo imprescindible.

La chica recogió su móvil del hueco en la parte baja del salpicadero y lo observó. Seguía sin cobertura y si nada había cambiado, así sería hasta que se acabasen las tormentas.

Arturo tomó su abrigo y el teléfono sin preguntar nada. Aquel techo les iba a resguardar de una buena chupa de agua.

La chica abrió la cerradura de una puerta lateral, pero no podía con la hoja de madera.

—Parece que está atorada. Deja que lo intente —se ofreció él.

—Solo se ha hinchado un poco con la humedad. Si la levanto dejará de rozar con el suelo —explicó la chica como si lo hubiese hecho antes.

Lo intentó varias veces, pero no cedía lo suficiente.

—¿Puedo? —preguntó Arturo y Greta le dejó espacio para que probara suerte.

Le costó y, al tercer intento, le tuvo que ayudar.

Se colocó muy pegada a él y cuando se abrió, casi se caen al suelo

por la inercia.

Arturo la agarró para evitar el golpe.

—Gracias —susurró observándole con más atención. Era muy guapo, un tipo de ciudad que seguro tenía un buen trabajo que le daba para buena ropa, buenos perfumes y apariencia impecable, a pesar del golpe y el sangrado de la frente.

Ella, en vaqueros, deportivas, una trenza medio deshecha en el pelo y con un cutre chubasquero, no tenía nada que ver con él, aunque tenía un buen trabajo que le permitía vivir donde quisiera; lejos de la ciudad.

—Me siento útil por primera vez desde que te conozco. Mi hombría empezaba a resentirse —contestó haciéndola sonreír.

—No te preocupes. Aquí me tendrás que ayudar si no queremos morir de frío. Podrás pagarme lo que queda del rescate.

Arturo la miró con una sonrisa traviesa que la desarmó.

Apretó los labios, se dio la vuelta y miró al interior de su nuevo hogar.

El olor a cerrado los azotó. A ella, también la nostalgia y la tristeza.

Habían pasado unos meses desde que Obdulia había fallecido y el abogado que tenía contratado, había cerrado la casa según sus indicaciones hasta que su nieta llegara.

Greta no había vuelto allí desde el entierro. Era doloroso de por sí, pero, además, no quería que después de mantener en secreto esa parte de su vida, todo se fuera al traste por un descuido. Era mejor que nadie supiese que la había dejado como heredera. Bellavista era su refugio y nada ni nadie se lo podía arrebatar.

Óscar, su pareja desde hacía un par de años, tenía comportamientos extraños en los últimos meses.

Primero desapareció dinero del bote de las emergencias de la cocina, luego de su bolso y, las últimas veces, de la cuenta del banco conjunta para gastos.

Sus excusas sobre el uso del dinero eran absurdas y ya no se fiaba de él.

A pesar de lo triste que había estado por la muerte de su abuela, le había ocultado a la perfección lo que tenía que ver con su familia y lo poco que le quedaba de ella.

Tras el último episodio vivido, se reprochaba no haber salido de allí antes.

Regresó a la realidad. Lo primero que había tras esa puerta era la cocina. Amplia, con una gran mesa para comer o trabajar. Tenía todos los accesorios imaginables y era bastante moderna para ser una casa de pueblo.

—Espera, voy a dar la luz —dijo Greta mientras se acercaba a una

caja de registro junto a la puerta. Accionó la pequeña palanca que conectaba la energía y después pulsó el interruptor de la estancia. Nada sucedió.

—Creo que no hay luz en todo el pueblo —dijo Arturo cerrando la puerta tras Choco—. ¿No te has fijado que no había ninguna encendida en las casas?

La chica lo miró pensativa.

—Tienes razón —susurró asintiendo mientras miraba alrededor—. Siento decirte que la calefacción no va a funcionar. Tendremos que encender la chimenea.

Greta se encaminó hacia el salón mientras se quitaba el chubasquero. Choco ya se había instalado en un lateral acurrucado junto al sofá, esperando a entrar en calor.

Arturo pasó tras ella y le dio la sudadera seca que le había guardado.

Greta se la puso. Hacía frío.

Una gran chimenea estaba situada en la pared contraria al ventanal que daba a un jardín.

—Con esta leña no habrá bastante para la noche, pero al menos podremos encenderla —explicó al hombre.

Encontró las cerillas junto a los palitos pequeños, casi astillas, y las hojas de periódico cortadas dentro de una caja de madera.

Nada había cambiado, como si el tiempo se hubiese detenido allí.

Con cuidado abrió el tiro de la chimenea para que el humo saliera al exterior, si conseguía encender el fuego, y algo de hollín y ramas secas cayeron al interior.

—Vale, vamos allá —susurró arrodillándose para comenzar a preparar la yesca para que el fuego prendiera en ella y después poder echar unos troncos algo más gruesos que había al pie de la chimenea.

Arturo la observaba hacer con mucho interés.

Lo primero que miró fue el cajón bajo la rejilla donde debía hacer el fuego. La chimenea estaba limpia. Tampoco había rastro de ceniza en ella, por lo que podía empezar a trabajar.

Con cuidado colocó los elementos en su posición adecuada.

Primero puso algunas astillas sobre la rejilla, sobre ellas, las hojas de periódico arrugadas haciendo un montículo. Después colocó más astillas sobre el papel y para terminar unas pequeñas ramas finas.

Abrió las cerillas y, nada más tocarla, supo que la humedad no le iba a dar muchas oportunidades.

—Ve a la cocina y trae el encendedor que hay colgado junto a los fuegos. Lo vamos a necesitar. Coge también la aceitera.

Arturo fue a buscar lo que le pedía.

Enseguida encontró ambas cosas y regresó.

—Aquí lo tienes. ¿Te ayudo? —se ofreció.

—No, esto ya no tiene ningún misterio —declinó la oferta, pulsando el botón del encendedor de cocina haciendo que saliese una pequeña llama.

Al periódico le costó prender, pero lo consiguió.

Enseguida empezó a intentar quemar las astillas, pero la humedad era alta.

—Acércame el aceite.

El chico se lo tendió y observó lo que hacía.

Con cuidado, dejó que un hilo del oro líquido cayese sobre las astillas haciendo que la llama se quedase sobre ellas más tiempo.

—Nunca había visto hacer eso —susurró el chico sonriendo al ver el resultado.

—Porque nunca has estado en mi casa —respondió Greta con otra sonrisa en su boca—. Es un truco de mi abuela. ¿Has visto alguna vez una lamparilla de aceite? Son esos cuencos de metal que había antaño en las casas, con una llama perpetua frente a la foto de un santo, una virgen o algún familiar fallecido.

—Creo que mi bisabuela tenía una, pero lo recuerdo borroso.

—Esto hace el mismo efecto, consiste en que la llama no se apague. No es muy legal, pero hoy hay mucha humedad y necesitamos que esto prenda.

—Nadie te va a juzgar —comentó el chico divertido por el comentario—. No es un penalti de la Champions.

—Eso nunca se sabe —contestó la chica mirando al cielo recordando a su abuela.

El resto de la labor fue fácil. La madera comenzó a prender y consiguieron hacer un buen fuego.

—Hay que ir a la leñera a por más. Espero que haya provisiones —susurró la última parte, preocupada porque no fuese así.

Por suerte, su abuela seguía siendo tan previsora como recordaba y aquella pequeña casa junto al porche, estaba llena de leña resguardada del agua.

Arturo ayudó a Greta a llevar una buena provisión al interior de la casa, para, al menos, mantener ese fuego.

—Ahora te toca a ti —dijo al chico señalando la herida de la cabeza.

—No hace falta, me lavo un poco y ya está.

—No será suficiente. Deja que te cure. Sé hacerlo —se ofreció otra vez.

El chico cogió aire y asintió.

Greta se marchó de nuevo a la cocina y cuando regresó, traía una caja grande de metal, un pequeño cazo y un cuenco más grande con agua, una pastilla de jabón, un paño de cocina y trapos limpios de algodón.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó Arturo asustado por tanto despliegue.

Ella sonrió antes de contestar.

—Solo voy a limpiar bien la herida. Por aquí no hay cristalmina ni cosas así. Solo agua, jabón, vendas y da gracias que en el coche tengo un botiquín que tiene puntos adhesivos.

Arturo respiró.

—Con esa lata, por un momento me has recordado a las películas de guerra cuando les curaban en el frente.

Greta sonrió.

—Pues no sé cuántos años puede tener esta lata, pero quizá se acerque a esa utilidad.

Arturo la miró divertido mientras se sentaba en el suelo frente a ella. La chica se quedó de rodillas.

Puso el cazo a un lado del fuego sin acercarse demasiado. Solo con el calor de la rejilla metálica del suelo de la chimenea sería suficiente para calentar el agua y que no estuviese demasiado fría.

—Espera aquí —pidió mientras se iba.

Regresó a los pocos minutos con el botiquín de emergencia del coche.

Nada más entrar, lo abrió junto al resto del material y se lavó bien las manos con el agua del cuenco y el jabón.

Se secó y con cuidado cogió una gasa limpia. La recogió con habilidad con una pinza, formando una base circular con la tela, y la metió en el agua caliente. La sacó y la agarró entre los dedos limpios, por donde la tela se recogía en las puntas, para acercarla a la herida.

—Voy a limpiarla bien. La sangre se está secando, pero necesito ver cómo es de profunda —explicó mientras comenzaba a limpiar—. Si te quema o te duele, me lo dices enseguida.

El chico permaneció en silencio mientras ella limpiaba la herida con varias gasas, repitiendo la misma operación varias veces.

No podía verle la cara ni como trabajaba, pero tenía claro que sabía lo que hacía.

Tenía preguntas al respecto, pero la dejó trabajar con la única vista de su cuerpo frente a él.

Se había fijado en que era una chica atractiva y sensual, aunque parecía que no quería mostrarlo.

No era el perfil de mujer al que estaba acostumbrado, pero le despertaba curiosidad en todos los aspectos.

Era un sentimiento nuevo. Se sentía extraño, pero a la vez notaba como esa peculiaridad le mantenía alerta.

Greta se arrodilló frente a él.

—Parece que no es muy profunda, pero creo que sería bueno poner los puntos adhesivos —dijo manipulando el botiquín.

—Lo que tú digas me parece bien —accedió manteniéndole la mirada.

CAPÍTULO 3

Leo regresaba del refugio cercano al pantano. Había dejado allí a dos campistas a los que les había pillado la tormenta de improvisto.

Habían tenido suerte, ya que no era habitual el tránsito por ese camino en esta época del año y menos a esas horas, pero él iba donde le reclamaban, y el pequeño hotel junto a la playa del pantano tenía goteras.

Cogió el desvío que salía al camino viejo con cuidado. El agua corría con fuerza por los arcenes cuesta abajo, arrastrando algún matojo, incluso ramas rotas.

—¡Pero qué coño es esto! Luego dicen que el cambio climático es un cuento chino. Increíble —susurró mientras escuchaba la radio a trompicones porque se perdía la señal.

Hablaban sobre unas tormentas anómalas durante más de diez días. Como si España se hubiese convertido todo ese tiempo en una zona barrida sin descanso por huracanes o tifones.

Aceleró un poco al llegar al repecho que había antes de la casa roja de Obdulia.

Cogió aire intentando que los recuerdos que le traía esa finca no le afectaran, poniendo la mente en blanco para concentrarse solo en la conducción.

No perdió esa voluntad, hasta que vio la verja abierta.

El corazón le dio un vuelco.

Paró junto a la puerta y vio el coche aparcado bajo el tejado que él, su padre y el padre de Greta habían construido.

Los recuerdos se agolparon en su cabeza, felices, todos sonreían y, sobre todos ellos, Greta, que ese día los miraba desde la cocina junto a su abuela…

Pero daba igual ese recuerdo concreto, porque estar allí ya evocaba muchos y de cualquier época. De pequeños, de adolescentes, cuando se empezó a fijar en ella como algo más que una amiga…

Soltó el aire que ya le quemaba mientras frenaba en seco los recuerdos y giró el volante.

Greta, de rodillas frente a Arturo, colocaba los puntos adhesivos uno a uno sobre la frente del hombre.

—Esto tiene muy buena pinta —susurró dejando otro más—. Si te duele, me avisas.

—No te preocupes. Lo estás haciendo muy bien —contestó mientras sostenía la lámina de puntos sobre la palma de su mano.

El cuerpo de Greta giraba y se movía frente a Arturo, y este, aunque intentaba evitarlo, no podía dejar de fijarse en sus formas, su olor, en cómo la tela de su ropa casi rozaba su rostro.

—No estoy tan segura —dijo recogiendo otro punto de su mano.

Sus miradas se encontraron otra vez.

—Podrías dedicarte a la enfermería. Estoy seguro de que los pacientes estarían muy contentos con tu trabajo.

Ella sonrió agradecida, pero esa intención se desvaneció para convertirse en algo más parecido a un coqueteo.

La verdad es que el chico era guapo a rabiar y aquel perfume caro olía muy bien, haciéndolo más sensual.

—Ya tengo un trabajo que me encanta y puedo hacerlo desde cualquier lugar. ¿A qué te dedicas tú? —intentó indagar más sobre él.

—Negocios inmobiliarios, inversiones en patrimonio y cosas así.

Greta continuó con la cura en silencio, pensativa unos segundos.

—¿Por eso habías venido a Bellavista?

—Sí y no. He venido a revisar la documentación de unos bienes de un cliente —salió del paso.

—¿Ha fallecido alguien? —especuló con rapidez. Había muy pocos motivos por los que la gente vendiera su patrimonio por allí y ese era el principal.

—Don Genaro. Un anciano de casi cien años. Murió hace un mes y han leído recientemente su testamento.

—¿Don Genaro? Madre mía, qué pocos quedan ya —susurró recordando a las generaciones más ancianas y cercanas a la de su fallecida abuela.

—Esta zona es muy buena para vender y generar negocio. Por ejemplo, para convertir las viviendas en casas rurales, hoteles con encanto o venderlas a gente que quiere una segunda residencia en un pueblo pintoresco.

—No creo que la gente de aquí quiera eso, pero los herederos solo ven lo que pueden sacar —dijo en voz alta, aunque su intención era decirlo para sí misma.

—Eso parece. Todos huyen menos tú —apreció al ver a donde le había llevado y cómo de cargado iba su coche.

De nuevo, aquella mirada intensa que la atrapaba en esos ojos oscuros.

Se fijó en su boca.

De repente, Choco se puso de pie como un resorte y ladró. Solo un ladrido antes de gemir y salir corriendo.

—¡Hola! —se escuchó una voz fuerte y profunda que la desarmó sin ver siquiera su rostro.

Arturo, al advertir cómo toda ella cambiaba al instante al escuchar ese simple saludo, contestó mientras la cogía de la cintura por miedo a que cayera. Ella ni lo sintió.

—¡Hola! ¡Estamos frente a la chimenea!

Leo se quedó helado sin dar un paso más al interior.

No tenía frío, ni siquiera notaba el agua que golpeaba de lado por el fuerte viento en su espalda. Era otra cosa.

Sabía que tenía novio, se lo había dicho en verano cuando resurgió algo entre ellos, pero entonces no parecía que le importase mucho esa relación y, desde luego, nunca antes había llevado allí a ninguna pareja, pero ¿qué sabía él? Creía que la conocía como si tuviese un mapa de cada rincón, de cada secreto…, pero desde que falleció Lía, todo se había complicado entre ellos.

Cerró los ojos y respiró profundo un par de veces. Nunca pensó que le llevaría allí. Si le había contado aquella parte de su vida, sería el único que lo había conseguido y ya no habría nada que hacer para recuperarla.

Respiró hondo y soltó el aire varias veces antes de que Choco se le subiese encima.

—Hola, grandullón —susurró al animal acariciándole la cabeza, detrás de las orejas y el lomo—. ¿Me has echado de menos? Yo a ti también —le dijo al oído, a lo que el perro le lamió la cara y Leo le besó el moflete. Adoraba a ese perro.

Se puso en pie, cogió aire otra vez y entró al salón con el animal pegado a su pierna.

Greta estaba de rodillas ante aquel tipo. Vestía ropa de ciudad. Era elegante. Estaba afeitado, bien peinado y muy cerca de ella, sujetando su cintura con confianza.

—Leo… —susurró la mujer en un hilo de voz.

Arturo la miró. Aquel tipo no era cualquier conocido.

—Hola, Greta. Perdona si he interrumpido. He visto la verja abierta y tu coche aparcado en el techado… —decía de forma atropellada sin quitar la vista de sus ojos porque no soportaba la visión de aquella mano sobre ella.

—Acabamos de llegar —intervino Arturo, al ver que la mujer no reaccionaba con la fluidez que debía.

Leo echó una mirada a aquel tipo de las que, si tuviera poderes especiales, le habría fulminado en un segundo. No hacía falta traducirla.

Arturo quitó la mano de la cintura de Greta al instante y no dijo ni una palabra más.

La chica observó al hombre en el dintel de la puerta.

Con el paso de los años se había transformado físicamente muchas veces. Había ido cambiado con la edad, los hábitos saludables y el boxeo que practicaba desde la adolescencia.

Ahora era un tipo de treinta y seis años muy atractivo. Mucho. Con una presencia más acentuada que antes si cabía, aunque él siempre había sido alguien por el que las mujeres se giraban cuando llegaba a algún lugar.

Sus ojos verdes y el pelo castaño claro más largo que de costumbre, llamaban la atención.

La mujer se levantó como si tuviera un muelle en las rodillas. Intentaba no parecer nerviosa, pero con él no podía.

—Sí, acabamos de llegar. Le estaba curando la herida del accidente —explicó sin pensar mucho en lo que decía.

—¿Accidente? —preguntó Leo poniéndose alerta. En unos segundos había llegado hasta ella y buscaba donde se había hecho daño, aunque sin tocarla.

—Tranquilo estoy bien —susurró levantando la vista hasta sus ojos. Sintió como él respiraba y Greta aprovechó la cercanía para olerlo. Nada ni nadie, nunca, podría oler como él, despertando hasta el último poro de su piel. Jamás—. Él ha tenido el accidente —explicó.

Leo asintió disfrutando de la inesperada cercanía.

—¿Está bien? ¿Necesita ayuda? —preguntó al hombre, poniéndose delante de ella con un discreto movimiento.

Su voluntad de hacer el bien a todo el mundo a veces la metía en problemas, como con aquel tipo con el que vivía cuando la vio la última vez.

Arturo asintió sin saber qué más decir ante aquel hombre que protegía a Greta con sutileza, pero marcando bien el territorio.

—Mi coche está tirado en la carretera de acceso. Ya me iba del pueblo cuando derrapé y me golpeé contra algo. No recuerdo nada hasta que Greta me encontró y me sacó de allí.

Leo se acercó y observó la herida.

—Veo que Greta no ha perdido facultades. Le ha hecho un buen apaño. Sobre el coche… Es difícil que puedan remolcarlo con esta tormenta. Si es en la curva cerrada, es muy peligroso. Habrá que ir a marcar el accidente y esperar a que escampe un poco para traerlo hasta el pueblo.

—Ella lo ha señalizado. —Leo sonrió al escuchar esa afirmación. Lo esperaba—. Eso no es problema, pero necesito estar en Madrid el jueves como muy tarde.

Leo pensó que era martes, aún quedaban unos días de margen y podía marcharse cuando dejara de llover, pero ¿dónde se pensaba quedar hasta entonces?

—¿Tiene donde alojarse? —preguntó temiendo la respuesta.

—Le he dicho que puede quedarse aquí hasta que venga la grúa, aunque no hay ni luz, ni calefacción.

Leo ni miró a Greta. No iba a permitir que aquel tipo desconocido se quedase con ella ni una noche ni ninguna.

—Creo que Isidro le dejará una habitación. Regenta el hostal de la plaza del pueblo y no le va a decir que no a una oportunidad de un dinero extra según están las cosas. No saldrá caro y seguro que duerme mejor que aquí. Al menos estará caliente, tendrá una ducha reparadora y Emilia le hará algo de comer —resolvió con rapidez sin preguntar a la chica si le parecía bien.

—Bueno…, creo que es una gran oferta —balbuceó el herido. Ya no tenía otra opción. Tras ver cómo se miraban, era lo más inteligente.

—El centro médico está de camino. Podemos pasar a que le revisen esa cura por si necesita medicamentos —insistió con las ventajas de irse de allí.

—Claro, nunca está de más —accedió Arturo.

Se giró para mirar a la mujer.

—Tú no te puedes quedar aquí esta noche sin luz y sin calefacción. Enfermarás.

—Estaré bien —declinó la oferta a toda velocidad.

—Por favor, ven a casa. Cenaremos algo caliente y podrás descansar. Te prometo que mañana vengo contigo y reparo todo lo que necesites, pero no te quedes sola con esta tormenta.

La verdad era que a Greta no le gustaba nada la idea de la soledad con aquella lluvia tan agresiva. Además, la casa llevaba mucho tiempo cerrada y llegar allí antes de que se hiciera de noche, no había sido el mejor plan.

Y luego estaban los recuerdos… Los había de todos los tipos y en casi todos estaba Leo. Mejor tenerlo en directo que en la cabeza.

En pocos minutos habían recogido lo poco que habían usado, apagaron el fuego de la chimenea y estaban echando la llave a la puerta.

Greta abrió el coche y sacó las pertenencias de Arturo, a las que añadió una pequeña bolsa de lona negra para ella.

Leo observó que el maletero estaba cargado hasta los topes.

La mujer lo miró unos segundos y se apartó sin una explicación, pero él entendió suficiente. Se quedaba en la casa de su abuela. No sabía si solo una temporada o para siempre, pero había demasiados enseres y posesiones en aquel vehículo como para unas vacaciones de un par de semanas.

Los nervios le hicieron un nudo en el estómago. No contaba con eso. Ella tan cerca y tanto tiempo.

Reaccionó rápido.

—Será mejor que nos vayamos. Quiero subir hasta el pueblo antes

de que se vaya la luz —pidió Leo abriendo su coche, que había aparcado junto al de Greta.

El invitado iba a subir al asiento del copiloto, pero otra mirada hizo que disimuladamente pasara al asiento trasero junto a Choco.

La chica se cerró su impermeable rojo antes de entrar.

Nada más sobrepasar la línea de la verja, abrió la puerta para bajarse a cerrar.

—Yo lo haré —dijo Leo tirando de ella hacia el interior.

—Puedo hacerlo yo. Es mi casa —sentenció saliendo fuera, dejándole mudo y quieto.

—Los tiene bien puestos, ¿eh? Apuesto a que es la única persona en el mundo que le deja *KO* —comentó Arturo con sonrisa divertida, cuando ella ya no podía escucharlo.

—¿Y a usted qué le importa? —preguntó Leo molesto, arrastrando las palabras.

Era cierto, claro que sí, pero no se lo iba a decir a un tipo desconocido que miraba a la mujer de su vida sin ningún sentimiento especial, posiblemente solo pensando en sexo y nada más.

Greta entró en el coche empapada. Leo no había dejado de observarla por el retrovisor. El viento cada vez era más fuerte.

—Dios mío, esta tormenta da miedo —susurró quitándose la prenda de plástico mojada—. Espero que no le pase nada a la casa ni a mi coche. Las regueras traen mucha agua.

Ante la falta de respuesta, no dijo nada más. Miró a los hombres observando cómo medían su hombría en silencio.

Ella cogió aire, lo expulsó sonoramente y resopló al final.

—No sé qué ha pasado en los escasos segundos que he tardado en cerrar la puerta, pero sea lo que sea, ¿habéis acabado ya? Se hace de noche.

Leo miró al frente en lugar de por el retrovisor, y respiró un par de veces.

—No te preocupes por la casa y el coche, no les pasará nada. —Fueron sus únicas palabras antes de acelerar con suavidad para salir de allí.

CAPÍTULO 4

Leo tenía razón, el médico le dio a Arturo unos antiinflamatorios, pero no tocó aquella cura. Como bien sabía, Greta tenía buena mano y estaba perfecta.

También tenía razón con Isidro. Enseguida aceptó al huésped, a pesar de tener el pequeño hostal cerrado. Emilia preparó la habitación de la planta baja en unos minutos. Casi era parte de su vivienda y estaba caldeada. El resto del hotelito estaba cerrado con una puerta arriba de las escaleras y no tenía puesta la calefacción.

Además, Isidro tenía línea de teléfono fijo de las de antes y podría avisar al seguro para intentar recuperar su coche al día siguiente, si es que alguien que no fuera del pueblo se atrevía a subir hasta allí.

Dejaron allí a Arturo y se marcharon.

Leo accionó un botón del llavero que colgaba de las llaves de su coche mientras circulaban por una de las calles y una puerta se abrió al final de ella.

Vivía en la antigua casa de sus padres, aunque ya no era tan antigua. Hacía cinco años que habían hecho una gran obra y la habían modernizado. Aquella puerta era una de las muchas cosas que cambiaron.

Unos meses después, falleció el padre de Leo.

Entraron a un patio previo a la vivienda, donde había un pequeño jardín y un camino amplio en un lateral que comunicaba con la parte de atrás.

Leo aparcó cerca de la puerta, donde había un porche para resguardarse y salió a abrir.

Greta fue tras él junto a Choco.

—Madre mía, no sé cómo vamos a sobrevivir a diez días así —dijo la chica, aguardando a que abriera la cerradura y entrara.

Conocía la casa a la perfección, pero no iba a pasar antes que él. Ya no.

Choco, en cambio, caminó a paso ligero hasta el salón y se colocó frente a la chimenea, que desprendía una tenue llama de la madera de un viejo olivo.

—Adelante, estás en tu casa —invitó a la chica a entrar. Lo sentía así, era su casa, siempre lo sería, aunque ella no quisiera aceptarlo.

Greta caminó con un nudo en el estómago. Aquel pasillo contenía demasiados recuerdos.

Podía escuchar cómo charlaban los padres de ambos en el patio trasero con una cerveza en la mano, mientras la madre de Leo

trasteaba en la cocina y ellos dos jugaban al escondite por toda la casa. También escuchaba las risas furtivas de dos adolescentes que regresaban a casa más tarde de lo acordado o a dos jóvenes escondiéndose de madrugada en el taller del jardín de atrás, para que nadie les escuchara besarse y algo más.

—¿Estás bien? —susurró Leo tras ella, al ver como se paraba ante la puerta que daba al patio, mirando aquella casita restaurada, que fue su refugio muchas veces.

Se había prometido no volver a esconder sus sentimientos, aunque fuesen por él, y no mentir. Ni a ella ni a nadie.

—Lo estaré —murmuró cogiendo aire.

Leo sabía que aquella respuesta no se refería solo a aquel instante. Su vuelta no era un capricho repentino. Si estaba allí era porque no tenía otro sitio a donde ir, donde sentirse segura y eso le mantenía alerta.

Ella quería estar en Madrid. Había sido así desde que su padre murió. El pueblo había pasado a ser un sitio doloroso donde todo eran recuerdos que se clavaban como agujas. Ni siquiera que su abuela siguiese viviendo allí, era un aliciente para ir a menudo, aunque intentaba visitarla de vez en cuando.

Que su relación se enfriase años atrás al conseguir Leo el trabajo en Londres en telecomunicaciones, ya había sido un punto previo de inflexión entre ellos. Tras la muerte de Darío y regresar a Inglaterra a los pocos días, Greta decidió emprender sola su camino. Ahí comenzó su vida sin esperarle o al menos lo intentó.

Se habían visto después, pero algo había cambiado en esos últimos once años.

—Si quieres, te acompaño a tu habitación y te digo dónde está todo. Podrás cambiarte esa ropa mojada mientras preparo algo de cena —se ofreció intentando romper la tensión.

Greta asintió con media sonrisa agradecida y lo siguió.

A cada paso por la casa o peldaño que subía de aquella escalera, era como si un terremoto sacudiera sus sentimientos.

Había vuelto al pueblo ese pasado verano, había regresado a aquella casa, pero las cosas habían cambiado mucho en ese corto tiempo.

Todo estaba sumido en un extraño silencio.

Él caminaba delante, con la bolsa de lona negra de emergencias que ella siempre tenía preparada desde hacía algunos meses por si tenía que huir. Pero Leo no lo sabía. No se lo podía contar aún.

—Usa la habitación azul. Da al jardín y siempre fue la que más te gustó.

Greta observó la estancia unos segundos. Era verdad, era su favorita, fue especial. Luego lo miró a él.

Aquel silencio…

—Leo, ¿dónde está tu madre? —preguntó con un nudo en la garganta que no sabía por qué sentía, pero que la oprimía fuerte.

Él la miró un momento incapaz de pronunciar en voz alta lo que tenía que contestar.

Le costó mucho hacerlo. En aquellos meses no lo había dicho aún.

—Ya no está —contestó con una gran tristeza. Cerró los ojos, tomó aire intentando controlar sus sentimientos y los volvió a abrir.

—¿Qué? —preguntó la chica en un susurro casi mudo.

Los dos se mantuvieron la mirada con las lágrimas acumulándose en los ojos.

—Iré a preparar algo de cena. Cámbiate tranquila —dijo él cambiando de tema, encaminándose a la puerta. No quería hablar de eso. Ahora no.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me llamaste? —preguntó Greta llorando. Él había estado a su lado en todos los momentos difíciles de su vida y viceversa. ¿Tanto habían cambiado las cosas entre ellos para no avisarla de la pérdida más importante en la vida?

—Hace dos meses —contestó con profundo dolor, aunque no lo quería demostrar—. Su corazón no aguantó más y una noche se fue mientras dormía.

Greta sintió su dolor en lo más profundo de su alma. Aquella mujer la había cuidado como a una hija y le hubiese gustado estar en su despedida, pero sobre todo, acompañando a su mejor amigo, a pesar de su distanciamiento, de no poder estar juntos demasiado tiempo…

—Lo siento tanto, Leo…

—Lo sé —se apresuró a contestar. Se quería marchar para no derrumbarse delante de ella, para no decir algo que no debía.

Estaba frente a Greta, observó las mejillas llenas de lágrimas y sin pensar, levantó la mano para pasarla por su piel y secárselas con cuidado.

—¿Por qué no me llamaste? —insistió, sintiendo aquella caricia que la hacía suspirar, aunque aguantó sin demostrarlo—. Habría dejado todo para estar contigo.

—Lo sé, y por eso no lo hice.

Greta se quedó helada. Aquellas palabras habían dolido y él lo sabía, pero a pesar de todo, no lo pudo evitar.

—De acuerdo. Lo entiendo —murmuró confusa. No esperaba aquella respuesta.

—No quería llamarte porque siento que ya solo nos necesitamos como una escapatoria en los peores momentos de nuestras vidas. Nada más…

Tampoco supo qué contestar a eso por unos segundos.

Lo pensó.

Era cierto.

Aquella presión de su garganta cambió de lugar y se instaló en su pecho. Algo más se estaba rompiendo entre ellos.

—No te preocupes. Lo entiendo. No pasa nada. Iré al cementerio a llevar flores a mi abuela y le llevaré también a ella —dijo para salir del paso.

Leo observó su rostro, sus ojos y vio el dolor por lo que acaba de decirle, pero era lo que sentía. Solo estaban juntos cuando alguien se iba de sus vidas, como si esos días rellenaran un poco ese hueco tan difícil de reparar; como si fuesen una tirita para seguir adelante un poco más hasta el próximo adiós… y le dolía mucho.

—No está en el cementerio. Quería que la incinerasen y lo hice, pero está en el jardín. Aún no he podido llevarla más lejos.

Ella asintió comprendiendo.

—Le encantaba su jardín. No creo que le importe hacer una parada técnica hasta que puedas llevarla donde ella desea —le animó con media sonrisa que desapareció al instante.

Leo se la devolvió y, sin más conversación, se marchó.

Greta se acercó a la ventana para mirar por ella. Las plantas del jardín estaban preciosas, como si Edelmina nunca se hubiese ido.

Sin previo aviso, una tristeza la invadió en cuanto vio un rosal blanco que había florecido por el calor previo a aquellas tormentas. Sabía que estaba allí. Era su flor favorita y Leo no la pondría en otro lugar.

—Ahora estamos solos de verdad —susurró casi sin voz.

Eran hijos únicos, sus padres habían fallecido y su abuela también. No tenían a nadie más.

Leo bajó las escaleras con un nudo en la garganta. Sabía que a ella le iba a doler no despedirse de su madre, pero no quiso que Greta pasase por eso después de haber perdido a su abuela pocos meses antes.

No era justo.

Pero nada es justo cuando se trata de la muerte.

Ya lo vivió cuando falleció su padre y ella dejó un viaje que deseaba hacer a Nueva Zelanda por él. Se juró que nunca más le haría algo así. Nunca volvería a permitir que interrumpiera su vida por él.

Ella jamás fue a Nueva Zelanda. Perdió la oportunidad, a su pareja de entonces y una experiencia única. No iba a volver a ocurrir.

Cogió aire un par de veces al llegar a la cocina, mirando al techo.

Ella estaba justo sobre él.

Cerró los ojos unos segundos y enseguida la escuchó reír en sus recuerdos. Él sonrió al verla en su mente, después las lágrimas regresaron a sus ojos, pero no por su madre, sino por la chica feliz que dejó atrás en el mejor momento de su vida, por miedo a no dar el paso que definiría su relación para siempre.

La recordaba en aquella misma habitación una noche de lluvia como esa, cuando se coló con ella en el cuarto cuando volvieron de madrugada de unas fiestas. Greta había bebido un poco y estaba muy divertida.

No fue una noche cualquiera, fue *la noche*.

Le costó mucho que dejara de reír y solo lo consiguió cuando la besó. Deseaba hacerlo desde hacía tanto tiempo que aquel momento se grabó segundo a segundo en su mente como si fuese el metraje de una película. En realidad, todo lo que pasó.

Llevaba tiempo planeando cómo y cuándo podía suceder, pero ninguno de ellos se parecía a ese instante.

Cuando deshizo el beso, Greta lo miró con seriedad y la risa ya no regresó. Se cortó de golpe y él creyó que había destrozado su relación para siempre. Pero entonces, ella se acercó de nuevo a su boca y susurró:

—Creía que no me ibas a besar nunca y tendría que hacerlo yo.

Aquel día supo que los fuegos artificiales del corazón existen.

Y no fue solo un beso, aquella noche fueron mucho más allá. ¿A qué iban a esperar? Se conocían tanto que no necesitaban ni hablar.

—Creía que ibas a preparar la cena —dijo Greta en la puerta de la cocina, observando como él estaba quieto en mitad de la habitación sin hacer nada—. ¿Estás bien? Descansa un poco y date una ducha si quieres. Puedo hacerlo yo.

Leo la miró.

Ya no era aquella chica, ahora era una mujer mucho más atractiva, con un montón de heridas y marcas de la vida que cohibían su sonrisa. Algunas eran por su culpa y esas le dolían más que ninguna.

—No te preocupes. Estaba pensando en cosas del trabajo y se me ha ido el santo al cielo —contestó por salir del paso.

—Mi llegada te habrá trastocado los planes. Lo siento.

—Tranquila. Aquí el ritmo es diferente. No te preocupes.

Ella se acercó un poco a él.

Era verdad, allí la vida se veía diferente.

—¿Qué preparamos? —preguntó—. Lo hacemos juntos.

Leo asintió regresando al presente.

La tenía allí de nuevo, sin avisar, sin esperarlo ni en sus mejores sueños. Eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 5

Sentarse a la mesa con Leo la ponía nerviosa. La verdad es que cualquier cosa que tuviera que ver con él, desde que la besó en aquella habitación sobre sus cabezas con dieciocho años, le aceleraba el corazón.

Le sirvió vino tinto y luego se sirvió él.

Choco los observaba junto a la chimenea, cerca de su plato de agua y otro con arroz cocido con zanahoria y pollo.

Estaban esperando a que el pescado al horno de leña estuviera a punto, pero, mientras tanto, en su mesa había ensalada con productos de la zona, algo de embutido de la tierra y pan casero del que sabe a pan de verdad.

Greta cerró los ojos al acercárselo a la boca para dar un bocado.

El olor a la tahona de Bellavista siempre le recordaría a su padre y el de las magdalenas que impregnaba medio pueblo cuando las horneaban, a su abuela cuando pasaban a por ellas a la vuelta de comprar la leche para el día siguiente en la antigua vaquería.

Leo la observó a la tenue luz de la cocina. Tenía un generador de luz para emergencias.

Sabía lo que estaba recordando, lo que pensaba, lo que olía sin olerlo. Sus vidas estaban enlazadas quisieran o no.

No dijo nada.

Tomó un poco de vino. Estaba nervioso.

—Esto está de muerte —susurró Greta al llevarse un trozo de salchichón a la boca—. Tiene que ser de la carnicería de Adela.

Leo sonrió mientras asentía.

—Por aquí no han cambiado mucho las cosas. Es como si se congelase el tiempo —respondió, obviando que cada vez quedaban menos de los de antes, y la mayoría de los hijos y nietos solo usaban el pueblo para sus vacaciones.

—Ojalá se hubiese congelado hace años —murmuró un deseo, cogiendo un poco de queso.

Leo la miró unos segundos, lo deseaba también.

Se levantó a ver cómo iba el pescado, mientras Getra comía en silencio.

—Creo que esto ya está —anunció sacándolo un poco del horno para comprobarlo.

—Huele genial. Tiene que estar riquísimo.

—Espero que te guste.

—Seguro que sí.

Leo sirvió los platos de pescado y se sentó de nuevo a la mesa con Greta.

Comieron en silencio un buen rato, más de la mitad de la comida, hasta que no aguantó la incertidumbre.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? He visto el coche cargado hasta arriba.

Greta no se lo esperaba tan pronto. Creía que iba a esperar un poco más para preguntar por ello, pero estar juntos bajo el mismo techo, tenía este resultado.

—Me vengo a vivir —contestó decidida. No podía mentirle sobre por qué estaba allí. Era provocar un problema entre ellos sin necesidad y ya tenían bastantes.

A Leo le arrasó aquella respuesta. Se quedó en *shock*.

—¿A vivir? —preguntó con voz ronca bastantes segundos después. Ella conocía bien ese tono entre preocupado y sorprendido.

Se mordió el labio inferior con sutileza y cogió aire.

—No eres el único que puede cambiar de opinión —comenzó en un tono un poco agresivo del que se arrepintió enseguida. Aquello era pasado y no quería sacarlo de nuevo a la luz—. Perdona —le pidió de inmediato y este asintió sin decir ni una palabra. Estaba haciendo un gran esfuerzo con su poca paciencia para que ella contara qué hacía allí sin interrumpir. No iba a recriminarle sus palabras. Además, se las merecía—. Lía me dejó la casa. La casa y todo lo que tenía —explicó el único secreto que mantenía con él. Bueno, ese y lo que había pasado en Madrid. Había llegado el momento de contarlo.

—Lo suponía. Solo le quedabas tú, como yo a mis padres.

Los dos guardaron silencio unos segundos sintiendo la tristeza que su orfandad les producía, pero no podían dejar que se enquistara. A sus familias no les gustaría para ninguno de los dos.

—Sí, así es…

—Pero ¿y tu pareja? Se llamaba Óscar, ¿verdad? —hizo como que no se acordaba con seguridad, aunque lo sabía de sobra. Tampoco olvidaba a ninguno de los anteriores.

—No quiero volver con él. Espero que nunca me encuentre.

Leo soltó el tenedor en el plato y levantó la vista con lentitud.

Su intuición no le había fallado jamás con Greta, pero esperaba no tener razón esta vez.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó despacio, al pronunciar cada palabra, y con un tono de voz profundo que casi le rascaba la garganta, que a ella le erizó la piel.

Greta podía haberse callado ese último detalle, pero no pudo evitar pronunciarlo. Apretó los labios para no decir de nuevo lo primero que se le pasara por la cabeza.

Leo lo sabía y achicó los ojos analizándola más, sus gestos, hasta

cómo respiraba. Cogió aire y lo expulsó con tal fuerza que pareció un gruñido.

—No me ha pegado —se apresuró a aclarar. Sabía lo lejos que había viajado su mente y su instinto protector.

Tras esas palabras, apreció como relajaba un poco cada músculo de su cuerpo, pero seguía alerta.

—¿Entonces? —insistió.

—Es ludópata. Juega online y apuesta mucho dinero. Me ha robado y me he largado antes de que se entere de que he heredado un poco de dinero, algunas tierras y un caserón.

—¿Desde cuándo te roba?

—No lo sé. Puede que desde antes de morir mi abuela, pero no me he dado cuenta hasta hace tres meses, más o menos, que el tema se empezó a complicar. Al principio eran cantidades pequeñas.

—¿Y el dinero de la casa de tu padre? —se preocupó.

—Tranquilo, todo está a salvo. Él no sabe nada importante de mi vida ni de mi pasado, y mucho menos de la otra herencia.

Leo no entendía cómo conseguía dejar al margen de muchos detalles de su vida a los hombres que habían mantenido alguna relación con ella, por larga que fuera, a todos menos a él, pero lo hacía y hoy lo agradecía por encima de todo.

Hacía años que había vendido la casa de su padre, un piso que compartieron cuando tenían veintitrés y veintidós años, en la mejor época de su vida. Creía que de la de ella, también.

Siempre le dijo que la venta se debía a que estaba viejo, a que no tenía ascensor y reformarlo era algo caro. Prefería irse de alquiler y ser libre de cambiarse de casa si las cosas no salían bien con el barrio, el casero, los vecinos o su trabajo, pero Leo pensaba que la verdad era que no soportaba estar allí después de que Darío muriese y él se fuera a Londres.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no te fuiste de allí en cuanto lo descubriste? ¿Greta, qué ha hecho que salgas corriendo con el coche hasta los topes con todas tus cosas?

Ella sabía que Leo no soportaba a ninguna de sus parejas, a ella le pasaba con las suyas, pero mucho menos a Óscar, del que ya sospechaba por el hecho de que no le quería hablar de él cuando se habían visto el último verano y en el entierro de su abuela.

La situación era delicada y no necesitaba un sermón de su parte. Lo que necesitaba era que la abrazara y le dijese que había tomado la decisión correcta regresando allí, con él, con su mejor amigo, con la única persona que le quedaba en el mundo que supiera quién era ella de verdad.

—Son demasiadas preguntas para la primera noche juntos después de tantos meses, ¿no crees? Ya hemos compartido bastantes secretos

por hoy —zanjó la cuestión. Ya estaba allí y lo había resuelto. No había de qué preocuparse—. Estoy bien. No me ha hecho daño y he salido de allí cuando he podido. Gracias por la cena. Estaba muy buena y gracias por traerme aquí contigo para pasar la primera noche en un sitio decente. Estoy muy cansada. Me subo a descansar.

Leo apretó el puño que tenía bajo la mesa sobre su pierna.

Parecía mentira que no la conociera. Así no le iba a contar lo que quería saber.

—Perdona, yo…

—No te preocupes, está bien —contestó mirándole con los ojos vidriosos por las lágrimas que se acumulaban en ellos, aunque no sabía el motivo. Supuso que eran los nervios por la situación—. Hablamos en otro momento.

—Sí —dijo levantándose para acompañarla.

—No hace falta que me acompañes, haz lo que haces habitualmente. No quiero estorbar. Mañana por la mañana volveremos a casa.

Choco levantó la cabeza y gruñó en total desacuerdo.

Leo lo miró pensando que aquel grandullón marrón oscuro era su único aliado, pero mejor tener uno, aunque fuese perruno, que ninguno.

—No hay prisa —atinó a responder. Greta solo asintió y él supo que o lo arreglaba o sería otro paso atrás imperdonable—. No te vayas —pidió adelantándose un poco hacia ella—. Te prepararé un postre o un café. Quédate un poco más.

Greta le sonrió. Quería quedarse, pero acabarían haciéndose daño o teniendo sexo, y no era el momento para ninguno de los dos extremos. El *shock* del reencuentro inesperado les podría pasar más factura.

—Gracias, pero de verdad que estoy muy cansada. ¿Otro día? —Dejó la puerta abierta a alguna cena más como esa.

—Otro día —contestó prudente con las mismas palabras, aunque deseaba decir «mañana». Intentó no mostrar su pena por haber estropeado la velada.

Greta desapareció por el pasillo y él se quedó allí de pie maldiciéndose así mismo por la torpeza, pero ya no tenía solución.

Escuchó los pasos por el pasillo de la planta de arriba, como entraba a su cuarto y caminaba hasta el borde de la cama.

Choco tenía una oreja levantada todo el rato, como si, al igual que él, vigilara cada movimiento de su dueña.

—¿No vas con ella? —le preguntó al animal.

El perro le resopló una vez como si le contestase, «¿y tú?», para después volver a bajar la cabeza sobre sus patas y así acomodarse para descansar delante del calor de la chimenea.

—Lo sé —le contestó el hombre—. Tengo que tener paciencia, pero con el paso de los años, me cuesta. Cuando sé que ella no está bien, se esfuma al instante —susurró recogiendo los platos, pero el perro ya no le contestó.

Con calma y sin hacer ruido, recogió todo y se fue al ventanal del salón.

La lluvia no cesaba, se mantenía indomable, azotando con fuerza los cristales en algunas ocasiones.

Esperaba que arreciara a lo largo de la noche o el campo pagaría las consecuencias.

—Va a ser una noche larga —susurró al cielo que empezaba a iluminarse con rayos lejanos entre las nubes.

CAPÍTULO 6

El trueno que retumbó en toda la casa a las tres de la mañana la levantó de un salto de la cama.

Leo, al escucharlo, corrió por el pasillo hasta la habitación azul.

Choco aulló en el salón.

—Greta, ¿estás bien? —preguntó el hombre entrando sin permiso al cuarto.

Estaba sentada sobre la cama, con la mano en el pecho, la respiración entre cortada y mirando al jardín.

—Estoy bien, pero tenemos que apagar eso.

Leo miró por la ventana y lo vio.

Un rayo había caído en el patio sobre uno de los frutales de su madre y se estaba incendiando.

—Mierda —susurró justo antes de salir corriendo de allí.

Greta se levantó de la cama y corrió tras él.

Cuando ella llegó, ya había abierto la puerta de cristal de salón, lo justo para salir y que no se colase demasiada agua.

Lo vio entrar al taller. Lo siguió.

El viento y la lluvia eran torrenciales en ese momento, pero no lo suficiente para apagar el incendio.

Leo cogió un extintor y, al salir, la vio tras él.

—Vuelve a casa, es peligroso —pidió preocupado porque cayera otro rayo. Estaba empapada con aquella camiseta de manga larga y el pantalón ligero del pijama, tiritaba y corría mucho riesgo allí.

—Dame otro extintor y apaguémoslo lo antes posible —pidió controlando el castañeteo de los dientes.

Se lo dio a regañadientes y ambos salieron a apagar el fuego.

El viento quería avivarlo, pero el agua luchaba por apagarlo.

Ambos apuntaron a las ramas que prendían y en unos segundos consiguieron su objetivo.

Leo le quitó el extintor de las manos.

—Entra en casa —le gritó por encima de la tormenta.

Greta caminó por el jardín intentando que sus pies descalzos no resbalaran en el barro, mientras él dejaba los extintores dentro del taller y cerraba. No podía parar de tiritar, pero se acercó a la chimenea para avivar un poco el fuego.

Leo cerró la puerta de cristal nada más entrar en casa y se giró buscándola.

—Así no vas a entrar en calor. Tienes que ducharte con agua bien caliente —aconsejó mientras se encaminaba al baño para prepararlo

todo.

Otro rayo cayó cerca y las luces de la casa se apagaron por completo.

—Creo que habrá que dejar esa idea para otro momento —contestó la chica, colocándose frente a la chimenea para echar un poco de leña al fuego.

—Eso parece —murmuró enfadado porque el generador le fallara en ese instante.

El hombre se quitó la camiseta empapada y también el pantalón de pijama mientras caminaba en dirección al pasillo.

Apareció de nuevo sin la ropa mojada, con una toalla enrollada en la cintura y unas cuantas para ella, además de una chaqueta de lana entre las manos.

—Sécate con esto mientras avivo el fuego —propuso arrodillándose junto a ella—. Se ha debido estropear la instalación de emergencia. No creo que pueda arreglarla hasta mañana.

Greta sonrió en la oscuridad. Él siempre lo arreglaba todo o casi todo… Lo miró intentado no fijarse en su cuerpo en la penumbra, pero era inevitable, lo conocía al milímetro, cada cicatriz, cada tatuaje…

Un relámpago iluminó el salón. Los dos se observaban con intensidad.

—Gracias. No pasa nada —dijo la chica cogiendo todo lo que le había traído.

Leo se acercó al fuego rompiendo la conexión.

Echó otro leño y avivó un poco la llama con una vara metálica, mientras intentaba no dejarse llevar por el corazón. Debía pensar con la cabeza, mantenerse frío y distante como había hecho todos esos meses desde que Greta regresó a la ciudad tras fallecer Lía.

Dejó el metal en el suelo antes de girarse.

Greta se había dado la vuelta para desnudarse y se encontró con su espalda. Se estaba colocando una toalla que había pasado bajo los brazos para taparse.

Era difícil no pensar en ella con deseo, siempre lo tenía vivo, aunque no la tuviera cerca, aunque ya no debiera…

Alargó la mano los pocos centímetros que le separaban de su piel.

Pasó las yemas de los dedos con delicadeza. Ya no tenía las manos suaves que ella recordaba. Los trabajos que hacía en el pueblo mezclaban la informática con otros que las castigaban mucho, aunque intentaba mantenerlas cuidadas.

Greta se tensó en cuanto lo notó sobre ella, pero no por miedo o por rechazo. Era la tensión que te provoca la anticipación de la mente a lo que puede pasar, a los recuerdos de otras caricias de esas manos.

Leo vio como la piel se erizaba ante su contacto, con tan solo las yemas de los dedos en una parcela mínima de ella.

Apretó los labios intentando calmarse, pero su respiración, más acelerada, lo delataba.

Greta giró el rostro de lado para verlo, si la iluminación tenue de la chimenea se lo permitía, pero aquella tormenta le regaló la luz de un relámpago.

Lo que vio no le mentía. La seguía deseando y ella a él, también.

—Aquí estarás siempre a salvo. Siempre. Pase lo que pase —susurró Leo las palabras que se le habían quedado atascadas en la garganta antes de que abandonase la cena horas antes, moviendo con lentitud los dedos sobre ella.

—Lo sé.

El silencio se instaló entre ellos unos segundos. Él tocando su piel. Ella disfrutando de cada movimiento, intentando que no se diera cuenta.

Leo paró.

Greta se giró sobre sí misma para quedar frente a él.

—Creía que no querías que volviese a pasar nada entre nosotros —susurró, mientras él la miraba a los ojos, maldiciéndose por aquel arrebato absurdo y gilipollas antes de que regresara a la ciudad en su último encuentro.

—Y yo creía que no era un imbécil, pero lo soy —contestó acercándose hasta quedar muy cerca de su boca.

—Y tanto —respondió la chica aproximándose un poco más.

—Los mejores amigos se lo perdonan todo —recordó su mantra desde la niñez.

—¿Estás seguro?

Leo acercó sus labios a los de ella. No había una respuesta más contundente.

Era como volver a casa después de un viaje agotador. Esa paz.

Tenía la lucha perdida antes de empezarla. No se puede imponer la lógica al corazón cuando el sentimiento es tan profundo.

Greta dejó que la besara como él quería. Era como a ella le gustaba. Lento, suave, despertando cada resquicio de su ser.

Pasó su mano por la mejilla y acercó más su boca.

Greta se abrazó a él y le acarició sus fuertes hombros desnudos, dejando un rastro de fuego en su piel.

Para Leo, cada milímetro que le tocaba, era un grado más de deseo que debía controlar. La había echado mucho de menos, demasiadas noches pensando en ella, en ellos, en lo que fueron y añoraba, hasta que Greta suspiró y supo que tenían que subir al siguiente escalón.

Greta deshizo el beso con suavidad, intentando no ser brusca, aunque le costó un triunfo lograrlo.

Era el momento o no habría vuelta atrás.

No debían ir más allá. Nada era como antes y no podía volver a engancharse a él. No soportaría que la alejara de su vida otra vez. Ya no.

Con mucho esfuerzo impuso la cabeza al corazón.

—Lo siento. Creo que esto no es buena idea—susurró Greta la ligera disculpa.

Lo miró en silencio unos segundos, apretó los labios y tomó aire para calmarse.

No sabía cómo se lo iba a tomar, era la segunda vez que se alejaba así de él en toda su relación, en toda su vida, pero en esta ocasión tenía que ser fiel a sus decisiones definitivas sobre ellos.

No sabía cómo iba a actuar con Leo cuando se reencontraran, pero lo que había dicho en la habitación azul horas antes, aún retumbaba en su cabeza y le dolía en el pecho.

Iba a vivir en ese pueblo, y él también… y solo se tenían el uno al otro. No podían jugar con sus sentimientos más o se romperían para siempre.

El paso de los años y los acontecimientos de la última etapa, les estaban pasando factura y muy cara.

—Tienes razón —contestó en un susurro profundo sin apartar su mirada verde claro de la de ella.

Leo le acarició la mejilla con la yema de los dedos. Sonrió con timidez y se giró para coger la chaqueta de lana que había traído para ella, con una punzada de dolor por el rechazo. Esa prenda era la que tenía que más abrigaba.

Al dolor se haría, sus últimos intentos por retomar la relación no habían salido bien y se estaba acostumbrando a ellos. Había intentado hacerse el duro, apartarla de su vida como meses atrás, pero solo había conseguido estar peor.

Colocó la chaqueta sobre sus hombros con delicadeza, ella pasó los brazos por las mangas y dejó caer la toalla cuando se hubo tapado.

Un relámpago lo iluminó todo y el trueno retumbó a continuación.

Leo miró por la ventana. La lluvia arreciaba fuerte.

—Será mejor que durmamos aquí abajo. Mantendré el fuego. —Ella asintió—. Deja que lo prepare.

Greta miró como se marchaba de nuevo, con aquella frágil toalla a la cintura. Cogió aire. Todo había sido fácil entre ellos desde que se conocían, incluso mucho más desde que se besaron la primera vez. ¿Qué les pasaba?

Leo se fue del salón, no solo a buscar lo prometido, también a respirar y pensar unos segundos en lo que acaba de ocurrir.

Se refugió en su habitación, buscando ropa seca que ponerse mientras pensaba en ello.

Nunca le había frenado así. Él a ella tampoco. Pero ya no tenían dieciocho años ni veinte, pasaban bastante de los treinta y la vida les había arrollado.

Pasó la lengua por sus labios, los mordió y cerró los ojos. Sus besos sabían igual. Eran apasionados y delataban sus sentimientos, pero algo había cambiado en ella.

Estaba seguro de que él tenía parte de culpa en ese cambio. Mucha.

Regresó al poco tiempo al salón.

Se había puesto una camiseta y un pantalón de algodón gris de deporte. Seguía descalzo y cargaba con un gran colchón.

—Con esto servirá —dijo mientras lo colocaba delante de la chimenea. Después le tendió un bóxer para que se los pusiera como pantalón corto. Era lo único que le podría servir.

Se volvió a marchar mientras ella se los ponía e intentaba secarse un poco el pelo con una toalla. Regresó con almohadas y un gran edredón nórdico.

Leo ayudó a Greta a acomodarse en la cama improvisada.

Los dos se acostaron y se arroparon mirándose el uno al otro.

—¿Tienes frío? ¿Estás cómoda? —preguntó preocupado. Atento como siempre.

—Sí, tranquilo. Estoy muy bien.

La miró no muy convencido.

—¿Quieres hablar?

Greta lo observó mientras pasaba la mano en una caricia por su barba de un par de días.

Lo conocía muy bien. Estaba preocupado por lo que le había dicho esa tarde y esa noche, por no mencionar lo de la interrupción del beso, pero no era el momento de mantener ese tipo de conversación. Por mucho que le costase dormir sin solucionarlo todo antes.

—Ya has arreglado todo lo que podías arreglar por hoy, ¿no te parece? —Leo cogió aire sin contestar. Nunca le parecía suficiente con ella. Greta sonrió con ligereza—. Leo, de verdad, estoy bien. Ya estoy aquí. —En cuanto pronunció su nombre, en ese tono cálido y suave, tan íntimo entre ellos, su frente se relajó y el músculo de su mandíbula dejó de tensarse. Ella lo acarició de nuevo justo allí sin apartar la mirada—. Como decía Lía, todo se solucionará. Solo espero que su casa aguante este temporal.

—Aguantará —contestó—. Es fuerte, como sus mujeres.

—Gracias. Ojalá tengas razón.

Leo estaba convencido de que no hablaba solo de su nueva casa. Esos secretos le mataban. Le costaba mucho acostumbrarse a que ella no le contase lo que le pasaba sin dudar.

—Descansa, Greta. Aquí estás a salvo. Escucha la lluvia y relájate.

No pienses en nada más —pidió con un tono de voz profundo y sensual.

Le hizo caso y cerró los ojos. Era a la única persona y a la única voz que se aferraría en cualquier parte.

CAPÍTULO 7

Madrid, otoño de 2007

Greta colocaba los trajes de la sección *Woman* de la tienda Zara en la que trabajaba. Estaba en la calle Carretas de Madrid, en pleno centro, junto a la Puerta del Sol, y antaño había sido la más grande de la ciudad.

Había conseguido aquel trabajo un par de años atrás, cuando su carrera de Ingeniería Informática estuvo encaminada y su padre decidió ir a vivir al pueblo junto a su abuela Lía, para trabajar en la empresa de su mejor amigo Leonardo, el padre de Leo.

Estaba harto de la ciudad. Cada día le veía más apagado y malhumorado con su trabajo. Hacía tiempo que su empresa había empezado a hacer aguas y los mantenían en activo por turnos.

Después de irse dos veces al paro y ver que le tocaría hacerlo una tercera, tomó la decisión. Su hija necesitaba dinero para estudiar, y él se encargaría de encontrarlo para que nunca le faltara, pero según iban las cosas, no sabía si podría pagarle la carrera. Para los caprichos nunca pedía. Greta se buscaba trabajos para conseguir lo que necesitaba.

Un buen día, a la hora de la cena, Darío le anunció a su hija que se iba al pueblo. Leonardo le había dicho muchas veces que allí no le faltaría nunca trabajo y no iba a posponerlo más.

Le dejó la casa para ella y se mudó a la casona de Obdulia, en su querido Bellavista.

Greta decidió buscar un trabajo que le permitiese tener tiempo entre semana para poder ir a clase. Cuando hizo la entrevista en aquella tienda, la cogieron enseguida.

Sabía que su apariencia física, la edad y su ropa a la moda, sería un plus a su favor. En cuanto charló un poco con la encargada y vio cómo era en persona, le dio el puesto.

Habían pasado muchas cosas en todo ese tiempo. Había visto de todo allí y poco a poco se hizo con responsabilidades que la tenían a punto de conseguir ser la segunda encargada de la sección de mujer.

El ritmo de trabajo era frenético, a pesar de ser jueves, y es que en el centro de la ciudad nunca se descansa. Por allí se mueve todo tipo de público y ellas no podían parar de colocar la tienda. Debía estar lo más presentable para los clientes y atender sus reclamos lo más diligentemente posible.

—Madre mía, ¿qué les pasa hoy? —preguntó Carmen en voz baja, doblando una camiseta tras otra sobre la mesa de cristal junto a Greta,

que colocaba los trajes de chaqueta en sus perchas de forma que todos estuviesen iguales y quedaran perfectamente alineados en el colgador.

—Ni idea. Igual hay algún evento por aquí y no nos hemos enterado, pero si es así hoy, prepárate para el sábado —susurró Greta apretando los labios y levantando las cejas.

—No quiero ni pensarlo —contestó la compañera levantando la vista en dirección a la puerta, por donde entraba gente y siempre había que estar pendiente de los clientes—. Dios mío de mi vida. Menos mal que nos hacen regalos así de vez en cuando. Ya se me está pasando el agobio de doblar como loca. Uno así te arregla para una semana.

—¡Habéis visto al rubio! ¡Me lo pido! —dijo Gema, otra dependienta, acercándose a ellas deprisa con una percha y un pantalón en las manos.

—No seas lagarta —susurró Carmen negando con la cabeza. Su compañera no perdía ripio cada vez que entraba un tipo interesante.

—Haced el favor de comportaros. Tenemos mucho trabajo y esto no puede pasar cada vez que un tío bueno entra por la puerta —relataba Greta mientras colocaba los últimos trajes de espaldas a la tienda y a sus compañeras. Observó su trabajo. Estaba perfecto, de exposición, hasta que alguien empezara a buscar su talla y adiós, como cientos de veces cada día—. De verdad, chicas, sé que pasan hombres de anuncio por aquí, pero tenéis que ser más discretas.

Greta se dio la vuelta al acabar la última palabra.

Allí tenía a sus compañeras con la boca abierta, ropa en las manos sin doblar y la mirada clavada en él.

—Hola, Greta —dijo Leo con una sonrisa tan sensual, que a ella le explotó el corazón.

Se fijó en su chica sin disimulo alguno, siempre lo sería a pesar de no tener una relación formal. Estaba preciosa vestida con su traje negro sastre entallado, zapatos de cordones de corte masculino del mismo color, y maquillada y peinada a la perfección, como solían hacer todas las empleadas. Su imagen tenía que ser impoluta y lo más perfecta posible. Ese día se había semirrecogido el pelo a un lado con unas preciosas horquillas.

—Leo —susurró, porque no podía articular más palabras ni a más volumen.

Tenía una mezcla de emociones al verle allí, que era incapaz de describir. Estaba guapo a rabiar con su cabello en diferentes tonos de rubio, a medio camino entre el pelo corto y el largo que le quedaba de impresión, y sus ojos verde claro, con esa mirada tan sensual que no le quitaban la vista de encima.

Él agrandó la sonrisa mordiéndose ligeramente el labio inferior. Estaba nervioso, impaciente por verla, aunque lo disimulaba bien.

—Estás preciosa —dijo en un tono de voz que la llevó a recordar semanas atrás en Bellavista. Las mariposas saltaron como locas en el estómago.

—Madre mía, tú no te has visto, ¿verdad? ¡Menudo cañón! —dijo Gema incapaz de contenerse.

Leo miró a la chica unos segundos con una sonrisa simpática en los labios y enseguida regresó a Greta.

Ni por asomo era la misma mirada que la de aquella desconocida.

—¿No te ha gustado la sorpresa? —preguntó preocupado. No esperaba esa reacción.

En su plan estaba que ella saliera corriendo a echarse a sus brazos, él la recibiría y darían vueltas sobre sí mismos mientras se besaban como en una preciosa película romántica, pero no estaba pasando.

—¿Gustarme? Estoy flipando —contestó sincera con el corazón a mil por hora.

No tenían ningún compromiso. Era una relación de amistad profunda para siempre, que se convertía en mucho más cuando tenían la oportunidad de estar juntos, pero nunca había ido a buscarla. Nunca había venido a la ciudad sin avisar.

—Quería sorprenderte. Espero no ser inoportuno —se disculpó por si había metido la pata.

—Has sido muy oportuno. ¡Nos has arreglado la tarde! Qué alegría nos has dado —contestó Carmen en voz alta, aunque pensaba que se lo decía a ella misma mentalmente.

Leo sonrió incapaz de contener el gesto ante las palabras de las compañeras de Greta, pero le preocupaba que ella no reaccionara. Después del verano que habían pasado, esperaba otro recibimiento…

Sus miradas se engancharon otra vez, como siempre que estaban cerca desde aquel beso en la habitación azul de años atrás. Esa locomotora que se puso en marcha entonces era imparable.

—Perdone, señorita, ¿me podría buscar una talla cuarenta y dos de este traje que lleva usted? —preguntó una cliente a Greta en el momento más inoportuno.

—Yo la atiendo, señora. Espero que no le importe. Greta tiene unas cosillas que hacer —reaccionó Carmen al instante, llevándose a la mujer a un perchero cercano donde había un traje que se parecía mucho al que ellas lucían en la tienda, pero no igual. El uniforme era exclusivo para las empleadas.

—Estás increíble —dijo Greta a Leo retomando la cordura—. ¿Qué haces en la ciudad? No me creo que estés aquí.

—He venido a…

—¡Vaya! ¿Quién es, Greta? —preguntó una mujer muy elegante que se acercaba a ellos con una PDA en la mano.

La chica miró a su jefa, la encargada de la tienda, que ya estaba

junto a ellos para ver qué sucedía. Gema desapareció como por arte de magia justo antes de que la mujer llegara hasta ellos, aunque estaba segura de que la había visto.

—Es Leo, mi…

—Encantada, Leo. Soy Raquel, la encargada de la tienda —la cortó antes de acabar.

—Encantado —contestó él cortés, pensando en darle la mano como haría con cualquier jefe, pero ella se adelantó y le plantó dos besos en las mejillas.

Greta cogió aire. Sabía lo que Leo podía provocar. Lo sabía de sobra y lo comprendía. Apretó los labios.

Raquel la miró como si esperase a que le diese alguna explicación más. Greta tragó saliva con disimulo antes de hablar.

—Ha venido a verme por sorpresa. Enseguida continúo colocando la tienda —se disculpó por entretenerse.

—Estarás contenta con el detalle —dijo la mujer sin quitar los ojos del chico. Lo repasaba de arriba abajo sin pudor.

—Mucho. Es mi mejor amigo —contestó tragándose el «y algo más».

—Parece que no os veis desde hace tiempo —continuó especulando.

—Sí. Él no vive en la ciudad.

—Vivía —corrigió Leo. Greta lo miró incrédula, algo que le arrebató una sonrisa traviesa muy especial.

—¿Te vienes a Madrid? —preguntó la chica ignorando a su jefa, con la esperanza de una respuesta afirmativa revoloteando en su mente.

—Vengo a completar la carrera que hice en Barcelona con un máster —contestó ilusionado por contarle por fin la noticia. Lo estaba deseando, pero no quería hacerlo por teléfono, quería verle la cara cuando se lo explicara. Aunque pensó que estarían a solas.

—¿En serio? No me estás vacilando, ¿verdad? —preguntó con el corazón desbocado.

—No. Acabo de llegar y he venido a contártelo antes de instalarme.

Leo había estudiado también Ingeniería Informática, pero le concedieron una beca para la Universidad de Barcelona y aprovechó la oportunidad; a ella para la Complutense de Madrid… Sus vidas se distanciaron más.

—¿Buscas trabajo? —intervino la encargada de la tienda antes de que Greta pudiese procesar lo que le contaba.

—¿Un trabajo? —preguntó la pareja al unísono.

—No se ha cubierto la vacante que tenemos en caballero. Los candidatos de hoy no daban la talla para el puesto. —Enseguida, Greta

tradujo aquella frase mentalmente: ninguno de los chicos que habían comparecido a cubrir la vacante tenían la presencia que ella exigía—. Por lo que estoy viendo y escucho, Leo es perfecto. Aunque tendría que entrevistarle con Dim. Al fin y al cabo, él es el responsable de la sección.

Leo miró a Greta buscando más información. No podía creer que nada más llegar a Madrid fuese a conseguir un trabajo.

—Estamos buscando a un chico para la sección de caballero —le contó—. Entre semana la tienda está más floja y tenemos tiempo para estudiar. Los fines de semana ya sabes mi horario de locos. Hay que trabajar ocho horas en turnos alternos. Libramos días aleatorios —explicó escueta lo más importante. Si había venido a estudiar, el tiempo para hacerlo era lo principal.

—¿Te interesa? —interrumpió la jefa en cuanto acabó la explicación.

—Claro que sí. Muchas gracias por la oportunidad. Estaré aquí cuando usted me diga para la entrevista —aceptó.

—Ahora mismo. Deja que llame a Dim y vengo a buscarte. Dame un minuto —dijo la mujer, alejándose en dirección a la caja, no sin antes apretar el brazo de Leo con un gesto de cercanía, que a Greta le dijo todo. Leo le había gustado y quería que se quedase. Prácticamente el puesto era suyo.

—¿Quién es Dim? —preguntó el chico, acercándose más a Greta, sorteando la mesa que los separaba. No quería estar al lado de esa mujer que le iba a solucionar uno de sus retos al llegar. Quería estar junto a su chica.

—En realidad se llama Dimas. Es el encargado de la planta de caballero —explicó divertida el mote, agradeciendo que él se acercara.

—Disculpe, señorita, ¿la planta de niños? —preguntó una mujer de unos sesenta años—. Necesito comprar un regalo a mi nieto recién nacido. Uno de esos trajecitos monos de dos piezas de bebé, de tela muy suave…

—Sí, la entiendo. Es la segunda planta. Puede coger al ascensor ahí mismo. —Señaló la chica la puerta metálica frente a ellos con una gran sonrisa en la boca—. Y enhorabuena —añadió con cariño.

—Muchísimas gracias. Es precioso. Rubito y con una cara muy dulce…

Greta no quería desaprovechar el poco tiempo que tenía con Leo antes de que su jefa se lo llevara. Quería preguntarle tantas cosas… pero tampoco podía dejar con la palabra en la boca a la mujer. El cliente siempre es lo primero.

Gema vio el panorama y salió al encuentro.

—Señora, venga conmigo que la voy a acompañar. Tengo que ir al almacén y me coge de paso. A ver si está mi amiga Bárbara de la

sección infantil, que le va a buscar el traje más bonito de toda la tienda.

Greta sonrió a la mujer y luego dibujó un «gracias» en los labios para su compañera.

—¿Es así todo el tiempo? —preguntó Leo acercándose más. Greta sintió el cosquilleo de la piel cercana, del aliento caliente que exhalaba al hablar.

—A veces las cosas se salen de madre y tenemos que inmovilizar a algún ladrón, pero Paco se encarga de eso la mayoría de las veces —explicó la labor de su guardia de seguridad, sintiendo como él pasaba la mano por su cintura, más cerca—. ¿Dónde vas a vivir? ¿Cuánto tiempo te quedas? Si vienes a hacer el máster, tendrás que quedarte en algún sitio —curioseó antes de que llegara su jefa.

—Todo el curso —soltó el bombazo. Eran nueve meses en Madrid con ella. Aún no se lo creía ni él—. No he pensado donde me voy a quedar. Me han llamado a la hora de comer para empezar la semana que viene si quería y, según he colgado, he pensado en ti, en que necesitaba contártelo. He preparado mis cosas mientras mi madre ha hecho una tortilla de patatas que llevo en el coche y aquí estoy.

Greta lo escuchaba sin creerse aún que estuviera allí. ¡Todo el curso! El corazón se le iba a salir del pecho.

—Puedes vivir conmigo —soltó sin preguntar si quería hacerlo.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Si quieres ir a otro sitio, lo entiendo. Es solo que vivo sola y no tendrías que pagar alquiler. Solo los gastos a medias conmigo —se apresuró a explicarse. Estaba nerviosa. Solo pensar en la posibilidad, la dejaba sin aliento, pero no quería avasallarle ni parecer ansiosa por un sí, aunque lo estuviera—. Al menos, quédate hasta que encuentres algo a tu gusto si no te apetece la idea.

Leo no dijo nada, solo esbozó una sonrisa de medio lado que la dejó sin respiración. Acercó la boca a sus labios mientras pasaba una mano con suavidad por su nuca y la besó con pasión contenida sin importarle donde estaban.

Greta dejó que lo hiciera y supo que la respuesta era un claro sí.

Las compañeras la miraban contentas de que estuviera tan feliz con aquel chico misterioso del que nunca hablaba y, tras verlo, no las extrañaba que lo mantuviera en secreto.

Aquella noche

Leo esperó paciente a que Greta y sus compañeras terminasen de colgar y doblar a la perfección hasta la última prenda de la tienda. Estaba apoyado en un coche aparcado frente a la puerta, con las manos en los bolsillos y su chaqueta de cuero abierta.

La sonrisa le iluminó al ver como salía la primera corriendo hacia

él.

—¡Hasta mañana, suertuda! —gritó Gema desde la puerta.

Greta sonrió sin girarse, solo levantó la mano diciendo adiós. No quería apartar la mirada del chico que tenía enfrente.

Leo se incorporó y avanzó hasta ella, la envolvió entre sus brazos y la besó en los labios como si aquella coreografía la hiciese cada día, como había soñado que sería.

—Te han dado el trabajo. ¡Es increíble! —le dijo nada más deshacer el beso.

—Aún no me lo creo —confirmó la noticia.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres celebrarlo?

—Nada. Solo estar contigo —contestó acercando los labios a su oído para que nadie más pudiese escucharlo.

A Greta le temblaron las piernas por las palabras que la llevaban a los recuerdos, que se hacían más nítidos con el ligero contacto de su piel.

—Entonces, nos vamos a casa —susurró nerviosa y él asintió.

El viaje se les hizo eterno. Las calles de Madrid no tenían mucho tráfico a esas horas; eran más de las diez de la noche y la ciudad se había descongestionado bastante, pero deseaban llegar a algún lugar donde las miradas indiscretas no les incomodaran.

—Aparca aquí. Mi casa está en aquel edificio —señaló la chica un bloque de pisos a escasos diez metros.

Leo estacionó donde ella le decía y detuvo el motor.

La pareja se miró.

A Greta los nervios le consumían, como cada vez que iba a Bellavista y sabía que él estaría, pero ahora no sabía en qué punto seguía su relación.

Su amistad siempre sería firme, se lo habían prometido, pero ella quería más. Después del último verano, él parecía que también.

—¿Tienes ascensor? —preguntó mientras abría la puerta.

—Me temo que nos va a tocar hacer deporte —contestó a su pregunta. No había ascensor y, aunque era solo un segundo piso, cargar con cajas y maletas era agotador.

—Yo lo haré. Tú coge esa tortilla de patatas y descansa un poco. Acabas de salir de trabajar.

Greta conocía perfectamente a Leo. Él era así, su padre era así, pero era tarde y no podía dejar sus cosas en el coche.

—Hagamos un viaje y lo vemos, ¿vale?

Leo no contestó y salió del coche directo al maletero.

Subieron a casa de Greta cargados con todo lo que pudieron y luego Leo llevó el resto.

Greta se cambió de ropa e intentó preparar una ensalada rápida para acompañar a la tortilla de Edelmina.

Escuchó a Leo dejar las últimas cajas en el suelo de la entrada, cerrar la puerta, echar la llave, quitarse la cazadora y colgarla en el perchero.

El pulso se le aceleró mientras su mente representaba cada sonido que escuchaba. Era una sensación inexplicable, como si fuese lo que sucedía todos los días.

Se giró para mirar en dirección a la puerta.

Estaba allí, con sus vaqueros perfectos y una camiseta blanca de manga corta. Su pelo demasiado largo para llamarlo corto, la barba de un par de días y esa mirada intensa que despertaba su deseo por él.

Leo la había observado unos segundos. Había cambiado el traje que le quedaba tan bien por un vestido ligero y una chaqueta fina. Estaba descalza, como siempre. Le encantaba estar sin zapatos en cuanto tenía la ocasión de quitárselos y a él le gustaba su naturalidad.

—Creo que he invadido tu *hall* y parte del salón —se disculpó viendo que ella no decía nada.

—Si quieres cenamos y luego te ayudo a instalarte —propuso nerviosa.

Todo había sido tan inesperado, que aún no había pensado cómo lo iba a gestionar, pero tenía que empezar de inmediato o se le iría la situación de las manos.

No se veían desde finales de agosto y su relación amorosa iba y venía cada año con el verano o las vacaciones en Bellavista. Esto era nuevo para los dos.

—Perfecto —dijo Leo caminando hasta ella, dispuesto a ayudar.

Greta sonrió con timidez. Sentía una presión en la boca del estómago y en la garganta que casi no la dejaba respirar. Como siempre que estaba a su lado y no sabía qué iba a pasar.

Eran libres, cada uno tenía su vida cuando sus caminos no coincidían, pero desde el beso en la habitación azul, estar en el mismo espacio era como ser dos imanes que se atraían.

Nunca se decían adiós cuando se separaban. Siempre era un hasta pronto, aunque a veces, ese tiempo fuesen meses eternos.

Ambos intentaban conocer a otras personas, sabían que sus vidas se bifurcaban continuamente para seguir cada uno con sus metas, y era complicado mantener una relación a distancia, pero ahora era diferente. Allí estaban ambos caminos, unidos en un cruce que los llevaba en la misma dirección.

Leo estaba a su lado, pegado a ella, sin coger nada de lo que había preparado sobre la encimera. Solo estaba allí, disfrutando de la fragancia de su pelo. Lo había soltado y olía al champú que usaba desde hacía años. Sabía que se lo había recogido mojado, porque eso hacía que el olor se guardara en el recogido hasta que se lo quitara, como ahora.

Él había luchado mucho por estar allí. Incluso había rogado por aquella plaza en la Universidad de Madrid para estar con ella. Era su oportunidad de enamorarla de verdad, su plan maestro para que ya no quisiera alejarse de él. Sabía que era difícil, era una chica de ciudad con mil tipos cosmopolitas rendidos a sus pies, ¿por qué iba a querer a un chico de pueblo por mucha Ingeniería que hubiese estudiado? No es que todos aquellos veranos y vacaciones no significaran nada para ella. Sabía que sí. Se lo había dicho muchas veces; unas con palabras, en otras no hacía ni falta, su cuerpo, su sonrisa, su forma de acariciarlo la delataban, pero aun así, creía que él solo era el tipo con el que experimentas antes de salir con el que te quedas y que acabaría olvidado en el cajón de los recuerdos si no actuaba antes de que fuese tarde.

—¿Estás bien? —preguntó a Greta. Ella no decía nada y lo último que quería era que su invitación a compartir la casa fuese un compromiso que deteriorase su relación.

—Sí, claro que sí —contestó rotunda, pero apretó los labios al acabar la frase.

Leo la cogió de la cintura y la giró para enfrentarla a él.

—¿Segura? —insistió.

—Sí, es solo que estoy un poco preocupada —soltó de repente y él arrugó el ceño inquieto—. Tengo todo hecho un desastre. No he tenido tiempo para arreglar la casa para compartirla y ahora estás aquí y yo…

Leo puso un dedo en sus labios.

—¿De verdad te preocupa eso? —preguntó consciente de la excusa. La conocía—. He dormido en sitios poco recomendables y, créeme, este no es uno de ellos. Aunque tuviese que dormir en el suelo, sería perfecto. —Ella sonrió con timidez.

—Me dejas más tranquila —mintió. Sus manos en la cintura le aceleraban el pulso.

—No quiero invadir tu vida. No era la idea. Solo quería ver a mi mejor amiga y contarle que estoy aquí. Por fin estoy aquí —contó mientras quitaba una mano de la cintura de la chica y colocaba un mechón de pelo tras la oreja—. Puedo quedarme unos días hasta que encuentre algo decente donde vivir este curso. No te preocupes. Has sido muy amable al acogerme y no dejarme perdido en la ciudad.

—No invades mi vida. Si te he invitado a vivir en mi casa, es porque quiero que estés aquí. —No continuó porque se le iba la voz por la emoción contenida. Se tragó un «conmigo, juntos» por miedo.

Se mantuvieron la mirada en silencio unos segundos.

—Una vez aclarado el tema de la convivencia, voy a contestar a lo que te preocupa, para que te relajes y vuelvas a ser tú —susurró lo que sabía que pensaba, pasando la mano por su nuca, antes de bajar la

boca hasta sus labios. Greta cogió aire, el corazón se le iba a salir del pecho—. Creo que en agosto lo dejamos por aquí.

La besó tranquilo, con calma, saboreando cada roce, cada segundo.

Greta suspiró al encontrarse con su boca. Lo echaba tanto de menos…

No es que los besos de aquella tarde no hubiesen sido como los de antes. Lo habían sido. Era que, la sorpresa sumada a estar en su trabajo, no la habían dejado disfrutarlo.

Ella subió las manos hasta el cuello de Leo y después las pasó por su barba de dos días, hasta enredar los dedos en el pelo rubio a un paso de ser largo, que le daban ese toque rebelde que siempre había traído de cabeza a todas las chicas.

El beso se hizo más exigente, más duro, más profundo. Sus bocas jugaban mientras el pulso se les disparaba y la respiración acelerada les provocaba jadeos llenos de deseo.

Leo apoyó a Greta en la encimera y acercó sus caderas a las de ella.

Deshicieron el beso. Se miraron con intensidad.

—Creo que en agosto lo dejamos más bien por aquí —susurró Greta en su oído, mientras pasaba las manos por la cintura de los vaqueros de Leo y desabrochaba los botones.

Él sonrió de medio lado, travieso, mientras con las manos en las caderas de Greta, recogía con cuidado el vestido.

Ella jadeó al sentir el movimiento y la tela rozando la piel.

Se miraron.

Greta acarició su barba mientras se mordía el labio inferior.

Leo deslizó una mano por el interior del vestido sintiendo como la piel de ella reaccionaba a sus caricias.

—Te he echado mucho de menos —confesó el chico casi sin voz.

—Y yo a ti.

—Creo que este mes sin ti ha sido el más duro de toda mi vida.

Greta lo miró sorprendida por aquellas palabras. Nunca habían confesado algo así por el otro, pero lo comprendía, también lo había sido para ella. El último verano fue más especial, más intenso… Habían profundizado más en su relación.

—No he querido pensar en ello, Leo. Ni en cuanto quedaba para volver a verte ni qué pasaría cuando llegase el día. No puedo, me falta el aire —admitió.

Leo la apretó contra él un poco más, pero no por su deseo sexual, sino por lo que acababa de decir. En su interior gritaba eufórico por aquellas palabras.

—Nunca hemos tenido la oportunidad de tener otra cosa, Greta, pero este año es diferente. ¿Quieres pasarlo conmigo?

—Siempre quiero estar contigo —reveló rodeando su cuello con los brazos.

Leo no habló más, acercó la boca a sus labios y la besó con intensidad.

Ella se apretó contra su cuerpo, notando su excitación creciente, igual que la suya. Sin esperar más, lo cogió de la mano para llevarlo a la habitación.

Él la siguió sin soltarla, oliendo su pelo, su perfume, disfrutando de cada segundo para intentar recuperar el tiempo que habían estado separados.

Greta se giró a él junto a la cama.

Leo sonreía mientras se mordía el labio inferior en un gesto sexi. Se quitó la camiseta blanca con un rápido movimiento, y Greta, sin apartar la mirada de sus ojos, acarició sus fuertes brazos hasta los hombros. Con calma, continuó el recorrido por el torso hasta la cintura del pantalón que había abierto en la cocina, y, sin dudar, ahuecó con la punta de los dedos la ropa interior. Él contrajo los músculos intentando no moverse, pero ella sabía que se le había cortado hasta la respiración.

Despacio, Leo deslizó la mano por su cuerpo hasta el botón del escote. Los fue abriendo uno a uno, mientras a ella se le erizaba la piel por el contacto de la tela al abrirse.

Cuando acabó, metió las manos entre la tela acariciando su cuerpo. Sintió como temblaba allí por donde pasaba los dedos.

—Te quiero —susurró Leo en su boca antes de que se perdieran en el sexo—. Sé que nunca nos lo decimos porque lo nuestro es complicado, pero no puedo ignorarlo más. No quiero que llegue el último día juntos y no haya tenido el valor de decirlo en voz alta.

—Leo —susurró Greta sorprendida. Lo deseaba más que nada en el mundo, pero creía que no se lo diría jamás.

—He venido todo el camino pensando en qué te iba a decir cuando estuviésemos a solas y solo pensaba en esas dos palabras que jamás he dicho a nadie. Podía esperar a un momento bonito, a estar en un lugar especial, pero creo que lo más especial que tengo es mi tiempo contigo y siempre es demasiado corto. —Greta lo miró con el corazón desbocado. ¿Cuántas veces había soñado con escucharle decir todo eso? Cada noche desde la habitación azul—. Quería decírtelo antes de que el sexo lo cambie todo, antes de que se calme un poco el deseo que siento por ti, antes de hacer realidad mis ganas de ti. Te quiero, Greta.

—Te quiero. Siempre. Aquí, en Bellavista o separados por kilómetros y kilómetros de distancia. Te quiero, Leo. Te quiero desde que bailaste conmigo en las fiestas de Bellavista con cinco años.

Leo sonrió recordando aquel día en que él se atrevió a sacarla a

bailar por primera vez. Aún no sentía nada parecido a lo que ahora sentía por Greta, pero sabía que ella era especial para él y quería estar a su lado. Lo repitió con veinte en el baile de los jóvenes y fue una de las noches más especiales de sus vidas. Ahora estaban viviendo otra.

—No sé a dónde nos llevará el futuro. No puedo prometerte que será perfecto, ni de ensueño… No sé lo que va a pasar, pero sé que hoy quiero hacer el amor contigo.

—No tardes —contestó Greta deslizando el vestido por los brazos para que cayera al suelo.

Leo pasó las manos por las caderas y subió hasta el sujetador.

Con un rápido movimiento de sus dedos, desabrochó el cierre y en una caricia lo sacó por los brazos.

Sin tocarla, bajó las manos hasta la ropa interior y se la quitó sin rozar la piel. Después se quitó su ropa y los zapatos.

Dejó un beso en sus labios, uno rápido que la hizo suspirar. Sin tiempo que perder, bajó su boca en una caricia por el cuello y la clavícula hasta sus pechos.

Se sentó en la cama para estar más cómodo y ella jadeó al sentir su lengua y sus dedos jugando con ellos.

Las piernas casi no la sostenían por la excitación. Se colocó sobre él para dejar las rodillas sobre la cama.

Estaba tan excitada que, con un par de roces con su miembro, la penetró.

No podía respirar, él la excitaba tanto que la dejaba sin aliento. Sus cuerpos se entendían a la perfección, se movían al unísono y primero ella, después él, llegaron al clímax.

Greta se abrazó a Leo. Era el hombre de su vida, siempre lo había sido, no tenía elección. Nadie podía superar a Leo en nada, pero sobre todo, nadie podría hacerle explotar el corazón como lo hacía él.

CAPÍTULO 8

Bellavista, marzo 2020
Casa de Leo

Cuando despertaron por la mañana en aquel colchón sobre el suelo del salón de Leo, la lluvia seguía cayendo sin descanso.

Greta abrió los ojos convencida de que ya se habría levantado para alejarse de ella, pero estaba allí.

—Buenos días —susurró somnolienta.

—Buenos días —contestó incapaz de apartar la vista de ella.

—Sigue lloviendo.

—Sí. Además, seguimos sin luz.

—¿Solo aquí?

—No lo sé. Lo veremos cuando salgamos.

—¿Y el generador?

—No tiene buena pinta, pero lo revisaré más tarde. Tenemos que ir a tu casa a ver cómo están las cosas por allí y hacer una lista de los arreglos que necesites.

Greta no se acostumbraba a que llamasen «su casa» a la vivienda de su abuela. Siempre sería la casa de Lía.

—No te preocupes. Tienes que arreglar el generador y habrá otros trabajos que hacer. No quiero entorpecer tu vida.

Leo la miró fijamente unos segundos pensado en su respuesta a aquella última frase. Le había dolido más de lo que hubiese imaginado.

¿Qué vida? Él había vivido en Londres, en Barcelona, había viajado por el mundo sin querer anclarse a nada para seguir disfrutando de esa libertad que tanto veneraba, de la que tan difícil le resultaba ceder una pequeña parcela para obtener la felicidad completa y ahora estaba allí, donde todo empezó. Solo y sin nada más que esa casa, porque ni siquiera podía decir que la tuviera a ella.

—El generador es complicado y no puedo arreglar el tejado del hotel del pantano con este tiempo. Ayer le hice un apaño hasta que pase la tormenta. Espero que aguante. Soy todo tuyo hasta que deje de llover —respondió en lugar de ser franco y contarle lo que sentía.

A Greta se le removió algo por dentro al escuchar aquellas palabras.

Cuando murió su padre y él vino lo más rápido que pudo para estar con ella en aquel momento tan difícil de su vida, también llovía. Mucho. Casi no llegó a tiempo por culpa de aquella borrasca sobre toda Europa. Aún podía sentir el frío de la humedad en aquel

cementerio. Ese frío que no se le fue en años y solo se calmaba cuando estaba con él.

Aquella fuerte tormenta les dejó más tiempo para estar juntos, pero no el suficiente. Todo cambió.

Leo se dio cuenta del gesto de su rostro, de la mirada perdida en los recuerdos y supo hasta qué episodio de su vida se había ido.

Sin pensarlo mucho, pasó una mano por su cintura bajo el cálido edredón, y acarició su espalda hasta colocarla en el cuello.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, aunque sabía que no lo estaba.

Greta desvió la mirada hacia la puerta de cristal por donde se salía al jardín. Las gotas golpeaban con fuerza contra ella.

—Desde hace tiempo, la lluvia y yo no somos muy buenas amigas.

—Lo sé, pero esta vez es diferente —prometió cogiendo su barbilla con suavidad para que le mirase—. No creo que su corriente pueda llevarse nada más.

—Sí, ya se ha llevado todo lo que más me ha importado en la vida. No me queda nada, pero nunca digas nunca.

—A veces, también devuelve cosas.

Greta lo miró apretando los labios para no decir ni preguntar nada de lo que se pudiese arrepentir.

Años atrás, él dejó claro cómo quería su vida y hasta dónde se comprometería con el resto del mundo en el camino. Quizá no en voz alta, pero sí con sus decisiones. Ahora era ella quien tenía que decidir.

—A veces —respondió sin esperanza.

A Leo le dolía cada segundo sin ella desde hacía mucho tiempo, pero ¿cómo podía dar marcha atrás? ¿Cómo le iba a arrebatar su vida por él? No lo haría otra vez, ni siquiera ahora que parecía que el destino les tenía reservada la misma parada en el camino. Sabía que ella estaba dispuesta a dejarlo todo por él. Ahora, era él quien debía demostrarlo.

Greta no creía en aquella respuesta. Ya no. Se había conformado con lo que había disfrutado de él porque no había ganado nada luchando a contracorriente.

No quería que le rompiera de nuevo el corazón.

El timbre de la puerta interrumpió la conversación.

Greta lo agradeció.

Cuando llegó a Bellavista, no estaba preparada para verle. El plan era quedarse un par de días escondida en casa de Lía, haciéndose a la idea de su nueva vida, para tener el valor de llamar a su puerta y contárselo… Mucho menos estaba preparada para todo lo que había pasado en pocas horas.

—Voy a ver quién es y vengo a hacer el desayuno. No te levantes. Hace frío.

Leo se incorporó rápido, asustado por su propia actitud. Había estado a punto de darle un beso antes de ir a abrir la puerta, como hubiese hecho en otras etapas de su vida, pero ella había dejado claro esa noche que no estaba preparada para retomarlo todo donde lo dejaron. No quería equivocarse una vez más.

No le dio tiempo a Greta ni a contestar, cuando ya había salido de la cama y se encaminaba hacia la puerta.

Se tumbó bocarriba mirando el techo. Los recuerdos eran como un tsunami en aquella casa. Era imposible no tenerlos, no pensar en ellos si tenías un segundo de calma.

Cerró los ojos.

Veía a Leo, mojado por la lluvia, intentando que ella no se cayera por las escaleras tras una noche de fiesta. No estaba en condiciones de bajar hasta la casa roja de Lía sin consecuencias.

Su padre sabía que, si amanecía y no había llegado, solo tenía que ir a buscarla allí. Leo nunca la dejaría sola, ni siquiera cuando la acompañaba algún ligue…

Sonrió pensando en aquella noche… Esa noche, la lluvia le regaló uno de los momentos más especiales de su vida.

Bellavista, Verano de 2003

Aquella noche, Damián, un tipo de otra pandilla del pueblo, estaba muy pegajoso. Llevaba tiempo detrás de ella, pero Greta tenía la vista en otras miras.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de lo que sentía por Leo, pero intentaba tapar sus sentimientos con otros chicos. Como si eso fuese una solución. ¡Qué ilusa!

Era su mejor amigo, la persona más importante en su vida detrás de su padre y su abuela. No podía estropear todo eso por un enamoramiento que no sabía a dónde la llevaría. Lo sabía, lo tenía claro, pero nada ni nadie le hacía pensar en otro que no fuese Leo. Era imposible de esquivar.

Se tomó algunos chupitos con las chicas de la pandilla en las fiestas del pueblo vecino. Leo sabía que no le sentaban muy bien, también que lo hacía cuando algún tío la hacía daño o se sentía rechazada, pero aquella noche era ella la que había rechazado a Damián un par de veces ya y, si no dejaba de insistir, iba a tener que ponerle las cosas claras a ese tipo. Pero no quería meterse.

Soportaba a cada tío que se le acercaba estoicamente. Hacía tiempo que sentía por ella más que solo una amistad. Llevaba un par de años viendo en Greta a una chica que cada día le gustaba más, pero ¿qué podía hacer? Ella era de ciudad, con una vida cosmopolita que no compartían. Él iba a un buen colegio de pago cercano a Bellavista, que sus padres se esforzaban en mantener con mucho trabajo, pero

vivía en aquel pueblo. No estaba seguro de poder ser para ella algo más que su mejor amigo y no podía arriesgar eso por nada del mundo, aunque cada día le costara más.

Ella estaba allí cada verano, cada puente, fiesta o fin de semana que podía, pero no eran iguales y las dudas no le dejaban tomar una decisión al respecto.

Habían entrado a uno de los garitos del pueblo. Era un *pub* que, en la parte de atrás tenía un patio enorme que hacía las veces de discoteca al aire libre. A ellas les encantaba ir porque siempre ponían las mejores canciones del momento y, aunque el resto de tíos del grupo ponía pegas, Leo acababa convenciéndoles para entrar, con la excusa de que las mejores chicas estaban allí.

La observaba desde hacía rato. Le encantaba verla bailar desinhibida, pensando que nadie la miraba o sin importarle si lo hacían.

Llevaba un vestido negro, corto y ajustado, que le había quitado la respiración cuando la vio al recogerla en la casa roja de Lía. Se había puesto unas sandalias preciosas de tacón que, a esas alturas de la madrugada, ya había cambiado por unas comodísimas deportivas que la dejaban bailar hasta que su cuerpo aguantase. Sonrió mirándolas. Greta era única.

At Night de Shakedown mantenía la pista llena y a ella feliz.

Iba a acercarse. Llevaba cuatro chupitos y otro más no era buena idea, a pesar de que iba a parecer un policía y a ella no le gustaba que la controlase, pero no lo podía evitar. Entonces *Put ´Em Hight* de Therese las revolucionó, dejándole quieto en su puesto de vigía. Si iba a buscarla, no iba a servir de nada. Les encantaba esa canción.

Disfrutó viéndola bailar y cantar. Después vino *Right On!* De Silicone Soul, que las hizo saltar y bailar como ninguna.

Leo sonreía en la penumbra. Le encantaba verla disfrutar tanto.

La música cambió a algo menos electrónico y las chicas se lanzaron de nuevo a la barra.

Se acercó a ella sin dudar.

—¿Estás bien? —preguntó a su oído sin tocarla. Estaba a punto de coger el chupito.

—Perfectamente —le contestó sonriente, aguantando el temblor y la sensación tan especial que le había provocado la cercanía de Leo, y cogió el vaso.

—¿Estás segura de que quieres beberte eso? —preguntó mirándola con intensidad.

—Sí —contestó manteniéndole la mirada unos segundos. Después le guiñó un ojo y se lo bebió.

Leo sonrió mordiéndose el labio inferior. A Greta le dio un vuelco el corazón. Le encantaba que hiciese eso. Su boca era perfecta y ella la

deseaba, aunque no se lo confesara a nadie nunca.

21 Questions de 50 cent y Nate Dogg comenzó a sonar.

Ninguno apartaba la mirada del otro.

Greta empezó a seguir el ritmo del R&B mezclado con el Rap. Primero la cabeza, luego los hombros, después con movimientos sensuales de cadera.

El alcohol la mantenía en un estado de euforia valiente con el que se sentía capaz de todo o de casi todo…

Leo se sabía la canción. Hablaba de preguntas a una chica para saber si se mantendría a su lado, si estaría con él a pesar de todo.

Ahí estaba. Su chica bailando la canción que no se le quitaba de la cabeza desde que la había escuchado en la radio en el programa de Tony Aguilar, «La Ruta del Aguilar», porque se imaginaba una y otra vez preguntándole todo eso a ella. A ninguna más.

Greta cantó el estribillo bailando delante de él.

Leo miró a su alrededor. Nadie de la pandilla estaba pendiente de ellos. Las demás se habían dispersado por el local. Estaban solos.

La cogió de la cintura y bailó con ella.

Greta sonrió, pero en realidad estaba muy nerviosa. Habían bailado mil veces juntos, muchísimas, pero lo que sentía por él crecía cada día un poco más y empezaba a ser complicado.

Leo empezó a rapear el estribillo a su oído. Después algunas de esas preguntas, para acabar con el estribillo final.

Greta lo escuchó con el corazón a mil por hora sin mirarle, hasta que 50 cent dejó de cantar y solo se escuchaba el ritmo de la música hacia el final de la canción.

Estaban pegados el uno al otro. Él con sus manos en la cintura y ella con las suyas en el cuello.

Greta cogió aire.

Leo se humedeció los labios, apretó las manos un poco más sobre su vestido ajustado. Ella tembló.

—¡Otro chupito! —gritaron sus amigas medio borrachas, separándolos al instante.

Leo la seguía mirando sin mover ni un músculo. Greta a él también, mientras sus amigas la arrastraban con ellas.

Tardaron una hora en volver a encontrarse. Las chicas habían decidido ir a un bar cercano a tomar un chupito especial que solo servían allí y Greta, que no había dudado en bebérselo para anestesiar un poco más sus sentimientos tras ese baile, ya no estaba en las mejores condiciones.

Leo no vaciló. En cuanto la vio, fue a por ella, la cogió de la cintura y se la llevó. Solo bastó con mirarse un par de segundos. Sin palabras.

Greta no rechistó. Estaba en *shock* desde lo que había pasado entre

ellos antes. La cabeza no le iba bien y no era solo por el alcohol.

No había sabido reaccionar a él y eso jamás le había pasado.

—¿Estás bien? —preguntó tras montarse ambos en el coche de su padre.

—Sí. ¿Tú puedes conducir? —intentó evadir cualquier otra conversación—. Si están los *picoletos* en el cruce, te quitan el carnet Leo, y si te quitan el carnet, no vas a poder salir, tu padre te mata y ¿qué hago yo sin ti?

En cuanto pronunció la pregunta final apretó los labios. Quizá no debía haberla formulado.

Leo sonrió al escuchar su razonamiento. Estaba borracha, pero era sorprendente como Greta podía estar lúcida dentro de su estado. Le pasaba siempre y a él le dejaba sin palabras. El final había sido lo mejor.

—No te preocupes. No he bebido.

—¿En serio? —le preguntó sorprendida.

—En serio.

—¿Ni una cerveza? —insistió.

—Una cerveza al principio de la noche —confesó.

—Tienes que dejar de bajarte el coche siempre. Si cabemos con los demás, puedes turnarte con ellos.

Era cierto. Él siempre se llevaba el coche para poder volver con Greta. No quería depender de nadie. Quería ser libre de hacer lo que quisiera, fuera donde fueran y, sobre todo, que Greta regresara sana y salva a casa. Conduciendo él era más seguro.

—No me importa conducir. Ya sabes que me gusta y lo prefiero.

—Ya… y así estás más sereno que un militar de guardia y no se puede —contestó sin pensar. La última parte de la frase no debía haberla dicho en voz alta, pero ya no tenía solución.

—¿Qué? —necesitaba volver a escuchar eso.

—Que así pareces mi padre —resumió seria, intentando arreglarlo y que no pareciera lo que había parecido.

Leo la miró sorprendido por esas frases sin saber qué contestar.

Se preocupó por cómo ella le veía. No quería que le viese como un muermo más parecido a su padre que a lo que le gustaría que fuese su novio.

—No creo que a tu padre le guste el Rap —contestó girándose para mirarla. A él no le hacía falta el alcohol para ser valiente, le hacía falta estar casi seguro de lo que podía pasar y aquel momento juntos de hacía una hora, le daba una pista—. Ni que baile contigo como yo.

Greta apretó los labios y no contestó. Se estaba poniendo nerviosa otra vez.

—No quiero ir a casa —dijo al rato.

—No pensaba ir a casa —confesó. Era cierto, la había sacado de allí para estar solos—, pero se acerca una tormenta y la carretera se pone peligrosa. Vamos a llegar a Bellavista y luego pienso a donde te llevo —respondió señalando los relámpagos lejanos.

—Hoy estás raro —confesó Greta lo que sentía, pasando de lo que le acababa de decir. Llevaba toda la noche haciendo cosas que no le cuadraban, pero tampoco es que ella estuviese siguiendo la ruta habitual con él.

—Y tú —se la devolvió arrancando el coche.

Condujo con sumo cuidado. No había vehículos por la carretera, pero era peligrosa por sí sola.

Greta estaba recostada en el asiento, mirando fijamente la calzada. Estaba más callada de lo normal.

Leo puso la radio.

50 cent empezó a cantar.

—¿En serio? —preguntó ella en voz alta, aunque en realidad no quería hacerlo.

—Venga, canta, aquí no te oye nadie.

Greta cantó el estribillo mientras él disfrutaba de cada segundo.

Solo quería animarla y lo había conseguido. También recordó el baile juntos, su mirada…

Llegaron al pueblo cantando, pero en cuanto entraron, los dos bajaron la voz y susurraron. No querían que al día siguiente todas las mujeres del pueblo les señalaran por el escándalo nocturno.

A Greta el alcohol le hizo efecto y comenzó a reír sin parar ante los susurros.

Leo intentaba que lo hiciese más bajito, pero le dio la risa nerviosa y no podía parar.

Llegó a la puerta de metal de su casa, pero no metió el coche en el patio. Aparcó en el sitio que había enfrente para no hacer ruido con la verja y se bajaron.

—¿Aquí es donde me traías? ¡Menudo chasco! —le reprendió.

—Si te bajo así a tu casa, a quien no van a dejar salir en un mes es a ti.

—Ahí te he visto listo —contestó rodeando el coche para ir junto a él, que iba a su encuentro sonriendo por la frase. Ella le guiñó un ojo divertida.

—Vamos, está empezando a llover. No hagas ruido, por favor.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. No quiero dormir.

—Lo sé, preciosa. Lo sé —susurró para sí—. Yo tampoco.

Leo lo sabía y le hubiese gustado ir a otro sitio con ella, pero creía que no estaba preparado para otro momento como el del *pub*. Solo se le ocurría ir a dormir y esperar a que el día siguiente les aclarase las ideas.

En cuanto entraron al patio, empezó a diluviar; una de esas tormentas de verano inesperadas en las que no te da tiempo a ponerte a cubierto.

Con las prisas, Leo tropezó con unos sacos de arena de obra. No se cayó al suelo, pero le faltó poco. Tampoco cayó la pala que había colocada junto al material de forma estratégica.

Greta no pudo aguantar la risa. Leonardo lo había puesto a propósito para ver si conseguía escuchar llegar a su hijo y no le engañaba con la hora.

—No te rías. Nos van a oír. Casi me mato —susurró intentando que fuese discreta, mientras colocaba la pala en la posición original y se empapaban con el chaparrón.

—Tu padre es un *crack* de las alarmas caseras. ¡No puedo parar! —contestó tapándose la boca, ignorando la lluvia.

—No te reirías tanto si te hubieses tropezado tú —replicó intentando ser serio, pero era cierto. Sonrió.

—Eso no lo sabrás nunca —dijo con lágrimas en los ojos.

Leo abrió la puerta con movimientos precisos para no hacer ruido, hizo que Greta pasara y volvió a hacer lo mismo para cerrar.

La cogió de la cintura mientras subía ante él las escaleras sin parar de reír. Las deportivas amortiguaban sus pasos, pero no sabía qué hacer para que dejara de reír.

La guio hasta la habitación azul, era la que estaba al otro extremo de la suya y la que su madre solía preparar para ella.

Sus padres dormían en la planta de abajo y, desde que habían llegado a la adolescencia, Edelmina había puesto unas normas que Greta ahora entendía.

Ella supo antes que nadie lo que podía pasar entre ellos. Supuso que era instinto de madre mezclado con intuición femenina.

—Para ya o se van a despertar. Voy a por una toalla y ropa para dormir, pero si no te callas, no puedo —pidió Leo cerrando la puerta tras ellos, a oscuras, para que no se escuchase nada por el pasillo.

—No puedo parar y no quiero dormir —contestó riendo—. ¿Por qué me has traído aquí?

La tenía delante de él, cogida por la cintura en la penumbra de aquella habitación, con ese vestido tan sexi que le había vuelto loco toda la noche, casi seguro de que ella sentía lo mismo por él.

Sin pensar más en el después, rozó la boca con sus labios mientras acercaba su cuerpo al suyo por la cintura y pasaba la otra mano por su cuello para sostenerlo.

La besó sin prisa, acariciando sus labios primero, luego, dejando que su lengua entrase despacio en la boca de Greta. Ella le respondía con demasiada timidez.

Deshizo el beso.

Greta lo miró con seriedad, ya no reía, y él creyó que había destrozado su relación para siempre.

Entonces, ella se acercó de nuevo a su boca.

—Creía que no me ibas a besar nunca y tendría que hacerlo yo —susurró con los labios rozando los suyos con cada sílaba, dejando un cosquilleo que le erizaba la piel.

—No puedo mentirte, no sé si ya me voy a conformar con besarte —confesó acariciando su cuello con la yema de los dedos, deslizando la mano por su cintura y espalda.

—Yo tampoco —aseguró sin apartar la mirada de sus ojos entrecerrados llenos de deseo, metiendo las manos por debajo de la camiseta para acariciar su piel mojada.

Él se mordió el labio inferior como sabía que a ella le gustaba.

—¿Estás segura? —preguntó con miedo a estropear algo que no se pudiese reparar, sintiendo el fuego del rastro que dejaban las caricias en su cuerpo.

—Más que nunca —confesó tirando de la prenda mojada hacía arriba para quitársela. Él la cogió y se la sacó con un rápido movimiento por la cabeza. La dejó caer al suelo.

Leo bajó las manos por las caderas de la chica y tiró del vestido de licra muy despacio.

La tela mojada se deslizó por la piel de Greta mientras la miraba sin pestañear. Ella tampoco apartaba los ojos de él. Apretó los labios y cogió aire. El corazón les iba a mil por hora.

Cuando la prenda subió más de la cintura, Greta elevó los brazos para que él la pudiese sacar.

Deslizó la yema de los dedos por su piel en cuanto se deshizo del vestido, haciendo el mismo camino de vuelta sin la tela.

Greta tembló con la caricia.

Su piel, su cuerpo, hablaban a Leo de deseo, pero sabía que había bebido y no quería equivocarse.

—¿Quieres que pare? Necesito que me digas que deseas esto tanto como yo.

Lo miró unos segundos. No quería que parase, llevaba tanto tiempo esperándole que hasta dolía, pero entendía sus dudas.

—Lo deseo. Te deseo —contestó con tanta seguridad, que le dejó sin aliento.

Greta nunca olvidaría la mirada de triunfo y alivio, mezclada con la pasión que vio en sus ojos.

Los últimos años habían sido difíciles para los dos, pero habían mantenido su amistad por encima de sus deseos personales. Tenían suerte de querer lo mismo y corresponderse.

Solo cuando Greta contestó a sus dudas, Leo continuó acariciando su cuerpo. Fue como si hubiese una frontera inquebrantable hasta el

momento adecuado.

Acercó de nuevo su boca a los labios de Greta, despacio, suave, pero esta vez ella no fue tímida ni comedida y le devolvió el beso con pasión.

Sus manos acariciaron sus fuertes brazos, los hombros y la firme espalda moldeada con el boxeo que practicaba desde los dieciséis, además del trabajo en la obra ayudando a su padre.

Leo besa de muerte. Había escuchado a algunas chicas hablar sobre eso y ahora podía confirmar que era cierto.

Bajó la caricia hasta la cintura de los vaqueros. En cuanto notó sus manos por allí, Leo jadeó en su boca. Había estado con otras chicas, igual que sabía que Greta lo había hecho con otros chicos, aunque ninguno de ellos había tenido nada serio con nadie de Bellavista, pero no había sentido con ninguna aquella sensación de pasión desbordada solo tocando su piel.

Dejó que le desabrochara los botones, después metió la mano dentro de su ropa interior. Cogió aire mientras un temblor le sacudió el cuerpo.

—Si esta noche no aguanto mucho, no me lo tengas en cuenta —rogó conteniendo un jadeo—. Me vuelves loco, Greta. No sé qué me pasa, pero…

Ella retomó el beso sin dejarle acabar la frase. Sabía lo que sentía, le pasaba lo mismo.

Leo desabrochó su sujetador. Era sin tirantes y cayó al suelo de inmediato.

Pasó la mano solo rozando sus pechos y Greta rompió el beso para jadear por el placer que sintió.

Él sonrió al comprobar que esa sensación de deseo desproporcionado era mutua.

—Leo… —susurró Greta en un gemido al sentir la mano acercándose a su sexo mientras besaba uno de sus pechos.

—Lo sé —contestó parando sus atenciones para llevarla a la cama.

Regresó a sus vaqueros, sacó la cartera y de dentro un condón.

Cuando volvió a la cama, Greta ya se había desnudado. Él lo hizo también.

Le quitó el preservativo de la mano, lo abrió con cuidado y lo sacó del envoltorio.

Los dos estaban de rodillas en la cama. Se lo colocó con las manos, despacio, haciendo que su erección creciera aún más.

Él la tumbó sobre el colchón mientras la besaba.

La penetró enseguida. Estaba muy excitado y ella también.

Greta arqueó la espalda ante el placer de sentirle fundido en su cuerpo. Se tapó la boca con la mano para que nadie la escuchara.

Él empezó a moverse dentro de ella, primero despacio, luego más

rápido, hasta que el ritmo fue frenético y llegaron al clímax.

Greta se tapó la cara con una almohada para amortiguar los gemidos y jadeos.

Leo los aguantó como pudo.

Cuando consiguió recuperar el aliento después de llegar al clímax, tiró de la almohada para quitársela. Necesitaba ver sus ojos. Estaba asustado de lo que estaba sintiendo esa noche, de las consecuencias… ¿Y ella?

Nunca pensó que pudieran empezar su relación así, tan fuerte, de forma tan arrolladora, pero con lo que sentían el uno por el otro y su amistad desde la niñez, no había nada a lo que esperar. No era una relación amorosa al uso. Habían quemado muchas etapas antes de esa noche.

Greta abrió los ojos en cuanto notó como levantaba la tela de su rostro.

¡Dios mío! ¿Por qué había estado evitando que pasara todo ese tiempo?

Quizá había sido un acierto y esa noche había llegado en un momento más adecuado… Ojalá fuese así. No concebía la vida sin su mejor amigo.

—¿Por qué hemos esperado tanto? —le preguntó antes de incorporarse para besarlo.

Leo la recibió en su boca con una sonrisa que ni siquiera tapó aquel beso.

La presión que sentía en su pecho por la preocupación de su reacción, había desaparecido con esa pregunta.

Cogió su cuello entre las manos y la besó como si quisiera recuperar todas las noches que había soñado con tenerla entre sus brazos.

CAPÍTULO 9

Verano 2003, El día después
de la habitación azul

Greta estaba nerviosa, mientras miraba continuamente por la ventana de su habitación, del salón o de la cocina, dependiendo de la estancia donde estuviera, aunque sabía que era pronto.

Leo había prometido pasar a recogerla en cuanto terminase de trabajar con su padre. Le estaba ayudando en la obra de una casa de uno de los ricos del pueblo. Era importante, tenían que acabar pronto y trabajaban algunos domingos.

Él sabía que tenía trabajo por la mañana y por eso se fue a su cuarto en cuanto Greta se quedó dormida. Su padre solía subir a despertarle y no quería que los viese juntos.

Leo la despertó unos minutos después, ya vestido y preparado. Le susurró al oído que tenía que ir a trabajar y si quería la bajaban a casa.

Minutos más tarde estaba montada en el coche del padre del chico, sentada detrás de Leo, contando las horas para volver a estar a solas.

A pesar del calor y el cansancio, habían quedado en que la recogería para comer. Irían al pantano.

—Niña, para que me estoy mareando con tu baile de San Vito —pidió Lía al ver a su nieta tan inquieta.

—Perdona, abuela —susurró saliendo de la cocina para subir por enésima vez a su habitación.

Había hecho algo de comer, preparado una nevera con bebida y se había duchado y cambiado. Los nervios la consumían.

Lía sospechaba que algo pasaba desde que la chica había regresado a casa esa mañana en el coche de Leonardo. Su nieta se había bajado de aquella furgoneta con otra mirada, un halo muy diferente al que llevaba la noche anterior al salir bien guapa para irse por ahí con sus amigos.

Su hijo también se había dado cuenta. Se habían cruzado para cambiar el puesto en aquel coche. Trabajaba con Leonardo para sacarse un dinerillo extra cuando estaba en Bellavista. Darío se dio la vuelta para verla bajar el camino y luego se fijó en cómo Leo la observaba apoyado en la ventanilla.

—Quieta ahí, alhaja —pidió la mujer a su nieta, que más parecía su hija porque la había criado.

Greta se detuvo, cerró los ojos y apretó los labios antes de darse la

vuelta.

—Dime, abuela —contestó inocente girando sobre sí misma para verse cara a cara.

Lía la miró a los ojos unos largos segundos con mucho detenimiento. Greta aguantó el tipo, aún no quería contar nada. No lo necesitaba decir en voz alta para creérselo. Al contrario, necesitaba guardarlo en secreto un poco más, ver de nuevo a Leo, estar con él y comprobar que no se había equivocado, que no había cometido el error de su vida, que lo que sentía tras pasar la noche juntos era tan fuerte que no podía describirlo.

—No te voy a preguntar si estás bien porque sé que estás mucho más que bien.

—¿Cómo…?

Lía sonrió mientras ponía un dedo en sus labios para que guardase silencio.

—No me preguntes cómo, soy tu abuela, tu madre a efectos prácticos, y te conozco. Ahora que no está tu padre, puedes hablar con libertad. No creo que le parta la cara a Leo por quitarle a su pequeña; más bien creo que es el hombre que todos querríamos para ti, pero por si las moscas, habla ahora.

—Abuela, no ha pasado nada. Somos amigos, como siempre —intentó conservar el secreto.

Lía hizo un ademán con la mano mientras se carcajeaba.

—¿Cómo siempre? Mira, cariño, a tu padre igual le engañas, que lo dudo, porque se ha dado cuenta en cuanto te ha visto al cruzarte con él esta mañana. No te extrañe que no te deje quedarte a dormir más en casa de Leo, pero en el fondo está feliz de que sea él y no otro de los cafres de Bellavista. Es un buen chico. Es educado, cariñoso, te adora, te conoce, os entendéis a la perfección y lo más importante, os amáis. Desde que tenéis quince años saltan chispas, aunque no haya sucedido nada antes. No me ocultes algo tan obvio.

Greta no sabía qué decir. ¿Era tan transparente?

—Entonces, si ya lo sabes todo, no hay nada más que añadir.

—¡Ah, no! ¡Hay mucho que decir! Cuenta a esta vieja qué ha pasado. Es lo único emocionante que me va a pasar en este año o en unos cuantos, créeme.

Greta sonrió a su abuela mientras negaba.

—Abuela, aún no sé qué va a pasar, no sé qué me va a decir cuando me vea. Igual se lo ha pensado mejor, igual piensa que somos unos irresponsables por estropear nuestra amistad acostándonos.

—¡Cómo! ¿Ya? —exclamó la anciana llevándose las manos a la cara.

—¿A qué más íbamos a esperar, abuela? Llevamos toda la vida juntos… ¿Ves? Es mejor que me calle. Me voy a mi cuarto a esperar a

que venga a buscarme. —Greta hizo ademán de marcharse.

—Tú no te vas a ningún sitio. Ven aquí y habla conmigo como lo has hecho siempre.

Greta regresó junto a su abuela.

No dijo nada, guardó silencio mientras se sentaban a la mesa de madera de la cocina. Tenía miedo. Mucho. Escucharlo en voz alta era diferente.

—Llevo tanto tiempo enamorada de Leo que no sé si voy a saber gestionar lo que significa este cambio en nuestra relación. Lo deseaba desde hacía muchísimo tiempo. Ya dolía —susurró recordando el vacío, esa sensación extraña de no saber si te corresponderán—. De hecho, tenía decidido que, si este verano no pasaba nada entre nosotros, no volvería a Bellavista en un tiempo. —Lía arrugó el ceño y Greta se dio cuenta de lo que significaban esas palabras—. A ver, abuela, vendría a verte, pero no saldría con la pandilla. No soportaría verle con otras.

—Lleváis demasiado tiempo jugando con fuego. —Greta enarcó las cejas—. ¿Qué te crees que me chupo el dedo? Tengo ojos e instinto. Sé lo que veo, aunque no me lo quieras contar como antes. Me alegra no equivocarme con Leo. Ya sabía yo que Marina no iba a conseguir nada de él mientras no le dijeses un no rotundo.

—¿Cómo que Marina? ¿Qué pasa con ella? —preguntó Greta preocupada. Era una chica del pueblo que de vez en cuando salía con su grupo de amigos. No era de su círculo de amigas más cercano y rondaba poco por su pandilla cuando ella estaba. Ahora ya sabía por qué.

Lía apretó los labios. Había hablado de más, pero es que Leo y ella vivían en el pueblo, y Greta no. Se perdía muchas cosas de las que pasaban allí en el día a día.

—Se podría decir que Marina lleva enamorada de tu Leo desde que nació y siempre que te vas, allí está ella intentando ocupar tu sitio.

Greta no sabía qué decir. Nadie le había dicho nada sobre eso. Ni siquiera Leo.

—No sé si estoy preparada para ser solo el rollo del verano —susurró preocupada.

Lía, que conocía a Leo, negó con la cabeza insistentemente antes de hablar.

—¿Tú crees que Leo habría dado este paso si no estuviera seguro de lo que siente por ti? ¿Tú lo habrías dado? ¿De verdad se te pasa por esa cabezota que tienes que te trate como el rollo del verano? ¿En serio, Greta?

Su abuela tenía razón, él nunca haría eso y tampoco tenía por qué sorprenderse de que otras chicas del pueblo quisieran echarle el

anzuelo al mejor partido de todo Bellavista.

Había chicos con mejor posición social, con familias de más poder en el pueblo, pero no eran tan atentos, cariñosos y buenas personas como Leo.

—Si lo hiciera, sería la mayor decepción de mi vida, pero no sé si tenemos futuro…

—Mira, hija, eso no lo sabe nadie. Si todos pensásemos así, no daríamos pasos adelante. Sois jóvenes, y seguro que la vida os trata mal en algún momento, pero si quieres el consejo de una vieja que te quiere, disfruta de este regalo. Sea un día, un mes, un año o toda la eternidad, porque estar con el hombre de tu vida no lo consiguen todas.

Greta asintió emocionada. No pudo decir nada más.

Una hora más tarde, un coche entró por el camino de entrada a la casa roja de Lía. La anciana sonrió al ver a Leo al volante de la furgoneta *pickup* de su padre. Pensó en su nieta, la sonrisa de su boca mirando lo mismo que ella un piso más arriba, incluso sintió los nervios y las mariposas de su estómago recordando a su esposo Darío que tanta felicidad le dio.

La escuchó bajar corriendo las escaleras y entrar en estampida a la cocina.

Se había puesto unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta de tirantes ajustada al pecho y holgada en el cuerpo con un poco de vuelo de color verde mar y unas deportivas de tela. El pelo suelto a pesar del calor y un bikini asomaba por debajo de la ropa.

—Te he preparado esa bolsa con la comida. Así la llevarás mejor.

Greta miró a Lía con sonrisa nerviosa.

—Gracias, abuela —contestó casi sin aliento en parte por la carrera, en parte por los nervios.

La anciana cogió a su nieta el rostro con las manos.

—Disfruta de todo lo que te depare esta tarde, este día, este verano, hasta donde os lleve esta aventura. Nunca se sabe dónde se acabará. Lo importante es el camino.

Greta asintió emocionada. No quería llorar.

Las dos mujeres se abrazaron unos instantes.

El motor del coche se paró y ambas miraron por la ventana.

Dentro estaban Leo y Darío, pero ninguno de ellos se bajaba del vehículo.

—Algo no va bien —susurró la chica nerviosa.

—No te preocupes. Es la conversación reglamentaria.

—¿Qué conversación? Voy a salir ahora mismo. Solo faltaba que papá lo asuste. Me ha costado mucho que me diera ese beso.

—Quieta aquí. Solo es un diálogo del manual de padre. Con el tiempo han ido cambiando las palabras, pero el tema y el fondo es el mismo. Leo, espero que vayas en serio con mi hija —dijo Lía con voz ronca imitando a su hijo—. No quiero que le rompas el corazón. Si lo haces, iré a tu casa y te partiré la cara. ¿Lo has entendido?

—Lo haces genial, abuela —contestó la chica riendo por la imitación magistral de su padre.

—Leo dirá: Señor, Greta es muy importante para mí. He pensado mucho en si dar este paso porque no quiero hacer daño a mi mejor amiga. No se preocupe. La quiero y estoy seguro de lo que hago.

Greta sonrió a su abuela sin decir nada más. Los hombres se bajaban del coche con una expresión de triunfo en sus rostros, cada uno en su cometido, que las hizo sonreír a ambas.

—Espero que tengas razón en todo lo que has dicho, abuela. No deseo otra cosa.

—Lo sé. Disfruta que la juventud es corta.

Los hombres entraron en la casa.

Ambos miraron a Greta.

La chica, nerviosa y cohibida, alternó la mirada entre ellos.

—¿Todo bien? —preguntó inquieta.

—Ahora, sí —contestó Leo adelantándose en primer lugar—. Estás preciosa —añadió y se sonrieron con timidez—. ¿Lo tienes todo?

—Gracias —contestó ruborizada—. Sí, está todo.

—Lía —saludó a la mujer con un gesto de cabeza—. Que tengan un buen día —se despidió el chico cogiendo la bolsa de la comida y la nevera.

Greta cogió su capazo de mimbre con toallas y demás cosas para pasar una tarde en el pantano.

Cruzó una mirada sin palabras con su padre que tenía un claro mensaje de calma y comprensión, y dio un beso a su abuela para salir a continuación tras Leo.

Cogió aire y apretó los labios.

Todo había sido raro. Nunca se había sentido así estando con Leo.

El chico abrió el coche, dejó las cosas y se dirigió a ella. La *pickup* era alta y le gustaba ayudarla a subir.

—¿Estás bien? —preguntó al abrirle la puerta.

Ella se quedó en el hueco entre él y el asiento, y se giró para contestar:

—Sí. ¿Y tú? —preguntó oliendo su perfume gracias a la cercanía. Entrecerró los ojos al respirarlo. Le encantaba y ya no lo podía disimular más.

—Mejor que nunca —contestó en un susurró, disfrutando de ese

gesto que no le había pasado desapercibido, mientras acercaba la boca a sus labios y dejaba un suave beso en ellos.

Greta sonrió y su abuela, que miraba con su padre desde la ventana de la cocina, también.

La pareja se montó en el coche.

—No sé por qué sonríes —dijo Darío a su madre con semblante serio, sin quitar el ojo al coche que salía de la parcela de la casa.

—Porque el amor siempre gana.

—No es verdad. A veces el amor hace daño. Mucho —sentenció rotundo.

Lía, que sabía de sobra que su hijo no había tenido suerte en ese aspecto de la vida, se giró para mirarlo a los ojos.

—Nadie ha dicho que el amor sea perfecto, pero es verdad que siempre gana. Yo no lo pude disfrutar mucho tiempo. Tu padre murió muy joven, pero ya no he podido encontrar a otra persona porque no siento que nadie más pueda estar a mi lado. Él fue, es y será el hombre de mi vida y, aunque ya no esté conmigo, el amor ganó. ¿Qué eres tú si no? —Darío cogió aire y apretó los labios mientras miraba a su madre debatiéndose entre el dolor y la pena—. En tu caso, Carmen se fue y no quiso saber nada de vosotros, ya lo sabemos, y nada le hubiese hecho cambiar de opinión. No supo afrontar la maternidad, eso fue lo que pasó. Hay personas a las que les sucede y, en consecuencia, también te dejó a ti, pero el amor ganó, porque tienes una hija preciosa, inteligente, cariñosa y a tu lado, a pesar de todo. Ella no la quiso, pero el amor ganó porque tú sí.

El hombre guardó silencio unos instantes.

No hacía falta que le resumiera su vida, ya lo recordaba él cada día, pero no se lo reprocharía nunca. Era su madre, le conocía bien y tenía razón en muchas de las cosas que decía. El dolor y la rabia se lo guardaba en el cajón personal; ese que solo abría a veces cuando ya no podía más y se desahogaba con Leonardo o se iba al pantano a gritar al infinito.

—Solo quiero que sea feliz, que no le hagan daño. Si fuera cualquier otro chico, no le daría importancia, pero si Leo le rompe el corazón, le romperá también el alma y eso no se cura nunca —contó con emoción contenida.

—Leo no es Carmen. Confía en ellos. Además, es su vida y van a hacer lo que ellos quieran. Será mejor que te lo tomes con calma y estés preparado para cualquier cosa. Es lo mejor que puedes ofrecer a Greta.

—Como tú… Lo sé…

El pantano

Leo aparcó la *pickup* en una arboleda cercana a la orilla a la que

solían ir juntos. Las lluvias de la primavera aún dejaban el nivel embalsado suficiente para poder aparcar por allí y darse un baño, pero faltaba poco para que el agua se alejara por la sequía.

Hacía calor, era julio y el sol quemaba.

Habían guardado silencio casi todo el viaje, tarareando la música de la radio o de aquel CD de los miles que Leo grababa con las canciones que más les gustaban.

—Deja las cosas en el coche, vamos a darnos un baño. Hace calor —propuso Leo mirándola con intensidad unos segundos antes de esbozar una tímida y sexi sonrisa.

Greta no contestó y, sin dudar, cogió su camiseta con las dos manos y se la sacó por la cabeza como siempre que bajaban allí. La dobló un poco y la dejó caer en el capazo junto a sus pies.

Se desabrochó los vaqueros para quitárselos y paró en seco. Los nervios se instalaron en su estómago al darse cuenta de que solo ella se quitaba la ropa.

—¿No vienes? —preguntó a su acompañante, que la observaba medio girado hacia ella, con una mano sobre sus pantalones cortos que en realidad era un bañador, y el otro brazo apoyado sobre el volante.

—No me lo perdería por nada del mundo, pero esto tampoco.

Greta notó como se le encendían las mejillas por esas palabras y la mirada que la observaba, pero también por los recuerdos de la noche anterior que invadieron su mente sin avisar. El calor se expandió por toda ella.

—Me estoy poniendo nerviosa —confesó sincera, intentando ser con él como lo era antes de estar juntos.

—Yo ya lo estoy. Tengo el corazón a mil por hora desde que he cogido el coche para ir a recogerte.

Greta apretó los labios con la ilusión de saber que él sentía lo mismo, iluminándole el rostro.

Se mordió el labio un poco, por primera vez en su vida no sabía qué hacer estando con un chico y no era cualquier chico, era él.

Decidió terminar de quitarse los vaqueros para quedarse en bikini.

Leo, sin quitarle los ojos de encima, se deshizo de su camiseta.

—¿Vamos? —preguntó con media sonrisa traviesa.

Ella asintió.

Él se bajó del coche, dio la vuelta y le abrió la puerta.

La cogió de la cintura para ayudarla a bajar.

La cercanía de sus cuerpos, el calor, los nervios, todo era diferente.

No soltó su cintura cuando la dejó en el suelo, acercó más el cuerpo al suyo y la boca a sus labios.

Greta cogió aire mientras él se lanzaba a besarla. Los miedos

desaparecieron un poco, al menos ya sabía lo que él pensaba sobre lo que había pasado entre ellos.

Fue un beso tranquilo, lento, saboreando cada segundo mientras la abrazaba y la apretaba contra él.

Lo deshizo pasado un tiempo y la miró con esa mirada tan sensual que había visto en ocasiones hacia otras chicas, y tanto había envidiado.

Debió ver el miedo en sus ojos porque sonrió mientras le colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—No quiero que estar juntos cambie nuestra relación. Conocernos tanto debería ser una ventaja, ¿no crees? —dijo en un tono de voz tan bajo y calmado que la envolvió dándole seguridad.

—Eso espero —susurró sin poder esconder su miedo.

Leo la cogió de la barbilla con delicadeza con una mano, mientras con la otra acariciaba la mejilla.

—Si no estuviera seguro de lo que siento por ti y de que la única chica a la que quiero y con la que quiero estar eres tú, nunca te habría besado. Eres mi mejor amiga, Greta. Eres muy importante para mí.

—¿Por eso no me has besado antes?

Leo amplió la sonrisa a una traviesa que a ella le encantaba.

—No quería que me dieras calabazas. No lo habría soportado.

—¿Creías que te daría calabazas? —preguntó más tranquila sin alejarse ni un ápice de él.

—Sí. Pensé que te interesaba más Damián o cualquier chico de Madrid antes que yo.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—En serio —contestó más serio. Era la verdad.

—¿Damián? —insistió con la pregunta.

Leo resopló y se alejó un poco de ella molesto con su propia equivocación.

—Lo sé. Ni de coña estarías con un tipo así o eso espero, pero desde hace tiempo creo que no sé nada de las mujeres y estaba convencido de que te podría llegar a interesar.

Greta lo miró sin saber qué decir.

—¿Nunca has visto nada en mí que te hiciera pensar que quien me gustaba eras tú?

—Mil cosas, pero no me lo podía creer. ¿Cómo ibas a fijarte en un tipo como yo? No tengo nada que ofrecerte. Vivo en un pueblo perdido. Tengo que ayudar a mi padre en verano para poder tener algo mío de verdad y no sé si me van a admitir en alguna universidad, ni siquiera si podré ir, aunque lo hagan. —Paró su locución para coger aire y sosegar su frustración.

—No me importa lo que tengas ni dónde vivas ni si vas a estudiar o no. Eres muy inteligente, divertido, puedo hablar contigo de

cualquier cosa por muy gilipollas que parezca. Me entiendes, me conoces, eres guapo, sexi, besas de muerte y me encanta lo que hay aquí. —Le puso la mano en el corazón para culminar la enumeración de cualidades que tanto le gustaban de él.

Leo puso una mano sobre la de ella.

—Cómo no te voy a querer —susurró mientras la acercaba más a él con la que tenía en su cintura.

Greta sonrió sintiendo como las dudas se disipaban.

La que se acercó a su boca ahora fue ella. Se lanzó sin dudar, enganchándose a su cuello.

Él se sorprendió a pesar de conocerla. Ahora era el protagonista, era él quien le gusta, no observaba la escena desde la barra del bar de turno.

Pasó una mano por su cuello, acariciando la piel suave, provocándole un escalofrío a pesar del calor.

La empujó con suavidad hasta el coche y la apoyó contra él.

Sus respiraciones se entrecortaban. La excitación contenida durante tanto tiempo afloraba por segundos.

Leo apretó sus caderas contra el sexo de Greta y ella gimió en su boca.

La cogió de las nalgas y la elevó haciendo que enroscase las piernas en su cintura.

Ella le apretó la espalda sintiendo su miembro excitado contra su sexo e interrumpió el beso para coger aire. Le faltaba la respiración. Gimió de nuevo.

Leo también respiró mientras la bajaba de nuevo al suelo.

Cogió su pelo largo y se lo apartó de la cara mientras la excitación se palpaba en su sexo.

—Vamos a darnos ese baño —sugirió sensual.

Greta asintió.

CAPÍTULO 10

Bellavista, marzo 2020
Casa de Leo

Leo recogió sorprendido los paquetes que le dejaba el mensajero. Había sido un valiente subiendo hasta allí con el tiempo que hacía.

Los dejó en la cocina.

Vivir en un pueblo te priva de tener a mano ciertas tiendas y productos, pero internet era su gran aliado, sobre todo con el tema informático.

Observó a Greta desde la puerta del salón.

Tenía que recuperar a la que chica que fue, al menos a la que fue su amiga, aunque eso significase renunciar a todo lo demás con ella.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose al colchón en el suelo. Miraba al techo perdida en sus pensamientos.

No es que no lo hubiese hecho en otras ocasiones y fuera algo extraño, lo hacía, pero le preocupaba cómo se comportaba desde que se habían encontrado, cómo reaccionaba a él…

—Sí. Solo estaba pensando —contestó girando la cabeza para mirarlo. Le observó bien.

Se había convertido en un hombre muy interesante. Debía tener a todas las solteras del pueblo revolucionadas, pero, sobre todo, era un tipo honesto, cariñoso, independiente y muy sensual.

—No sé si preguntarte en qué.

Greta notó cómo su rostro se encendía.

Leo sonrió al pensar que se trataba de él y no de ese gilipollas del que había huido. Tampoco del tipo del hostal.

—¿Qué hay para desayunar? —intentó escapar.

Él anduvo hasta el colchón y se puso de rodillas sobre él.

—Cuéntame en qué estabas pensando y te lo hago.

Greta apretó los labios y cerró los ojos.

—Esta casa es como un baúl de recuerdos —intentó que fuese suficiente.

—¿Y?

—La habitación azul —contestó valiente.

Leo se mordió el labio como a ella le gustaba y sintió el deseo en su sexo al instante.

—¿Quieres que te lleve el desayuno allí? —Greta se sonrojó mucho más que antes y no supo qué contestar. Él sonrió con picardía —. Tranquila, de momento te lo sirvo en la cocina.

Ella cerró los ojos y sonrió.

Leo se marchó con una sonrisa tonta en los labios.

Quizá no estaba todo perdido.

Tras aquel desayuno en el que ella seguía poco habladora. Salieron en la *pickup* de Leo en dirección a la casa de Greta.

Choco iba en los asientos de atrás, estirado, sin mucha intención de moverse. No le gustaba la lluvia y tan solo había salido con Leo un momento a hacer sus necesidades mientras él hablaba con el mensajero en la entrada de la puerta metálica.

Greta estiró la mano hacia su mascota para acariciar la cabeza sin quitar la vista del frente.

Leo iba despacio por las calles del pueblo. No había casi nadie deambulando por ellas. El tiempo no acompañaba y estar sin electricidad tampoco ayudaba a que los negocios funcionasen con normalidad aquella mañana.

—Como no vuelva pronto la luz, habrá gente que perderá el poco dinero que les queda —reconoció Leo, observando la oscuridad del interior de la panadería y el colmado a oscuras.

—¿Pasa habitualmente? —preguntó Greta por el corte de la energía.

—Antes no, pero con las últimas tormentas, hemos estado un par de veces sin luz. Una de ellas fue de tres días y nadie vino a ayudarnos. No trajeron generadores de emergencia ni hubo ninguna asistencia. Fue un desastre.

—Y por lo que veo, no han puesto remedio para que no suceda más.

—No. Las instalaciones son antiguas y están hechas polvo, pero saben que la gente de por aquí es mayor y no se va a ir a quejar a ningún sitio porque no hay oficina física, todo tiene que ser por teléfono o vía telemática, y no tienen ni conocimientos ni recursos.

Greta notó el tono de indignación de Leo. No le gustaba aquello. No esperaba menos de él.

—¿Y qué dice el alcalde? ¿Puede hacer algo el Ayuntamiento?

—¿El alcalde? Ese es un pieza de mucho cuidado, pero como era el único tipo joven, autóctono y que parecía que tenía un poco de cabeza cuando se votó en las últimas elecciones, salió elegido. Engañó a todos. Mucho cargo y ninguna ayuda.

—¿Quién es ese tipo al que tienes en tan alta estima? —preguntó divertida.

—Le conoces bien. Es tu amigo Damián.

Greta enarcó las cejas por la sorpresa.

—¿Damián? ¿Mi Damián? —preguntó estupefacta.

—El mismo —contestó con un gesto de desagrado y enfado en su mandíbula que la hizo sonreír.

Estaba celoso y eso que nunca tuvo nada con aquel chico. Él

insistía, pero ella solo tenía ojos para Leo y jamás le dio ni media oportunidad.

Al instante se sintió como antes y recordó lo mucho que le gustaba hacer sentir ese chispazo de duda a su rubio favorito.

Cómo lo echaba de menos… Estaba haciendo un esfuerzo titánico por mantenerse firme en su convicción y no precipitarse con él ni con nada, pero con Leo era como nadar contra la corriente.

—Vaya, vaya con el pesadito de Damián. Terrateniente y alcalde. ¡Vaya partidazo! —insistió a propósito.

Leo estuvo a punto de frenar el coche en seco, pero no lo hizo. Solo era un comentario. Nunca había querido dar una oportunidad a aquel tipo, no se la iba a dar ahora, ¿verdad?

Lo mejor era no darle importancia a esa frase y seguir como si nada, pero no podía evitarlo. Le hervía la sangre.

—No es terrateniente. Tener un campo de girasoles más bien pequeño y un terrenito junto al río que aprovecha como huerto, no es ser terrateniente, Greta —saltó incapaz de contenerse.

—¿Vive de ello?

—Sí —confirmó entre dientes.

—Entonces lo es, aunque sea un campo de diez metros.

Leo se mordió la lengua. En parte, ella tenía razón, aquel tipo había conseguido vivir de las tierras de su familia y le iba bien, y por eso la gente del pueblo vio la oportunidad de que les representara. Pensaban que los entendía. Llevaba el pueblo y sus tradiciones en la sangre, pero no había movido ni medio dedo para ayudar. Solo se había preocupado de asegurarse de que se adjudicara la partida de dinero para celebrar las fiestas como él quería y que decía que era la tradición. Nada más.

No continuaron hablando sobre Damián ni sobre nada. El silencio no era un problema para ellos. Estaban a gusto en él y así se mantuvieron hasta que entraron a la carretera vieja, y se acercaron a la casa de Lía.

—Parece que todo está bien —comentó Leo parando el coche ante la verja exterior.

Apagó el motor y tendió una mano en dirección a Greta.

Ella sabía lo que quería. Le dio las llaves.

Salió del coche sin chubasquero ni paraguas.

Abrió la cerradura y empujó las puertas con fuerza; cada una con un brazo.

Las dos hojas se abrieron solas mientras él caminaba hacia el coche.

Greta lo observó. Era Leo en su pura esencia.

El corazón le dio un vuelco y se le secó la boca. Ya le había visto así meses atrás y esos recuerdos la hicieron suspirar.

Él se montó en el vehículo empapado. Pasó la mano por su pelo para echarlo hacia atrás, la miró un par de segundos y arrancó.

Ella no dijo nada tampoco. Solo podía observarlo mientras cada gesto de él le hablaba de recuerdos imborrables, conversaciones, paseos, juegos, miradas, risas, besos y ellos juntos en cada rincón de aquellas casas heredadas en aquel pueblo.

El móvil de Leo sonó mientras aparcaba en el techado junto a la casa.

—Dime, Isidro —contestó de inmediato. Miró a Greta un segundo sin moverse del coche—. ¿Entra mucha agua o poniendo un cubo te puedes apañar? —Ella lo miró arrugando el ceño—. Estoy en casa de Lía con Greta. Tenemos que repasarla para que pueda instalarse sin peligro y luego tengo que bajar al hotel del pantano a por la herramienta. Vigila que no crezca más la gotera mientras acabo por aquí. Si las cosas se complican, me vuelves a llamar.

Leo colgó al hombre negando con la cabeza.

—¿Es grave?

—Espero que no. Es una gotera no muy grande, pero le avisé a finales de verano que había tejas rotas y podía pasar. Se salvó en otoño, pero con las últimas tormentas, ha debido abrirse la grieta y le está calando a una habitación de las que más alquila en el hotel cuando llega la temporada. Luego iré a echarle un vistazo.

—Eres el manitas del pueblo, como tu padre —reconoció Greta sonriéndole.

—Eso parece, aunque nunca estaré a su altura —confirmó el hombre cogiendo aire para soltarlo después. Su padre fue mucho para el pueblo, y Leo hacía lo que podía.

—Aprendiste mucho de él y sabes lo que haces. No todo el mundo puede decir eso. —Le escuchó suspirar, aunque intentó que ella no se diera cuenta—. Además, lo tuyo es mucho mejor que los girasoles y estoy segura de que la gente del pueblo te quiere más que a Damián. Deberías presentarte a la alcaldía.

Leo sonrió.

—Sabía que dirías eso tarde o temprano, igual que tu abuela y mi madre. —La miró unos segundos antes de seguir hablando. Dolían las ausencias y lo que pasó—. Yo me fui, Greta. La vuelta ha sido circunstancial. En mis planes no entraba hacer mi vida aquí. —Guardó silencio unos segundos para coger fuerzas sobre lo que iba a decir—. No creo que vaya a irme a ningún otro sitio en algún tiempo, pero tampoco me he parado a pensar qué quiero hacer en el futuro. La verdad es que cada año me atan menos cosas a Bellavista.

Greta guardó esa valiosa información. Sabía por qué regresó: su madre necesitaba que la cuidase y él se trasladó a su casa sin dudarlo. Lo dejó todo por ella. Fue la única persona que le hizo abandonar su

libertad.

—Lía decía que, cuando muriese, vendiese esta casa y no volviera nunca más. Decía que este pueblo solo era un saco de viejos y recuerdos —Leo sonrió por el comentario. No le sorprendía que su abuela dijese eso—, pero estamos aquí y, mientras decides el futuro que deseas, ellos confían en ti; igual que lo hacían en tu padre. Quizá puedas hacerles la vida más fácil mientras decides. No hace falta que seas alcalde. Eso requiere años y una afiliación política, pero puedes representarles en las reuniones del ayuntamiento.

—Demasiada responsabilidad y no sé si sabré hacerlo, ni siquiera si quieren que lo haga.

—¿A quién llaman cuando pasa algo? ¿A Damián o a ti? Sobre la responsabilidad, todo en la vida la tiene y en algún momento hay que empezar a cargar con ella, ¿no crees?

Abrió la puerta nada más decir la última palabra. En parte, porque no quería escuchar una excusa más para apartarse de lo que realmente quería, y por otra parte, porque se arrepentía de haberlo dicho, de reprocharle su falta de compromiso con todo y con nada.

Leo no dijo nada más. Sabía por dónde iba la conversación. Ella tenía razón, pero no quería hablar de ello, ni siquiera se había planteado su camino a un año vista nunca, porque eso le daba la libertad que quería. Solo la enfermedad de su madre le había hecho asentarse en Bellavista y, ahora que no tenía nada que le atase, Greta regresaba. Era de locos.

Entraron en casa por el acceso de la cocina.

Al contrario que Arturo y ella el día anterior, Leo abrió la puerta con una simple maniobra para evitar que se atorase. Como si lo hiciese todos los días.

Greta apretó los labios. ¿Cuántos días había estado allí cuidando de su abuela, arreglando cualquier cosa o simplemente pasándose a ver que todo estaba bien mientras ella perdía el tiempo con el gilipollas de Óscar?

Se centró en el cometido que les había llevado hasta allí.

La planta de abajo estaba bien. No tenía ninguna filtración de agua por las ventanas ni en las juntas del suelo ni goteras de humedad en las paredes. Leonardo había hecho aquella reforma junto a Darío hacía muchos años, pero fue hecha a conciencia y perduraría por muchísimos más.

—Miremos la planta de arriba. Me preocupa el tejado. Quiero comprobar que la reparación del verano pasado está bien.

—Me hizo llamarte sin saber que eras tú quién contestaría —susurró recordando cómo hizo que se reencontraran con sus dotes de casamentera; cómo desapareció aquel día para que todo fluyera entre ellos sin interferencias.

Leo sonrió. Lía siempre había estado a favor de su relación. Les había encubierto en más de una ocasión, e incluso les dejaba que estuvieran en su casa cuando Darío no estaba.

Creía que era mejor que tuviesen un sitio donde estar, que tener un disgusto por esconderse por ahí como dos proscritos.

Siempre se reían cuando les llamaba así. Demasiadas películas clásicas de vaqueros.

Hizo mucho por ellos hacía solo unos meses. Ojalá aquella semilla que plantó de nuevo entre ellos no se estropease por sus desencuentros orgullosos.

—Lo recuerdo —afirmó manteniendo la mirada fija en ella.

Greta sintió el cosquilleo en el estómago del recuerdo de aquel día de reparaciones y los días que pasaron después.

Sentía cómo se le encendían las mejillas recordando. Tenía que salir de ese bucle de pensamientos.

—Espero que todo esté bien. No creo que pueda pagar una reforma. Me quedaría sin ahorros.

—Me la pagas a mí, así que, podemos buscar la forma de compensármelo —dijo por decir. Nunca le permitiría que pagara ni un clavo.

Greta no quería sonreír, pero en ese momento, solo se le pasaban compensaciones sexuales por la cabeza. Sin querer, la vista se le fue a la escalera del desván. Cerró los ojos un segundo y se centró de nuevo en revisar la casa.

Leo sabía en lo que pensaba porque le guiñó un ojo.

—Ir a las reuniones del ayuntamiento en mi lugar o coger las llamadas de los avisos de mis empresas serían buenas opciones —relató sonriendo, aunque ella no lo veía, pero sabía que también lo hacía y se había sonrojado más de lo que ya estaba.

Greta lo observó cogiendo aire, oliendo su aroma tan masculino. Estaba delante de ella, caminando por el pasillo de la casa de su abuela y tenía la sensación de que no había pasado el tiempo, que estaban allí escondiéndose una vez más y que todo estaba bien; que nada los podría separar.

—Parece que todo está en orden —susurró mirando el techo de la habitación de Greta.

—No sé si alegrarme, la verdad… —contestó de improvisto con los recuerdos mezclándose en su cabeza con el presente.

Leo se giró, se acercó a ella y la miró con media sonrisa en los labios que le hacía más joven.

—Si me tengo que subir al tejado a hacer un agujero, me subo.

—Lo sé —susurró sin apartar la mirada.

Estuvo a punto de acercarse a besarla, pero no debía hacerlo. Ella tenía que ser más clara con sus sentimientos, estar segura. Ambos

debían serlo.

—¿Quieres quedarte aquí sola o me dejas que ponga la casa a punto antes de instalarte? —propuso esperanzado en la segunda opción.

—Tengo todas mis cosas en el coche y no pueden quedarse ahí eternamente —intentó negarse con una excusa poco consistente. Le había cogido la pregunta por sorpresa.

—Podemos sacarlas. Las dejamos en una habitación, coges lo necesario y te vienes a mi casa hasta que pase esta tormenta y se arreglen los problemas con la electricidad o te traes el coche tal cual a mi casa y, cuando la casa esté lista, te vuelves y te instalas. No quiero que estés aquí sola con este tiempo, sin luz y sin calefacción. Si empeora y necesitas ayuda, tardaré más de lo que me gustaría en venir.

—No sé si es buena idea que vivamos juntos, Leo —confesó su miedo.

Él contuvo la respiración un instante.

—Solo son unos días. Tu abuela no permitiría que te vinieses aquí en estas condiciones y sin que la casa esté perfecta. Me habría llamado para hacerlo —insistió.

Greta suspiró. Tenía razón. La casa necesitaba algunos pequeños arreglos y una buena limpieza, pero nada que no pudiese hacer ella misma. La tormenta y la luz eran lo que más miedo le daba.

—De acuerdo, pero solo hasta que pase la tormenta. Tengo que acostumbrarme a mi casa y a mi nueva vida.

—Solo hasta que deje de llover, prometido.

Se sonrieron nerviosos, pero Leo, muy profesional, sacó su móvil y comenzó a anotar lo que necesitaba para dejar a punto la casona de Lía.

CAPÍTULO 11

Aquel día, Greta no se separó de Leo. Lo ayudó a anotar todo lo que necesitaba la casa de Lía, su casa, y luego lo acompañó al hotel del pantano.

—¿Esto es seguro? —preguntó un poco asustada, mientras se agarraba al asiento para intentar amortiguar el vaivén del coche, causado por los grandes surcos que se habían hecho por los torrentes de agua.

—De momento, sí. —La chica miró a Leo más asustada que antes—. No te preocupes, la carretera ahora es segura, pero, por si deja de serlo, quiero recoger todas mis cosas para poder trabajar en tu casa.

Ella asintió mientras la lluvia golpeaba el vehículo con un poco más de fuerza que un momento antes.

—Confío en ti —contestó sin quitar la vista de la carretera, que solo conseguía ver nítida un instante al pasar el limpiaparabrisas a toda velocidad.

—Gracias —susurró con un vuelco del corazón. Si aún lo hacía, era el mejor regalo que le podría dar. A veces creía fervientemente que ya no confiaba en él y no se lo reprochaba. Tenía razón en hacerlo.

Leo aparcó junto a la puerta de acceso a las cocinas. Había un pequeño techo para resguardar las mercancías que descargaban para el correcto funcionamiento del hotel cuando estaba abierto; él lo aprovecharía para cargar sus cosas.

Greta se bajó también dispuesta a ayudar.

—No te bajes. Tardaré poco —pidió subiendo la voz para que le escuchara por encima de la tormenta.

—Te ayudaré y tardarás menos. No me gusta estar aquí y tengo que empezar a pagar mi deuda.

Aquella última frase le desarmó. Había sido idea suya y ahora tendría que aceptarlo.

—Está bien. Vamos.

Leo había dejado allí sus herramientas pensando regresar a trabajar, pero con las tormentas y la llegada de Greta, el hotel tendría que esperar.

Guardó todo en los maletines y las bolsas de lona que después Greta llevó al coche con brío.

Siempre habían hecho buen equipo.

Tenía claro que había sido un imbécil. Tantas aspiraciones y tanto escalar hacia el futuro que él se había diseñado, no le había servido de

nada. Solo había perdido un tiempo sin ella irrecuperable. Ahora ya no podía volver al punto de su relación en que fue más feliz.

La tormenta empeoraba por momentos, pero no tardaron mucho en terminar allí.

Leo cerró el hotel y se montó en el coche donde esperaba Greta.

Vio el miedo en sus ojos, el agua golpeaba con furia el vehículo y el sonido del metal imponía.

En cuanto dio la vuelta para salir por el camino en dirección al pueblo, puso la radio. No había buena cobertura por allí para sintonizar ninguna emisora, pero llevaba conectado el móvil al *bluetooth* y *Smile* de Katy Perry comenzó a sonar comiéndose los golpes de la lluvia.

—¿Mejor? —preguntó a la chica.

No escuchar el estruendo de la naturaleza la relajaba un poco, pero estaba deseando salir de aquel camino para llegar al pueblo.

—Gracias. Mucho mejor.

Más animada con aquella canción tan pegadiza y algunas más que vinieron después, llegaron al hostal de Isidro.

—Gracias por venir, hijo. No ha ido a más, pero con esta lluvia no me fío —declaró el anciano en cuanto le vio entrar por la puerta. Le estaba esperando como agua de mayo.

Emilia, que estaba afanosa en la cocina, salió nada más ver que el muchacho llegaba.

—Qué guapa estás, Greta —dijo aproximándose a ella para darle un abrazo. El de la noche pasada le había sabido a poco.

Leo miró de reojo mientras se alejaba con Isidro para subir a ver la gotera.

La anciana tenía razón, estaba más guapa que nunca y eso que con veinte años era un espectáculo. Con el tiempo y los años, había aprendido que la juventud te regala unas cosas e ir cumpliendo años, otras.

—Gracias por el cumplido, doña Emilia, pero estoy normal.

—No, hija, eres muy guapa y con la edad te pareces más a tu madre.

Greta no se lo esperaba y no supo qué contestar. No tenía recuerdos propios de su madre ni referencias, solo lo que le contaban. Desapareció de su vida siendo muy pequeña y su familia con ella. Solo había tenido a su padre, a la abuela Lía y a aquel pueblo lleno de gente que la habían cuidado, educado y querido como una familia. Lo más cercano a una madre había sido la de Leo.

Tras unos segundos de silencio, sonrió a la mujer.

—Sé que no la recuerdas, pero yo soy muy vieja y tengo la memoria intacta.

—Ya… —contestó miedosa por lo que podría venir.

—No tienes que tener vergüenza de hablar de ella ni porque alguien te la recuerde. Es tu madre. Ella te dio la vida y fue el regalo más grande que le dio a tu padre. Lo demás, ella se lo ha perdido. No puedes vivir negando que tienes una madre. Eso no está bien. No te encontraron en la puerta de casa.

Doña Emilia era una mujer muy directa y sincera. No era la primera vez que le sacaba el tema, pero en otras ocasiones, Lía le había cortado las intenciones de raíz. Ahora su abuela no estaba.

—No me molesta ni me avergüenza. Es solo que no ha querido saber de mí desde que tengo cinco años. No tengo recuerdos de ella claros, pero tampoco me importa. Mi padre me cuidó con amor y paciencia, con la ayuda de mi abuela y no existe ninguna familia más para mí. Edelmina fue más madre mía que ella.

La anciana asintió. Era cierto.

—Cuanto sentí que no pudieras venir al entierro de Edel. Ya nos dijo Leo que no podías, pero hija, él estaba tan mal, que estuve yendo una semana seguida todos los días por la mañana y por la noche para llevarle comida. No porque me diese miedo que se pudiera morir de hambre… No. Era por si había cometido una locura.

Greta contuvo la respiración.

No sabía lo que Leo había contado de ella en aquel momento ni tampoco le había explicado lo que pasó en esos días. Él la alejó de su vida, le ocultó lo más importante y triste que le puede pasar a cualquier persona, aun sabiendo lo que ella sentía por su madre. Solo podía pensar que el motivo para hacerlo era que aún estaba enfadado porque, cuando estuvo preparado para ir más allá en su relación, ella fue quien no se quiso arriesgar a la primera de cambio. Quería que Leo le demostrase que después de tantos años, estaba decidido a intentarlo de verdad, sin huir, incluyéndola en sus planes. Pero, en lugar de aceptar el reto y luchar por ella, se enfadó y la apartó.

—Leo es fuerte, pero perder una madre es duro para cualquiera —contestó la chica. No tenía otra salida y no quería meter la pata.

—Sí, hija. Mucho. Solo le había visto tan mal después del verano pasado, pero ahí no di con el motivo.

Greta se quedó sin respiración. Estuvieron juntos ese verano el tiempo que ella estuvo en Bellavista. No empezaron con buen pie, pero gracias a Lía y al amor que se tenían el uno al otro, fue un gran verano. Al final, aunque él le pidió que se quedara, se marchó.

Después murió su abuela y, aunque estuvo con ella el tiempo que pasó allí, ya no fue lo mismo.

La prueba la tenía en que no le había avisado del fallecimiento de Edel.

—¿Estás bien, hija? —preguntó la anciana.

—Hola, Greta. Me alegro de volver a verte.

La mujer se giró en dirección a la voz que les había interrumpido.

—¡Arturo! Sigues por aquí —saludó al hombre que había salvado del accidente, dejando a un lado lo que le acaba de contar Emilia. Ya lo pensaría—. ¿Qué tal tu cabeza? ¿Han podido rescatar tu coche?

—Duele menos. El coche sigue en el mismo sitio. Si no deja de llover con tanta furia, será difícil que vengan a por él.

—Lo siento mucho. Espero que lo puedan hacer pronto para que regreses a tu vida —contestó con una sincera sonrisa.

—Tengo tiempo. No me importa quedarme por aquí unos días con estas vistas —coqueteó con una sonrisa traviesa en la boca sin quitarle los ojos de encima.

—Sí, la plaza de Bellavista es preciosa, ¿verdad? —dijo Leo pasando por detrás de él. Regresaba al coche para ver si llevaba algo que pudiese ayudar a Isidro con la gotera.

Escuchar a aquel tipo tontear con Greta le ponía de mal humor.

Greta lo observó mientras caminaba con un vuelco en el corazón. Estaba celoso, como con Damián.

Esa actitud la hacía sentir que estaba interesado aún en ella.

—Eso también —contestó el visitante guiñando un ojo a la chica.

—Es una pena que el tiempo no acompañe para que pueda disfrutar de nuestro precioso entorno. Ojalá pueda volver en otro momento —intervino la anciana—. Estaremos encantados de recibirlo en nuestra casa.

—Lo haré. Es un sitio muy peculiar con muchas posibilidades. No lo dude.

Aquella afirmación extrañó a Greta, pero dedicándose a los bienes inmobiliarios, no era descabellado pensar que tuviera que intervenir en alguna herencia más.

—Greta, ¿me ayudas? —preguntó Leo al pasar de nuevo por el *hall*.

—Ahora vengo —se disculpó con la anciana y con Arturo.

El hombre la observó caminar a pesar de que Leo lo observaba con seriedad desde la escalera mientras la esperaba.

Emilia, que estaba muy aburrida por allí, sonrío con picardía.

—Lo tienes difícil, muchacho —le dijo dándole una palmadita en el hombro antes de caminar hasta la cocina.

—¿Mucho? —preguntó a la mujer siguiéndola.

—¡Uy, mucho! —Se carcajeó—. Se acerca a lo imposible.

—¿En serio?

—Ella puede estar con todos los que guste. ¡Faltaría más! ¡Que disfrute y sea feliz! Pero él es su hombre. Lo ha sido siempre y nada ni nadie lo va a cambiar. ¿No los ves? Son como las olas del mar meciéndose al mismo son. Otra cosa es que no sean capaces de ser sinceros con ellos mismos e intentarlo de verdad.

—¿Nunca han estado juntos?

—Demasiadas veces. Ese es el problema.

Arturo guardó silencio pensativo mientras se sentaba en la mesa observando a la afanosa Emilia.

La mujer apartó las dos ollas que tenía en el fuego y puso otra llena de agua.

El chico observó como la encimera estaba llena de tarros de cristal.

Emilia abrió una olla y la cocina se llenó de olor a manzana. Abrió la otra y la naranja lo inundó todo.

Le miró sonriente.

—Cuanto te vayas, te llevas un bote de mis mermeladas. Así verás que las de vuestros súpers son una mierda.

Arturo rio al escucharla.

—¿Desde cuándo están así? —preguntó de nuevo por la pareja.

Emilia se giró, cerró los ojos e hizo un gesto con la cara como si fuese a silbar o resoplar.

—Creo que la primera vez que vi a Greta mirar a Leo con cara de pava fue cuando tenía quince años, casi dieciséis. Estábamos en la panadería esperando a que sacaran el pan caliente y llegó él, con sus casi diecisiete años de hormonas adolescentes en pleno cambio, pero con la ventaja sobre los demás de haber estado ayudando a su padre en una obra desde un par de meses antes a que ella llegara. Se había puesto muy fuerte, su pelo rubio lo estaba más y su piel se había bronceado. Greta no se había quedado atrás. Estaba preciosa. Era ya una señorita y todos los chicos del pueblo estaban como locos con ella. Ya sabes, la forastera, la que no vive aquí. La chica de la ciudad siempre era la más atractiva para los chavales. Nunca olvidaré cómo se miraron ese día, a pesar de estar harta de verles juntos desde que eran pequeños. Sus padres eran muy buenos amigos y ellos ampliaron esa amistad en sí mismos. Creo que nadie del pueblo concibe a Leo sin Greta y viceversa.

—¿Y en todos estos años qué ha pasado?

—Que se han querido mucho, tanto que dolía. Se han enamorado muchas veces el uno de otro, pero no se han dado una verdadera oportunidad.

—¿Qué cree que pasará ahora? ¿Tengo alguna posibilidad?

—Creo que tendrán que enfrentarse por fin a su realidad. Se han quedado solos en el mundo. No tienen a nadie más y tendrán que decidir cómo quieren vivir a partir de ahora. Si seguir siendo amigos y algo más cuando se vean, pero hacer su vida independiente o por fin ser lo que todos vemos —dijo mirándolo a los ojos. Se acercó a la mesa un poco más—. Puedes intentarlo, pero no creo que consigas mucho. No es que ella no lo intente, que lo hace, es que son como dos



imanes que se atraen sin remedio.

CAPÍTULO 12

Verano de 2019

Cuando Greta llegó a Bellavista, el corazón se le salía por la boca. No estaba segura de lo que se iba a encontrar. Solo sabía lo que sentía cada vez que llegaba allí, pero mucho más desde que él se trasladó indefinidamente para cuidar de su madre.

Giró el volante para entrar en la calle de Leo. No era el camino más directo para ir a casa de su abuela, pero no podía resistirse a pasar por la puerta. Choco iba dormido en los asientos traseros y no se iba a enterar de donde estaban.

Disminuyó la velocidad para poder mirar en dirección a la casa que había formado parte de su vida tanto como la de su abuela.

El estómago le dio un vuelco. Los nervios de adolescente por ver al chico que te gusta, los sintió igual que cuando lo veía antaño y él se giraba para mirarla como si algo en su interior le dijera que ella estaba allí. Su sonrisa traviesa que le cortaba la respiración y esa mirada intensa que no necesitaba acompañarla de palabras.

Suspiró sin querer. Como cada vez que pensaba en él, como cada vez que recordaba algo entre ellos.

Cogió aire y lo soltó con lentitud.

Le temblaban las manos sobre el volante.

Miró hacia la casa. La puerta metálica que habían instalado algunos años antes ya no dejaba ver casi nada del interior, pero vio las ventanas abiertas de la segunda planta. Pasó de largo observando los detalles de la vivienda y después, la siguió mirando por el espejo retrovisor.

Entonces se abrió la puerta y ella, nerviosa, paró en seco el coche en mitad de la calle.

—Mierda —susurró como si la pudiese escuchar. Choco bufó entre sueños, pero no se despertó.

Giró levemente el volante y aparcó de mala manera para apartarse de la vista.

Se quitó el cinturón con cuidado de no despertar a su perro y se movió un poco en el asiento para poderle ver.

Solo podía ser él.

Se quedó sin respiración cuando lo vio salir caminando con sus vaqueros desgastados que le quedaban perfectos, camiseta blanca y deportivas.

—Se ha cortado el pelo —dijo a la nada con la boca seca.

Apretó los labios intentando evitar que salieran más palabras y

también sentir el cosquilleo de besos pasados.

Él miró hacia atrás, como siempre que ella estaba cerca, como si la intuyera.

Se quedó parado en mitad de la calzada.

Greta se medio escondió tras el asiento.

No estaba preparada para Leo. Lo había intentado durante meses. Había luchado contra sus sentimientos pasando el mayor tiempo con su pareja actual, Óscar; compartiendo todos los momentos íntimos que sus vidas les permitieron, pero Leo no desapareció de su cabeza. Al contrario, estaba más presente que nunca.

A los pocos segundos, él retomó su camino y ella respiró.

¿Qué iba a hacer? Solo quería verle antes de que se encontraran de verdad para saber qué iba a sentir y ahora estaba asustada. Muy asustada.

Cuando le vio desaparecer, arrancó el vehículo y no paró hasta llegar a casa de su abuela.

—¡Greta! Qué guapa estás, vida mía —recibió Obdulia a su nieta en el porche. En cuanto escuchó el coche salió a recibirla. La esperaba.

La chica sonrió a su abuela, pero en cuanto la vio, se dio cuenta del deterioro que los años le habían provocado. No hacía tanto que estuvo allí por última vez, pero la edad a esas alturas de la vida, no perdonaba.

—Hola, abuela —contestó emocionada tras parar el motor, aunque intentó que no lo notase. Se quitó el cinturón de seguridad y salió para abrazarla.

Choco, que vio la puerta aún abierta, salió del vehículo para estirar sus patas y gimotear alrededor de las mujeres contento de estar allí.

Lía, que conocía a su nieta como si fuera su hija, la apretó contra ella con cariño.

—Estoy bien, cariño. Vieja, pero bien —susurró en su oído. Greta apretó más el abrazo—. Todo llega en esta vida y estoy preparada. No tengas miedo. Yo no lo tengo.

Ambas se miraron emocionadas. Lía sonrió a su nieta. Ella, con dificultad, se la devolvió.

Choco pasó el lomo con suavidad por las piernas de la anciana.

—Que sí, zalamero. A ti también te doy mimos —le dijo al animal que se sentó junto a ella para que le acariciase la cabeza.

Greta sonrió mientras se secaba las lágrimas.

Los tres entraron a la gran casa roja.

En cuanto la chica puso un pie dentro, cerró los ojos y se dejó invadir por el olor a comida que salía de la cocina, mezclado con el de las flores y plantas aromáticas que venía del jardín de atrás.

Choco corrió a su rincón favorito de verano, un lugar en el que

daba la sombra todo el día entre la puerta del patio de atrás y la cocina. En invierno se colocaba delante de la chimenea.

Greta echó un vistazo a la casa de su vida. Casi podía remontarse al pasado y escuchar a su padre trastear con las herramientas como diez años atrás.

Dejó el bolso en la mesa del salón cogiendo aire y se fue tras su abuela a la cocina.

—Como sabía que venías, te he hecho pollo asado tal como te gusta.

—Gracias, abuela, pero no tenías que haberte molestado. Habíamos cocinado algo sencillo juntas.

—¿Algo sencillo? ¿Qué hay más sencillo que un pollo asado?

Greta sonrió a su abuela.

—Gracias —contestó sentándose en la mesa grande de madera que había en el centro.

Obdulia, que conocía de sobra a su nieta, entrecerró los ojos observándola un poco antes de volver a hablar.

Estaba despistada, atontada como diría a su amiga Clementina si aún estuviera en este mundo.

Esperó unos segundos más para ver qué pasaba, pero seguía igual.

—Ahora mismo me recuerdas a ti misma con unos cuantos años menos; antes de que Leo te besara por primera vez.

Greta sacudió la cabeza e intentó centrarse.

—¿Qué? —preguntó.

Había escuchado Leo, pero nada más. Estaba pensando en él, en cómo de alguna manera la había sentido cerca, y no se había enterado bien de lo que le decía.

—Lo dicho, estás pensando en Leo, ¿verdad?

—¡No! ¿Por qué iba a pensar en Leo? —intentó disimular, pero Lía la miró con las cejas levantadas y mucha calma.

—No lo sé. Dímelo tú —invitó a su nieta a sincerarse.

—¡Qué no!

—Es absurdo. No me engañas, pero si lo quieres negar, te lo acepto.

—Abuela…

—Greta…

—Él no es para mí —dijo con pesar—. Ni para nadie, la verdad —añadió—. Quiere un futuro y una vida en la que no estoy incluida como pareja. Quiere escalar profesionalmente sin interferencias. Lo dejó claro hace años. Nunca más voy a intentar que cambie de opinión. Solo le pedí que me dejase elegir y no lo ha hecho nunca. No puedo hacer más. He pasado página.

Lía la observó unos segundos antes de contestar.

—Las cosas han cambiado mucho en su vida en este último año.

Quizá deberías hablar con él antes de dar por hecho lo que quiere y lo que no.

Greta cogió aire. Sabía que a su abuela no se le iba a escapar su nerviosismo al llegar, que no le podía olvidar, ni sus sentimientos, por mucho que los quisiera enterrar bien profundo.

Era cierto que la vida de Leo había dado un giro de ciento ochenta grados que le llevaba por un camino distinto al de aquellos planes que se trazó, pero ¿durante cuánto tiempo? No podría soportar hacerse ilusiones, imaginar un futuro juntos, para desvanecerse otra vez.

—Yo también tengo prioridades y una muy importante es no sufrir más por él.

—Pero… —intentó intervenir la anciana.

—Pero nada. Ya lo he vivido, lo he sufrido, lo he curado y no quiero volver a pasar por ese camino.

—Él quiere verte —soltó a bocajarro. No quería decírselo así, nada más llegar y sin ni siquiera comer, pero las cosas se habían dado de esa manera y podía ser tan buena como cualquier otra.

El corazón de Greta latió a mil, el estómago se le dio la vuelta y la ilusión regresó con fuerza, pero no se lo podía permitir.

—Y yo quiero que me toque el Euromillón y no hay manera —contestó intentando hacerse la graciosa para ocultar sus verdaderos sentimientos.

Lía se acercó hasta la mesa, arrastró con lentitud una silla junto a la de su nieta y se sentó mirándola a los ojos.

—Mira, hija, me hubiese gustado tener esta conversación en otro momento, pero no importa, cuanto antes mejor. Además, no voy a volver a hablar contigo de esto. Lo prometo. Pero te voy a decir un par de cosas. No puedes ir en contra de tus sentimientos y de tu corazón. Es una lucha perdida porque, o bien te tendrás que rendir a ellos con todas las consecuencias o serás infeliz toda la vida. No es sano ir a contra corriente.

Greta la escuchaba con atención y sabía que tenía razón, pero no podía sufrir aquel rechazo al compromiso por su parte ni una vez más.

Ella no le pedía casarse. No creía en ello. Ni siquiera vivir bajo el mismo techo. ¡Solo le pedía estar juntos! Ser una pareja normal y corriente. En Londres, en Barcelona, en Madrid, en Bellavista… ¡Debajo de un puente si era lo único que tenían! Pero juntos… y él siempre pensó en su carrera profesional. Nunca le dio opción a elegir. Sobre todo después de que Leonardo falleciera y ella no se marchara al viaje que tenía programado a Nueva Zelanda para quedarse con él.

Leo era una persona tolerante, atenta, sabía escuchar y entenderla, pero había momentos en los que no comprendía su actitud. Quizá fuese mejor no estar juntos. Quizá fuese mejor así…

—Lo sé, pero yo no voy a contracorriente por decisión propia —

contestó con tristeza.

—Tampoco puedes venir aquí con ilusión, si ya has tomado tu decisión sobre vuestra relación. —Greta arrugó el ceño—. Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. No te hagas la tonta. Cada vez que vienes al pueblo tienes la esperanza, aunque sea una gota, de que algo cambie, que él te diga que está dispuesto a dar el paso que necesitas y luego te vas con una herida más que curar.

—No tengo esperanzas de nada. Leo es un amigo, mi mejor amigo y ya está —intentó zanjar el tema.

—Greta, puedes mentirte todo lo que quieras, pero a mí no me engañas, mi vida. Puede que aquel sueño romántico que viste cumplido con dieciocho años, no se haya desarrollado como querías, pero no puedes estancarte ahí. Tienes que avanzar.

—Por eso no quiero hablar con él de esto, abuela. Ahora estoy con Óscar.

—¿Ese mequetrefe de tres al cuarto?

—El mismo.

—Es un gilipollas que te va a meter en un lío como no espabiles. No me gusta. Ya te lo he dicho más veces y no entiendo qué haces con él. Gracias a Dios que no sabe nada importante de tu vida. ¡No sabe ni que existo! Y menos mal, porque con lo que me cuentas, no lo aguanto aquí ni medio minuto.

—No es así, abuela. Es buena persona. Un poco suyo, pero me cuida y me quiere.

—Mira, pongamos que me creo todo esto que me dices y lo dejo pasar, pero… ¿Y tú a él? ¿Por qué no le cuentas quién soy y dónde están tus raíces? —preguntó adrede.

—Hace muchísimo tiempo que no le cuento a mis parejas nada importante de mi vida. No me sale hacerlo. No quiero compartirlo. Quiero mantener en secreto esta parcela de mi vida. Me siento cómoda sin tener que dar explicaciones. Si vinieran aquí, viesen a Leo, y nos viesen juntos, lo sabrían todo… —Cogió aire. No podía seguir—. ¿Qué crees que pensarían? No podría mantener una relación con nadie si también formaran parte de esto. Sobre Óscar, me gusta y con eso me conformo —señaló con rapidez para que la creyera.

—Me parece bien. Así Leo tampoco tiene que verte con otros. Eso le haría la herida más grande de su vida y no creo que se recuperase de ella. Además, siempre tendrás un refugio donde resguardarte de ellos si nos mantienes en secreto —abrió los brazos abarcando el espacio—, pero eso solo me dice que no son lo suficientemente importantes para ti. Están de paso en tu vida y no son lo que necesitas… ¡No, hija! ¡No hay que conformase! ¡No has entendido nada de la vida! ¿Ese tipo no te hace sentir ni la mitad que Leo? —disparó a por todas.

Greta se quedó callada. Quizá su abuela tenía razón y ninguno de aquellos hombres con los que había compartido solo cama y una parcela de su vida en la ciudad, era lo suficientemente importantes para hacerle partícipe de quién era ella en realidad y de qué sentía de verdad. Pero de lo que estaba segura, era de que nadie le había hecho sentir como lo hacía Leo. Tenía asumido que era imposible y más si su relación seguía a lo largo del tiempo, de los años, porque renovaba esa llama entre ellos y siempre estaba presente. Por eso se había autoconvencido de mantenerse como amigos y nada más. Estaba por ver cuánto duraba en su empeño.

—Sabes que no voy a encontrar otra alma gemela. Eso es imposible —indicó emocionada.

Lía, que solo pretendía hacer reaccionar a su nieta y dejar las cosas claras nada más llegar, le cogió las manos con cariño.

—Te quiero mucho, mi vida, y no me gusta verte así.

—Lo sé, pero no puedo soportar un rechazo más. Me rompería el corazón para siempre y no le quiero odiar.

La abuela, que sabía de sobra cómo sentía su nieta, le acarició la mejilla limpiándole una lágrima que ya se deslizaba por la piel.

—Tienes que verle. Si has venido aquí y pretendes pasar unos días, en algún momento te lo vas a encontrar y debes estar preparada.

Greta asintió. Estaba muy asustada por lo que sentía tras verlo de lejos… ¿Qué podía pasar cuando hablase con él, se tomaran una cerveza o comieran juntos? Apretó los labios imaginando cómo acabarían. Su atracción era tan fuerte que no podrían evitar besarse y después de eso, nada ni nadie podría pararles.

—No sé si voy a salir de esta casa en estos días —admitió.

—Bueno, ya pensaremos en eso. Ahora quiero hablarte de otra cosa y así ya no tenemos más temas escabrosos con los que lidiar. —Esbozó media sonrisa intentando suavizar la situación, pero su nieta no se la devolvió—. He arreglado el testamento. —Greta negó con la cabeza. No quería escuchar que se iría pronto y se quedaría sola en el mundo de verdad—. Es difícil para ti, lo sé, pero no quiero que pases pena ni penurias. Vendes esta casa y las tierras por un buen dinero, igual que hiciste con la de tu padre, y dejas al desgraciado ese que tienes por novio antes de que te meta en un problema. Vete lejos. No vuelvas. —La chica la miró sin decir ni media palabra, no hacía falta. Sabía de sobra que siempre habría algo que la ataba allí, por mucho que quisiera evitarlo. Lía, consciente de la madeja enredada de sentimientos y pensamientos de su nieta, continuó—: Si le quieres de verdad, ve a buscarlo. Dile que le quieres y sed felices, pero, si no le quieres, hazme caso, vende todo y no vuelvas. No mires atrás. Este pueblo solo tiene recuerdos, ancianos y tristeza, mi vida.

Dos días después

Lía no sabía qué hacer con su nieta. Llevaba dos días encerrada en la casa, sin ir al pueblo, ni siquiera hacía los recados y las compras de las que siempre se encargaba cuando estaba allí.

Tenía que hacer algo para que Leo y Greta se vieran. Tenían que hablar. Leo debía contarle lo que sentía antes de que su nieta se cerrase más e hiciese alguna estupidez con el tipo ese con el que compartía piso, porque se negaba a llamarle pareja.

Subió las escaleras con lentitud. Sabía que en la planta de arriba había una humedad, pero antes de poner en marcha el plan, tenía que cerciorarse del lugar exacto.

Examinó las paredes y el techo de cada habitación hasta que dio con ella.

Estaba en la habitación que solía usar Greta. Estaba seca y la causaba alguna teja en mal estado. Era verano y era difícil que se conservara mojada en aquel ambiente seco, pero se esperaban tormentas esa misma tarde provocadas por el intenso calor y tenía la esperanza de que el agua calara otra vez.

Bajó de nuevo a la planta baja en silencio, sin que su nieta, que estaba fuera con Choco jugando a la sombra, se diese cuenta.

Sonrió al imaginar el encuentro, sus caras, incluso el diálogo de besugos que siempre tenían al verse. Tenía que prepararlo todo. Tenía muchas esperanzas en ese momento.

Esperó con paciencia a que llegase la tarde y con ella la lluvia.

Cayó una buena tormenta a la hora de la merienda, con agua fuerte, rayos, truenos y como Obdulia pensaba, la lluvia caló entre las tejas y la gotera reapareció.

—Madre mía, abuela. Esto es un desastre —susurró Greta mientras colocaba un cubo a los pies de la avería para que cayese el agua dentro.

—Sí, hija, sí. Más vale llamar para que lo arreglen antes de que se haga más grande y dejarlo listo para el otoño.

—¿A quién quieres que llame para solucionar esto? —preguntó temerosa porque le dijese que a Leo.

—En el cajón de los papeles de la cocina hay un trozo de cartón con un teléfono. Debía haber llamado cuando salió la gotera la primera vez, pero como era cosa de poco, lo dejé pasar. Llama a ver cuándo pueden venir. Si no lo cogen, dejas el mensaje.

Greta, aliviada de que no le dijese que llamase a Leo, bajó veloz a la cocina y buscó lo que le indicaba.

Cogió el papel, su móvil y marcó.

Respiró al ver que ese número no lo tenía grabado en el teléfono.

Al tercer tono descolgaron. Era una voz de mujer:

«Está llamando al nueve, cuatro, nueve, cincuenta, cero, seis,

sesenta. En este momento no pueden atenderle. Deje su mensaje después de oír la señal. Gracias.»

Escuchó un pitido y habló a aquel contestador. Le explicó lo que pasaba, donde estaba la casa y su número de móvil como contacto.

Regresó a la habitación.

Su abuela seguía mirando el agua caer.

—He dejado el recado. Espero que no tarden en llamar.

—Seguro que no, son muy diligentes y trabajadores. Enseguida lo arreglarán —comentó la anciana consciente de que no había nadie más trabajador que él—. Habrá que vigilar el cubo. Vamos a buscar otro recipiente para cuando tengamos que vaciarlo.

Las dos mujeres bajaron a la cocina y continuaron con sus quehaceres. Tenían pensado hacer un poco de gazpacho para comer al día siguiente y preparar una ensalada de pimientos y tomates de la huerta para cenar junto a un pescado al horno.

A Greta se le cayó el cuchillo de las manos nada más ver que el motor del coche que escuchaba entrar a la finca era el de Leo o, mejor dicho, una *pickup* como la que usaba su padre.

—Qué hace él aquí —susurró casi sin voz. Los nervios no le permitían hablar más alto.

Lía, que sabía que Leo no tardaría en bajar a ver qué pasaba en cuanto recibiera el mensaje, sabía que aún tardaría menos al escuchar a Greta.

Sin contestar a la pregunta de su nieta, se limpió las manos en un paño y abrió la puerta de la cocina que daba al porche.

Estaba aparcando junto a su coche.

Se bajó intentando parecer tranquilo, pero Lía sabía que, consciente de que Greta estaba allí, estaba hecho un flan.

No le dio tiempo a caminar, Choco se lanzó a por él aullando y gimiendo, dando vueltas a su alrededor y sobre sí mismo como loco, moviendo el rabo a toda velocidad por la felicidad que sentía al verle.

—Hola, campeón. ¿Me has echado de menos? Yo a ti también —susurró en voz baja al animal, cogiéndole la cara entre las manos para tranquilizarle y darle un beso—. ¿La has cuidado como te pedí? Sí, ¿verdad? —Choco le lamió la cara—. Lo tengo difícil, ¿eh? —El perro gruñó y después gimió como si le pidiese algo—. Lo sé. Lo intentaré —confesó acariciándole la cara.

Greta, que veía todo desde la ventana, se secó una lágrima rebelde de la mejilla. No escuchaba lo que le decía, pero por la actitud de su perro, no necesitaba más.

—Hola, Leo, cariño. Qué rápido has venido, cielo —dijo Lía acercándose despacio a él. No quería interrumpir aquel encuentro tan bonito.

—Para ti, lo que haga falta —contestó a la anciana mientras se

acercaba a darle un beso en la mejilla y un gran abrazo.

—No habrás dejado algún trabajo por mí ¿verdad?

—Priorizo la faena, Lía. No dejo nada —contestó sonriéndole travieso.

—Ay, zagal, que luego cuando voy a comprar me lo echan en cara.

—Pues les dices que, si tienen algún problema con eso, hablen conmigo.

La pareja entró a la cocina. Greta, nerviosa, intentaba seguir preparando verduras para el gazpacho.

—Niña, mira quién ha venido a revisar la gotera —anunció la mujer a bombo y platillo.

La chica, que había hecho un gran esfuerzo por no verle, se giró ligeramente para saludarle desde donde estaba, conteniendo la emoción.

Estaba imponente con aquellos vaqueros gastados, camiseta negra de manga corta, unas botas de trabajo y Choco a su lado.

Sí, se había cortado el pelo, había dejado atrás ese corte a medio camino entre el pelo corto y el largo que tan bien le quedaba y le daba un aspecto juvenil. Estaba increíble con el pelo corto, y quizá le impactó más porque no solía llevarlo así.

Se le notaba el paso del tiempo en las ligeras arrugas alrededor de los ojos, en las manos aún más fuertes que las que recordaba de la última vez que estuvieron juntos. Estaba más atractivo.

Cogió aire diciéndose a sí misma que no podía empezar a recordarles juntos y menos con él allí.

—Hola, Leo. ¿Qué tal estás?

—Hola. Estoy bien. ¿Y tú? Te veo preciosa.

Greta sonrió sin querer y en cuanto se dio cuenta de que lo había hecho, cerró los ojos un momento y cogió aire apretando los labios.

—Estoy bien. Gracias.

Ambos se quedaron callados, mirándose, nerviosos.

—Greta, deja eso que ya acabo yo. Sube con Leo a enseñarle el estropicio que tenemos y le ayudas a lo que necesite. Me duelen las piernas y no quiero andar subiendo escaleras estando tú aquí.

—Sí, abuela. No te preocupes —contestó a la anciana mientras le echaba una mirada que traducida al castellano sería: «Esta me la vas a pagar. Ya hablaremos tú y yo», pero la anciana solo sonrió satisfecha con la encerrona.

Greta dejó el cuchillo y la verdura. Se lavó las manos y caminó delante de Leo para mostrarle lo que necesitaban que arreglase.

Choco estaba dispuesto a ir con ellos, pero Lía le cogió del collar.

—Tú aquí conmigo, rey. Enseguida vienen. —El perro gimió, pero se sentó a los pies de Lía obediente.

Leo subió las escaleras intentando no fijarse en sus piernas, su cintura, ese culo que tanto le gustaba… Tragó saliva y cogió aire.

—Es aquí —anunció ella entrando en su habitación.

—Vaya, sí que ha calado —susurró observando cada milímetro del espacio. Había estado allí tantas veces en su vida que había perdido la cuenta—. ¿Desde cuándo tiene esta gotera? No me ha dicho nada antes y esto no se ha hecho ahora. Mira esa marca antigua en la pintura. Yo diría que hay hasta dos marcas.

Greta enarcó las cejas mientras le escuchaba.

—¿Y te extraña?

El hombre la miró sin entender, después cambió el gesto como si lo hubiese comprendido.

Se pasó la mano por la barba de un par de días y después se colocó su pelo corto, como hacía cuando lo tenía largo.

Ella lo observó intentando disimular que el corazón se le desbocaba, que estaba nerviosa y que lo que de verdad quería era besarlo, pero se había prometido a sí misma que no lo haría.

—Supongo que sabía que venías y quería que nos viésemos, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Me ha extrañado tu mensaje tan impersonal. Ahora entiendo que no sabías que vendría yo.

—Tenía un teléfono fijo que no conozco apuntado en un trozo de papel en el cajón de la cocina, sin nombre, sin nada más que números. Creo que eso resuelve tus dudas.

—El que he instalado en el taller como teléfono de empresa —resolvió el enigma—. No querías verme —continuó con lo que de verdad le importaba y deseaba arreglar.

Greta abrió la boca para contestar, pero no pudo decir nada. No era lo mismo contar sus intenciones a su abuela, que decírselo a él en persona. No era tan valiente como creía.

Bajó la vista al cubo unos segundos y Leo esperó.

Ella sabía que no se iría sin una respuesta a una afirmación tan contundente.

—No, no quería verte —confesó en un susurro.

—Vale —contestó el hombre unos segundos después, intentando ocultar su dolor al respecto—. Intentaré acabar este trabajo en el menor tiempo posible. No te molesto más.

Le había dolido aquella respuesta, pero se mantuvo entero. Sabía que su relación estaba en un punto difícil, pero no creía que tanto.

Caminó en dirección a la puerta. Tenía que pasar pegado a ella, estaba cerca del umbral.

Lo miró. Estaba triste, igual que ella, pero en ese momento sintió rabia de que no le hablase, de que no preguntara por qué, de que no le

contase lo que según su abuela le quería decir.

—Justo por esto no te quería ver —admitió, aunque se arrepintió al segundo de haber hablado.

—¿Por esto? ¿A qué te refieres? —preguntó muy cerca de ella.

Greta sintió su calor, su mirada intensa sobre ella e intentó continuar firme en su postura.

—Ni siquiera te has enfadado. No has preguntado por qué. No quieres escuchar lo que sabes que te voy a decir.

Leo se revolvió. ¿Que no escuchaba? ¿Que no le dolía esa contestación? No tenía ni idea de todo lo que la tenía en cuenta y lo arrepentido que estaba de haber perdido tanto tiempo lejos de ella.

La enfermedad de su madre le había hecho pensar en su vida, en el pasado, en el tiempo empleado en esforzarse en el reconocimiento profesional y el escaso dedicado a los que más quería.

Intentó contener la rabia que sentía al oír esas palabras.

—Te he escuchado cada segundo que me has hablado, he escuchado cada suspiro, cada lloro y cada gemido que has querido compartir conmigo. ¿Tengo que saber también los que no me cuentas?

Se arrepintió de la agresividad de esa respuesta en cuanto la pronunció, pero ya era tarde.

Greta miró al suelo dolida con esas palabras. Él evitaba hablar de compromiso y ella había aprendido a vivir sin ello. Esa era su realidad, pero todo tenía un límite.

—Lo sabes todo de mí, incluso lo mal que lo paso cuando te marchas y lo nuestro se acaba. No debería extrañarte que no quiera verte para intentar sufrir un poco menos. Cada vez se hace más doloroso y difícil, aunque parece que a ti no te afecta. Te lo dije de nuevo la última vez que estuve contigo, pero aun así, te fuiste otra vez. Ni siquiera hablaste conmigo de ello.

—Hace un año de eso, Greta —susurró con la voz ronca por la emoción.

—No, Leo. Hace dieciséis años que pasa esto y no puedo más —confesó al borde de las lágrimas.

Leo extendió la mano para acariciarle la mejilla, pero ella fue más rápida y se marchó de la habitación escaleras abajo.

Al día siguiente

Leo regresó al día siguiente con todo el material necesario para arreglar el tejado y la gotera del techo de la habitación de Greta.

La chica estaba tapando los muebles y la cama con plástico transparente cuando llegó al umbral de la puerta.

La echaba tanto de menos que dolía, pero no sabía cómo decírselo. No quería hacerle más daño ni cambiar sus decisiones. Además, estaba con un tipo desde hacía bastantes meses y no quería

interferir por mucho que no le gustase. Era su culpa que estuviera con otro y solo suya.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó sin atreverse a entrar.

Greta dio un respingo nervioso al escuchar su voz tras ella y cerró los ojos un segundo.

No había podido dormir pensando en él, en lo que se habían dicho y lo mucho que lo añoraba.

—Ya estoy acabando, gracias. Solo queda la cama —contestó girándose para taparla.

Leo avanzó hasta el otro extremo y tendió la mano en su dirección para que le pasara el rollo de plástico.

Greta se lo dio intentando disimular el temblor de la mano. Estaba nerviosa, como siempre que estaba cerca de él.

El hombre cortó un buen trozo y dio un extremo a la mujer. Estiraron de los bordes y se desplegó una sábana transparente sobre el colchón.

La colocaron bien sujeta para que no se manchara nada.

—Siento si ayer te hice daño, Greta. No quiero…

—Ya está, Leo. No pasa nada. Vamos a arreglar esto a mi abuela antes de que llueva otra vez —le interrumpió la disculpa. No quería volver a esa conversación.

El hombre asintió. El parte meteorológico de ese día daba tormentas fuertes por calor a partir de las tres de la tarde. Solo tenían esa mañana para intentar solucionar la gotera.

—Tenemos que reparar el tejado. El techo se puede arreglar después.

—De acuerdo, dime qué hago y te ayudo.

Leo la observó unos segundos. Ella siempre estaba dispuesta a trabajar. Le había echado una mano en muchas ocasiones para poder irse los dos solos a cualquier parte del pueblo a pasar tiempo juntos. Qué buenos tiempos…

Ese último año, obligado a estar en Bellavista, le había dado la oportunidad de pensar en las estupideces que había cometido con ella y eran más de las que podía procesar.

Es curioso como viendo las cosas desde otra perspectiva variaba la situación.

No es que ella no le hubiese hecho partícipe de cómo se sentía, de lo que necesitaba de la relación y cómo le gustaría que fuese en realidad. Lo había hecho y en varias ocasiones, pero él no quería dejar su independencia solitaria porque estaba acojonado de tener esos sentimientos por Greta y mucho más acojonado de plantearse ser más de lo que eran. Lo que no había pensado nunca hasta ahora, es que ya lo eran todo. Daba igual que vivieran juntos o no, se casaran o no, o decidieran tener hijos juntos. Decidir todo eso solo era el camino

lógico del desarrollo máximo de la relación, complementos a lo que eran como pareja, como amigos, como cómplices.

Y lo peor de todo es que, esa felicidad que todo el mundo busca, esa pareja perfecta que todo el mundo quiere, la tenía. Lo había tenido siempre que Greta estaba cerca, pero el miedo le estaba arrebatando esa posibilidad.

Ella siempre había estado dispuesta a reorganizar su vida para estar juntos. No le importaba si tenía que vivir en Madrid, en Bellavista o en Groenlandia. Estaba dispuesta porque estaba segura de que era con él con quien quería compartir su cama, su día a día, una casa, pero Leo…, que siempre había tenido que luchar el doble que los demás para conseguir llegar a las metas profesionales que estaba llegando, seguía teniendo miedo a no ser suficiente para ella.

Era de locos.

Ya la tenía, la había tenido siempre, aunque ella a veces le hiciese creer que no en la adolescencia, porque a Greta solo le importaba quién era como persona, no cuánto tenía o de qué familia procedía, como a muchas otras chicas del pueblo y, aunque estaba seguro de eso, porque se lo había dejado claro muchas veces, no era capaz de dar el paso.

Ahora, era Greta quien se había replanteado su relación con él y, a pesar del dolor, estaba convencida de alejarse para intentar no ahogarse en la tristeza que le provocaba cada separación.

Iba a tener que intentarlo con empeño una vez más.

—Subamos a la buhardilla. Tengo que acceder al tejado por el tragaluz —pidió cuando acabaron de tapar bien todo lo que había en el cuarto.

El sonido del motor de un coche interrumpió la explicación. Greta arrugó el ceño mirando a Leo.

—¡Niños! —Se escuchó a Lía desde la planta de abajo—. Me viene a buscar Isidro. Me voy a comer con él y Emilia al hostal. Tenéis comida hecha en la nevera. Volveré esta tarde-noche.

Greta salió de la habitación sin mediar palabra y se colocó en el borde de la escalera.

Lía la esperaba en el mismo punto en la parte de abajo.

—¿En serio? —preguntó a la anciana. No le había dicho nada de sus planes y estaba claro que lo tenía pensado al dedillo.

—Por supuesto. No voy a cambiar mis planes y rutinas porque estés aquí y ni mucho menos por tener una gotera en el tejado. Leo sabe dónde está todo. Es el único hombre que aún entra a esta casa. Trátale bien. Volveré esta noche.

Choco ladró junto a la anciana.

La mujer le acarició el lomo, cogió el bastón que había en el paragüero, y que llevaba siempre que salía a la calle, y su bolso de un

perchero para marcharse a continuación.

Greta se quedó mirando el tiro de escalera aún asombrada por la capacidad de casamentera de su abuela.

Leo, desde unos pasos más atrás, esperando para subir a la buhardilla, sonrió al escuchar a la mujer. Obdulia no pararía hasta que solucionasen su relación. Ella era feliz viéndoles felices.

Aguardó unos segundos desde que escuchó cerrarse la puerta, viendo como Greta se quedaba quieta.

—¿Me ayudas con el tejado? —pidió a media voz.

La mujer se dio la vuelta, lo observó unos segundos y asintió.

Entraron a aquel desván lleno de recuerdos.

Había zonas más amplias, pero otras estaban llenas de muebles y cachivaches que dejaban pasillos estrechos.

—Es por aquí —dijo Leo a Greta cogiéndola por la cintura para dirigirla, al verla dudar de por cuál ventana debía salir.

La gotera estaba en una parte del tejado que caía sobre la casa directamente y aquella buhardilla no la ocupaba entera.

Greta sintió las manos de Leo sobre su ligera camiseta de tirantes de verano y solo con eso, el corazón se disparó a mil.

Caminó por donde le indicaba sintiéndole tras ella.

El plan que había trazado era fácil en su cabeza, pero ahora, tan cerca de él, iba a ser difícil de acometer. Por muy empeñada que estuviese en no tener nada más con él, en intentar no sufrir tanto, nunca dejaría de quererle ni de sentir.

Llegó a la ventana indicada, subió los tres peldaños que había en la escalerilla de acceso y abrió el pestillo. Intentó empujar para que se abriera. Cedió un poco, pero estaba bien ajustada por el poco uso.

—Espera —pidió Leo acercándose por detrás. Se colocó a su espalda en el pequeño hueco, pegado a ella, subió los brazos y empujó también.

La ventana cedió y se abrió.

—Gracias —dijo Greta con el cosquilleo de la camiseta del hombre en la piel desnuda que no cubría la suya de tirantes.

—Sube y te enseño el desastre —animó a la chica a que lo viera.

Greta salió al tejado con cuidado.

—¡Joder cómo quema!

Leo sonrió un poco más abajo.

—No más que tú —dijo saliendo también por la trampilla.

Sus miradas se engancharon unos segundos, hasta que ella abrió la boca ligeramente para coger aire y bajó la mirada.

—¿Me enseñas la gotera? —pidió para disimular.

Las cosas se complicaron más de lo que Leo hubiese podido imaginar.

Había más tejas afectadas de lo que pensaba y el tiempo corría en

su contra.

Tuvo que marcharse a por más material a su casa y eso hizo que, la tormenta que se había adelantado un par de horas, se acercara al pueblo antes de poder acabar.

—No puedo dejar el tejado abierto o se mojará toda la habitación —dijo a Greta de rodillas en una zona segura de la cubierta mientras ella se asomaba por el ventanuco de la claraboya.

—¿Y qué hacemos? —preguntó

—Tenemos que taparlo. Espero que no haga mucho viento y resista hasta que pase la tormenta. Mañana, cuando esté seco, seguiré. Hay lonas en mi furgoneta. Trae una roja. Creo que es la que mejor nos vendrá.

Greta bajó hasta la calle y se acercó a la furgoneta de Leo.

Localizó la lona roja, cuando vio los rayos caer al otro lado del pantano.

—Mierda —susurró tirando de ella lo más rápido que pudo—. ¿Has visto eso? —le gritó. Sabía que podía escucharla desde allí.

—Sí. Llevan un rato. Date prisa.

A Greta el miedo la sacudió. Las tormentas cercanas al pantano eran imprevisibles. No era la primera vez que estando allí disfrutando de un baño o una comida, habían tenido que salir corriendo al coche por una de ellas.

Eran rápidas y ahora no era el mejor momento para que pasara.

Subió las escaleras deprisa, llegó al ventanuco y ascendió hasta salir de él. Con la lona en las manos, caminó por el camino central del vierteaguas hasta llegar donde estaba Leo. El viento empezaba a soplar fuerte.

—Gracias. Termino enseguida. Sal de aquí —le ordenó mientras ella veía como la pantalla de agua que descargaba la tormenta se acercaba cada vez más rápida—. Greta, sal de aquí ya —insistió intentado no asustarla con el tono severo de su voz.

Lo miró a los ojos un segundo. Estaba preocupado y ella muy asustada.

—Si no puedes colocarla, sal de aquí. La habitación no es importante, ¿vale?

Leo asintió con una punzada de esperanza en ellos. El tono de voz, la preocupación, esas palabras… Igual no significaban nada, pero deseaba pensar que sí.

—Vale —contestó mirando de nuevo a la tormenta—. Baja a la calle y me vas guiando. Lo verás mejor desde allí —le pidió para sacarla del dichoso tejado.

Greta bajó a toda velocidad hasta el porche.

Observó cómo trabajaba lo más rápido que podía mientras las primeras gotas de agua caían.

Miró hacia el pantano. La tormenta ya estaba allí.

—¡Déjalo, Leo! ¡Baja ya! —le pidió asustada.

—Solo falta esa punta. Un minuto —pidió desplazándose de un lado a otro, alejándose de la ventana que le sacaría de allí.

—¡Déjalo! —pidió Greta otra vez, mientras las gotas, más grandes y continuas, empezaban a empaparla.

Leo consiguió llegar hasta donde pretendía, colocó la lona y cuando comenzó a caminar hasta la claraboya, un rayo cayó cerca de la casa y el viento empezó a soplar fuerte.

—¡Leo! —gritó la mujer asustada por el estruendo del trueno que sonó casi de inmediato. Corrió a la casa mientras Choco aullaba dentro escondido, pegado al sofá.

El hombre, sin contestarle, tiró el cinturón de herramientas al suelo del porche para deshacerse de todo el metal que llevaba encima. Continuó su camino con premura hasta la entrada a la ventana, contando los segundos que tardaba en caer el siguiente rayo. Lo llevaba haciendo un buen rato para calcular la velocidad a la que se acercaba la tormenta, pero ya no había nada que contar porque estaba sobre ellos.

En cuanto entró por la ventana, otro rayo cayó muy cerca y el estruendo hizo que Greta se tapara los oídos.

—¿Leo? —preguntó a la escalera oscura muy asustada. El día se había hecho noche por las nubes negras que cubrían el cielo. También se había ido la luz. No hubo respuesta. Subió hasta la buhardilla lo más deprisa que le daban las piernas y la escasa luz—. ¡Leo! —gritó caminando deprisa entre cachivaches y muebles viejos hasta la ventana.

Cuando lo vio allí de pie, empapado, intentando echar el pestillo de aquel ventanuco, las lágrimas se le anudaron en la garganta.

Sin poder controlarse, fue hasta él y lo abrazó.

Leo sintió como si un tren de mercancías lo arrollara, tanto por la fuerza con la que le abrazó, como por los sentimientos que afloraron en ese instante.

—Estoy bien —susurró a la mujer envolviéndola en sus brazos—. Mojado, pero bien.

—No vuelvas a hacerme esto —pidió con las lágrimas recorriendo las mejillas, aunque se ocultaban bien estando tan empapada como estaba.

—Siento haberte asustado. Estoy bien. Te lo prometo —susurró besándole el pelo.

Otro rayo cayó cerca de la casa y el trueno retumbó haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

Los dos miraron por la ventana que había sobre sus cabezas. La fuerza del agua no les dejaba ver nada. Todo estaba borroso.

Pegados el uno al otro como estaban, sus rostros se distanciaban solo unos milímetros.

Sus miradas se cruzaron mientras los corazones se desbocaban.

Sus pensamientos eran un cúmulo de pros y contras, de lo que podían o no hacer, de lo que deseaban del otro, de uno mismo.

Leo no podía dejar pasar la oportunidad. Había intentado no acercase, no invadir su espacio, mantenerse alejado como había pedido, pero estaba allí, entre sus brazos, mirándole con deseo, igual que él a ella… No iba a dejarlo pasar.

Sin previo aviso, acercó los labios a su boca y la besó.

Intentó que fuese un beso tranquilo, tanteando la situación, pero sentía fuego por dentro, uno que hacía mucho que no probaba.

Greta tenía una guerra interna que sabía que iba a perder. Tenerle allí, pegada a él, abrazándola y contando que había sido ella quien se había acercado, era difícil salir de la situación como tenía planeado desde que salió de Madrid.

Lo deseaba. Lo deseaba cada día, estuviese cerca o lejos de ella, estuviesen juntos o enfadados.

Cuando la besó, supo que no podría parar. Los besos de Leo eran una droga difícil de esquivar.

Ese beso, tranquilo al inicio, se volvió inquieto, pasional, insuficiente.

Las manos acariciaban sus cuerpos como sabían que le gustaría al otro. Se necesitaban. El deseo les devoraba de forma salvaje.

Leo cogió a Greta por las nalgas para que enroscara las piernas en su cintura. Caminó con ella sin parar de besarla hasta una butaca robusta tapada con una tela. Conocía perfectamente aquel desván y lo que había en él, quizá mejor que ella.

Tiró del trapo para destaparla y se sentó haciendo que Greta se colocará sobre él.

En cuanto sintió la erección en su sexo, gimió en su boca. Deshizo el beso para coger aire.

Leo aprovechó el momento y tiró de la camiseta mojada para quitársela y poder besar sus pechos. Greta echó la cabeza hacia atrás intentando coger aire. Se le cortaba la respiración de placer.

En cuanto recuperó un poco el aliento, lo besó de nuevo mientras se apretaba más a su erección.

Leo fue quien gimió ahora en su boca.

Sin esperar más, Greta abrió los botones de los pantalones de Leo, Leo los de Greta.

Se levantó de la silla con ella encima, la puso de pie sobre el suelo y le bajó los vaqueros cortos empapados y la ropa interior. A los suyos, ella los tuvo que empujar para que bajaran lo suficiente. Estaban pegados a sus piernas.

Se colocó de nuevo sobre él y sin más preámbulos dejó que la penetrara. Greta gimió al sentirle dentro y no paró de moverse con él en su interior hasta que llegaron al clímax.

Leo la abrazó sintiendo los temblores del orgasmo de ella y el propio, temiendo lo que vendría a continuación.

Ella podía arrepentirse, era lo que esperaba, pero tenía esperanzas en que le hubiese hecho cambiar de opinión. No era su plan. No quería que fuese así, pero a veces las cosas no salen como esperamos.

Greta se soltó de su abrazo con una sensación que nada tenía que ver con lo que rondaba en su cabeza hasta aquel día, hasta unas horas antes.

No necesitaba a ningún hombre para sentirse completa, lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero con Leo se sentía ella en toda su esencia desde que tenía recuerdos y eso nada ni nadie lo podría cambiar, ni siquiera ellos mismos.

Lo miró unos segundos con atención, sintiendo sus manos en la espalda, en la cintura. Pasó las yemas de los dedos por las arrugas de sus ojos y después por la barba de dos días que tan sexi le quedaba.

—Por mucho que quiera engañarme, te quiero. No puedo sentir otra cosa.

El hombre acarició su cintura con suavidad y le pasó un mechón de pelo húmedo por la oreja con la otra mano.

—Lo sé y yo a ti. No puedo dejar de quererte, Greta. Siento haber sido un egoísta gilipollas. Lo siento de verdad. Espero poder arreglarlo.

CAPÍTULO 13

Bellavista, marzo 2020
Casa de Leo

Greta entró a la casa de Leo con las bolsas de la compra. Él se quedó en el coche para descargar todo el material.

La visita al hostal de Isidro y Emilia había sido intensa, como la lluvia que no dejaba de caer.

Choco estaba inquieto. No le gustaban las tormentas y le habían dejado en casa solo.

—Tranquilo, bonito mío. Solo es un poco de agua furiosa —le habló mientras le acariciaba en la cocina tras dejar las bolsas en el suelo.

Sacó todo lo que habían comprado, colocándolo sobre la mesa de la cocina. Pollo, huevos, fruta, verduras, pescado y algo de carne.

En otras circunstancias, mirar todo aquello sobre la mesa le hubiese dado pereza. Solo pensar en prepararlo, cocinarlo y luego recoger toda la cocina, le ponía dolor de cabeza, pero allí no lo sentía así. La paz que le daba aquella casa, igual que la que sentía en la de su abuela, hacía magia.

Era tarde, no podía despistarse entre recuerdos y sentimientos.

Colocó todo donde recordaba que Edelmina lo tenía y comprobó que no había cambiado nada.

Leo entró a la casa y le recibió el olor de la cocina.

La piel se le erizó al sentir ese resquicio de normalidad que tanto anhelaba. Él cocinaba casi siempre, desde que estaba allí, o ayudaba a su madre a hacerlo, pero era agradable llegar y que alguien te esperara.

Se quedó parado en el quicio de la puerta de la cocina.

Había vuelto la luz, no sabía por cuánto tiempo, pero de momento le estaba regalando un gran momento de los que le gustaba almacenar en su mente. Era como si se retrotrajera a aquella casa en Madrid doce años atrás. La mejor época de su vida.

—Qué gilipollas fuiste, Leo. Lo tenías todo —susurró para sí disfrutando de la imagen que le regalaba la vida.

Greta tenía puesta música en su altavoz *bluetooth* y la observó bailando. No le veía, estaba de espaldas.

Sonrió al verla seguir el ritmo sensual de la música de *Summer vibes* de Derin Falana, pensando que nadie más sabría que bailaba.

No dijo nada, se quedó allí quieto, en silencio, disfrutando de ella como hacía cuando tenía dieciocho años, cuando salían por ahí y se

quedaba escondido en una esquina de la barra con su copa mirándola sin ser visto, debatiéndose entre el miedo al rechazo y el de perderla con otro… Ella era mucho más valiente que él.

El ritmo de la música cambió a algo más electrónico, pero reconocía la canción. Sonrió al escucharla cantar y bailar *Rain On Me* de Lady Gaga y Ariana Grande.

Esa era su Greta. Solo ella, que desde hacía años odiaba la lluvia, cantaba con esa alegría aquella canción.

Ella se giró para coger algo de la alacena y lo vio mirando en la puerta.

—¡Joder qué susto! —exclamó llevándose la mano al pecho—. No te he oído llegar —se explicó bajando el volumen del altavoz.

—Por mí, no pares. Me cojo una cerveza de la nevera y me quedo al concierto.

Greta sonrió a la vez que cerraba los ojos por la vergüenza.

La había escuchado cantar y la había visto bailar muchas veces en su vida, pero ahora sentía pudor, como cuando empezó a sentir que él era algo más que un amigo.

—Madre mía, un concierto —susurró tapándose la cara con el paño de cocina y se giró para vigilar el guiso.

—Cantas muy bien. Siempre lo has hecho.

—He cocinado pasta. Espero que te guste. Se hacía tarde para comer y he pensado que era lo más socorrido —cambió de tema sin mirarlo—. Además, no sé cuánto tiempo tendremos luz.

—Es perfecto. Me cambio y te ayudo.

Leo salió de la cocina para dejarla tranquila y que se le pasara la vergüenza. No podía quitar la sonrisa de sus labios. Por fin sonreía después de mucho tiempo.

Subió a su habitación para darse una ducha rápida y bajar a ayudar.

Si conseguía mantener ese tono cordial de antaño, quizá podría reconducirlo todo para solucionar los escollos de la relación e intentar recuperar algo de lo que fueron, de lo que eran juntos.

Eso sí, si dejaba de cagarla y hacer el gilipollas.

Se quitó la ropa tirándola de cualquier forma en su cuarto y entró al baño con sentimientos encontrados. Feliz de verla recuperar el humor y la personalidad que tanto le enamoraba, pero también enfadado consigo mismo por no ser capaz de hacer las cosas bien de una vez. Tenía que dejar atrás el pasado. La vida les daba una nueva oportunidad, una nueva etapa a ambos y todo lo anterior no servía para nada. Tenía que resetear su mente y empezar de cero, pero de cero de verdad.

En cuanto acabó de ducharse, se vistió y bajó en su busca. La encontró en el salón, adecentando el colchón que habían usado para

dormir.

Estaba de rodillas en el suelo, recogiendo las mantas de espaldas a él.

Leo se había olvidado adrede de esa labor. Le gustaba ver las mantas enredadas sobre la cama, igual que le encantaba mirar la cama revuelta por las mañanas cuando estaba con ella, recordando cada beso, cada caricia…

Greta sintió que Leo estaba allí y se giró para mirarlo.

—¿Quieres que lo recojamos? —preguntó el hombre.

—¿Quieres recogerlo? —le devolvió la pregunta y se miraron unos segundos con intensidad—. Creo que la pasta ya está —recurrió al tema de la comida para marcharse sin respuesta. Se levantó del suelo para ir a la cocina, ocultando lo mejor posible la ilusión creciente que sentía por él, mientras las palabras de su abuela Lía le susurraban en la memoria:

«No es sano ir a contracorriente en esto, Greta».

Leo entendió un claro no esperanzador. Cogió aire cuando ella pasó por su lado y apretó los labios para borrar la sonrisa tonta de la boca.

La comida fue tranquila y distendida, hablando sobre la gente del pueblo como Isidro y Emilia. Evitaron nombrar a Arturo. También a Damián. Leo, para no enfadarse, y Greta, para no perder el hilo que mantenía su relación.

Los temas de conversación insípidos no les llevaban a ningún sitio, más bien les hacía parecer dos desconocidos que se encuentran en un ascensor. Era demasiado tarde para eso.

Leo masticaba despacio y Greta sabía que no rumiaba solo la comida. Desde que había llegado quería saber qué había pasado en Madrid para que saliera corriendo en plena cadena de tormentas a instalarse en el pueblo.

Se lo tenía que contar, tarde o temprano se lo tendría que decir. Era mejor hacerlo en un instante como ese, en el que todo estuviese en calma, que esperar a que saliera el tema en una discusión, porque tenía claro que iba a salir. No lo iba a dejar pasar.

—No sé si es un buen momento para hablar de esto, pero quiero contarte lo que ha pasado para que haya venido a esconderme aquí. Eres mi mejor amigo. La única persona que me queda en el mundo y el único en quien puedo confiar.

Leo se tensó en la silla al instante, tragó la comida de la boca y soltó el tenedor. No solo por lo que estaba deseando saber, sino

también por la confianza que demostraban esas palabras, a pesar de que no se había portado bien con ella en muchas ocasiones; sobre todo en los últimos meses.

—Gracias por confiar en mí. Me iba a estallar la cabeza de pensarlo. Adelante —rogó más que pedir. Cogió la copa de vino tinto y le dio un trago intentando disimular los nervios que en un segundo se le habían agarrado al estómago.

Estaba seguro de que fuese lo que fuese era importante. Había tenido que ser muy gordo para dejar la ciudad y correr hasta allí.

—Lo sé —contestó intentando esbozar una ligera sonrisa que quitase hierro al asunto, pero el gesto de Leo le delató que no lo había conseguido—. Óscar es ludópata.

—Eso ya me lo dijiste —la interrumpió impaciente.

Greta cogió aire mientras le hacía un gesto de calma con la mano.

—No sé cuánto dinero debe. Tampoco me importa, la verdad. Es su problema. No el mío. Pero el día que me vine a Bellavista, se presentaron en casa tres tipos como tres armarios empotrados buscándole. —Leo soltó la copa, echó su cuerpo hacia atrás en el asiento y bajó las manos a los muslos. Greta sabía que se habían cerrado en un puño de impotencia. Se mordió el labio inferior nerviosa, pero no por su situación, sino por él.—. Tranquilo, no me hicieron nada. Solo me advirtieron del problema y me dijeron que, si él no pagaba lo que debía en veinticuatro horas, volverían.

—Qué hijo de puta —susurró entre dientes sin poder contenerse.

—No nací ayer. Había escuchado alguna conversación telefónica en los últimos días que no me había gustado nada. Viendo lo que había ido pasando durante los últimos meses y sobre todo en las semanas anteriores, cargué el coche con todas mis cosas sin dudarlo y me fui.

—Hiciste muy bien, Greta. Era lo más inteligente ¿Te han seguido? ¿Alguien sabe dónde estás? —preguntó con voz profunda, preocupado por lo que le pudiese suceder si aquel tipo no pagaba.

—No creo. Di un rodeo antes de salir de Madrid. Además, la tormenta complicaba bastante la visibilidad. Es imposible que me hayan seguido. Tampoco lo tiene fácil para llegar aquí. Óscar no sabe nada de Bellavista ni de mis herencias, ni siquiera sabe que existes.

—¿Estás segura? —insistió, aunque sabía de sobra que esa parte de su vida hacía mucho tiempo que era un secreto inquebrantable.

Greta dio un trago a su copa de vino sin apartar la mirada de los ojos furiosos de Leo. Sabía que la historia le pondría nervioso, pero ella había hecho las cosas bien.

—Estoy segura. No me vio irme. Ya llevaba tiempo observando su comportamiento y tenía decidido que me marcharía. Que llegaran aquellos tipos solo aceleró el proceso y, desde luego, no dejé una nota

de despedida. —Aquella confesión le relajó un poco. Saber que ella pensaba irse de allí antes de aquel último episodio, le hacía pensar que esa relación estaba acabada desde hacía tiempo. Eran buenas noticias. Lo que no entendía era por qué no se había largado antes, pero ahora no era el momento de ir por ahí—. Había preparado algunas cosas disimuladamente y no me costó mucho reunir lo importante para salir de allí. Esa casa es de alquiler. Los recuerdos y lo que he querido conservar de mi vida, está aquí, en casa de Lía. Lo hice cuando vendí el piso de mi padre y me acostumbré a vivir con lo necesario.

Leo apretó los labios. Ella había sido muy sutil en aquella respuesta, pero no creía que fuese porque se le había olvidado el otro motivo que la movió a venderla. La conocía bien. Simplemente lo omitió.

Él y sus estúpidas y egoístas decisiones.

El silencio se instaló entre ellos de nuevo unos segundos. Sus miradas seguían enganchadas el uno en el otro y sus mentes habían viajado por un instante a aquella casa que fue su hogar en Madrid durante un año.

Por desgracia, no todos los recuerdos eran buenos.

Leo se apartó de aquellos pensamientos y los recondujo a la situación actual.

Era peligroso que Greta estuviese sola en casa de Lía durante las tormentas. Sin luz, sin calefacción y ahora también con el miedo de que aparecieran aquellos tipos por allí, por mucho que ella dijese que no la habían seguido. Ese tipo de gente, si quiere, te encuentra.

—Creo que lo más seguro para todos es que te quedes aquí unas semanas.

—No —contestó tajante, casi sin dejarle acabar. Cada segundo con él era un regalo, pero también se hacía más difícil mantenerse alejada lo suficiente para no dejar aflorar sentimientos ni esperanzas, que ya sabía a dónde la habían llevado en el pasado.

—Greta, no tienes los suministros básicos. Está lloviendo mucho y te puedes quedar aislada. Si también contamos a estos tipos…, no es buena idea.

—Leo, no me han seguido. De verdad.

—Te creo, pero no podré vivir tranquilo. Quédate al menos hasta que termine de arreglar la casa.

—Eso es mucho tiempo.

—Prometo hacerlo lo más rápido posible.

—No creo que sea buena idea… —continuó negándose.

—Por favor, no seas cabezota. Esto no es un juego entre tú y yo por nuestra relación —sentenció sincero, intentando hacerlo en un tono calmado que no la alterase más. Tenía que estar en un sitio

seguro por algún tiempo.

Los dos se retaron con la mirada unos segundos.

Greta estaba a punto de negarse otra vez, cuando un estruendo fuerte prácticamente los levantó de la silla. Un rayo había caído cerca. Muy cerca. Después, un trueno rompió el cielo. La luz se fue otra vez.

Chocolate gimoteó miedoso caminando en busca de su dueña, pero cambió de opinión y se recostó en el regazo de Leo.

Greta lo miró perpleja, pero entendía al animal. Ella se sentía igual, a pesar del empeño en negarlo.

—Me iré cuando pasen estas tormentas. Cuando deje de llover —cedió al instante, temblando aún por el susto, mientras Leo acariciaba al perro.

—De acuerdo, hasta que deje de llover —contestó, agradeciendo a la furiosa tormenta su intervención en ese preciso instante. Acarició la cabeza de Choco con cariño, él también había hecho su parte. El perro lo agradeció con un lametón en la mano en cuanto paró.

—Siento las molestias. Me iré en cuanto pueda.

—No hay prisa. Estás en tu casa —la invitó a quedarse cuanto quisiera. El perro lo miró como si entendiera que no lo había mencionado en aquella conversación—. Y tú también, envidioso —susurró al animal con media sonrisa cómplice, que de inmediato comenzó a mover la cola de felicidad.

Greta observó la escena. Era increíble. Hasta su perro se estaba volviendo a enamorar de él.

Sobre el tema de su sitio allí…

Hubo un tiempo cuando eran pequeños, en que soñaba con eso. Él sería la siguiente generación viviendo en esa preciosa casa, incluso Leo lo decía cuando tenía diez o doce años, pero algo cambió en él tiempo después. Algo hizo que no viese ni su casa ni su pueblo con los mismos ojos. Nunca supo por qué.

—Ya, pero ahora tengo una bien grande camino abajo y tengo que pensar qué hago con ella —pensó en voz alta antes de dar un buen trago a su copa de vino.

Leo sintió de nuevo el vértigo que le azotó tiempo atrás por ese mismo motivo. Él se lo había tomado con calma, esperaba que ella hiciese igual.

—Sé cómo te sientes. No te lo planteas hasta que no te ves viviendo en ella. Parece que ese momento es lejano y no te incube, pero llega.

Ambos guardaron silencio.

—Mi abuela era mayor, tenía que llegar. Lo tuyo, no.

—Creo que no nos han pasado muchas cosas *normales* a ninguno de los dos, Greta. La vida a veces es una putada, pero es así. Nadie mejor que tú lo sabe. Tenemos que seguir adelante y disfrutar de lo

poco bueno que nos toque.

Greta cogió aire, cerró los ojos y lo soltó.

Leo la observó. Aún no habían cumplido cuarenta y ya habían llegado a aquel punto vital. Conocía esa sensación, el miedo, sentir la soledad, la incertidumbre… Era un camino muy duro para hacerlo solo.

Él había elegido que fuese así, equivocado o no. Ella había huido sin opción.

—Qué fácil era todo con dieciocho años, ¿verdad? —susurró conteniendo la emoción.

—Donde hay que firmar para volver —contestó Leo antes de beberse todo el vino que le quedaba en la copa.

Greta sonrió mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

Leo lo vio y se acercó más a ella.

—¿Tú sabes qué vas a hacer con tu vida? ¿Lo has pensado de verdad en algún momento en este tiempo en Bellavista? Ahora nada nos ata aquí. No tenemos que dar explicaciones a nadie, ni pensar más que en nosotros.

El hombre le cogió la mano. Se había formulado esa pregunta un millón de veces.

—No tengo ni idea, Greta. Vivo el momento. De nada sirve hacer planes a largo plazo. Ahora lo sé. Ojalá lo hubiese tenido tan claro antes. Habría hecho menos el gilipollas con mi vida. —Ambos se mantuvieron la mirada unos segundos en los que Leo guardó silencio. Era cierto lo que decía: planificar para llegar a ser lo que creía que Greta deseaba, le había alejado, pero no era el momento de dar explicaciones sobre él—. Tengo lo que necesito. Puedo vivir perfectamente de mis trabajos y mantener esta casa. De momento, me vale. Aquí estoy tranquilo. Tengo tiempo para pensar y replantearme el futuro.

—Nunca hemos querido vivir aquí. Nuestra vida estaba fuera y lejos. Incluso lejos de ti y de mí.

—Lo sé. Sentí lo mismo cuando tuve que venir a cuidar a mi madre. Esta no era mi vida. No era lo que yo había programado, ni para lo que tanto había estudiado y trabajado, pero… también sabía que esto se acabaría cuando ella no estuviera. Podía tardar meses o años. No había tiempo definido, no había planes, solo vivir y, aunque al principio cuesta, te adaptas. Este tiempo con ella no compensa todo lo que estuve alejado de casa, pero estoy a gusto conmigo mismo, con mi decisión de haber estado hasta el final.

—Te conozco, Leo. No hubieses elegido otra opción. Ojalá yo hubiese tenido la oportunidad.

Leo buscó su mirada, la cogió con suavidad por la barbilla y sonrió ligeramente.

—Sé que tu vida ha sido mucho más difícil que la mía. Demasiadas despedidas contra natura. Ahora tampoco es igual. Yo he tenido años para adaptarme, hacerme a la idea y volver a tener un hueco en este pequeño mundo, pero tú también puedes hacerlo. Además, no estás sola.

Greta asintió apretando los labios. Tenía razón. Le tenía a él. Era su mejor amigo y lo iba a seguir siendo, pero todo había sido precipitado. Estar con él, en su casa, tampoco ayudaba a enfrentarse a la realidad.

—Gracias —fue lo único capaz de pronunciar.

Leo la observó unos segundos. Hacía muchos años que no la veía tan frágil, asustada y confusa. Su apariencia hablaba de fortaleza, pero la conocía tan profundamente, que no le pasaba desapercibida la realidad.

—Todo irá bien. Confía en mí —pidió metiendo un mechón de pelo por detrás de su oreja con suavidad.

Greta sintió la caricia en la piel y la cercanía de Leo, con un cosquilleo que rememoraba tiempos pasados, igual que la noche anterior en aquella cama improvisada por la tormenta.

Lo echaba de menos, mucho, pero no podían hacerse más daño. Ya no.

Leo estaba deseando besarla, vivir un encuentro como el del verano pasado y dejar atrás todos los miedos y las convicciones absurdas en las que apuntalaba sus últimas decisiones. Solo necesitaba un poco más de valentía.

Como si el cielo estuviese escuchando sus pensamientos, un gran trueno retumbó haciendo temblar cada cristal de la casa.

—Dios mío —susurró la mujer temblando de la impresión. Rompiendo la conexión con él. Choco aulló temblando.

—Esto se pone feo —declaró Leo viendo cómo volvía a caer agua con fuerza. Acarició al perro para que se tranquilizase. Había perdido ese instante mágico con ella que cada vez le costaba más conseguir—. Voy a ver si puedo arreglar el generador antes de que empeore. Vamos a necesitarlo. ¿Estarás bien?

Greta asintió a su pregunta.

Leo se levantó de la silla, recogió su plato de la mesa y salió por la puerta del salón al patio trasero en busca del generador.

CAPÍTULO 14

Bellavista, marzo 2020
Casa de Leo

Greta corrió por el patio bajo la lluvia hasta el anexo de la parte de atrás.

Leo y su padre usaban esa zona de la propiedad para guardar la herramienta más importante y delicada, material sensible y cosas que se pudiesen estropear a la intemperie. También lo aprovechaban como taller.

Llevaba dos horas sola dando vueltas por la casa, una casa que no era suya. Se había duchado después de recoger la cocina, antes de que bajase la temperatura de la casa tras irse el sol. Luego había descansado un rato y no sabía qué más hacer.

No estaba segura de si ir a ver a Leo o no. Hacía muchos años que no le acompañaba mientras trabajaba en aquel taller, que no pasaba tanto tiempo en aquella casa, pero sin luz había poco que hacer. Si iba a buscarle, al menos se harían compañía mutua, incluso le podía echar una mano si lo necesitaba.

—Joder… —susurró al entrar empapada, sacudiéndose el agua de los brazos y las manos, con cuidado de no derramar el termo y la botella que llevaba con ella.

Estaba oscuro y solo se veía un resplandor al fondo.

Caminó hacia allí con cuidado de no tropezar con nada.

Lo vio agachado, iluminado en parte por un foco enganchado a un generador más pequeño que daba claridad.

Sonaba música. Greta arrugó el ceño. Había una pequeña base de altavoz enganchada a aquella electricidad y el móvil de Leo se cargaba en ella mientras Chris Brown cantaba *Natural Disaster*.

Greta la reconoció. También le gustaba ese disco y lo ponía bastante a menudo.

Sonrió al escucharle cantarla mientras trabajaba. Había cosas en las que nunca iban a dejar de coincidir.

Lo observó bien. Se había quitado la camiseta y estaba sudando.

Greta apretó los labios. No descubría nada nuevo, ni aquella escena le era desconocida. Al contrario, lo había visto muchas veces trabajar, pero hacía tiempo de aquello y verlo así, le había retrotraído a otra vida.

—Leo —lo llamó con suavidad.

El hombre se giró de inmediato, pestañeó un par de veces y la miró como si no recordara que estaba ahí.

—Hola —dijo en un tono de voz profundo y sexi, sin ruborizarse, contento de verla. Estaba preciosa con el pelo suelto medio rizado por la humedad. Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido de punto y unas deportivas—. ¿Estás bien? ¿Pasa algo? —tanteó la situación centrándose en eso y no en lo preciosa que estaba.

—No pasa nada. Estoy bien —contestó tras aclararse la garganta. La miraba intensamente, lo que hizo que se le disparase el pulso—. Llevas aquí toda la tarde y pensé que te apetecería tomar un café. También te he traído agua fresca.

Leo esbozó media sonrisa sensual. Le había encantado el detalle.

—Gracias. Espero que hayas traído suficiente para los dos.

La chica sonrió asintiendo.

Cogió el termo, abrió la tapa, la giró sobre sí misma y se desmontó en dos tazas. Después, vertió el líquido negro en ellas mientras él se lavaba las manos en una pequeña pila cercana.

—Ya tiene azúcar. Lo he hecho igual que cuando íbamos al pantano.

—Perfecto, entonces —apreció mientras limpiaba un poco la superficie que tenían delante—. No hay sillas por aquí. Siéntate en la mesa.

Greta asintió. Recordaba esa mesa.

Se acomodó delante de él y Leo se apoyó contra un mueble bajo lleno de herramientas.

Intentó no mirarle, mirar solo el café, mientras se esforzaba en no recordar más escenas de aquel almacén. Echó de menos una cuchara a la que dar vueltas mecánicamente. Miró alrededor y comprobó que todo estaba como recordaba, incluso el saco de boxeo se vislumbraba al fondo.

Por inercia, sus piernas, que colgaban sin ningún lugar donde apoyarlas, empezaron a dar pequeñas patadas al aire.

Lo conocía, esa actitud… Sintió mucho calor al instante.

Leo vio el rubor en su rostro y le gustó. Era su intención.

Greta, intentando distraerse, comenzó a hablar.

—¿Qué tal te va con el generador? ¿Has conseguido algo?

—Creo que ya sé lo que le pasa.

—¿Y? ¿Piensas compartirlo conmigo?

—La bomba de gasoil.

—¿Puedes arreglarlo?

—No me puedo creer que me hayas preguntado eso —murmuró decepcionado, pero la mirada intensa junto con la media sonrisa de su boca, delataban sus intenciones.

—¡Oh, perdón, dios de los arreglos! ¡Qué osada he sido!

Leo sonrió más abiertamente. Greta le acompañó.

—Creo que sí —contestó ya en serio. Dio un sorbo a su café. Greta

también, y después dejó la taza a un lado sobre la mesa—, pero quizá necesite ayuda.

—Aquí me tienes para lo que quieras —contestó mirándole otra vez.

El hombre dejó la suya a un lado del mueble, se incorporó y se acercó despacio hasta Greta sin decir ni media palabra.

La mujer sintió como las mariposas de su estómago revoloteaban. Esa actitud…

—¿Para lo que quiera? ¿Segura? —preguntó muy cerca.

—Segura —contestó sin amedrentarse. Si quería jugar, ella también sabía.

Leo levantó una mano y con lentitud premeditada, la acercó hasta su rostro. Con una caricia, pasó el pulgar por el contorno del labio inferior.

Greta contuvo el aliento.

En otro momento de su vida y de su relación, le habría besado de inmediato. Le hubiese dado igual todo lo demás, pero ahora tenía miedo de que le hiciese daño otra vez. Como pensaba desde hacía un tiempo, no quería odiarle y si la volvía a hacer daño, lo haría. Sería insoportable.

Aguantó sin respirar.

—Tenías café —susurró a pocos centímetros de su boca. No estaba más cerca porque ella mantenía las piernas cerradas impidiendo que entrara en el hueco entre ellas, como si fuese el muro de una fortaleza.

—Gracias —contestó casi sin voz.

Leo tenía el corazón en la garganta. Ella podría escucharlo si no bajaba el ritmo, pero no le importaba.

Chris seguía cantando y ahora *Sorry Enough* les barrió como si ambos fuesen parte de la letra.

Leo no podía engañarse más. Todas sus ideas, convicciones y pensamientos sobre su relación, ya no valían. Era pasado. Ahora sabía que ella se iba a quedar, él también. No la obligaba, ni le hacía decidir algo que no planeara. No estaba interfiriendo en su ordenada vida.

Por primera vez no sentía que la hacía elegir un camino que no entraba en sus planes para luego dejarla en la estacada por el miedo a no ser suficiente bueno para ella, por irse pensando en volver siendo mejor para ella. ¡Se lo había perdido todo por esa mierda de idea!

Eran ellos.

Allí y ahora.

Nadie más.

Nada más.

Acercó la boca cerca de sus labios. Olía a su gel de ducha, más bien masculino, pero en ella no lo parecía. Su esencia atenuaba esa masculinidad. La mezcla la hacía sexi.

Notó como temblaba. Él también.

—Te voy a besar —susurró en sus labios sin perder el contacto visual.

Ella no contestó. Solo dejó de hacer fuerza con las piernas y las abrió ligeramente.

Él aceptó la invitación y entró entre ellas sin dejar de mirarla, acercándose más, notando su incertidumbre, los nervios de la anticipación.

Leo recorrió los milímetros que separaban sus bocas, arroyándola con aquel beso que tanto había echado de menos.

Escuchó el suspiro de Greta al encontrarse con sus labios, el temblor de su cuerpo mientras la abrazaba acercándola más a él.

Como siempre que estaban juntos, el fuego les comenzó a abrasar, el beso que había empezado suave, necesitaba de más acción y se volvió impaciente.

Greta estaba en una nube.

La atracción continuaba intacta.

Ahora era libre, no tenía pareja.

Él estaba allí.

Los dos estaban allí.

No había nada que les impidiera estar juntos de verdad. Solo tenían que elegir esa opción. Ambos.

Leo le pasó la mano por el cuello para acercarla a él y profundizar más el beso, mientras *Call out my name* de The Weeknd les atrapaba.

Greta pasó las manos por sus hombros con miedo, como si no sintiera la confianza de antes, a pesar del deseo que la abrasaba.

Él lo notó, las manos de su chica temblaban dudosas sobre su piel.

Deshizo el beso con suavidad y la miró a los ojos mientras recuperaban el aliento.

—Tranquila, Greta —susurró en sus labios—. No quiero hacerte daño. No tenemos que hacer esto —dijo sintiendo que la conexión entre ellos no fuese como creía.

Ella lo miró asustada. Asustada de que él no volviese a intentarlo, pero también de que lo hiciese y después se marchara.

Se armó de valor. Tenía que ser sincera. De nada servía ocultarle los sentimientos.

—Te quiero, Leo. Siempre, pero siento lo mismo que sentí cuando me fui a Madrid después del verano. Tengo miedo de que te vayas, a dártelo todo y que luego desaparezcas dejándome atrás —susurró con la voz entrecortada por la emoción de la confesión.

Él le quitó una lágrima del rostro con el dedo pulgar antes de que empezase a deslizarse.

Se tragó las propias como pudo. Aquello lo había generado él solito.

—Lo siento —dijo conteniendo la emoción—. Siento todas las veces que he sido un gilipollas contigo. Siento no haberte demostrado lo mucho que te quiero y lo que representas en mi vida. Siento no haber visto la verdad de mí antes. Siento lo que te dije cuando llegaste aquí. Siento no haberte llamado para contarte lo de mi madre. Siento haberte hecho tanto daño… —La voz se le quebró.

Greta pasó los brazos por su torso y le abrazó.

—Lo sé.

—Te echo de menos todos los días en mi vida, aun cuando elegí que no estuvieras —confesó—. Todos los días —recalcó abrazándola también, apretándola contra él.

—Yo también.

Greta sentía como la pena se mezclaba con la esperanza de esas palabras y el deseo que no se apagaba.

Leo notó como aquella confesión en voz alta le había liberado del peso que él solo había decido cargar.

—Te quiero —dijo con rotundidad.

Greta se quedó sin aliento. Lo había escuchado antes, pero había algo diferente en esta ocasión.

Deshizo el abrazo apartándose ligeramente para mirarlo a los ojos.

Sí, había algo diferente.

—No creo que pueda volver a quererte si me rompes el corazón. Te odiaré y no quiero odiarte —confesó su mayor miedo con la voz quebrándose a cada palabra.

—Lo sé. Si te pierdo una vez más, no podré recuperarte. No te perderé.

Greta apretó los labios y cogió aire. Ahí tenía lo que siempre había estado esperando.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó con una convicción que arrasó a Greta.

—Entonces… ¿por dónde íbamos? —preguntó armándose de valor.

Leo soltó el aire que le quemaba en los pulmones, cogió su rostro con suavidad y se acercó a los labios de Greta.

Devoró su boca, haciéndola temblar de pies a cabeza.

Sintió como ella acercaba el cuerpo al suyo, como pasaba de nuevo las manos sobre sus brazos, hombros y espalda con seguridad, con deseo.

Sonrió mientas la besaba. Ella también.

El fuego entre ellos era algo que nada ni nadie podría apagar, ni siquiera el tiempo.

Greta bajó las manos hasta el pantalón vaquero de Leo, abrió el botón y la cremallera.

Él se excitó aún más. Rompió el beso. La miró mientras subía

aquel vestido de punto por las piernas y tiraba de la ropa interior con suavidad para quitársela.

Ella empujó el pantalón y el bóxer hasta que cayó al suelo.

Lo miró nerviosa como si fuese la primera vez que estaban juntos.

Leo le pasó la mano por debajo del vestido hasta la cintura, acariciando su piel mientras la acercaba más a su sexo.

Ahora, el que temblaba era él.

Greta acarició sus fuertes brazos mientras se acercaba a su boca.

—Yo también estoy nerviosa —le confesó en un susurro que acarició sus labios.

—Me siento como hace diecisiete años —reconoció conteniendo un poco más su deseo.

—Hace diecisiete años me regalaste una de las noches más especiales de mi vida, pero estoy segura de que no fue la mejor —mantuvo la mirada muy cerca de él, sin dejar que la besara, ni se acercara más—. Has mejorado mucho, Leo. Créeme —le susurró antes de besarlo.

CAPÍTULO 15

Greta abrió los ojos cuando la luz comenzó a iluminar el salón. No sabía qué hora era, ni le importaba, pero estaba segura de que no era pronto.

El cielo estaba muy oscuro, como los últimos días, y seguía lloviendo con intensidad.

El fuego de la chimenea estaba casi apagado y se notaba que había bajado la temperatura porque notaba el frío en la cara.

Sintió las sábanas sobre su cuerpo desnudo, la mano y el brazo de Leo sobre su cintura, y su cuerpo pegado a su piel.

Cogió aire.

La tarde y la noche habían sido excitantes, sensuales y muy pasionales. Se ruborizó recordándolo. Sonrió mordiendo el labio inferior mientras una corriente indescriptible la recorrió de pies a cabeza.

Hacía tanto tiempo que no se sentía tan bien y tan viva en todos los sentidos, que no podía parar de sonreír.

Leo se despertó al sentir el temblor en el cuerpo de Greta. Había perdido la cuenta de las veces que se había despertado desde que había amanecido para verla dormir a su lado.

Había tenido muchas oportunidades en su vida de hacerlo, todas las del mundo de tenerlo cada mañana, pero había sido un imbécil egoísta que creía que tenía que ser perfecto para ella, sin escuchar lo que tenía que decir.

Ahora entendía que el miedo a veces es más fuerte que la razón y él estaba totalmente atemorizado con la idea de no ser suficiente. Había perdido tanto tiempo en eso… Le había costado casi un año llegar a ese punto con Greta. Hacer que ella le creyera, que le diera la oportunidad, que le dejara formar parte de su vida de forma permanente.

La tenía pegada a su cuerpo y aún no se lo creía.

La acurrucó más contra él. Hacía frío.

Ella volvió a temblar.

El cosquilleo del movimiento lo excitó. Ella se estiró un poco al sentirlo.

Leo movió la mano que tenía sobre su cuerpo para apartarle un mechón de pelo de la mejilla mientras se incorporaba un poco para verla y se apoyó en el codo.

—Buenos días —susurró en su oído rozando la oreja con sus labios, mientras le acariciaba el pelo.

—Buenos días —contestó ella girándose un poco para mirarlo a los ojos. Pasó la mano por su cuello para acariciarlo y acercarle a su boca.

El hombre se dejó hacer y dejó un beso en sus labios.

El movimiento lo excitó más.

Greta apretó su cuerpo contra él.

Leo deslizó la mano desde el pelo por el cuello, la clavícula, el escote y pecho, haciéndola temblar de deseo.

Greta jadeó en su boca y se movió un poco más contra su fuerte cuerpo.

Él no se detuvo ni se distrajo con la jugada, continuó su camino acariciando la piel despacio, sintiendo cómo se le erizaba a su paso, cómo le pedía más sin palabras.

Llegó a su sexo despacio, con movimientos lentos.

Greta contuvo la respiración mientras su deseo explotaba como los fuegos artificiales.

—¿Voy bien? —preguntó Leo si detener apenas el beso.

—Tú siempre lo haces bien —contestó con la voz entrecortada por la cercanía del clímax.

Leo sonrió halagado. No sabía qué les pasaba, qué magia tenían, pero era cierto, el sexo entre ellos siempre era perfecto. Ojalá el resto por fin también lo fuera.

Cuando notó que Greta estaba a punto de llegar al orgasmo, la penetró haciendo que se quedara sin respiración.

La vio agarrar las sábanas con fuerza cerrando las manos en puños.

Con decisión, se propuso acabar lo que había empezado. El deseo les había arrasado.

No tardaron mucho más en llegar al clímax.

Jadeando aún por el orgasmo, la abrazó. Quería sentir su respiración, su piel, su cuerpo tembloroso pegado al suyo.

Greta sintió cómo la besaba el cuello, cómo recuperaba el aliento mientras dejaba su frente contra su pelo.

Entonces fue consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Nunca había percibido que tanto.

Hacía casi un año que había decidido quitarle espacio en su vida, en su mente, en sus sentimientos, pero quien había intentado ocuparlo, no consiguió ni llegar a una décima parte.

Renunciar a su persona en el mundo, era lo más duro que le había

tocado decidir. Recuperarla, lo más especial, pero también lo que le provocaba más miedo de todo cuanto había acontecido en los últimos meses de su vida.

—Aún no me creo que estés aquí, en mi casa, en mi cama, dentro de ti —confesó Leo en voz baja, en un tono sensual como nunca antes le había escuchado.

—Nunca me he ido, Leo. Siempre he estado aquí.

Besó el cuello de Greta y deslizó la mano por su piel hasta la cintura.

Ella se giró para mirarlo a los ojos.

Leo acarició su rostro. Ella cerró los ojos a su paso, sintiendo cada milímetro del paseo, disfrutando de la sensación.

—Pero yo, no —reconoció con un nudo en la garganta.

—Ahora, sí. Es todo lo que necesito. No te entretengas en el pasado. Ya no vale de nada.

El hombre sonrió.

—Estaría así mil horas más.

—No tenemos nada mejor que hacer, ¿no crees? —contestó juguetona.

—Lo que usted diga, señorita —susurró antes de llegar hasta su boca y besarla.

Sus cuerpos se enredaron otra vez entre besos y caricias, hasta que Choco empezó a ladrar.

Deshicieron el beso.

—Creo que hay alguien que tiene otra idea de cómo pasar el día —apreció la chica.

—No contaba con él —confesó Leo, poco acostumbrado a tener al animal por allí.

Greta sonrió.

—Voy a sacarlo un rato y vuelvo. No te muevas de aquí —pidió mientras hacía intención de levantarse.

—No. Quédate aquí calentita. Vengo en cinco minutos —ordenó antes de dejar un suave beso en sus labios mientras se despojaba del edredón nórdico.

Se levantó del colchón sobre el suelo antes de que Greta pudiese rechistar.

Lo observó marcharse desnudo, recogiendo la ropa que habían dejado desperdigada por el salón horas antes.

Le vio calzarse a la pata coja con las llaves en la boca mientras Choco lo rodeaba pidiendo más rapidez.

Se carcajeó ante la escena.

Leo la miró sonriendo. Había apoyado el hombro sobre la almohada y la cabeza sobre la mano de ese brazo. Estaba preciosa, feliz, contenta, divertida… Ahora sí era su Greta.

—Cinco minutos —le recordó levantando unos segundos el edredón para que la viese desnuda un instante.

—¡Tres! —gritó tanto a ella como al perro, abriendo la puerta de casa.

Se marchó escuchando las carcajadas de su chica.

Él tampoco podía parar de sonreír.

Nunca estaría lo suficientemente agradecido a Dios, a las estrellas o a lo que fuese que hubiera allí arriba por la generosidad de Greta. Era la mujer más valiente que había conocido en su vida. No solo por enfrentarse a todos los avatares que le habían tocado, sino también por enfrentarse a lo más difícil: sus propios sentimientos y miedos.

Greta se quedó unos segundos mirando la puerta con una sonrisa en la boca.

Cuando se fue de Bellavista ese verano, tras las semanas de vacaciones junto a Lía y Leo, pensó que jamás podría recuperar su antigua relación. Por primera vez, en los dieciséis años que habían estado juntos, era ella la que se marchaba, la que le decía que no y, a pesar de sentirse libre en cierto modo, fue como si se le rompiera una parte del corazón. Casi más que cuando lo hizo él todas aquellas ocasiones en el pasado.

¿Se sentiría como ella todas esas veces?

Tras el entierro de Lía pocos meses después, estuvieron juntos un par de días hasta que todo estuvo en orden y decidió regresar a Madrid.

Él ya ni siquiera le pidió nada. La acompañó cada instante de ese tiempo y la despidió cuando se fue. Se rindió pronto y ella aguantó por años…

Con el tiempo había aprendido que cada uno tenía una perspectiva muy diferente de la vida y de los acontecimientos que van viviendo. Aunque le había costado, los respetaba y, como tal, esperaba que respetaran el esfuerzo que le suponía a ella tomar según qué decisiones.

Cerró los ojos unos segundos. Se dejó caer sobre la almohada y miró el techo.

Pensar en todo eso le había borrado la sonrisa de la cara y había minado su renovada alegría.

No quería eso. Se enfrentaba a una nueva etapa. Se habían dado una oportunidad, la última, y no quería enfangarla. Ahora no.

Había recuperado su felicidad.

Debía partir de cero, como si acabaran de enrollarse aquella

primera noche en la habitación azul. Además, se sentía igual, como una adolescente que ha conseguido al chico que le gusta y está en una nube. Quería disfrutarlo. Necesitaba disfrutarlo.

Cogió aire, cerró los ojos de nuevo y recordó cómo la había besado un rato antes.

La sonrisa regresó y las mariposas en el estómago también.

Leo caminó bajo la lluvia calle abajo, mientras Choco jugaba en los charcos.

Sonrió mirándolo. Lo llamó y el animal le obedeció como si fuera suyo.

—Muy bien, campeón —le susurró acariciando su lomo mojado—. Sé que te gusta jugar, pero no podemos entretenernos tanto, ¿vale? Nos estamos empapando y Greta me espera. No querrás estropearlo ahora, ¿verdad? —El perro ladró una vez como si lo entendiera—. Perfecto, colega. Un minuto y nos vamos.

El animal caminó junto al bordillo y olisqueó el camino que comenzaba tras la casa, buscando el mejor sitio para hacer sus necesidades.

Leo sonrió. Se entendían bien desde el primer día. No sabía por qué. Era como si se hubiesen elegido, pero fue Greta quien lo hizo en aquel rescate *in extremis* del criadero donde lo tenían.

Otro misterio maravilloso e inexplicable de la vida.

Un trueno retumbó con un gran estruendo.

—¡Chocolate! ¡Se acabó el tiempo! —gritó al perro para que se diera prisa.

El hombre dejó que el agua le cayera sobre la cara mientras respiraba profundo.

Nunca se había sentido tan bien en Bellavista. Siempre había sido su casa, pero le faltaba algo. Ahora, aunque se había quedado solo, todo encajaba.

A pesar de que el clima iba a empeorar y de todos los días que llevaban sufriendo aquellas inclemencias, hoy no le importaba la lluvia.

Recordó cada caricia de Greta, cada suspiro, sonrisa y gemido.

Estaba feliz y hacía mucho tiempo que no lo era.

En realidad, no lo eran ninguno de los dos.

Dicen que la vida va colocando piezas según caminas por ella, quizá era el momento de colocar las suyas una junto a otra.

Un resplandor le sacó de sus pensamientos alegres.

Abrió los ojos al instante y el fuego ya estaba allí. Uno segundos

después un estruendoso trueno retumbó en todo el pueblo.

—¡Choco! —gritó al perro que, asustado, gimoteaba mientras corría en su dirección.

En cuanto llegó a su lado, ambos corrieron en dirección a su casa.

Entraron en tropel empapados.

Greta, que aún seguía acurrucada en la cama, se incorporó asustada.

—¿Estáis bien? ¿Qué pasa? —preguntó mientras buscaba su ropa y veía como Leo intentaba llamar con su móvil a alguien. También descolgó el teléfono fijo, que aún conservaba en la vivienda. Lo colocó en su sitio disgustado.

—Hay un incendio en la casa de Genaro. Ha debido caerle un rayo o ha habido una subida de corriente… No lo sé. Pero está en llamas. No hay cobertura móvil, ni funciona la línea. Tienes que ir al ayuntamiento y avisar para que vengan los bomberos. Yo avisaré por radio al resto del retén de emergencias de aquí.

—¿Cómo que el resto del retén? —preguntó mientras se ponía el vestido de punto que aguardaba en el suelo junto al colchón.

—¿Te acuerdas de esa idea loca que tenía desde que se quemó el pasto de Anselmo y casi prende todo el pueblo? —preguntó recordando un episodio triste de cuando Leo tenía veinte años que, si hubiese tenido una dotación contraincendios, no hubiese provocado la pérdida del trabajo de todo un año de más de medio pueblo. Fue una ruina.

—Sí, claro que me acuerdo. Tu padre, el mío y unos cuantos más, te acompañaron a aquel pleno extraordinario del ayuntamiento, pero votaron un absurdo no.

—Por aquí todo sigue igual. Retomé la idea al llegar para cuidar a mi madre y pedí al anterior alcalde formar a un grupo de voluntarios como retén de emergencias. Aceptó y soy el capitán —contó como si nada, mientras caminaba en dirección al gran ventanal que daba al jardín y al taller de la parte de atrás.

Greta lo miró entre el miedo y la admiración mientras hablaba.

Se acercó a él con decisión y, justo antes de que abriera aquella puerta, cogió su rostro y lo besó.

Leo la cogió por la cintura con su fuerte brazo, acercándola a él, y se lo devolvió, pero solo unos segundos, tenía que coger su equipo y encaminarse al incendio.

—Tengo que irme —susurró en su boca, con ganas de volver a engancharse a sus labios.

—Ten mucho cuidado —le rogó.

—Siempre.

CAPÍTULO 16

Greta corrió por las calles del pueblo en dirección al ayuntamiento como le había pedido Leo.

Las líneas telefónicas estaban caídas y solo tenían esperanza en la radio de la dotación de emergencias del pueblo.

Leo le había dado unas botas de agua rojas y altas de su madre, y un gran chubasquero azul marino con capucha y forro de borrego, que le llegaba hasta más de medio muslo, tapándola muy bien.

Él se había colocado un equipo de protección contra el fuego y había cargado su todoterreno con todo el material contraincendios que tenía en casa. Solo había dejado un par de extintores por cubrirse las espaldas.

Cuando la chica llegó al consistorio, se lo encontró vacío. Cada paso que daba en aquel viejo *hall* retumbaba como si estuviese abandonado.

—¿Hola? —gritó buscando que alguien le contestase.

Se adentró hasta el fondo.

Las ventanillas de tramitación y gestión estaban desiertas, y la sala de pleno estaba vacía. La tormenta mantenía en casa al pueblo entero.

Sin dudarlo, subió las escaleras hasta la planta de arriba. Sabía que allí estaba el despacho del alcalde y su secretaria, además de otras estancias para el resto de empleados.

—¿Hola? —gritó de nuevo nerviosa, ya que empezaba a desesperarse—. ¿Hay alguien? —insistió.

De una puerta que no era la del alcalde, salió un hombre bien parecido, alto y fuerte, pero no distinguía quién era. La tormenta mantenía el edificio en penumbra. No se veía casi.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién grita? —preguntó el tipo sorprendido por la intromisión. El eco de los pasillos vacíos distorsionaba la voz y no la reconocía.

—Disculpe, hay un incendio en el pueblo y no hay teléfonos. Tenemos que dar aviso a los bomberos más cercanos.

—¿Greta? —preguntó aquel tipo. Ella arrugó el ceño y achicó los ojos intentando reconocerle.

—Sí, soy Greta —contestó la chica molesta y nerviosa por las circunstancias. Estaba avisando de una emergencia. Eso era lo importante, no quién daba el aviso.

—Dios mío, no te había conocido con ese chubasquero —susurró el hombre, ignorando lo más importante de aquella conversación: el incendio.

Greta apretó los labios aguantando el enfado. Leo se estaba jugando la vida y aquel tipo solo estaba interesado en confirmar que era ella.

—¿Damián? Pensé que eras otra persona —preguntó acercándose más. No veía casi en aquella oscuridad y las luces de emergencia eran tan tenues que no servían de mucho.

—Madre mía, estás igual que la última vez que te vi —admiró el tipo ya delante de ella.

—Me viste hace unos meses en el entierro de mi abuela, Damián. ¿Cuánto he podido cambiar en este tiempo? —le cortó el discurso.

—Dime qué necesitas —desvió el tema observando que ella no estaba para florituras.

Greta lo agradeció. Era lo que pretendía.

—Te lo acabo de decir. Hay un incendio en la casa de Genaro. Leo ha ido hasta allí, pero no hay línea telefónica. Necesitamos que avises al equipo de emergencias del parque de bomberos más cercano

El hombre arrugó el ceño en cuanto escuchó el nombre de su rival. Siempre lo había sido. Con las decisiones del pueblo, el cariño de la gente, con ella…

Leo.

Leo.

Siempre, Leo.

Aun siendo alcalde, no conseguía que se le tomara en cuenta como lo hacían con aquel tipo arrogante que se había tirado media vida fuera de allí.

—Ven, avisaremos por radio —invitó a la chica a que lo acompañara disimulando sus sentimientos. Al menos estaría un rato con ella.

Entraron a su despacho. Estaba solo.

Se acercó a una estación de radio sobre una mesa auxiliar. Tocó unos botones, cogió el comunicador y habló:

—Atención, retén de incendios. Atención, retén de incendios. Les habla el alcalde. Se ha declarado un incendio en la casa de Don Genaro. Solicito acudan lo antes posible para sofocarlo. Repito, se ha declarado un incendio en la casa de Don Genaro. Está cerrada y vacía, pero tiene otras dos casas a los laterales. Leo ha dado la alarma y ya se encuentra en la zona. Acudan lo más rápido posible.

—Recibido, Damián. —Se escuchó una voz—. Estoy de camino. Leo nos ha avisado ya. Estamos activos y reuniéndonos en las inmediaciones del incendio. Avisa a los bomberos. No tiene muy buena pinta.

En cuanto Damián escuchó que Leo se le había adelantado movilizando a algunos efectivos, se notó su mala relación en el gesto de su cara.

Greta lo observó en silencio. Ya se lo había avisado. Solo tenía que llamar a los bomberos, pero aquella competición de testosterona que quería mantener como cuando eran jóvenes era vergonzosa. La rivalidad entre ellos no se iba a disipar jamás, aunque supiese de sobra que ella nunca le iba a dar una oportunidad.

Era un tipo guapo, bien posicionado en el pueblo, su familia era una de las más importantes de la comarca, pero eso a ella no le valía. Tenía que ser auténtico y reunir tantos requisitos que ya era difícil de por sí, pero además, tenía que superar a Leo. Eso era imposible.

Creía que lo habría asumido, que era agua pasada y se centraría en su matrimonio y la alcaldía, pero cada vez que se veían, era como retroceder a los dieciocho.

—Enseguida les aviso. No os hagáis los héroes, ¿entendido? No quiero ni un altercado mientras yo mande aquí.

Aquellas palabras con ese tono amenazante, no le gustaron nada a Greta. Entendió que era lo que quería, amenazarles con su posición y dejar claro quién mandaba. Por eso les había llamado de todas formas, perdiendo un tiempo precioso de aviso a los que realmente tenían que estar allí: los bomberos.

Esa actitud también le pintó un mapa de cómo estaban las cosas por allí, de cómo se hacían y comprendía por qué los ancianos del pueblo acudían a Leo para todo. Con un caudillo como Damián, poco podían hacer.

De nuevo tocó los botones de aquella estación fija de radio y habló con emergencias.

Le aseguraron que irían lo más rápido que la tormenta les permitiera.

—Esperaremos aquí a que nos comuniquen cómo va todo —propuso a Greta tomando asiento detrás de su mesa.

La mujer no daba crédito.

—¿Cómo? ¿Tienes un incendio en el pueblo en medio de una tormenta que nos ha dejado sin luz ni línea telefónica y te quedas aquí calentito y seco en tu despacho? —preguntó enfadándose un poco más a cada palabra.

—No podemos dejar solo el ayuntamiento.

Las campanas de la iglesia comenzaron a repicar con un ritmo especial que avisaba al resto del pueblo de que había un incendio. Greta lo reconoció al instante.

—Creo que no va a venir nadie. Todos están escuchando la llamada a fuego. Irán todos, hasta los que casi no pueden andar. Menudo alcalde estás hecho —le reprochó sin dudar ni un segundo, sin amilanarse en el tono y las palabras que empleaba.

—Madre mía, dicen que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, pero en tu caso, hasta sin dormir —

contestó de forma muy desagradable a las verdades que Greta le decía a la cara.

—Creía que no podías caer más bajo que cuando con veinte años hiciste correr el rumor de que Leo estaba enrollado con la chica aquella de Foresta para intentar que estuviese contigo en vez de con él. Pero no. Podías ser aún peor —recordó un episodio muy desagradable de cuando se inventó que Leo la engañaba con una muchacha de un pueblo vecino, pero no tuvo suerte. En esa época estaban muy unidos, confiaban plenamente el uno en el otro y se pasaban el día juntos. No podía ser lo que aquel tipo contaba. Además de que se decían todo, sabían lo que había entre ellos.—. Adiós, alcalde. Me voy a ayudar en lo que pueda y más vale que esos bomberos lleguen pronto.

Sin darle oportunidad de réplica, Greta salió del despacho corriendo, bajó las escaleras a todo lo que le daban las piernas y salió del consistorio poniéndose de nuevo la capucha. Quería llegar al incendio lo antes posible para saber cómo estaba Leo.

Leo se empleaba a fondo con los extintores que tenía, para no dejar que las llamas se desmadraran mucho mientras llegaba el resto de su equipo.

—¡Agustín, coloca la manguera! ¡Ya! —gritó al primero que apareció. Un viejo amigo que también se había instalado en Bellavista para hacerse cargo del viñedo y la bodega de sus padres. Era su segundo en el equipo y al primero que había avisado por radio nada más montarse en el coche.

Por suerte eran un pequeño grupo de edades entre los treinta y los cincuenta con los que se podía contar para cualquier eventualidad grave, ya que el alcalde era todo lo contrario.

—¡Enseguida, jefe! —le llamó así porque era cierto. Ante una emergencia, Leo era el jefe.

La virulencia de las llamas, a pesar de la lluvia torrencial, no eran normales, y Leo estaba preocupado.

—¿Has visto eso? —preguntó Agustín llegando a su lado con la manguera que había instalado en una bomba de agua que llevaba enganchada al remolque de su furgoneta.

—Sí. Esto no es normal y encima está escampando en el peor momento.

Ambos habían visto una lengua de fuego salir de una de las ventanas, como si en ese momento el fuego hubiese llegado a un acelerante que lo hubiese hecho más virulento.

—No he visto ningún rayo que haga que un incendio se comporte así —manifestó Agustín.

—Yo tampoco. Esta casa está vacía. Solo tiene unos pocos muebles, adornos antiguos de recuerdo y poco más. Todo lo de valor lo han sacado los hijos de Genaro. Los ayudé a hacerlo hace unos días.

Aquella charla se interrumpió en cuanto comenzaron a llegar los habitantes del pueblo dispuestos a ayudar y otros compañeros del retén con más depósitos de agua remolcados por sus todoterrenos.

—Esto se va a acabar muy rápido —dijo Agustín refiriéndose al agua mientras regaba las llamas con su manguera.

—Lo sé… Tenemos que engancharnos a la red de agua —dijo Leo con seguridad.

—Pues ya sabes quién tiene la llave. A los bomberos no los espero hasta dentro de una hora como pronto con esta mierda de tormenta y al depositario en Bellavista, por aquí no le veo —farfulló Agustín enfadado refiriéndose al alcalde.

Ambos estaban en el mismo bando, si es que había bandos en el pueblo. Desde luego, ambos pertenecían al grupo de los que no querían a Damián y su gestión en el Ayuntamiento.

Se conocían todos desde pequeños. Agustín y Leo habían vivido parte de su vida fuera del pueblo, habían estudiado, habían desarrollado otros trabajos antes de encargarse de los negocios de sus padres y tenían otra visión del mundo muy diferente a Damián. Estaban deseando llevar un poco de modernidad a Bellavista sin quitarle su encanto. Hacer cosas para los vecinos que les hiciese sentir cómodos, pero en el mundo.

Damián solo quería estar ahí, mandar, aparentar y figurar.

Greta llegó corriendo en ese instante.

—¡Leo! —gritó. Todos llevaban el mismo equipo y no le reconocía.

El hombre se giró sobre sí mismo buscándola.

—¿Es Greta? —preguntó Agustín sorprendido.

No hizo falta que Leo le contestara, con la sonrisa de su cara y el puñetazo amistoso que le dio en el brazo, ya se lo había dicho todo.

Lo vio marcharse a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? ¿Han avisado a los bomberos?

—Sí, han dado aviso. ¿Cómo va todo? Esto es muy grande —apreció mirando el fuego que salía de la casa.

—Sí. ¿Han dicho cuánto van a tardar? —indagó preocupado.

—Lo antes posible, pero no sé cuánto es eso —contestó Greta con aprensión.

—¿Dónde está Damián? —continuó con el interrogatorio. Lo buscó mirando el horizonte tras ella y también a su alrededor.

—Está en el ayuntamiento. No va a venir —aclaró sin darle

vueltas. Era la verdad y de nada servía ocultarla.

—Claro, cómo no. Allí está muy calentito y seco. Será hijo de puta —farfulló Leo muy enfadado.

—¡Leo! ¡El agua! —le gritó Agustín replegando su manguera. Su depósito se había quedado seco.

Gruñó mientras cerraba los ojos.

Sin la llave de apertura de la boca contraincendios que tenían los bomberos o en su defecto el alcalde, no podían conectarse a la red de agua del pueblo y, si no se enganchaban a dicha red, no iban a poder controlar ese fuego. El resto de las casas de alrededor corrían verdadero peligro.

—¿Qué pasa? —preguntó Greta al verle en ese estado.

—Si no nos conectamos a la red del pueblo, no tendremos agua para aguantar el fuego hasta que lleguen los bomberos. —Greta le miró arrugando el ceño sin comprender—. Se supone que hay dos llaves que abren el acceso. Una la tienen los bomberos y la otra el Ayuntamiento.

Greta asintió comprendiendo.

—Iré a por ella —se ofreció a regresar para pedírsela a Damián.

—¡Leo! ¡El agua! —le gritaron de nuevo los compañeros. Otra manguera se había quedado seca.

—No hay tiempo para eso —masculló mirándola unos segundos.

Se giró sobre sí mismo y se acercó a los compañeros.

—Voy a abrir la boca de riego. Necesito que coloquéis el conector doble y saquéis dos mangueras de ahí. ¡Rápido!

—¿Estás seguro? —preguntó Armando, otro de los hombres del retén de la quinta de Leo con el que se llevaba bien. Era el hijo del dueño de la tienda de ultramarinos. Otro de los negocios fuertes del pueblo.

—Si tenéis otra solución, es el momento de compartirla. Si no la tenéis, estoy seguro.

—Hazlo, amigo —le animó Agustín—. El que elude sus responsabilidades, poco tiene que decir y opinar aquí. Eres el jefe. Es tu fuego. Tú decides.

Leo asintió y se dirigió a un poste metálico pequeño que había en la esquina de la calle. Estaba pensado para poder abastecer a varias vías a la vez.

Cogió un bichero, que era un palo largo metálico con un gancho puntiagudo en un extremo, y lo enganchó en un hueco. Apalancó la herramienta para quitar una tapa que estaba asegurada con un cerrojo del que no tenía llave y la tapa saltó, lo que les permitió acceder al agua.

—¡Vamos! ¡Rápido! —ordenó a los hombres que ya se encaminaban con las mangueras a engancharse.

El agua empezó a salir por ellas con fuerza en cuando abrieron el paso y los hombres se colocaron de dos en dos para sujetarlas.

—Apuntad a los flancos para que no se extienda por las casas de los lados. Tenemos que aguantar así —ordenó sin saber qué más hacer.

—Leo, podemos meter la manguera de tu casa en el depósito de Agustín y llenarlo para que puedas usar otra manguera —propuso Greta que observaba la situación—. ¿Tienes alguna que llegue?

El hombre miró a lo lejos hacia su casa y calculó a ojo.

—No lo sé. Ni sé si va a funcionar, pero vamos a intentarlo.

Cada vez había más gente alrededor, pero poco podían hacer.

Don Isidro y Emilia, los dueños del hostal, llegaron con Arturo, el huésped inesperado que aún no se había marchado.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Arturo a Leo, siguiéndole en el camino a su casa.

—Abre el depósito mientras saco la manguera.

El hombre asintió y retrocedió hasta donde estaba el tanque. Se encaramó al todoterreno y lo abrió como le pedía.

Greta siguió a Leo hasta la casa y entraron a la parcela.

—Prueba con esa —pidió Leo que cogiera la que estaba instalada en el grifo del jardín—. Voy a intentar enganchar otra desde la toma que tenemos junto a la puerta de la calle.

Greta consiguió estirar la goma sin que se enredara en nada para que llegase hasta el depósito. Lo consiguió con ayuda de otros vecinos que colaboraron en cuanto pudieron.

Arturo la metió en el depósito.

—Dale agua. Yo la aguantaré —propuso para intentar aprovechar al máximo el líquido salvador.

Greta regresó corriendo, abrió el grifo y sonrió ante el *OK* del hombre.

Mientras tanto, Leo intentaba enganchar otra manguera más corta a la boca de agua en la puerta de su casa. Si lo conseguía, podrían llenar el tanque más rápido y tendrían más posibilidades de mantener a raya el incendio hasta que llegasen los bomberos.

Cargó con ella al hombro en cuanto la tuvo anclada allí.

Arturo la cogió y mantuvo las dos dentro del depósito.

En cuanto abrió la llave, se notó como la velocidad de llenado ascendía con rapidez.

Corriendo, Leo cogió el extremo por el que salía el agua y se unió a los hombres que intentaban mantener las llamas.

Greta le siguió, aguantándole el peso de la goma a su espalda.

—Sal de aquí, Greta. No tienes el equipo necesario.

—Si no te ayudo a sostener la manguera, te agotarás demasiado rápido y no sabemos cuánto tiempo tendremos que resistir.

No le quedó más remedio que asentir a esas palabras.

Durante minutos eternos, las mangueras intentaron que el fuego no llegara a otras casas. Las lluvias habían mojado mucho la vegetación y las viviendas, pero el fuego era muy agresivo.

Pasaron los minutos y los vecinos comenzaron a impacientarse.

Todos preguntaban por el alcalde, pero el tipo no aparecía.

La radio con la que contactar con los servicios de emergencia la tenía Damián en el ayuntamiento y si había alguna noticia de ellos, no se iban a enterar.

Don Isidro estaba a punto de marcharse a buscar a ese mequetrefe, cuando el camión de bomberos comenzó a escucharse en la lejanía.

El pueblo entero se movilizó para dejarles paso.

Todos los lugareños les señalaban por donde llegar a la casa de Don Genaro.

En cuanto llegaron al incendio, se movilizaron para ampliar el dispositivo.

—¡Buen trabajo, Leo! —le felicitó el jefe de la dotación. Él mismo había formado a aquel pequeño grupo de hombres preocupados por el bienestar de su pueblo—. Vamos a daros apoyo, ¿de acuerdo?

Leo asintió.

—Que alguien la sustituya, por favor —pidió para que Greta dejase de estar en peligro.

—No quiero —se negó la chica—. Estoy bien.

El jefe de bomberos asintió sonriendo.

Leo no estaba tan contento.

El hombre se quitó la chaqueta y se la dio a Greta.

—Si te vas a quedar aquí, póntela. Quítate ese chubasquero de plástico. Es peligroso —ordenó con seriedad.

La chica cumplió y se colocó la chaqueta mientras el bombero la sustituía. Sin saber de dónde había salido, otro compañero se la estaba cerrando y colocando para que le cubriera lo máximo posible.

Con paciencia y tesón, los dos equipos consiguieron extinguir el fuego.

Costó su tiempo y la casa quedó totalmente destruida en su interior.

Los dos equipos se sentaron en el bordillo de la carretera frente al incendio extinto.

Comenzaba a llover otra vez, pero estaban tan cansados que no les importaba mojarse con tal de no moverse.

Los vecinos les llevaron agua, café caliente y les dieron la enhorabuena.

—Leo, desde que estás por aquí, todo es mucho mejor —apreció un hombre mayor dándole una palmadita en el hombro.

—Don Eustaquio, cualquiera hubiese echado una mano para

apagarlo.

—No, hijo, no. Cualquiera, no. Al cacique le tenemos repanchigado en el ayuntamiento y por aquí no le he visto —declaró en voz alta para que todo el mundo lo escuchara. Muchos murmuraron asintiendo.

—Ya ha pasado todo. Esté tranquilo —intentó Leo apaciguar los ánimos.

—Hasta la próxima y llevamos muchas —dijo Isidro, el dueño del hostal por detrás de Eustaquio.

—¡Sin luz seguimos! —dijo Adela, la dueña de la carnicería—. Esto es la ruina, Leo.

Greta observaba la escena preocupada. ¿Qué estaba pasando allí?

Miró a Leo y, aunque sabía que ayudaría a todas esas personas en todo lo que pudiese, vio la presión que sentía ante la situación.

—Tenemos que trazar un plan, Leo —le animó Agustín—. La bodega tiene generadores de reserva y puedo funcionar. Tú también, pero el pueblo se va a la ruina.

—Lo sé —contestó fijándose en cómo le observaba Damián unos pasos atrás de la multitud bajo un paraguas negro, escondido, sin decir nada, pero escuchando todo lo que se decía y quién lo hacía.

Greta siguió su mirada y también le vio.

—Será cabrón —masculló intentando levantarse del bordillo, pero Leo la cogió con suavidad de la mano para que se sentara.

—Déjame a mí —pidió con el nivel de tolerancia ya bastante bajo, pero ella no debía enfrentarse a Damián.

Aquel tipo venía a por él y hoy, oficiosamente, tenía motivos para llamarle la atención sobre un par de cosas por las que se había saltado las órdenes y las normas.

Conociéndole, lo iba a hacer. No iba a permitir que lo pagara con ella.

El hombre se levantó esperando a que llegase hasta donde estaban todos reunidos. Dio un buen trago a la botella de agua que tenía en la mano y se echó el resto por la cabeza. Aún sentía el calor del fuego en la cara.

—Me debes una boca contraincendios y una boca de riego —dijo el alcalde con sorna llegando a su altura.

Leo no abrió la boca, solo cerró la mano en un puño, echó el brazo hacia atrás y se lo estampó en la cara.

Damián soltó el paraguas, pero no a tiempo de evitar el golpe.

No cayó al suelo, porque no le dio tan fuerte. Solo hizo que trastabillara unos pasos hacia atrás.

—¡Estás loco! ¡Te voy a denunciar! ¡Voy a acabar contigo! —le gritó entre el enfado y la sonrisa por haber conseguido lo que quería.

—¿Denunciar? Yo sí que te voy a denunciar, desgraciado. ¿Dónde

estabas? ¿Por qué no has traído la radio portátil y la llave maestra para las bocas de incendio? Te tenía que dar una paliza —le amenazó muy enfadado mientras Greta tiraba de él para que no cometiese ningún error más.

—Eso, eso…, dame una paliza y por fin podré echarte de aquí.

El jefe de bomberos se colocó delante de Leo y le miró fijamente para que se estuviese quieto.

—Vete con ella a casa. Ahora —le ordenó para que se marchase con Greta y miró a su equipo—. Plegad las mangueras de la casa de Leo y cerrad la puerta de la cochera. Se va a casa.

—¿Pero tú le has oído? —intentó defenderse.

—Sí y también sé lo que ha hecho hoy. Si te vas, diremos que nadie le ha pegado si te denuncia. Diremos que somos testigos, sí, pero de cómo se ha caído al tropezar con las mangueras. Si le vuelves a pegar, no podremos sostener esa versión. ¿Entendido? —Leo le miró tratando de aguantar la furia que le recorría el cuerpo—. No me gusta ese tío, es un gilipollas, pero ahora mismo, quien tiene más que perder, eres tú. El pueblo te quiere y te apoya. Te necesitan contra este tipo, pero no así. Vete con ella —pidió de nuevo.

Leo asintió cerrando los ojos mientras cogía aire. La ira le ahogaba.

—Vamos a casa —le rogó Greta tirando de su brazo, viendo como Damián les retaba riéndose—. Vámonos de aquí.

CAPÍTULO 17

Estaban empapados y el fuego de la chimenea se había apagado.

Leo se quitó la chaqueta contraincendios, se arrodilló frente a la leña y comenzó a prepararlo todo para encenderlo de nuevo. Era su única calefacción mientras no hubiese luz. El generador solo tenía capacidad para que la caldera proporcionara agua caliente.

Greta se puso a su lado para ayudarle.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada. Nunca le había visto tan enfadado con Damián.

—No, pero lo estaré. No es la primera vez —contestó con un tono de voz cansado y no solo por el esfuerzo físico para apagar el incendio.

—¿Le has pegado más veces?

—No. Es la primera, pero ya iba siendo hora —masculló conteniendo el enfado que le provocaba hablar de aquel tipo.

Greta guardó silencio comprendiendo su postura, pero no era el camino para acabar con Damián y su mala administración.

—Sé que es un gilipollas. Lo era antes y no ha mejorado, pero tienes que gestionar esto de otra forma.

—No tienes ni idea… —murmuró con una sonrisa sarcástica.

—¿A qué te refieres?

—Da igual. Él es el menor de mis problemas. Me preocupa más el incendio y lo que lo ha causado.

—¿Por qué ha sido tan agresivo? —se interesó.

—Creo que tenía algún producto para acelerarlo. Es muy difícil que arda tan rápido cuando la casa estaba bastante limpia y vacía.

—¿Crees que lo han provocado? —preguntó bajando el tono de voz, como si temiera que alguien los pudiese escuchar.

—No lo sé. Eso lo determinará el informe de los bomberos y la investigación, pero con la lluvia y la humedad de tantas tormentas, no me cuadra que todo se haya quemado de esa forma.

Greta no sabía qué decir, le preocupaba lo que Leo le contaba, pero ¿quién podía haber hecho algo así?

Necesitaba que se tranquilizara, tranquilizarse ambos, descansar y pensar con calma todo aquello.

—Será mejor que nos calmemos y nos cambiemos de ropa. Estamos empapados —propuso sentándose en el suelo para quitarse las botas de agua.

Leo estaba prendiendo la leña intentando dejar a un lado las especulaciones y el enfado.

El fuego ardió con rapidez.

Miró a su chica que intentaba quitarse el calzado.

—Espera —pidió en tono dulce cogiendo una de las botas. A continuación, tiró de ella con cuidado para sacarla.

Greta lo miró con una sonrisa.

—Acabo de sostener una manguera de no sé cuántos kilos durante mucho tiempo, no me voy a romper —le susurró incorporándose un poco para llegar a acariciar su rostro.

Leo le devolvió la mirada mordiéndose el labio.

«Greta. Greta. Greta», pensó mientras contemplaba una de las imágenes más sexis que recordaba.

Era la única que le hacía olvidar lo demás.

Ella, sonriente a pesar del cansancio y lo que le acababa de contar, con el pelo alborotado por el agua, el vestido de punto empapado pegado a su cuerpo, mojada hasta el último milímetro por culpa de la lluvia y el incendio.

Leo no le contestó, tiró de la otra bota con la misma delicadeza y se acercó para besar sus labios.

Ella se dejó, hasta que empezó a temblar por el frío que le provocaba la ropa mojada.

—A la ducha —susurró Leo en su boca, casi sin deshacer el beso.

—Contigo —propuso Greta.

El hombre se levantó con rapidez, la cogió en volandas y entre risas la llevó hasta el baño.

Horas después, cuando amaneció, el timbre de Leo sonó con insistencia. Él, desnudo bajo el edredón, se levantó con cuidado de no despertar a Greta. Choco le siguió también en silencio como si supiese de sus intenciones.

—¿Sí? —contestó por el intercomunicador.

—Leo, soy Martín.

El hombre, sorprendido de que el jefe de bomberos hubiese ido hasta allí para verle tan temprano, le abrió la verja exterior de inmediato.

Se marchó a vestirse con rapidez mientras el bombero atravesaba la parcela.

Entrecerró la puerta del salón para dejar que Greta durmiera.

—Hola, Martín. Pasa y tomamos café —le ofreció estrechándole la mano. Los hombres entraron a la cocina—. ¿Solo y con azúcar?

—Sí, por favor. Siento venir tan pronto.

—No te preocupes.

Leo se dispuso a preparar la cafetera italiana al fuego de la cocina de leña que, desde que había tantos apagones, intentaba mantener con ascuas, como toda la vida. El perro olisqueó al invitado y, tras confirmar que era alguien de fiar, dejó que le acariciara el lomo y se tumbó con tranquilidad en el suelo.

—¿Qué te trae hasta aquí con este tiempo, Martín? ¿No tuviste suficiente ayer?

El bombero sonrió.

—Sí, pero tengo que contarte algo importante y no quiero que sea por teléfono.

Leo arrugó el ceño. Fuera lo que fuera, el asunto era serio.

Tomó asiento junto a Martín mientras el café se hacía.

—Tú dirás.

—Damián te va a denunciar.

—Era de esperar. Estaba deseando tener una excusa —asumió tranquilo.

—Sí, pero no solo te va a denunciar por pegarle y los destrozos que, a su parecer, has causado en la boca de riego. También por la posible provocación del incendio. Hemos comprobado que tenías razón. Había acelerantes tras extinguirlo y te acusa directamente.

A Leo la rabia le empezó a hervir en la sangre.

—Deduje que había acelerantes al ver la velocidad a la que se extendía el fuego. Para eso me formé contigo, y los demás, durante un tiempo, para intentar ayudar al pueblo todo lo posible. Él no tenía ni idea. ¡Ni siquiera lo vio! Estaba muy a gusto sentado en su despacho del ayuntamiento sin venir ni a ver cómo estaba la situación o si necesitábamos algo.

—Lo sé y así figura en el informe que hemos entregado y lo que declararemos cuando nos llamen, pero quería que lo supieses antes para que estés preparado.

Leo cerró las manos en puños. Aquel gañán no sabía cómo ser mejor que él en algo y su única salida era desacreditarle.

Gruñó de rabia.

Greta, que dormía plácidamente en el salón, llevaba rato escuchando el murmullo de la conversación sin descifrar el contenido. Hablaban demasiado bajo.

El gruñido la alertó de que algo no iba bien.

Se incorporó y con cuidado de no hacer ruido, se vistió con la ropa que había esparcida a los pies de la cama.

Agudizó el oído para ver si conseguía escuchar algo más nítido.

—Martín, yo no he causado ningún incendio. Estuve con los hijos de Genaro ayudándoles a vaciar la casa hace un par de semanas, y por eso sabía que no era normal que el fuego se propagara tan rápido. ¡No había nada que lo provocase tan agresivo! —contó desesperado por la

rabia—. Me conoces y sabes lo que quiero a esta gente, a este pueblo… Si no, ¿de qué iba a crear un retén contraincendios? Me importaría una mierda todo y pasaría de Bellavista.

—Lo sé, Leo. A mí no me tienes que convencer, ni a nadie del pueblo. Solo tienes en contra a ese gilipollas, pero es un gilipollas que ahora ostenta un poder contra el que es complicado luchar. Solo quiero que tengas cuidado, que no le provoques más. Ten calma, trata con él lo imprescindible y no dejes que te saque de quicio de nuevo.

—Gracias, Martín —contestó comprendiendo sus intenciones, muy cansado con la situación.

—Cuida de tu chica. Céntrate en esa valiente y ayuda a quien te lo pida, pero no te enfrentes a este tipo. Deja que esto pase y no llegue a más.

De nuevo, Leo asintió. Escuchaba atentamente los consejos del jefe de bomberos, porque se tenían cariño y respeto.

—Gracias, Martín. No sé cómo agradecerte que hayas venido hasta aquí para hablar conmigo.

—Presentándote a las próximas elecciones. Este pueblo necesita a un tipo como tú, Leo. —El hombre negó con la cabeza mientras aguantaba una sonrisa nerviosa. No era la primera vez que se lo decía, ni la única persona que se lo proponía, pero él no servía para la política—. Está bien. Entonces, con ese café que ya huele que alimenta —pidió afable. Sabía cómo pensaba aquel chico, pero tenía que intentarlo cuantas veces tuviera la oportunidad.

—Eso está hecho —contestó Leo, levantándose para apartarlo del fuego para servirlo.

Greta, que había escuchado parte de la conversación tras la puerta bastante preocupada, se decidió a entrar en la cocina.

Los hombres se giraron hacía ella.

—Buenos días, señorita —saludó el bombero.

—Buenos días, jefe. Llámeme Greta —le pidió mientras Choco iba a su encuentro. La chica le acarició el lomo para darle también los buenos días y lo dejó que se marchara a su lugar favorito cerca de la chimenea.

—Greta, entonces. Tú a mí, Martín.

La chica sonrió asintiendo.

—¿Estás bien? —preguntó a Leo preocupada. La miraba atentamente de pie junto a la encimera donde preparaba las tazas.

—Sí, no te preocupes. Martín ha venido a contarme que tenía razón. Han encontrado acelerantes.

—Entonces se confirma que ha sido provocado.

—Sí —contestó el bombero a la chica—. Falta el informe final, pero parece que se ha usado una sustancia química para ello y algún sistema de efecto retardado para que el causante tuviese tiempo de

sobra para desaparecer. El problema es que la temperatura que ha alcanzado la habitación donde se originó, fue tan alta, que no hemos conseguido averiguar cómo lo hicieron.

—Madre mía, si este pueblo no tiene nada importante para ese tipo de delitos. ¿Qué les puede interesar? ¡Es de locos! —continúo con el hilo que le exponía el bombero, olvidando por el momento lo que había escuchado a escondidas sobre la implicación que querían endosar a Leo.

—Muchas veces pensamos que las cosas no tienen valor y estamos equivocados. Este pueblo es el más bonito de la zona. ¿Quién sabe si no les interesa hacerse con un espacio para crear algún negocio que lo haga más turístico y explotarlo? Por dinero, la gente hace muchas locuras.

Greta arrugó el ceño al escucharlo, debatiéndose entre la sorpresa y el asco que le daba la situación.

—Es increíble —susurró Leo sirviendo tres cafés.

—Tiene sentido. Esa casa tenía varios propietarios que se tenían que poner de acuerdo en qué hacer. Ahora, no tienen nada que pensar. Si alguien les quiere comprar la ruina en la que ha quedado, ya habrán ganado algo. No tienen otra opción —apuntó Greta con la mirada perdida en ese pensamiento, comprendiendo por dónde iba el bombero.

—Eso es —afirmó el hombre bebiendo un largo trago de café.

—Pero no ha habido más siniestros de este tipo. No al menos desde que estoy viviendo aquí —comentó Leo buscando lógica a esa explicación.

—Ojalá no los haya, pero si mi teoría no va desencaminada, habrá eventos extraordinarios que nunca antes han sucedido. No tienen que ser incendios. Pueden ser propuestas para compras inmobiliarias, inversiones, otros desastres o accidentes raros…, pero sucederán. —Leo y Greta se miraron pensativos, pero ninguno dijo nada en voz alta—. Me tengo que marchar, chicos. Muchas gracias por el café. Espero veros pronto, pero para hablar de cosas que no tengan nada que ver con fuego. ¿Os parece?

—Me parece perfecto —contestó la chica sonriéndole—. Nos vemos pronto.

—Gracias por venir, Martín. Te lo agradezco mucho. Te acompaño.

Cuando Leo regresó a la cocina, Greta daba vueltas a su café con la mirada perdida en la lluvia incesante que caía en el jardín del otro lado del ventanal.

Leo se acercó hasta ella y se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

Ella lo miró preocupada.

—No puedes enfrentarte más a Damián. Ahora puede buscarte un problema legal y perder todo por lo que tanto has luchado. No puedes ni siquiera hablar con él —le dijo angustiada.

—Greta, no va a pasar nada con Damián. De verdad. Lo prometo —explicó con voz dulce y calmada. Alargó la mano hasta su rostro y la pasó con suavidad por la sien, la mejilla y la barbilla.

—He escuchado lo que ha dicho Martín y a mí no me parece que las cosas vayan bien.

Leo guardó silencio unos segundos, cogió aire y apretó los labios aguantando la rabia que le causaba la situación.

—Damián ya no sabe cómo apartarme del pueblo y, ahora que estás aquí, se volverá loco. Hará estupideces como decir que yo he provocado un incendio sin pruebas y más cosas que iremos viendo. Siempre ha sido así. Estoy acostumbrado. Este tipo no va a cambiar ni un ápice de mi vida, ni mis convicciones o mi forma de actuar. Todos aquí saben quién soy, Greta, a pesar de haberme ido fuera, de perderme muchas cosas y tener rabia por no haber querido ser uno de ellos de verdad. Pero ahora lo soy. Estoy aquí y los cuido. Los defiendo de Damián y de gente como él. Ellos lo saben y son mi mejor defensa. No quiero que te preocupes por eso. Quiero que pienses en cómo quieres arreglar la casa de Lía, dónde quieres tu despacho para trabajar, si quieres que te pinte la casa de colores o mejor, si quieres venirte a vivir aquí, conmigo, o nos repartimos los días de la semana para vivir en una y en otra, pero juntos. En eso quiero que pienses. No en ese tipo que está enfadado con el mundo desde que se dio cuenta de que tú nunca le elegirías, ni siquiera, aunque yo no estuviera.

Greta tenía el corazón en la garganta a mil por hora.

Otra vez le había pedido estar juntos. Otra vez le había propuesto vivir juntos en Bellavista.

—Intentaré preocuparme menos por Damián —contestó incapaz de entrar en nada más de todo eso que había dicho.

—Eso es —susurró Leo con paciencia.

—Pero no dejaré de preocuparme por ti —añadió dejando claro que no iba a olvidarse del tema tan fácilmente.

—Nunca lo has hecho, aunque muchas veces no me lo merecía —apreció seguro de sus palabras. Su madre y Lía se lo hacían saber siempre de una forma u otra.

Ambos se miraron unos segundos.

Greta apretó los labios.

Quería decirle que sí, que quería compartir la vida con él, que se repartirían los días, las horas o lo que hiciera falta, pero el miedo se le agarró a la garganta y no fue capaz de pronunciar más palabras.

Ya había pasado por eso, ya lo había vivido y no había funcionado.

Ahora estaban bien. Esos pocos días que llevaba en Bellavista estaban siendo buenos, como antes, y no quería estropearlos dejándose llevar por la ilusión y bonitas frases.

Ni siquiera se fiaba ya de los hechos. Solo quería vivir tranquila lo más feliz posible, sin preocuparse de vigilar su dinero, de si quien estaba a su lado era una persona de fiar o de si le habían hecho promesas que no se iban a cumplir.

—¿Te preparo el desayuno? —preguntó Leo con media sonrisa tranquila para darle normalidad a la mañana. No quería que ella se sintiera incómoda y presionada por lo que acaba de decir, aunque le doliera la ausencia de respuestas.

Greta asintió y Leo se levantó dispuesto a prepararlo dejando un beso en sus labios.

—Leo —le llamó.

Él se giró expectante.

—Creo que deberías hablar con Isidro y Emilia. En el pueblo solo hay una persona que tenga la llave de la casa de Genaro y no es de Bellavista.

CAPÍTULO 18

Isidro salió del hotel en cuanto vio la furgoneta de Leo llegar a la entrada. Lo tenían hablado, no debía entrar ni hacer ruido en la puerta.

El anciano se montó en el vehículo y se alejaron.

—¿Va todo bien, Leo? —le preguntó el hombre que, sin dudar, había hecho caso a lo que el muchacho le pedía.

—No estoy seguro, Isidro. Por eso le he llamado. Necesito que me cuente algunas cosas antes de actuar al respecto.

—Dime, hijo, ¿qué necesitas saber? —consultó el hombre dispuesto a ayudar al muchacho.

—Arturo, el huésped inesperado que nos ha regalado la tormenta, ¿qué tal es? ¿Ha visto alguna actitud que no le haya gustado?

Isidro miró al hombre arrugando el entrecejo, como si se quisiera concentrar a la vez que estuviera preocupado.

—Es una persona bastante reservada. Se aparta de nosotros cuando no le interesa tener compañía. Sobre todo si está hablando por teléfono. Ha intentado trabajar con el ordenador, pero los cortes de luz no le dejan recargar mucho la batería del aparato y ha dicho en varias ocasiones que no se quiere quedar sin ella. También consulta notas en papel. Supongo que no querrá dejar de trabajar mientras está atrapado.

Leo anotó mentalmente cada dato. No sabía si Greta tenía razón en su pensamiento sobre Arturo y su misión en el pueblo, pero lo que era seguro es que tenía la llave de aquella casa.

—¿Ha contactado con el seguro de su coche, alguna grúa o alguien para que le saquen de aquí?

—Habla mucho por teléfono y no sé decirte. Las veces que le he preguntado sobre eso, me ha dicho que ha dejado varios avisos, pero aún no le han dicho cuándo vendrán a buscarlo.

—Vale, y ¿ayer cuando se desató el incendio? ¿Estaban despiertos cuando tocaron a fuego? ¿Estaba Arturo en el hotel? ¿Notaron algo raro?

—Estábamos recién levantados cuando tocaron las campanas. No nos había dado tiempo ni a mirar por la ventana. En cuanto oímos el repicar, nos asomamos y ya vimos el humo. Salimos al *hall* y este muchacho ya estaba allí. Había abierto el ventanuco de madera de la puerta de entrada y observaba el humo.

—¿Vestía con el pijama?

—No, llevaba ropa de deporte, como si fuese a salir a correr.

Bueno, tú lo viste cuando llegó al incendio. Así es como le vimos nosotros. Traía una pequeña bolsa donde debe llevar algún cambio de ropa, pero no trae mucho equipaje realmente.

Leo pensó en todo aquello.

Si los ancianos no le vieron salir de su habitación, es que ya estaba levantado. Si llevaba ropa de deporte, al menos llevaba unos minutos preparado para salir.

—¿La puerta del hotel la abrieron ustedes o la abrió él, ya que estaba allí mirando por ella?

—Ahora que lo dices, la llave estaba puesta y abrió él —susurró el hombre pensativo. Empezaba a preocuparse—. Hijo, no sé si lo que deduzco de todas estas preguntas me gusta mucho.

—Tranquilo, Isidro. No pasa nada. Es solo que es un poco raro que justo ahora que ha muerto Genaro y sus hijos estaban pensando qué hacer con la casa, se presente este tipo y se incendie.

—Ahora que lo dices… —repitió el hombre dando vueltas a sus recuerdos—. Le escuché hablar con alguien sobre la casa, pero enseguida se dio cuenta de que Emilia y yo estábamos cerca y se encerró en su habitación para continuar con la conversación.

—Vale, está claro que tiene la llave de la casa. Conocía el valor y estoy seguro de que también las intenciones de los herederos de vender, pero no podemos demostrar que estuviese fuera del hotel cuando se desató el incendio, ni siquiera que hubiera salido sin daros cuenta.

—Hijo, me estás preocupando. ¿A quién narices tenemos en el hotel? —preguntó el hombre un poco asustado.

—No se preocupe, Isidro. De verdad que no pasa nada. Solo quiero tener claros ciertos datos.

—Claro que me preocupo. Duerme con nosotros y estamos solos con él.

—Esté tranquilo, de verdad. No creo que tarde mucho en irse. Además, ante cualquier cosa extraña que vea, me llama.

—¿Qué crees que ha venido a hacer aquí?

—No lo sé, pero lo averiguaré. Usted esté atento a cualquier movimiento extraño en el pueblo, como ofertas por terrenos, intención de compra de casas deshabitadas y cosas así.

—De acuerdo, pero hijo, ten cuidado y, ya que estamos, también con el gañán de Damián. Es un rencoroso que no sabe perder ni aunque hayan pasado casi veinte años. —Lo miró con seriedad—. Va a por ti.

—Lo sé. No se preocupe, Isidro.

—Sí que me preocupo. Me alegro mucho de que Greta esté aquí y esté en tu casa, pero eso solo le trae recuerdos y se pone más gilipollas de lo que suele estar.

—Tiene a su mujer, que se centre en ella y nos deje en paz.

—¿Su mujer? Hijo no sé si recuerdas que es Marina, tu enamorada. Son tal para cual, como si al no conseguiros se unieran para regocijarse en sus mierdas.

Leo miró a Isidro sin saber qué decir.

Era cierto, pero ¿qué podían hacer ellos?

—No se preocupe por nosotros, Isidro. Estamos bien y juntos. Después de tantos años y tanto pasado, no sé ni cómo seguimos en pie en la vida, pero lo estamos —reflexionó en voz alta, sintiendo una libertad al hablar de su relación como nunca antes. Esbozó una suave sonrisa antes de seguir—. Haré todo lo posible por conservarla conmigo. Ya aprendí la lección y no se me va a olvidar.

—Más te vale o te doy una paliza que no vas a poder moverte en un mes —le amenazó con seriedad, aunque enseguida sonrió feliz por el muchacho.

Leo agrandó la que dibujaban sus labios.

—Gracias, don Isidro. Intentaré averiguar si está pasando algo raro en el pueblo. Ustedes no hagan nada, ni cuenten a nadie lo que hemos hablado.

—Tranquilo, hijo. Mis labios están sellados.

Leo dejó a Isidro de vuelta en el hotel y se alejó en dirección a su casa. Greta lo esperaba para contarle lo que había averiguado. Seguro que ya estaba nerviosa.

Nada más entrar, Choco le recibió como lo haría con Greta. Le trataba como si fuese su dueño y eso a Leo le hacía muy feliz.

Sonriente fue en busca de su chica. Estaba en la cocina, preparando alguna carne al horno de leña. La luz se había vuelto a ir y la tormenta arreciaba fuerte.

—Qué bien huele —reconoció acercándose a ella, que estaba lavando verduras en el fregadero.

La abrazó por la espalda y Greta tembló al sentirle tan cerca. Giró la cara para besarlo en señal de bienvenida.

—¿Qué has averiguado?

—Poca cosa —confesó Leo apartándose un poco para dejarla seguir con lo que estaba haciendo. Ella regresó a las verduras mientras lo escuchaba—. Isidro no ha visto ni escuchado nada que nos haga sospechar de Arturo, aunque es el único en el pueblo que tenía llave. Quien fuera, se coló con sigilo y sin causar daño.

Greta lo miró preocupada.

—Si no podemos situar a nadie en la casa, el único que vio el

fuego fuiste tú. Diremos que estábamos juntos paseando a Choco —dijo con seguridad, cogiendo un paño de cocina para secarse las manos.

—No.

—Sí —replicó decidida mirándolo a los ojos—. Ese tipo no te va a buscar un problema a estas alturas de la vida y menos si yo lo puedo evitar. Tenemos que ser más listos que él.

Leo admiraba la decisión y determinación de su chica. Siempre había sido así, pero con el paso del tiempo lo valoraba más.

Debía haber aprendido que no siempre era buena esa actitud y quizá así fuera, pero con él continuaba siendo la misma guerrera con carácter de siempre.

—Tú eres mucho más lista que todos nosotros juntos. Deberías presentarte a alcaldesa.

Greta enarcó las cejas sorprendida.

—No sé qué voy a hacer con mi vida la semana que viene, como para pensar en unas elecciones. Tú deberías ser el alcalde.

Leo sonrió divertido.

—Creo que eres lo que Bellavista necesita. El punto de vista de una mujer como tú.

—¿Cómo yo? —preguntó con media sonrisa nerviosa e incrédula.

—Inteligente, resolutiva, creativa, resiliente, apasionada, divertida.

—¿Así me ves?

—Añádele guapa, atractiva y muy, muy sexi.

—Calla —le pidió sonrojándose por esta última parte, pero sobre todo por cómo había cambiado su expresión al decirlo, por cómo la miraba al pronunciarlo.

Leo, que la conocía, tiró de la cuerda de la cintura del delantal que se había puesto para acercarla a él.

—Sin contarme a mí y a tu padre, ¿cuántos de los tipos con los que has estado te han dicho la mitad de esos adjetivos? —El silencio de Greta habló por sí mismo—. Me dolía mucho pensar en ti con ellos, pero si eras feliz, ha sido mi penitencia para llegar a estar aquí ahora, juntos, y la pagaría una y mil veces. Lo que no soporto es que hayan sido tan gilipollas. No te lo mereces, Greta.

—Es pasado y ya no cuenta.

—Cuenta, porque la culpa es mía.

—Y mía, porque no elegía mejor —confesó entrando en un terreno en el que se había prometido no entrar, pero, al final, lo hacía. Cerró los ojos y cogió aire. Apretó los labios y lo miró de nuevo. Llegados a ese punto necesitaba explicarse—. Podía haber buscado a alguien mejor que tú, no conformarme, al menos intentarlo, pero no lo hice. Me valía con venir aquí de vez en cuando y que estuvieras para llenar

todos esos huecos que faltaban en mi vida. Me recargaba de ti y volvía para sobrevivir durante un tiempo. Por eso nunca contaba a ninguna de mis parejas que existías, ni que tenía Bellavista. Siempre tendría un puerto seguro al que regresar. Era la única forma de que ellos se sintieran bien conmigo. Si nos veían juntos, aunque fuese como amigos, mis relaciones durarían lo que se tarda en llegar a Madrid y hacer las maletas.

Aquella confesión dejó a Leo sin palabras.

No sabía qué decir.

Cada vez que Greta hablaba del pasado le abría una herida más y le dejaba mudo por el dolor que le provocaban sus palabras, pero nunca se lo diría o no seguiría hablando de ello con él. Quería saberlo todo, aunque eso supusiera exponer sus propios sentimientos, o ella no volvería a abrirse a él.

Se armó de valor. No podía no decir nada.

—Nunca he tenido una pareja estable. Solo eran amigas con derecho a algo más que amistad de forma esporádica, sin ataduras. En cuanto querían más, las dejaba. Es probable que haya sido el tipo más cabrón del universo, pero no lo podía evitar. Ninguna eran tú.

Greta eligió las palabras con cuidado.

—Pero siempre huías. Te marchabas y me dejabas atrás con la excusa del trabajo, sin preguntarme qué quería yo. Rehacía mi vida una y otra vez sin ti cuando te ibas.

—Pensaba que no era bueno para ti, que merecías alguien mejor y tenía que esforzarme más en serlo.

—Pero ¿por qué? Yo nunca…

—Te escuché hablar con las chicas sobre esto. Decías que nunca te quedarías con nadie del pueblo porque no éramos lo que esperabas o lo que necesitabas. Ya no lo recuerdo con exactitud.

—¡¿Qué?! ¿Cuántos años tenía? ¿Diez? ¿Quince? Era una niñata, Leo. ¿Eres gilipollas? —contestó nerviosa, enfadada consigo misma más que con él. Triste.

Leo se mordió el labio inferior. Sabía que le enfadaría esa confesión, pero quería hacerlo.

—No sé cuántos años tenías. Solo sé que yo ya te quería y decidí ser lo mejor de lo mejor para que no pudieras decirme que no.

Una lágrima se escapó de los ojos de Greta y se deslizó por la mejilla mientras cerraba los ojos y negaba de forma insistente con la cabeza.

—Nunca…, ¿me oyes? Nunca podría decirte que no. Ni siquiera cuando te lo decía con palabras, cuando me fui a Madrid tras morir Lía o el verano pasado. Nunca, porque es luchar contra mí misma.

—Lo sé. Ahora lo sé —susurró arrastrando las palabras—. Yo también lo intenté cuando llegaste aquí y no puedo.

Lo miró sin saber qué decir. Sus vidas habían sido un desastre por culpa de todo aquello…

—La próxima vez, pregúntame. Habla conmigo sobre lo que sea, por favor —rogó cogiendo su rostro con las manos para acercarlo a su boca.

—Lo prometo —dijo llegando a sus labios para darle ese beso que le pedía.

CAPÍTULO 19

Esa tarde, la Guardia Civil se presentó en casa de Leo.

Él lo esperaba.

Greta tenía la esperanza de que aquella locura no siguiera adelante.

—Di que estábamos juntos, Leo. No se lo pongas en bandeja —pidió Greta a su chico antes de que entraran en la casa.

Les tomaron declaración allí mismo. Por separado. Solo para corroborar datos sobre el incendio.

Leo hizo caso a Greta y declaró que estaban juntos. También les informó de por qué fue el primero en llegar al incendio y todo el protocolo que sigue el retén del pueblo para combatir un incendio, hasta que llega la dotación de bomberos.

Greta contó lo que había hecho desde que vieron el incendio hasta que se reunió de nuevo con el grupo para ayudar.

Los guardias se fueron sin encontrar evidencias para una detención. No había ninguna prueba de que Leo estuviese implicado, solo la palabra del alcalde que ni siquiera estaba cerca del incendio durante el proceso de extinción, ni en ningún otro hasta que ya estaba más que apagado. Nada sostenía su acusación y con la ayuda de Greta, mucho menos. No habían dejado ningún cabo suelto.

La pareja observó desde la puerta de la casa cómo se marchaban en su todoterreno.

—Va a por ti —susurró Greta preocupada.

—Que venga. No tengo nada que esconder —declaró Leo con seguridad mientras la abrazaba por la cintura. Ella sintió un escalofrío al escucharlo y él lo notó—. No va a pasarme nada, Greta. Te lo prometo.

Asintió poco convencida.

Damián había sido capaz de muchas cosas para hacer lo que quería en el pueblo, con sus padres, con sus novias y lo que se le pusiera por delante, le daba igual. Lo había intentado con ella. Ahora no era diferente y si Leo era su contrincante, no tendría problema en ir a por él.

La chica miró el cielo. Seguía oscuro y descargando tanta agua que el campo ya no era capaz de absorberla.

—Parece que esta noche sigues durmiendo aquí. No tiene pinta de que vaya a dejar de llover —susurró Leo con la boca pegada a su oído.

—Eso parece —confirmó mirándolo contenta de tenerlo cerca. Las cosas iban bien entre ellos y no tenía prisa en irse, pero le preocupaba

lo que estaba sucediendo—, pero quiero ir a ver la casa. Estar allí e ir organizando lo que pueda. No quiero dejarla abandonada.

—Lo sé. Mañana iremos y comenzaré a arreglarla. Siento no haber podido bajar antes con todo esto del incendio.

—No te preocupes. Como has dicho, no hay prisa. Estoy muy bien aquí —confesó anulando todo lo que le había replicado cuando le propuso que se quedara con él.

—Increíble —susurró incrédulo.

—Las cosas han cambiado en estos días y estoy cómoda contigo, como antes, como siempre… Aquí la vida tiene otro ritmo, otro sentido. No sé si me entiendes… A veces siento que ya no soy capaz de encontrar las palabras adecuadas para lo que siento.

—Te entiendo —afirmó acercando de nuevo la boca a su oreja, acariciando la piel con los labios, hundiendo ligeramente la cara en su pelo.

Greta cerró los ojos sintiendo la caricia.

—¿En algún momento de tu vida nos habías imaginado así, como estamos ahora mismo? No tiene que ser en Bellavista. Podías imaginarnos en cualquier otro sitio.

—Cuando me marchaba para ser lo que creía que era lo mejor para ti, lo hacía pensando en este momento como objetivo, pero nunca que sería en Bellavista. Siempre nos imaginé en Madrid o Barcelona, incluso en algún otro lugar del mundo donde desarrollásemos nuestro trabajo. Estar aquí, haciendo lo mismo que mi padre y no lo que he estudiado, y para lo que tanto he luchado, no se me pasó por la cabeza, pero la vida está llena de sorpresas y también de bofetones a dos manos que nos hacen reflexionar sobre qué hacemos aquí, hacia dónde vamos, lo que de verdad necesitamos para ser felices. —Cogió aire mientras observaba el porche, el jardín, el cielo más allá de la valla—. No sé en qué momento perdí la perspectiva. Si fue cuando murió mi padre, cuando enfermó mi madre o en algún momento en el que te abandoné, pero la perdí. Cuando empecé a comprender lo que te provocaba mi egoísmo, era demasiado tarde. Tú ya estabas cansada de mí, habías decidido otro camino y me enfadé. No lo entendí y fui más egoísta todavía.

—La vida nos va cambiando y moldeando según nos va. Llega un momento en el que hay que poner una balanza y pensar en uno mismo.

—Claro, pero yo lo llevaba haciendo años con una excusa. Tú fuiste paciente y decidiste tomar la decisión tras años luchando por mantener lo nuestro de alguna forma. —La miró con la pena del tiempo perdido, pero con la ilusión del que estaba por venir—. Cuando te pedí que te quedaras ese verano y te marchaste, me dolió, pero fue peor cuando te marchaste tras la muerte de Lía. Sabía que a

mi madre le quedaba poco tiempo y que pasarlo solo iba a ser muy duro, pero no pude pedírtelo de nuevo. Ya te cambié la vida cuando murió mi padre. Perdiste una gran oportunidad. Yo no podía arrebatarte tu vida, y por eso no te llamé cuando murió mi madre. Sabía que vendrías en cuanto te lo contara.

Greta no se esperaba que él hablara de todo eso allí, de esa forma. La cogió totalmente desprevenida. No sabía qué decir.

—Ella y Lía eran lo más parecido a una madre que he tenido nunca, Leo. Me hubiese gustado despedirme de ella —declaró a media voz, con un nudo en la garganta.

—No hago más que meter la pata, ¿eh?

La chica lo miró.

—Era tu madre. Tú decidiste cómo llevar su duelo. No metiste la pata. Nadie tiene que decirnos cómo despedirnos de los nuestros —le animó abrazándose a su cuerpo, recostándose sobre su pecho, oliendo el aroma de su camiseta de algodón y la sudadera que llevaba encima sin abrochar.

Leo la envolvió entre sus brazos respirando al escuchar aquellas palabras.

—Lo siento, Greta. Siento haber sido un gilipollas egoísta que ha tenido que ver que te perdía, que lo perdía todo, para entender que su casa o su futuro no estaban en una ciudad, ni siquiera aquí. Eras tú. Siempre has sido tú —confesó con la voz quebrándose.

Greta giró la cara hacia su pecho hasta que la ocultó en él mientras apretaba su abrazo. Ella lo supo en cuanto la besó en aquella habitación azul. Ese beso era lo único que le faltaba para confirmar todo lo que representaba en su vida.

Estaba segura de que él también lo sabía, pero seguía luchando contra ello o dejándose llevar hasta que entendió que la cuerda no la podía tensar para siempre.

Leo la abrazó también, besando su cabeza mientras luchaba porque la emoción no se transformara en lágrimas.

Greta dejó que las suyas corrieran por las mejillas.

Cogió aire intentando reponerse.

Deshizo el abrazo ligeramente para poder mirarle a los ojos.

—No quiero que volvamos a hablar de esto, Leo. Tenemos que avanzar. Solo quiero mirar atrás para recordar lo bueno, lo que nos hemos querido, lo bien que lo hemos pasado, lo que hemos compartido, como si cogiéramos una película y cortásemos lo malo, uniendo solo lo bueno. Olvidémoslo, por favor. No podemos seguir haciéndonos daño.

Leo le limpió las mejillas con sendas caricias de sus dedos mientras escuchaba sus sabias palabras. Con lentitud le apartó el pelo y acarició el borde de su rostro, cogiéndola finalmente con suavidad

por el cuello.

—Te lo prometo.

Greta se puso de puntillas para ponerse a su altura y llegar con más facilidad hasta su boca.

Leo recorrió el poco camino que le quedaba hasta ella, encontrándose en el deseado beso.

La lluvia cayó con más fuerza y los rayos rasgaron el cielo de nuevo. El petricor apareció por sorpresa, ya que el olor típico a tierra mojada suele darse cuando el suelo está seco, pero la tormenta lo había despertado de alguna forma.

A Greta el olor a lluvia se le mezcló con el de Leo, igual que en su primer beso, igual que en la buhardilla de Lía meses atrás, despertando algo especial en ella que no sabía describir, pero que la hacía sentir tan bien que le colmaba de felicidad.

Allí es donde debía estar.

Nunca había estado tan segura.

También se había dado cuenta del instinto protector que desarrollaba a pasos agigantados, como si al tener más confianza en lo que estaba viviendo, sintiese la seguridad del camino que debía tomar.

Deshizo el beso con calma y Leo la miró con una sonrisa feliz que no iba a olvidar jamás.

—Tienes que prometerme una cosa más —le pidió con calma.

—Lo que sea —aseguró él con firmeza.

—Que vas a andar con mucho cuidado por el pueblo hasta que descubramos qué está pasando. Cuéntamelo todo. Estamos juntos también para esto. Prométeme que no habrá secretos.

—Te lo prometo —se apresuró a confirmar—. Tendré cuidado. Tendremos cuidado los dos.

CAPÍTULO 20

Como Greta sospechaba, el incendio no era un tema que se fuese a olvidar pronto en Bellavista y no les iba a dejar disfrutar del reencuentro.

Los daños a la casa de Genaro eran tan graves que era más rentable derribar lo poco que quedaba y dejar la parcela vacía como un solar, que arreglarla.

Los comentarios sobre la posibilidad de que el incendio en el pueblo fuese provocado no gustaron a los lugareños, pero tampoco que el alcalde expandiese el rumor de que Leo podría estar implicado. Leo era un buen hombre, colaborador con la comunidad y se negaban a creerlo. Se podía haber equivocado en muchas cosas en su vida, pero no se implicaría en algo así y ellos lo sabían. El ambiente estaba caldeado.

Que la red eléctrica no funcionase correctamente, junto a las tormentas que parecía que no terminaban nunca, el pueblo estaba demasiado alterado.

La pareja había bajado a casa de Lía a trabajar en ella para dejarla a punto para ser habitada de nuevo y alejarse un poco del bullicio del centro del pueblo, cercano a la casa del hombre.

Gracias a los arreglos del verano, la casa había resistido bien hasta el momento.

La calefacción era el mayor problema, pero con los cortes de luz, resultaba difícil determinar la avería.

Mientras Greta limpiaba, Leo hacía pequeñas reparaciones en muebles, puertas, la cocina o las habitaciones, para que a su chica no le diesen problemas cuando se mudara allí.

La complicidad de los años y conocer perfectamente aquel espacio, le hacía intercambiarse sonrisas, besos y miradas cómplices.

Leo subió para comprobar el tejado en la zona del desván.

Nada más entrar, una sonrisa tonta se dibujó en su cara.

Lo quisiera o no, ese día del verano anterior fue un punto importante de inflexión para ellos, sobre todo para él.

Caminó despacio entre los objetos. Estaba igual que lo recordaba, incluso el sofá donde se dejaron llevar por el deseo.

Cogió aire.

Su vida ya no tenía que ver con nada de lo vivido hasta entonces, él no era el Leo de ni siquiera una semana atrás. Sentía el vértigo, por supuesto, pero no como pensaba. Estaba tranquilo.

Miró al techo para evaluarlo y comprobó que estaba en perfecto

estado. Sonrió contento con su trabajo pensando en su padre. Estaría orgulloso de él. Siempre le había dicho que se le daba bien arreglar cosas y qué contrariedad que, lo que no conseguía solucionar, era su vida.

Negó cerrando los ojos mientras rememoraba en su mente esas conversaciones.

—Estás aquí —escuchó a Greta tras él. No la había oído llegar.

—Estaba revisando el techo. Parece que resiste sin problemas.

—No lo dudaba. Entre mi padre, el tuyo y tú, tenéis esta casa para pasar otros cien años.

—Los que tú quieras —contestó sonriendo, recordándola que ahora era la propietaria.

Ella se la devolvió acercándose para besarlo, cuando una sirena empezó a sonar en el pueblo.

—¿Qué es eso? —pregunto Greta confusa, mientras escuchaba a Choco ladrar y aullar en la planta baja.

—La presa —susurró asustado. Ella le había visto así muy pocas veces en su vida—. Nunca había escuchado la alarma. Tenemos que subir al pueblo —murmuró centrándose.

Greta se quedó paralizada por el sonido.

No recordaba que su abuela o su padre le hablase de ello.

—¿Sabes por qué la activan? —preguntó mientras Leo tiraba de ella para marcharse.

—Solo hay una cosa por la que se active la alarma de la presa, Greta. El agua se desborda.

Greta se zafó de la mano de Leo, fue hacia un armario y cogió un par de álbumes de fotos.

—Por si acaso —explicó ante la impaciencia de Leo.

La pareja cerró todas las ventanas antes de marcharse y se aseguró de que las puertas lo estuviesen también.

Greta, que aún no había descargado sus cosas del coche, se dirigió a él.

—¿Qué haces? Vamos a mi todoterreno. Deja el coche.

—Ni hablar. Tengo todo lo que me queda entre este coche y esta casa. No sé qué va a pasar, pero solo puedo intentar salvar a una de las dos y lo voy a hacer —espetó sacando del resguardo de debajo de su chubasquero los libros de fotos para meterlos en el vehículo.

—Yo iré en tu coche.

—¡No! No sé conducir la camioneta y, en caso de que pase algo, tú sabrás qué hacer. Te seguiré. Llévate a Choco.

No le dio opción a nada más. Ya se había subido al vehículo y arrancado el motor.

Leo, entre el enfado y el miedo, gruñó mientras metía al perro en su *pickup*.

La dejó que subiera primero el camino y él cerraría la verja.

Greta salió y dejó caer el coche un poco por la carretera para colocarse de tal forma que él fuese delante.

Lo observó cerrar la verja. El agua caía con fuerza y le golpeaba el cuerpo. En unos segundos tenía la camiseta de manga corta empapada.

Subió a su todoterreno y la miró por el retrovisor mientras se pasaba la mano por el pelo empapado echándolo hacia atrás.

En cuanto avanzó un poco, ella respondió de igual forma. Se le daba bien conducir, a pesar de que ella no lo creía.

Ascendieron lo más rápido que les permitía la carretera y el temporal.

La sirena no paraba de sonar, igual que Leo de mirar por el espejo para asegurarse de que Greta lo seguía y todo iba bien.

Consiguieron llegar al pueblo sin problemas. En cuanto entraron, se dirigieron a la casa de Leo. Metieron el coche de Greta dentro de la propiedad y salieron de él en dirección a la plaza, al ayuntamiento.

La gente, que se había resguardado en sus casas desde que se desató el temporal, entraba al consistorio en tropel.

—¿Por qué vienen todos aquí? —preguntó Greta observando su alrededor.

—Se supone que es el punto de encuentro de todo el pueblo. Debemos venir aquí para organizarnos y estar localizados en caso de que la presa se desborde, se rompa o venga una riada. Es el punto de rescate —explicó Leo mientras paraba su todoterreno junto a los otros de sus compañeros de retén.

—¿También comandas esta emergencia? —se interesó para saber qué les esperaba.

—No. Esta depende de Damián —dijo con resignación.

Greta lo miró sorprendida, pero no hizo ningún comentario al respecto. No quería alterar los ánimos. Según estaba la situación, lo que menos necesitaban era un enfrentamiento en medio de la crisis.

—De acuerdo. No pasa nada. Tú haz tu trabajo y nada más. Habla con él lo justo y no le contradigas delante de todo el mundo.

—Sé lo que tengo que hacer, Greta —contestó intentando no parecer molesto, pero lo estaba.

—Yo también lo sé, pero tienes que recordar lo que ha pasado tras el incendio. Ese tío va a por ti y todo esto es una nueva oportunidad para él —explicó intentando controlar los nervios y el genio—. No he venido aquí a arreglar las cosas contigo para que te lleven detenido por culpa de ese tipo y sus fantasías mentales del pasado.

Leo la miró con media sonrisa. Solo Greta podía decir algo así ante una situación tan difícil.

—Será mejor que salga. Tengo que reunirme con el resto y estar

disponible para la contingencia.

—De acuerdo. Yo iré a comprobar que Emilia e Isidro están dentro. Quédate con Choco hasta que te vayas.

Él asintió, la miró unos segundos e inclinó la cabeza buscando sus labios.

Greta recorrió el espacio que quedaba entre ellos, cogió su rostro entre las manos y besó su boca.

—Ten cuidado —susurró preocupada.

—Siempre —contestó como acostumbraba, sonriendo a la vez que le guiñaba un ojo.

Ambos salieron del coche y se miraron unos segundos. Greta se puso la capucha del impermeable, él también y rompieron la conexión encaminándose en direcciones opuestas.

—¡Greta! —llamó Arturo nada más verla entrar en el ayuntamiento.

—¡Hola! Qué bien que ya estéis aquí. ¿Dónde están Emilia e Isidro? —preguntó al hombre mirando a su alrededor. No le apetecía estar con el que parecía el sospechoso número uno del incendio de Genaro, pero era el único huésped del hotel y, por tanto, la única persona que podía ayudar a los ancianos amigos de su abuela.

—En el hotel. No han querido venir conmigo.

—¿Por qué?

—Isidro dice que no hay ninguna diferencia entre estar aquí o allí. El hotel está veinte metros más allá y no piensa moverse de su casa.

Greta lo comprendía, tenía razón en su reflexión, pero Leo le había explicado que el fin de que todos estuvieran en el mismo sitio era facilitar un posible rescate. Debían salir.

—Tengo que ir a buscarlos. Tenemos que estar todos aquí mientras dure la emergencia.

—Lo he intentado. Han venido otros vecinos para intentar sacarlos, pero no ha habido forma de convencerlos.

Greta miró alrededor. Aquel lugar estaba lleno, todo el mundo se agolpaba en la entrada y la organización brillaba por su ausencia.

Era imposible saber si todos estaban allí, si faltaba alguien que estuviera residiendo en el pueblo. Nada.

Desde su posición podía ver a Leo y al resto del retén esperando fuera, vigilando el horizonte sin saber qué hacer ni qué esperar, pero después de los problemas que habían tenido en la anterior emergencia, nadie quería tomar la iniciativa.

Vio a una mujer que parecía trabajar allí por la forma de comportarse y hablar a la gente. Se acercó a ella.

—Hola, soy Greta. La nieta de Lía. La que vivía en el camino viejo.

La mujer la miró de arriba abajo.

—Madre mía, Greta. No te había reconocido. Soy María, era

amiga de tu padre. Siento mucho la falta de tu abuela.

La chica sonrió a la mujer. La recordaba, pero no la había reconocido. Desde que su padre falleció, le costaba mezclarse con la gente más cercana a él, exceptuando a los padres de Leo. Ahora, habían envejecido y no se parecían a sus recuerdos.

—La recuerdo. Todos hemos cambiado. Muchas gracias por el pésame. Este momento tenía que llegar —explicó con dulzura y se sonrieron—. Necesito su ayuda. ¿Me puede decir quién organiza todo esto?

La mujer alzó las cejas mientras resoplaba. Estaba claro que Damián o, lo que era lo mismo, nadie.

—El alcalde, pero está en su despacho, coordinando —dijo con retintín—, aunque la verdad es que no sé qué coordina —refunfuñó visiblemente molesta.

—Su ego —contestó la chica sin poder contenerse.

Las dos se miraron conteniendo una sonrisa más amplia de la que dibujaban sus bocas. Ya habían comprobado que estaban de acuerdo.

—Allí está la radio —siguió explicando María—, pero no sé si habrá conseguido algo y los chicos se impacientan —contestó señalando a Leo y a los demás.

Greta vio como su chico la miraba desde la distancia. El resto del equipo también observaba.

Alguien tenía que hacer algo.

Decidió tomar la iniciativa antes de que Leo empezara a poner orden y se metiera en otro lío.

—De momento, haga que toda esta gente no se agolpe aquí. Deben despejar la entrada —dijo con sentido común—. Quizá podría llevarlos a la sala de plenos. Es un espacio grande y con asientos para que puedan descansar, resguardase del frío. Yo iré a ver qué averiguo.

La mujer, contenta de que alguien tomase las riendas de la situación, se dirigió al salón de plenos, abrió la puerta y, alzando la voz, pidió que todos entrasen a la estancia.

Leo vio como Greta ayudaba a algunos ancianos a levantarse para llegar al salón, incluso acompañarlos hasta que otros ciudadanos más jóvenes la relevaban y les llevaban dentro.

—Siempre ha sido muy inteligente —comentó Agustín a Leo sin quitar ojo a su labor desde la distancia, recordando los tiempos en que todos se divertían juntos y formaban una buena pandilla—. Solo tenía un fallo: tú.

Leo le dio un puñetazo en el hombro con cariño antes de responder.

—Lo que siempre habéis tenido es una envidia que no cabe de aquí a Guadalajara. No teníais nada que hacer.

—Nunca lo hemos tenido —confirmó Armando, otro de los chicos.

Entre risas y recuerdos que destensaban la situación y la incertidumbre, Leo vio como ella hablaba con Arturo. Sintió una pequeña punzada de celos; aún recordaba la cercanía con la que los encontró días atrás y cómo se sintió. Por suerte las cosas habían cambiado y tenerle en el punto de mira sobre las sospechas del incendio, ayudaba a sentirse mejor. Era la realidad.

Tras la breve conversación, vio cómo se dirigía Arturo en su dirección, pasó por su lado y salió del edificio hacia el hotel. Comprendió enseguida lo que sucedía: los ancianos debían estar allí y no querían reunirse con el resto.

No le gustó tanto ver como ella subía las escaleras en dirección al despacho de Damián, pero no podía hacer nada, debía esperar, estaba a sus órdenes y, desde luego, no podía volver a enfrentarse a él.

Su gesto cambió y el resto se dio cuenta.

—Tranquilo, Leo. Sabe manejarse con ese tipo. Lo ha hecho de lujo toda la vida, y tú no puedes enfrentarte a él. Sabemos lo que quiere hacer. Te apoyamos. Estamos seguros de tu inocencia, pero no puedes meter la pata.

Resignado, asintió. Odiaba esperar.

Greta subió la escalera con decisión. Tenía que enterarse de qué estaba pasando.

La puerta estaba medio abierta. Damián estaba con otras dos personas más.

—La presa tiene una capacidad, alcalde, y las personas que trabajan allí saben lo que tienen que hacer.

—No quiero perder agua. El pantano se está llenando tanto que ni los ancianos recuerdan la última vez que estuvo tan alto. El verano puede ser muy beneficioso para todos si está tan lleno.

Greta no se podía creer que aquel tipo pusiera el turismo por delante de la seguridad de los vecinos en un momento tan complicado.

Estaba a punto de irrumpir en el despacho cuando el otro tipo intervino:

—No podrás explotar el pueblo como piensas si no existe. Una cosa es hacerte con parcelas o propiedades haciendo pequeñas trampas, y otra jugarte la vida de las personas. Conmigo no cuentes.

La mujer se recostó contra la pared.

¿Acababa de escuchar lo que creía?

¿Era Damián quien estaba detrás del incendio?

Decidió alejarse un poco y regresar siendo menos sigilosa, avisando de que llegaba al despacho para que no sospecharan de que podía haber escuchado algo de aquella trama.

De momento, tenía que mantener lo que sabía en secreto y, si era posible, asegurarse de ello. Incluso conseguir pruebas.

Caminó sin delicadeza para que las botas hicieran ruido en el

suelo.

Los tres hombres se giraron en su dirección.

—¿Qué necesitas, Greta? —preguntó Damián poniéndose alerta en cuanto la vio entrar.

—Que te encargues de todo esto o dejes que alguien capacitado lo haga. Tienes a todo el pueblo metido ahí abajo —dijo señalando el suelo con un dedo en dirección a la sala de juntas—. Casi todos son personas mayores y están muy asustados porque no saben qué pasa. Deberías bajar, contarnos lo que sabes y decirnos qué podemos hacer.

—Bajaré cuando sepa más. Que se queden aquí tranquilitos. Es el sitio más seguro.

—Vale, ¿qué sabemos hasta ahora? —indagó intentando mantener la calma y averiguar lo que necesitaban.

—No eres nadie para estar aquí. No perteneces al Ayuntamiento, ni a los equipos de emergencia.

—Tienes un retén de emergencias de brazos cruzados en el *hall* de tu ayuntamiento. Si no me lo quieres decir a mí, díselo a ellos. Úsalos para lo que debes y prepara a la gente para lo que sea que viene.

Los otros dos hombres observaban la conversación en silencio, sorprendidos por la actitud decisiva y resolutiva de la mujer. Mucho más por la nerviosa de Damián.

—La presa está casi al máximo de su capacidad. Tiene que abrirse para desaguar por si se desborda el pantano. Corremos peligro de inundación severa inminente —explicó uno de aquellos hombres.

—¿Cómo de severa? —preguntó Greta comprendiendo.

—Mucho. El río que alimenta el pantano viene crecido. No tardará mucho en llegar aquí en ese estado y entonces será tarde para sacar agua.

Greta miró a Damián sin comprender por qué no abrían esas compuertas ya.

El alcalde la miró unos segundos antes de contestar.

—No puedo perder agua sin estar seguro de que el río viene crecido. Es un bien irrecuperable y la comarca lo necesita.

La mujer apretó los labios para no decir lo que había escuchado un momento antes. Pensó mejor sus palabras.

—Damián, las compuertas se pueden cerrar llegado el momento y dejar de perder agua, pero si el pueblo se inunda teniendo vigente un aviso de crecida y posible inundación si no las abres, las pérdidas, materiales y económicas, van a ser muchas más de las que imaginas. Eso sin contar que no pase nada más grave. Deja de hacer el gilipollas de una vez y compórtate como el alcalde que te ha votado toda esa gente.

—Gracias por tu visita. Tengo trabajo. Si eres tan amable, sal de mi despacho —dio Damián por respuesta, intentando contener la rabia

de escuchar aquel resumen de la situación de boca de ella. No porque le expusiera la verdad sino porque había hablado de tal forma, que podía haber sido Leo quien se lo dijera.

Greta, que sabía que no le podía apretar más, se marchó. No podía perder el tiempo discutiendo con él.

Bajó corriendo las escaleras en dirección a Leo.

Él, que la vio venir con la cara descompuesta, supo enseguida que era grave.

—Cuenta —pidió cuando estuvo con el retén.

—Hay una crecida en el río que llegará aquí pronto y por eso ha sonado la alarma, porque si no se abren las compuertas para expulsar agua antes, nos inundaremos.

—¿Y por qué no las abren?

—No quiere perder agua sin estar seguro. Dice que el agua es muy importante para la tierra, el pueblo, el turismo y que, si se pierde, no se puede recuperar.

Leo gruñó.

—¿No se da cuenta de lo peligroso que es esto? —preguntó Agustín.

—Claro que sí, pero no es un buen alcalde. Mira por el negocio, no por las personas —dijo en voz alta lo que pensaban todos, pero no habían dicho.

—Un pueblo sin sus gentes, no es nada —farfulló Leo enfadado.

—¿Desde cuándo este tío ha mirado por su gente? —contestó Armando.

CAPÍTULO 21

Los hombres del retén no podían esperar a que Damián decidiera qué hacer con el pueblo entero. La vida de demasiada gente estaba en sus manos y no era un hombre de tomar buenas decisiones.

Leo se acercó a Greta y le cogió la mano.

—Estas son las llaves de la casa y estas las del todoterreno de Agustín —dejó un llavero tras otro sobre la palma—. Si el agua empieza a entrar en el pueblo, coges el coche de Agus, montas a Isidro y Emilia, y te vas monte arriba sin decir nada a nadie ni esperarme.

—No, Leo…

—Greta, por favor. Hazme caso —suplicó cerrándole la mano sobre las llaves para que las sostuviera allí—. Estamos en manos de un tipo que en lo último en lo que piensa, es en salvarnos. Vete en cuanto veas que la cosa se pone fea. No dudes —pidió con un nudo en la garganta.

—No vayas —rogó asustada abrazándole, intentando convencerle inútilmente.

—Sabes que tengo que ir —susurró envolviéndola entre sus brazos. Los dos guardaron silencio unos segundos—. Tenemos que abrir las compuertas. Al menos, vamos a intentarlo.

—Lo sé…

Leo deshizo el abrazo para que lo mirase a los ojos y poderle sonreír.

—Todo va a ir bien, Greta. Te lo prometo. No te separes de Chocolate, él también te protegerá. —La chica asintió conteniendo las lágrimas en los ojos.

—Tenemos que irnos, Leo. No hay mucho tiempo —dijo Agustín con disimulo. No querían llamar la atención antes de marcharse.

El hombre asintió.

—Me tengo que ir con Agus. El resto se quedará aquí para no levantar sospechas y ayudar en lo que pueda. Tienes que estar atenta a ellos, te avisarán si te tienes que marchar. Yo estaré en contacto por radio con el equipo, pero con esta puedes hablar también. —Leo le tendió una especie de *walkie-talkie*—. Ya está en el canal correcto, pero mantenla apagada mientras estés dentro del ayuntamiento o cerca de ellos.

—Entendido —confirmó que había comprendido lo que le decía.

Esbozó una sonrisa nerviosa a modo de despedida. Él acercó la boca a sus labios y la besó.

—Te quiero. No lo olvides —susurró en su oído nada más

deshacer el beso.

—Te quiero —contestó Greta luchando contra la emoción.

Choco y ella le vieron montarse en su camioneta, Agustín ocupó el asiento del copiloto y a poca velocidad, intentado que nadie se diera cuenta, salieron de la zona del ayuntamiento. La miró por el retrovisor y ella a él, hasta que desaparecieron por una de las calles de la plaza.

Greta temblaba entera, pero no por el frío o la lluvia incesante. Era el miedo.

Por primera vez en su vida existía la posibilidad real y palpable de que no lo volviese a ver más.

Apretó los labios como si el poco valor que le quedaba se pudiese escapar por el mínimo resquicio entre ellos.

Chocolate lo notaba y con cariño, cabeceó cerca de su mano y pierna.

—Volverá. Lo ha prometido —le susurró al animal intentando convencerlo, pero en realidad, aquellas palabras trataban de darle aliento a ella.

La mujer se recompuso lo que pudo y se giró en dirección al resto.

Armando le guiñó un ojo con complicidad.

—Todo irá bien. Sabe lo que hace, Greta. Ahora vamos a encargarnos de lo de aquí.

Ella asintió. Tenía razón.

—Voy al hotel a buscar a Isidro y Emilia. Tienen que venir aquí.

Armando asintió dejándola marchar junto a Choco en busca de los ancianos.

Caminó unos pocos pasos y enseguida llegó.

—¿Hola? —preguntó a voz en grito desde la puerta.

—¡En la cocina! —escuchó a Arturo.

Greta entró con rapidez en dirección a la voz.

Allí estaban, preparando comida como si no pasara nada.

—Nos tenemos que marchar —dijo rotunda sin dar más explicaciones.

—¡Qué no! —negó Isidro—. Estamos al lado de ayuntamiento y no pienso irme a una sala llena de gente. Tanto ruido me aturulla.

—Lo siento, Isidro, pero tenemos que irnos. Tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar. Hay peligro de crecida.

—¡Tonterías! Abrirán las compuertas y listo —dijo convencido.

Greta lo miró negando.

—No está tan claro y yo no me voy a arriesgar a que os pase nada. Mi abuela no me lo perdonaría. —Emilia la cogió del brazo asintiendo emocionada. Echaba mucho de menos a Lía—. Además, no quiero que entren al ayuntamiento, quiero que se monten en el todoterreno de Agustín, así estarán preparados si tenemos que salir corriendo.

Arturo la miró arrugando el ceño.

—¿Tan grave es?

Greta asintió.

—Vamos. No sabemos cuánto tiempo tenemos.

El hombre y ella cogieron a los ancianos, que por suerte dejaron de resistirse, y los sacaron de allí. Cerraron el hotel lo mejor que pudieron y los metieron en el coche.

Arturo cerró la puerta de Isidro y se dirigió a ella.

—¿Dónde está tu novio? —preguntó buscando a Leo por alrededor.

—Con Agustín haciendo una ronda por el pueblo por si alguien se ha quedado atrapado o necesita ayuda.

—Bien pensado —susurró mirando al resto del retén.

Greta se dio cuenta de que ya no se fiaba de él. Era cierto que no le conocía de nada, pero no tenía ese sentimiento antes. A pesar de haber escuchado a aquellos tipos del despacho hablando de las trampas de Damián, no se podía quitar de la cabeza que aquel hombre estaba en el pueblo para revisar los bienes de Genaro y tenía acceso a todo mientras estuviera allí.

—Siento que no hayas podido volver. ¿Qué te dijeron en el seguro? —intentó averiguar qué había pasado en esos días.

—No te preocupes. Me ha venido bien el descanso —contó acercándose a ella—, pero lo de la alarma de la presa os lo podíais haber ahorrado.

Los dos sonrieron.

—Sí, es un extra de esta época. Lo siento.

—En el seguro me dijeron que vendrían lo antes posible para moverlo y dejarlo en un taller, pero nadie ha aparecido.

—Entiendo, la carretera no es segura y salir del pueblo es peligroso. —Él asintió—. ¿Y tú? ¿Por qué no te has ido?

—Al principio, quería esperar al seguro e irme cuando recogieran el coche. Luego intenté marcharme cuando vi que era difícil que sucediera pronto y ya no pude salir. No hay servicio de taxi en el pueblo y nadie quiere subir a buscarme con este tiempo. Me quedé atrapado.

—Pues te vas a llevar la experiencia completa. Ningún hotel del mundo te va a ofrecer este espectáculo, incluido en sus paquetes vacacionales.

El hombre sonrió divertido por la ocurrencia.

—Me hubiese gustado tener otras actividades, como una cena en buena compañía, pero ha sido imposible.

—Lo tenías difícil, Rey Arturo.

—Ya, Greta Garbo.

Los dos se sonrieron.

—¿Y cuál es el plan? Estoy seguro de que tu chico tiene uno.

—En realidad no hay plan. El alcalde no decide la estrategia a seguir y la riada ya baja directa a nosotros. Si no abren las compuertas, nos inundaremos.

Tanta sinceridad de golpe lo noqueó.

—Tenía que haberme marchado el primer día.

—Creo que sí —contestó mirando a los otros compañeros del retén, calculando que Leo y Agustín ya tenían que estar en la presa—. Voy a hablar de nuevo con el alcalde. Tenemos que actuar antes de que llegue el agua. Cuida de ellos —pidió antes de encaminarse junto a los hombres del retén.

—No te preocupes —aseguró Arturo. Aquellos ancianos se habían portado muy bien con él.

Sacó el móvil del bolsillo mientras la veía marcharse.

No había cobertura.

Greta llegó junto a Armando y los demás. Estaba nerviosa y ellos lo notaban.

—Tranquila, ya han llegado a la presa. Están buscando a los técnicos que estarán por allí esperando órdenes. En cuanto sepamos más, te lo haremos saber.

—Vale —contestó más nerviosa que antes. Leo estaba en la zona más peligrosa de todas—. Yo voy a ver a Damián. Tengo que enterarme de cuánto tiempo tenemos hasta que la crecida llegue aquí. Alguien tiene que saberlo.

—Él tiene la radio y es quien maneja la información. Hemos intentado captar otros canales para ver si lo pillamos, pero no lo hemos conseguido.

—¿Se puede contactar con Martín de alguna forma? Estoy segura de que la dotación de bomberos maneja toda la información, pero él no se tiene que enterar.

—También lo hemos intentado, pero no lo hemos conseguido.

Greta se quedó pensativa. Necesitaban esos datos.

Sacó su móvil del chubasquero. No había cobertura.

—Tengo que encontrar un teléfono fijo —murmuró mirando a los hombres—. Cuidad de ellos por mí. Voy al hotel a intentar localizar a alguien que me dé información. Supongo que Isidro tiene un listado con todos esos teléfonos importantes.

—Junto al teléfono en la recepción —aseguró otro de los hombres.

—No te preocupes por ellos. Estamos pendientes. Mucha suerte —deseó Armando—. Cuando estés allí, fuera del radar de Damián, enciende la radio. Nos comunicaremos contigo si hay alguna novedad.

Greta asintió y sin más palabras se marchó a la furgoneta.

Isidro le dio las llaves de inmediato.

Cuando llegó al hotel, la invadió una extraña sensación. Todo tan vacío, la lluvia, el cielo oscuro, la humedad… Sintió un escalofrío y la

soledad.
Soltó el aire de golpe. Choco, que no se separaba de ella, hociqueó en su mano.
—Tienes razón. Hay que darse prisa.
La mujer se encaminó hacia la recepción como le habían indicado. Allí estaba el teléfono fijo.
Levantó el auricular. Había línea.
Resopló aliviada.
Buscó en la agenda y los papeles que había por allí. Encontró un listado con todos los números de interés del pueblo, pero ahora esos no le interesaba en absoluto.
Siguió buscando.
Apareció un listado de teléfonos de emergencia.
Sonrió al ver que estaba el de Leo como coordinador de emergencias de Bellavista.
Encontró lo que buscaba.
Marcó el teléfono de la dotación de bomberos cruzando los dedos para que alguien se lo cogiera.
Escuchó la señal hasta que se cortó.
Lo volvió a intentar.
Nada.
Revisó de nuevo aquel listado y encontró el teléfono del ayuntamiento.
—Quizá estén todos allí, como hacemos nosotros —contó a Choco como si la entendiera.
Marcó ese número.
Nadie contestó.
—Lo volveré a intentar. Tiene que haber alguien.
—¿Sí? —preguntaron al otro lado. Se escuchaba mucho jaleo alrededor.
—¡Hola! Soy Greta, vecina de Bellavista. ¿Podría hablar con Martín? No le localizo y tengo un mensaje muy importante para él.
—Señorita, estamos en plena emergencia —refunfuñó incrédulo el hombre.
Greta se sorprendió.
—¿Y cómo cree que estamos en Bellavista? Si el mensaje no fuera importante, no estaría perdiendo el tiempo, créame.
El señor resopló.
—Iré a buscarlo, pero no le prometo nada. Aquí hay un caos increíble.
—Pues ya son dos —farfulló en voz baja recordando a su propio ayuntamiento.
Greta escuchó el típico ruido al dejar el auricular sobre la mesa. Le trajo recuerdos de cuando de pequeña llamaba a su abuela desde

Madrid para hablar y le decía que esperase porque iba a remover la comida o llamaban a la puerta. También de un poco más mayor, cuando llamaba a Leo y su madre o su padre iban a buscarlo tras dejar el aparato en la mesita junto al sofá. Le escuchaba correr para hablar con ella mientras el corazón iba a mil por hora porque ya le gustaba y no había tenido el valor de decírselo.

Sonrió melancólica.

—Greta, soy Martín. ¿Qué sucede? ¿Dónde está Leo? —preguntó extrañado, sacándola de sus recuerdos.

—Martín, Leo está en la presa con Agustín. Han ido a hablar con los técnicos. Hay que abrirla y desaguar, pero Damián no quiere perder agua.

—¡Qué! ¡Este tío es un inútil!

—Un sinvergüenza más bien. Solo está pensando en el verano, el turismo y el dinero. No tiene intención de pensar en la gente del pueblo.

—¿Y qué sabéis de la crecida?

—Poco, solo que viene hacia aquí y llegará pronto, pero nadie nos dice nada. Damián no ha convocado a la asamblea de emergencia. Está en su despacho con otros dos tipos y el retén está de brazos cruzados. He conseguido que la gente entre en la sala de plenos para reunirlos y que estén más cómodos. Así de paso, hemos dejado despejada la entrada. No hemos podido hacer más.

—Bien hecho, Greta. ¿Damián sabe que Leo ha ido a la presa?

—No. No se han visto. Solo lo sabemos el retén, tú y yo. Se han marchado lo más sigilosos que se ha podido. ¿Tú sabes cuánto tiempo tenemos?

—Muy poco, media hora como mucho. Si no abren esas compuertas, os vais a inundar, pero lo peor es que nosotros también. Al final el agua buscará salida y caerá en torrente hacia aquí. Ese hombre no sabe lo que hace.

—Sí, lo sabe. Hace lo que quiere. Otra cosa es que sea lo correcto.

—Nuestro alcalde intenta contactar con Damián, pero, o no le contesta o le dice que está esperando a que los especialistas le den información.

—Te aseguro que lo que te digo es cierto. Lo he escuchado yo misma, pero él no lo sabe.

Le escuchó resoplar de pura impotencia.

—No tenemos tiempo para subir a ayudar a Leo. Tendrá que hacerlo solo, junto con los técnicos de la presa.

—Lo suponía —contestó abatida por la noticia.

—Tranquila, sabe lo que hace. Conoce el pueblo y es un tipo muy sensato. No te preocupes por él.

—No lo hago —reconoció. Leo era valiente, coherente y capaz de

resolver situaciones complicadas—. Lo que me preocupa es el agua.

—Intentaré contactar con Leo por radio y le diré a nuestro alcalde lo que hay. No podemos sostener más la situación. Si no le convencen para abrir, confío en que Leo desagüe la presa. Lo apoyo y asumo parte de la responsabilidad.

—Gracias, Martín.

—Intenta convencer a Damián, Greta. Hay que hacerle entrar en razón.

—Dudo que ya me escuche.

—Tiene que hacerlo. Ve con el resto del retén.

—De acuerdo.

—Greta, si no abren en diez minutos, coge el coche antes de que empiece a subir el agua al pueblo y ve monte arriba sin dudar. Saca a cuantos puedas, pero no te quedes. El agua es letal. No hay quien la pare, ¿entendido?

La mujer se quedó muda pensando en lo que le estaba diciendo, atascada mentalmente en la palabra *letal*, pensando que, si eso pasara, el lugar menos seguro de todos era la puñetera presa y Leo estaba allí.

Una lágrima de rabia y miedo descendió por la piel de su mejilla.

—Entendido —susurró con un nudo en la garganta.

Martín entendió su estado.

—Greta, Leo es muy inteligente, fuerte y sensato. Hará lo posible para salvar el pueblo, pero también por salvarse él. Te quiere. Lo he visto con mis propios ojos. Volverá como sea.

CAPÍTULO 22

Leo y Agustín miraban desde el paso que había en el muro de la presa, cómo el agua se acumulaba con fuerza contra la inmensa pared de hormigón como nunca antes.

No estaba en calma, parecía furiosa, como la meteorología de aquellos días, y subía rápido.

Agustín miró a lo lejos, intentando ver más allá del horizonte, pero la cortina de lluvia no les dejaba una visión clara.

—Esto se pone feo —gritó Leo a su amigo en medio de la furia del agua, señalando el metro que marcaba el nivel. Hacía rato que había sobrepasado la línea roja.

—Como no abran rápido, esto no habrá quién lo pare.

Leo se fijó en los laterales.

El terreno estaba empapado, había grandes regueras de agua provocadas por la lluvia que caían en pequeños torrentes desde la parte montañosa cercana. Lo señaló y Agustín lo vio.

—No solo hay que preocuparse por la crecida. El terreno es inestable.

—Los últimos incendios hacen que el terreno esté suelto al no haber vegetación. Esperemos que los corrimientos de tierra no se unan a la fiesta.

Leo asintió y tras un ligero golpe en el hombro a Agustín, se encaminaron al centro de mando de la presa.

Llamaron a la puerta blindada. Allí no podía entrar cualquiera, era un punto neurálgico del país, igual que el resto de presas, y estaban protegidas.

Alguien corrió un cierre metálico al otro lado y miró quién era por una pequeña ventana.

Leo, que suponía que no sabía quién era y sobre todo que no esperaban que nadie se presentara allí, sacó una identificación del chaquetón de emergencias. Se la mostró.

El hombre del otro lado miró a Agustín e hizo lo mismo.

La puerta se abrió.

—No esperábamos visita —dijo el hombre apurado.

—Ni nosotros tener que venir —refunfuñó Agustín molesto.

—¿Traen indicaciones nuevas? —preguntó otro que estaba sentado ante un panel con el que se manejaban los datos de la presa y, por supuesto, las compuertas.

—¿No se las han dado por radio? —preguntó Leo extrañado.

—Hace rato que la comunicación está interrumpida.

Leo miró a Agustín y ambos sacaron sus intercomunicadores.

—Armando, soy Leo, ¿puedes escucharme? —preguntó sin dar más datos.

—Alto y claro, jefe —contestó Armando desde el pueblo.

—Perfecto, solo estaba comprobando las comunicaciones. Estamos ya dentro de la presa.

—Entendido, jefe. Buena suerte. —Se escuchó a Armando despedirse.

—Funciona —declaró mostrando la radio al hombre.

Los técnicos de la presa se miraron extrañados.

—Hace al menos media hora que se cortó la comunicación con el pueblo. No esperábamos visita, pero, al verlos, pensamos que los habían mandado para ordenar la apertura al no volver la señal de radio.

Leo y Agustín comenzaban a entender.

—¿Tenéis teléfono? —preguntó Leo.

—Móviles que no funcionan y aquel teléfono fijo tiene línea, pero nadie contesta.

Agustín fue a comprobarlo.

—Da señal.

—Marca el número del hotel de Isidro. Se escuchará desde el puesto del retén.

Agustín marcó.

—¿Sí? —preguntó Greta al otro lado al instante.

—¿Greta? —preguntó el hombre extrañado de que aún estuviese allí.

Leo, al escuchar el nombre de su chica, corrió al teléfono.

Agustín se lo pasó de inmediato.

—Greta, escúchame —comenzó Leo.

—¡Leo! ¿Estás bien? —preguntó la mujer al otro lado, feliz de escucharlo.

—Sí, estamos bien. Estamos en el puesto de control de la presa y aquí no tienen orden de apertura. Tienen cortada la comunicación por radio y no les cogen el teléfono fijo.

—He hablado con Martín. Su alcalde tampoco puede contactar con Damián. Creo que pretende decir que fallaron las comunicaciones y por eso en la presa no se enteraron de que dio orden de apertura, pero en realidad no la va a dar.

—Eso mismo estaba pensando.

Los dos guardaron silencio unos segundos.

—Martín dijo que tenemos media hora como mucho. No pueden subir a ayudaros. Según está la carretera, no tendrán tiempo.

—Es muy peligroso. Hay desprendimientos por el estado del monte y la lluvia torrencial.

—Tenéis que abrir antes de que llegue la crecida. Martín os apoyará.

—No tenemos otra opción, pero traerá consecuencias.

Todos los hombres de la presa bajaron la mirada. Tenían muy claro que pasara lo que pasara la culpa recaería sobre ellos.

—Da igual lo que hagamos, Leo, Damián intentará zafarse de la culpa. Le da igual las consecuencias, pero las comunicaciones están rotas en las dos direcciones, ¿me entiendes? Él puede alegar que no le escuchasteis cuando dijo que abrierais, pero vosotros podéis decir lo mismo.

—Sí.

—Salvar a los pueblos de la zona y luego pensaremos cómo salimos de esta.

—La gente quiere salvar sus casas y sus negocios. No creo que estén de acuerdo con su gestión de la emergencia. Os apoyarán —dijo uno de los técnicos de la presa—. Mi familia tiene tierras en Bellavista. No me gustaría que las perdieran por un tipo egoísta cegado por el dinero.

Leo se decidió. Tenían que actuar.

—Vamos a abrir. Avisa a los chicos y estad preparados por si es demasiado tarde.

—No lo será. Confío en ti.

—Te quiero, Greta.

—Y yo a ti. Vuelve conmigo.

La comunicación se interrumpió.

Greta se quedó mirando el teléfono en la mano. Ya no había marcha atrás.

—Vamos, Chocolate. Tenemos que solucionar esto.

La mujer salió del hotel, cerró bien la puerta y se dirigió a la furgoneta.

—Isidro, guarda las llaves. Estad tranquilos. Vuelvo enseguida.

Los ancianos no preguntaron, confiaban en ella.

—Cuida de ellos —dijo a Arturo. Le dio las llaves de la furgoneta —. Si el agua aparece por el pueblo, arrancas y te vas monte arriba. Ellos te dirán por dónde ir.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó sorprendido porque ella le dejase al cargo.

—Tengo que ir con el retén.

No le dio tiempo a explicar nada más. Levantó la mano para despedirse de los ancianos y se encaminó en busca de los hombres.

—He hablado con Leo y Martín —dijo en voz baja para que nadie más se enterase—. Martín no puede subir. No les daría tiempo a actuar antes de que llegue la crecida. Estaba estimado en media hora más o menos, pero no creo que queden más de veinte minutos para

que estemos en riesgo total. Dice que su alcalde está intentando contactar con Damián desde hace mucho y no lo ha conseguido.

—¿Pero este tío qué coño está haciendo ahí arriba? —preguntó Braulio, otro de los hombres del retén, hijo de los dueños de la tahona del pueblo.

—Cuando ya me venía a contaros lo de Martín, ha sonado el teléfono. Era Leo. Están en la presa y, según han contado los técnicos, hace rato que se interrumpió la comunicación con el pueblo. No hay manera por radio, ni tampoco por teléfono.

—La prueba de Leo —susurró Armando para sí, aunque lo hizo en voz alta. Todos le miraron—. Ha llamado hace unos minutos por radio para comprobar la comunicación. Supongo que quería cerciorarse de que las radios funcionan. Si ellos no contactan con el ayuntamiento es porque la han apagado a propósito.

—Sí, eso parece. Damián ha interrumpido las comunicaciones adrede por lo que estamos solos.

Los hombres la miraron apesadumbrados, a pesar de que eran conscientes de que estaban solos en la emergencia.

—¿Qué más ha dicho Leo? —preguntaron los hombres.

—Van a abrir las compuertas. Están los cuatro de acuerdo. Es la única forma de salvarnos. Esperan que no sea demasiado tarde o al menos que cause el menor daño posible al pueblo y a sus campos.

—Eso es. ¡Joder! Hay que hacer algo —dijo Braulio entre dientes para no llamar la atención.

—Tenéis que estar alerta. Leo avisará por radio, pero si no sale bien y sube el agua, tendréis que evacuar la sala de plenos.

—¿Dónde vas tú? —preguntó Armando preocupado.

—A hablar con Damián. Tengo que hacerle entrar en razón o al menos que no quede en mi conciencia que no lo intenté. Suerte, chicos.

—Mucha para ti. La vas a necesitar —contestó el hombre dejando un suave apretón en el brazo de Greta.

La mujer asintió y se encaminó al consistorio.

La gente seguía en el interior de la sala de plenos. La puerta estaba abierta y los veía relativamente tranquilos. Cruzó los dedos llamando a la suerte.

Ascendió las escaleras hasta la planta de arriba. Sacó el móvil en el camino, buscó la grabadora, la accionó y se encaminó al despacho del alcalde.

Allí seguía con aquellos tipos de su equipo de gobierno, sin hacer nada útil por el pueblo que lo había votado.

Escuchó la conversación.

Seguían hablando de terrenos, posibilidades y nada de desaguar.

Entró sin llamar.

—¿Piensas bajar a hablar con tu pueblo? ¿Piensas activar al retén de emergencias de que dispones? ¿Piensas hacer algo por nosotros?

Damián la miró sin contestar.

Greta no le retiró la mirada, al contrario, la mantuvo con dureza.

—No tengo por qué contestarte a nada de eso. No eres nadie aquí.

—Puede, pero ahora vivo aquí y tengo derecho a pedir explicaciones a mi alcalde.

—El alcalde decidirá lo mejor para el pueblo y sus vecinos. Gracias por la visita —intentó zafarse. Parecía mentira que no conociera a Greta.

—Lo mejor para nuestro pueblo y los de alrededor de la presa es abrir las compuertas y vaciar. ¿Por qué no lo haces? —mientras preguntaba observó el despacho. La radio estaba apagada y el teléfono descolgado.

—¿Quién ha dicho que es lo mejor? No sabía que fueses una experta en la materia.

—No lo soy, pero me he interesado en preguntar a los que saben y todos están de acuerdo en que, si no se abren esas compuertas, nos vamos a inundar.

Greta vio como Damián achicó los ojos ligeramente. Sabía que ella no era de las que se quedaban calladas y al margen como su mujer.

—A mí no me han comunicado nada tan rotundo. No sé de dónde te sacas esa información.

—Es fácil. Por teléfono, uno como ese que tienes descolgado.

El hombre enarcó las cejas haciéndose el sorprendido.

—Ha debido quedarse mal colgado y no me he dado cuenta.

—Ya, tampoco te has dado cuenta de esa radio desconectada.

—¡Oh, vaya! Se habrá quedado sin batería.

—Qué casualidad, ¿no te parece? En plena emergencia todo falla. ¡Menudo equipazo que tienes aquí montado!

Los dos se retaron con la mirada.

Ella asqueada por su comportamiento.

Él sopesando el siguiente movimiento de la mujer. La conocía, no iba a amilanarse.

—Greta, tenemos trabajo. Si no tienes nada más que decir, por favor, sal y reúnete con el resto.

—Termina la frase. Con el resto de ciudadanos, vecinos, gentes de tu pueblo, habitantes de la tierra que tus padres, abuelos, bisabuelos cuidaron para nosotros. Eso son, no el resto.

Los dos hombres que acompañaban a Damián dieron un paso atrás, dejando que la mujer se acercara aún más a esa mesa. Estaba indignada.

—Vete, por favor.

—No. Haz tu trabajo y hazlo bien. Después me iré.

No le dio tiempo a replicar.

La sirena de aviso de riada de alguno de los pueblos cercanos sonó. Se escuchaba sin fuerza, era el sonido que traía el viento. Un aviso inequívoco de lo que venía.

Greta atravesó el despacho y se acercó a uno de los balcones.

Desde allí se veía parte del pantano. El agua estaba visiblemente más alta.

Los hombres la acompañaron.

—Ya viene —susurró uno de ellos asustado.

—No, ya está aquí. La velocidad del agua hará que llegue en minutos —contestó Greta recordando lo que le había dicho Martín.

Sin pensar, sacó del chubasquero su radio y la conectó.

—Leo, soy Greta, ¿me escuchas?

Damián la miró enfadado. Hizo intención de quitársela de la mano, pero Greta fue más rápida y, con ayuda de los dos tipos que estaban allí, no le dejaron hacerlo.

—Te escucho —respondió el hombre.

—Tenéis que abrir ya.

—Estamos en ello. ¿Dónde estás?

—En el despacho de Damián. Tiene la radio desconectada y el teléfono fijo descolgado.

—Ya no importa.

—No —contestó ella segura de que su chico les sacaría de esta.

—Se están abriendo ya. Espero que no sea tarde.

—Yo tampoco.

CAPÍTULO 23

El agua llegó a los pocos minutos de abrir las compuertas de la presa. La inundación arrasó algunas zonas de Bellavista, pero tuvieron suerte, estaban alejadas y tenían poco uso.

También inundó otros pueblos, algunos con más fortuna que otros, pero no hubo que lamentar pérdidas más que materiales.

El retén de emergencias salió con sus todoterrenos a inspeccionar los daños. Greta los acompañó. Quería ver el desastre con sus propios ojos.

Circularon por la carretera, ya que no querían meterse por los caminos. Entre la subida del agua y los torrentes que se formaban por las continuas tormentas, no sabían con qué se podían encontrar.

—Fijaos —murmuró la chica a Armando y Braulio—. Ha llegado al hotel.

Los tres miraron en aquella dirección. El agua había superado la propiedad y había arrasado con los alrededores.

—Al menos no ha subido por el camino viejo —animó Armando, señalando la casa roja de Lía y Greta.

—Madre mía, gracias a Dios. Es lo único que me queda de mi familia —susurró con un nudo en la garganta.

—Bellavista es lo único que tenemos y nos queda a muchos —aseguró Braulio—. Gracias a Leo, estamos a salvo.

Los tres guardaron silencio mientras el coche subía hasta un repecho donde se abría un espacio para aparcar. Era un pequeño mirador y desde allí se podía ver el pantano en toda su inmensidad.

—Creo que hemos tenido mucha suerte. Han abierto justo a tiempo —declaró Armando con las manos en la cabeza, sorprendido por el paisaje.

El agua estaba alborotada, como si estuviesen en el mar en plena tormenta, sucia y a ratos con corrientes aún más fuertes.

—¿Habéis intentado contactar con Martín? No sabemos cómo les habrá ido a los del otro lado —preguntó Greta.

Armando sacó la radio e intentó contactar probando con distintos canales.

Se alejó moviéndose por los alrededores, intentando buscar alguna señal.

A lo lejos, comenzó a escucharse un motor.

Greta se acercó al límite del mirador, buscando con la mirada el coche que se acercaba.

Saltó de alegría cuando vio la *pickup* de Leo salir de entre la

arboleda y trazar una curva.

Armando y Braulio fueron hasta allí para comprobarlo con sus propios ojos.

Leo, que conducía con cuidado, vigilando los laterales ante los más que posibles desprendimientos del terreno, vio a su chica saltando con los brazos en alto en el pico de la ladera.

Sonrió feliz de verla, aliviado de que la situación se hubiese resuelto y esperando que sin grandes consecuencias.

—Tienes suerte, cabrón —le dijo Agustín viendo lo mismo que él.

—Demasiada. Muchas veces he pensado en que no querría estar más conmigo. Incluso lo intentó en serio y casi lo consigue, pero siempre está ahí. Soy muy afortunado.

—Y ella muy generosa —aseguró el amigo—. No la cagues más, colega, o un día no volverá de verdad y te querrás tirar de la puta presa.

Leo asintió. Tenía toda la razón.

—Ahora me toca a mí. Espero hacerlo bien.

—Solo tienes que quererla bien, tío. Comprometerte de verdad con la relación y no salir corriendo en cuanto te entre el miedo. No es tan difícil.

—Habló el experto —replicó a su amigo que aún continuaba soltero.

—No es tan fácil tener pareja en un pueblo en el que no hay gente de mi edad que continúe viviendo aquí, pero si quiero que el negocio funcione, tampoco puedo irme y desatenderlo para ligar. No sé qué me dices tú que has tenido que estar aquí cuidando de tu madre. Es lo mismo, aunque por motivos diferentes, pero eso no quita que sepa lo que hay que hacer y cómo funciona. Lo que me asombra es que tú no hayas sido más listo con Greta en todos estos años.

—Creía que no era suficiente para ella —se sinceró mientras la veía acercarse al borde de la carretera esperándole.

—¿Qué? —preguntó Agustín incrédulo—. Ella te ama desde que se dio cuenta de lo que es el amor de pareja. ¡No me vengas con cuentos! Lo que te pasa se llama miedo al compromiso y espero que ya lo hayas superado.

No les dio tiempo a hablar más. Leo había entrado en el pequeño mirador con su coche.

Aparcó y en cuanto abrió la puerta, Greta saltó a sus brazos.

Leo la recogió entre ellos sosteniéndola en el aire mientras ella enroscaba las piernas en su cintura.

Los tres amigos comenzaron a silbar mientras ellos se besaban.

—¡Id a un hotel! —gritó Armando entre risas.

—Pero que no sea el del pantano. El ambiente está un poco húmedo por allí —añadió Braulio bromista.

Los tres hombres se rieron mientras se abrazaban, contentos de que todo hubiese salido bien.

Greta y Leo deshicieron el beso entre risas.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Ahora sí. ¿Y tú?

—Estoy muy bien.

Ambos se miraron con sonrisas cómplices en sus bocas.

Las unieron en un nuevo beso, esta vez más corto y tranquilo.

Leo bajó a Greta al suelo y se unieron a los tres hombres del retén.

—Ha sido menos desastre de lo esperado gracias a ti, Leo —afirmó Armando.

—Si llegamos a tardar un minuto más, hubiese sido catastrófico, tío —susurró Agustín a Leo mirando el paisaje.

—Sabéis que esto no ha acabado, ¿verdad? —les dijo Leo a todos.

—Martín nos va a cubrir, pero aún no he podido hablar con él para contarle por qué no podían comunicarse con Bellavista —explicó Greta.

—Le llamaremos por teléfono desde casa. Nada de radios para eso —ordenó Leo—. No quiero que nos escuchen hablar con él.

—Aún no le hemos localizado.

—Lo intentaremos más tarde. Estará ayudando. Estoy seguro de que habrán tenido incidencias. Nosotros también tenemos que volver a Bellavista. Hay que ayudar a la gente a regresar a sus casas y reorganizar a los que no puedan —indicó Leo pensando en todos sus vecinos.

—Pero no te enfrentes a Damián. Por favor —rogó Greta a su chico, aunque sabía que era una promesa difícil de cumplir—. Lo haré yo, igual que lo he hecho estas últimas horas. Va a por ti, pero a mí no me hará lo mismo.

—No te prometo nada. No soporto lo que hace ni cómo lo hace, pero lo intentaré —dijo sincero.

—Estamos todos en el mismo barco, compañeros. Si cae uno, caemos todos. Será su palabra contra la de todos. Por suerte somos muchos y el pueblo ha sido testigo de la falta de ayuda de su alcalde en el momento más crítico —aseguró Armando.

—Si no le montan una moción de censura en el pleno, no vamos a conseguir nada —explicó Braulio, más metido en temas políticos.

—¿Y cómo se puede hacer? —se interesó Greta.

—Lo primero y más importante es tener un buen candidato para hacerle frente. La gente tiene que ver que la otra opción es la mejor.

Todos miraron a Leo.

Él sonrió.

La lluvia comenzó a caer más fuerte, como si estuviera de acuerdo con ellos.

—Yo creo que necesita una buena candidata —expuso mirando a Greta.

Los otros tres hombres alzaron las cejas sorprendidos.

—Por supuesto —afirmó Braulio—, pero tiene que vivir en el pueblo y Greta no vive aquí. Tú sí.

—Bueno, quizá las cosas sean diferentes ahora que ha heredado la casa de su abuela y se ha trasladado desde Madrid un tiempo. Quizá pueda ser algo permanente —añadió Leo.

—Llueve mucho. Podíamos hablarlo en otro sitio y otro momento —intentó zafarse la chica.

—Es mejor que nadie nos oiga hablar de esta conspiración —insistió Braulio—. Acordemos qué hacer aquí y ahora.

—De momento, deberíamos volver a ver qué está haciendo nuestro querido alcalde —propuso Greta—. Hoy ha sido un día largo y no pensamos con suficiente claridad.

—Veamos qué más barbaridades es capaz de hacer en un solo día y planeamos cómo deshacernos de él.

Los cinco asintieron conformes.

Sin más palabras se metieron en los coches, esta vez Greta subió al de Leo con él y con Agustín, y regresaron al pueblo.

El camino fueron en silencio, agotados de tanta tensión.

Al entrar en la plaza, vieron como la gente salía del ayuntamiento en dirección a sus casas. Estaban a salvo y estaban deseando salir de allí para regresar a su comodidad.

En cuanto entraron los vehículos y la gente se dio cuenta de quiénes venían en ellos, comenzaron a aplaudir.

Greta sonrió al ver el gesto de la gente para con su retén de emergencias que, una vez más, le había sacado de un grave problema.

La emoción se instaló en cada uno de los hombres que formaban aquel pequeño grupo, que lo único que deseaba era tener un pueblo tranquilo y seguro, que, en caso de necesidad, no dependiera de los servicios de otro más grande que tardaba en llegar a auxiliarles.

Aquella loca idea de Leo que defendió junto a su padre y el de Greta en el ayuntamiento, y no le dejaron realizar años atrás, les habría librado de algunas desgracias, pero había que mirar hacia delante y, gracias a la antigua alcaldía, hoy habían salvado el pueblo.

—¡Bravo, muchachos! —aplaudían los lugareños al paso de los vehículos.

—¡Bravo, Leo! —gritaban otros tantos.

—¡Que viva el retén de emergencias! —exclamaba otro grupo que se aproximaba.

—Leo, la gente te quiere mucho. Eres la mejor opción que tenemos —susurró Greta con lágrimas en los ojos.

—El hijo de Leonardo el albañil es el más digno alcalde que

podíamos tener, amigo.

El hombre no dijo nada, ni a Greta ni a su amigo Agustín.

La emoción estaba rompiendo todas las barreras que tenía instaladas y no era momento de pensar en nada tan importante.

—Las circunstancias dirán —fue su única respuesta.

Pararon los vehículos y todos se bajaron.

Las gentes del pueblo se acercó aplaudiendo y abrazándoles.

—Gracias, muchachos. Habéis salvado mi casa —dijo un anciano que no vivía muy lejos de la de Lía, donde el agua había llegado cerca.

—¡Y mis tierras! —dijo otro al que Greta también reconoció.

—Solo hemos hecho lo correcto. Nuestro pueblo no era el único que estaba en juego —explicó Leo.

Greta sonrió al ver aquel cariño hacia él, hacia todos los que habían hecho posible que saliera bien.

Miró hacia el ayuntamiento.

En uno de los balcones de la planta de arriba estaba Damián, observando la calle, lo que estaba pasando, lo que decían los habitantes de su pueblo.

Nadie había subido a darle la enhorabuena a él, ni se había interesado por su familia, que allí no había estado en ningún momento.

Todo era extraño. La alegría de un pueblo no era porque sus dirigentes les hubiesen ayudado, dirigentes que vivían también allí, sino porque un grupo de vecinos había decidido salvarlo.

Vivir la desidia política en una gran ciudad, era terrible, pero vivirlo en un pueblo tan pequeño como Bellavista, era brutal. Aquí estaban en juego familias con muy pocas posibilidades de salir adelante si las cosas no iban bien.

Greta tomó una decisión en ese instante. Se quedaría en Bellavista, ayudaría a esa gente, a los amigos de su padre y a sus abuelos. A los suyos. Que sus pocos conocimientos sirvieran para dirigirles hacia lo mejor que pudieran ser o tener.

Si Leo no se decidía a presentarse para arrebatar la alcaldía a Damián, lo haría ella.

CAPÍTULO 24

Greta salió de la ducha relajada. La tensión de lo vivido, la lluvia y la humedad que le había calado hasta los huesos, la mantenían destemplada. Nada que el agua bien caliente no pudiera solucionar.

Se vistió con un pijama negro de Leo que le estaba grande, pero era muy cómodo y calentito. Ajustó el pantalón con la cuerda de la cintura, abotonó la camisa y dio un par de vueltas a las mangas.

Salió al salón. Choco estaba tendido sobre el suelo delante de la chimenea.

—También has pasado frío, ¿eh?

El perro levantó la cara ligeramente como si le diera la razón y se recostó de nuevo.

Greta vio una nota pegada en el ventanal que salía al patio trasero.

Estoy en el taller

La chica se calzó de nuevo las rojas botas de agua que estaban en el porche, cogió un paraguas que había apoyado en la pared y se encaminó a buscarlo.

Atravesó el patio bajo la insistente lluvia.

Empezaba a aburrirse de ella. Necesitaba sol.

Abrió la puerta y dejó el paraguas apoyado en la pared.

Escuchaba golpes, pero no eran de herramientas. Apretó los labios al recordar y saber lo que Leo estaba haciendo.

Caminó en la penumbra hasta la parte de atrás.

Los familiares golpes en el saco de boxeo le hicieron revolotear las mariposas en el estómago.

En otro tiempo, en otra vida, ella lo miraba hipnotizada golpearlo, observando cómo cada músculo de su cuerpo se contraía y estiraba con cada mínimo movimiento.

Solía usarlo como vía de escape cuando estaba enfadado, se sentía estresado o necesitaba pensar.

Edelmira la llamaba cuando estaba en Bellavista para que fuese a rescatarlo de ese bucle mental.

Esperaba que con el tiempo hubiese aprendido a gestionar la rabia, que lo usara para soltar la furia, pero frenase por sí mismo.

Greta cogió aire sin perderse nada de él, escondida en la penumbra.

Leo seguía golpeando el saco, con el pelo y el cuerpo empapado en sudor por el esfuerzo. Intentando soltar la rabia que sentía por todo lo que había pasado, por la situación tan comprometida en que estaba el pueblo y se interponía entre Greta y él.

Por fin ella estaba allí, por fin sus vidas confluían en el mismo sitio, pero algo los descentraba de su relación tambaleante.

Solo imaginaba una cara en aquel saco: la de Damián.

Siempre había sido alguien con quien no simpatizaba, desde pequeños en el colegio. Después llegó su relación con Greta y todo empeoró. Aquel tipo lo había intentado todo para estar con ella, incluso lo imaginable para separarlos y ahora, también era el culpable de que su reencuentro no fuese lo idílico que Leo intentaba que fuera.

Cada día lo odiaba más.

Pegó más fuerte al saco.

Y más.

Y más.

Estaba agotado de todo el esfuerzo realizado en la emergencia, la tensión por la situación, el frío, pensar en la seguridad de Greta, pero necesitaba golpear algo y dejar fluir la rabia.

Escuchó un ruido entre golpe y golpe, unos pasos de calzado de goma contra el suelo, pero no veía que nadie llegara hasta él.

Sonrió para sí recordando qué era. Quién era.

Ella le observaba escondida.

Podía verla en su mente en esa oscuridad del taller en numerosas ocasiones a lo largo de su vida.

En invierno con las botas de montaña, el abrigo de plumas cerrado hasta arriba y la capucha puesta por el frío bajo cero y la nieve. En otoño con sus vaqueros pitillo, la cazadora de cuero y unos botines de tacón negro que la hacían muy sexi. ¡Oh, sí! Recordaba aquellos botines y a ella caminado con ellos puestos.

También en verano descalza, con sus vaqueros cortos, el pelo recogido y la parte de arriba de un bikini. En primavera con un precioso vestido corto, alpargatas y una chaqueta, pero había algo que no cambiaba nunca, sus sentimientos hacia él, su sonrisa, sus caricias y los besos.

Golpeó el saco unas cuantas veces más, pero saber que ella estaba allí causaba el efecto de siempre. La calma.

Dejó de golpear. Cogió el saco con los brazos y lo paró mientras apoyaba la cabeza en él unos segundos.

Miró hacia la penumbra mientras recuperaba el aliento.

Greta, que estaba hipnotizada observándolo, sintió aquella mirada como fuego en la piel.

¿Cómo sabía dónde estaba exactamente?

Siempre la encontraba.

—¿Te vas a esconder toda la noche de mí? —preguntó a la nada.

La mujer apretó los labios mientras sonreía.

—No quería interrumpir —confesó aún desde su posición.

—Nunca interrumpes, Greta.

Cogió aire y caminó para dejarse ver saliendo de la oscuridad.

Leo la miró con atención y sorpresa.

No se esperaba encontrarla con uno de sus pijamas. Estaba sexi y más preciosa que nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó acercándose más.

—Sí —contestó alejándose un poco del saco para quitarse los guantes.

—Pensé que ya no boxeabas. No te he visto hacerlo estos días.

—Lo hago a menudo, pero desde que estás aquí, no lo había necesitado.

Sus miradas se engancharon unos segundos.

—Ha sido un día muy duro. Por suerte, ha acabado bien.

—Sí —contestó quitándose la venda de protección de debajo de los guantes de una de sus manos con un movimiento rápido y mecánico—. Aunque la suerte no existe. Hoy ha tenido nombres y apellidos.

Greta apretó los labios, no quería volver a alterarle con el tema. Aún era algo sin resolver y estaba candente, pero si él quería hablar, le escucharía.

—Lo sé —contestó escueta.

—Martín me ha llamado a casa mientras te duchabas —continuó dando información y ella le prestó atención—. Ha habido bastantes destrozos en los pueblos que lindan con el río, pero muchos menos de los que habría si no se hubiesen abierto las compuertas.

—Es una buena noticia después de todo, Leo. Abristeis a tiempo.

El hombre la miró asintiendo, pero con el pesar de no haber hecho suficiente.

—No tenía que haber pasado nada. Nadie tenía que haber perdido ni un metro de tierra si se hubiesen hecho las cosas bien.

—Eso ya no lo podemos cambiar —intentó que no se cegara en algo que no tenía solución.

—No, pero los alcaldes están bastante enfadados con lo que ha pasado.

—Bien. Eso es una buena noticia. Reclamarán responsabilidades y Damián saldrá a la palestra como máximo responsable.

—Sí, pero también nos salpicará. Nos va a salpicar a todos.

Greta caminó la distancia que los separaba. Conocía a Leo, su carga sobre ellos y lo que pensaba al respecto, pero ya no podían solucionar nada más. Estaba hecho y era lo correcto.

—Que nos salpique, Leo. Has salvado al pueblo, a muchos

pueblos, y los demás hemos ayudado a que fuese así. Si eso es reprochable, incluso creen que denunciable, que lo hagan. No irán muy lejos con algo así.

—No quiero que te pase nada, Greta, ni a ninguno de los hombres del retén. Fue cosa mía.

—Gracias, pero decidimos estar ahí, hacer lo que hicimos, decir lo que dijimos y todo por el bien de la comunidad. Se solucionará, pero ahora tenemos que descansar. Tienes que dejar de pensar.

Le pasó la mano por el pelo, la deslizó por el cuello y acarició la barba de un par de días que tan atractivo le hacía. Tenía que desconectar ya o le pasaría factura. Aquella tensa situación les pasaría factura a los dos.

Leo cerró los ojos disfrutando de cada milímetro de la mano sobre su piel.

Quería tocarla, besarla, acercarla a él, pero estaba empapado en sudor y ella olía tan bien.

—Deja que me duche. Estoy sudando y tú hueles muy bien. —Cogió un mechón de pelo entre sus dedos y se lo llevó a la nariz.

—No me importa —susurró acercándose más.

Leo sonrió agradecido.

—Pero a mí, sí. Dame diez minutos.

Dejó un suave y rápido beso en los labios de Greta, le cogió la mano y salieron.

Cumplió su promesa, incluso tardó menos de ese tiempo.

Cuando salió del baño, Greta había encendido algunos faroles metálicos con velas en su interior. Los había encontrado repartidos por toda la casa. Edelmina los coleccionaba y así iluminarían un poco el salón.

Estaba tumbada en la cama improvisada del salón que no habían querido deshacer. Choco seguía echado delante de la chimenea.

Se había quedado dormida.

No le extrañó. Debía estar agotada.

Se tumbó a su lado, observándola como había hecho miles de veces antes, algunas desde esa íntima cercanía, pero otras sin que se diera cuenta entre la multitud de una calle en Madrid, en las fiestas de Bellavista, en un bar o trabajando en la tienda de ropa cuando vivieron juntos en la ciudad.

Greta le sintió a su lado y abrió los ojos.

—Ya estás aquí —susurró acurrucándose a él.

Leo la envolvió entre sus brazos en silencio y ella suspiró.

—Donde iba a estar —declaró en voz baja.

—Por primera vez en mi vida he sentido que quizá no volvieras nunca y no quiero volver a sentirlo.

—Yo también. Pensé que el agua lo borraría todo, que arrasaría

nuestras vidas.

—A veces hay solución, aunque parezca que está perdido.

—¿Lo dices por nosotros o por el pueblo? —preguntó Leo acariciándole la cintura y la espalda.

—Por ambos.

Guardaron silencio unos segundos.

—Tengo la sensación de que todo conspira contra nosotros —contó Leo poco después.

—A veces, yo también.

Ambos cogieron aire.

Había estado a punto de que todo se fuera al traste una vez más y, a pesar de haber regresado a casa de una pieza, estar tranquilos y juntos, ambos tenían la sensación de que las circunstancias del pueblo entorpecían la relación.

Greta se abrazó más a él. No quería que pensara en nada negativo y que se buscase una excusa para salir corriendo. Esta vez no.

—La lluvia no ayuda mucho. Llueve demasiado como para salir y la gente está cansada de ello. Lo que repercute en el ánimo. No todos tienen que recuperar el tiempo perdido o una relación perdida, muchos están hartos y todo lo que está pasando con Damián les sirve de distracción. No podemos dejar que nos afecte más de lo imprescindible.

Leo asintió a la reflexión mientras Greta acercaba más su cuerpo al de él.

El hombre, a pesar del cansancio, hizo lo mismo, hasta que entrelazaron las piernas y encajaron sus caderas.

Greta suspiró al sentirle pegado a ella.

Cerró los ojos para disfrutar de las caricias que la mano de Leo dejaba en su cintura y espalda. La había colado por debajo de la camisa del pijama.

Lo besó en los labios, despacio, sin prisa, en parte por el cansancio que sentía, en parte porque lo quería así para disfrutarlo.

—Tienes que descansar —susurró Leo.

—No puedo con mi alma —confesó con los ojos entrecerrados. Ya le costaba mantenerlos abiertos.

—Duerme tranquila, mi amor.

Greta ya no contestó. Estaba tan cansada que no era capaz de hacer o decir nada más.

Leo cerró los ojos intentando no pensar en nada, solo en dormir y en ellos dos.

Necesitaba aclarar las ideas y tan agotado, física y mentalmente, no lo iba a conseguir.

CAPÍTULO 25

Parte del retén de emergencias de Bellavista estaba reunido en casa de Greta a la mañana siguiente. Leo los había citado allí con la excusa de ver los daños de la riada por la zona baja del pueblo para no levantar sospechas y estar alejados del pueblo.

Habían encendido la chimenea y estaban sentados en los sofás que la rodeaban junto a Greta y Choco.

Braulio, Agustín y Armando estaban mucho más al día que Leo y ella en lo que concernía a Damián y a su alcaldía, de lo que podían estar ellos.

Leo había pasado mucho tiempo allí cuidando a su madre, sí, pero se había dedicado a esa labor evitando entrar en mucho detalle en las polémicas del pueblo. Sabía muchas cosas por oídas mientras hacía obras en las casas, algún trabajo informático en los negocios del pueblo o porque los muchachos del retén se lo habían contado, pero procuraba mantenerse alejado de todo aquello y centrarse en su madre.

Las cosas habían cambiado. Estuvo solo hasta que llegó Greta y la gente del pueblo confiaba en él. Sentían la libertad de ir a preguntarle, pedirle ayuda o pedir consejo, pero aun así, le faltaba mucho por saber.

Greta no tenía ni idea de todo eso. Su abuela había mantenido aquellas cosas al margen y últimamente no iba mucho por allí. Solo sabía historias puntuales o habladurías sin contrastar.

Lo que contaban los hombres del retén era preocupante.

—Mi hermana Clara trabaja como funcionaria en el ayuntamiento y está segura de que el presupuesto para la modernización de la estación eléctrica y la infraestructura del pueblo, estaba aprobado por el gobierno regional, pero desapareció de la noche a la mañana —explicó Braulio.

—No sabía que Clara trabajaba en el ayuntamiento —comentó Leo sorprendido.

—Aprobó una oposición y cubrió la vacante de doña Elvira. —Todos asintieron comprendiendo. Conocían a la mujer. Era una de las personas que te atendía cuando ibas a realizar alguna gestión. Una mujer muy amable y querida en el pueblo. La hermana de Braulio era un buen reemplazo.

—Entonces, si ese presupuesto estaba aprobado, ¿dónde ha ido el dinero? —preguntó Greta.

—Ni idea, pero cada vez que algún vecino va a quejarse por algún

problema con la luz, tienen orden de decir que no hay dinero o que están pendientes de que se apruebe la reforma para todo el pueblo.

—No es con lo único que está mintiendo. Se había presupuestado y aprobado una reforma integral del parque infantil junto al colegio y acondicionar la plaza del pueblo porque los adoquines están bastante mal. Fue una petición de los comerciantes para intentar atraer a más gente. Casi todas las tiendas están en los alrededores y la gente aparca por allí. Se hizo el proyecto, nos dieron un presupuesto para acometer las obras hace más de un año y está totalmente paralizado —contó Armando que, como hijo del dueño de la tienda de ultramarinos, había formado parte de ello.

—¿Qué hace este tipo con el dinero? —preguntó Leo.

—No lo sabemos, pero cuando se indaga un poco, hay cosas raras —declaró Agustín—. En mi caso, pedí un permiso de obras para hacer unas mejoras en la bodega. Es muy antigua y necesitaba un poco de mantenimiento para su conservación y hasta que lo conseguí, solo pagué dinero y dinero y dinero… Si no era por una cosa, era por otra, pero he gastado mucho solo en documentación, cuando a otros compañeros con bodegas en otros pueblos, no les han puesto tantos inconvenientes ni les ha costado tan caro.

—Está claro que le mueve el dinero, pero creo que eso es más difícil de demostrar que lo que ha sucedido con la presa —declaró Greta.

—Vale, ya sabemos que está moviendo dinero del ayuntamiento, pero ¿qué gana inundando el pueblo? ¿Y quemando la casa de Genaro? —preguntó Leo incapaz de comprender cómo podía hacer tanto daño a su propio pueblo.

Todos se quedaron en silencio pensativos durante unos minutos.

—No sé qué gana con esto, pero le renta —reflexionó Greta en voz alta—. Creo que destroza las propiedades para que pierdan valor. No veo una conexión entre las partes afectadas, salvo eso.

—¡Claro! —exclamó Braulio—. Si las tierras pierden valor y las compra, puede vendérselas a quien quiera y él está obsesionado con crear un gran hotel junto al pantano, pero los propietarios de los terrenos colindantes no quieren vender. Se niegan a estropear el entorno.

—Tendría que hacer una carretera si quiere que la gente llegue hasta el supuesto hotel y eso va contra las normas medioambientales —dijo Agustín con rotundidad—. Bien lo sé yo que cada vez que necesito hacer algo en las viñas o las lindes, tengo que pedir permisos.

—Ante un destrozo como el de una riada, con tal de recuperar el prestigio del pueblo, le conceden lo que sea. Hasta un permiso para construir a pie de pantano —contestó Leo haciendo que todos le mirasen asintiendo.

—De acuerdo, busca recalificar tierras. Os lo compro, pero ¿y la casa de Genaro? —insistió Greta.

Todos guardaron silencio.

—Ese tío con el que hablabas delante del ayuntamiento, el que cuidó a Isidro y Emilia, ¿no dijiste que era quién gestionaba la herencia de Genaro? —preguntó Agustín.

—Sí. Tuvo un accidente el día que llegué. Me lo encontré en la carretera en la subida peligrosa. Se había atravesado en la calzada. Su coche sigue allí. Según me dijo, se marchaba porque ya había estado haciendo todas las averiguaciones oportunas para la gestión de la herencia de Genaro.

—¿Y tenía llave de la casa? —preguntó Agustín.

—Sí, claro. Tenía acceso a todas las propiedades, pero nunca me llegó a contar qué había estado haciendo con exactitud. Bajamos aquí a curarle la herida que tenía en la cabeza y para que llamara al seguro y a la grúa, pero llegó Leo. Como no hay calefacción, le subimos al hotel con Isidro. Yo me fui a casa de Leo y no hemos tenido mucho contacto estos días. Las tormentas no dan tregua para poder pasear por el pueblo o verte.

—¿Y tú qué crees? ¿Puede tener que ver? —indagó Braulio.

Greta enarcó las cejas.

—No lo sé. No le conozco ni me contó sus intenciones. Parecía un buen tipo. En ningún momento me dio mala espina. Cuidó muy bien de Isidro y Emilia, pero ¡qué sé yo! Ya no me fío de nada.

—Vale —intervino Leo—. No parece un mal tío, pero eso no le exime de haber trapicheado con los bienes de Genaro porque no sabemos qué vino a hacer en realidad.

—Quizá podamos hablar con la familia de Genaro. Ellos nos contarán más cosas —animó Greta.

—Llamaré a su nieto Felipe. A veces viene a la bodega a por vino y tengo confianza con él —dijo Agustín.

—Entonces, reunamos toda la información que podamos sobre esto antes del pleno extraordinario. Mi hermana dice que lo harán en unos días. Ha habido muchas quejas por la gestión de la emergencia.

—Sí, pero… —comenzó Agustín—. Hay que pensar en un plan. Alguien tiene que ser la alternativa a este tipo.

—Puedes serlo tú —propuso Leo decidido.

—A mí nadie me va a votar. Vivo en el pueblo. Soy de aquí, pero no me quieren como a ti.

—Sé realista, Leo. De todos los que estamos en esta habitación, la gente te espera a ti.

A Leo no le gustaba nada la presión que estaba sintiendo en ese momento. Quería a su pueblo, había aprendido a vivir allí tranquilo, con una buena vida. Presentarse a la alcaldía no entraba en sus planes

y lo único que le provocaba era rechazo y ganas de salir corriendo, pero ya no podía hacerlo. Lo había prometido. Greta estaba allí y no podía huir.

—La gente necesita a alguien con visión de futuro, que sea del pueblo, pero tenga ideas frescas, y yo estoy muy quemado para asumir algo así. Creo que Greta es nuestra mejor alternativa —propuso.

—Pero no es de aquí, es de Madrid y acaba de llegar. La gente no conoce sus intenciones. No sabe qué va a hacer con su vida. Siempre ha estado yendo y viniendo —expuso Armando todo lo negativo para esa candidatura—. Perdona que sea tan brusco, Greta, pero es la verdad de lo que te vas a encontrar.

—Tranquilo. No será problema. No he dicho que me quiera presentar —declaró haciendo que Leo la mirase unos segundos, molesto porque no le apoyara en eso.

La tensión se instaló en el grupo.

El tema de la alcaldía no era algo banal. Era crucial para el futuro del pueblo.

—Bueno, será mejor que nos vayamos ya. Esta pareja tendrá mil cosas que hacer y no vamos a solucionar el problema hoy. Averiguaré lo que pueda con la familia de Genaro. Os contaré lo que consiga —propuso Agustín. De nada servía enfadar al candidato deseado.

Los hombres se marcharon y Greta miró a Leo cuando se quedaron solos.

Esa tensión en los músculos del cuello y el rostro no eran buena señal. Sería mejor no seguir hablando del tema. Tenía que relajarse.

Trabajaron el resto de la mañana en la casa sin verse mucho. Ambos pensando en la situación del lugar en el que habían decidido vivir. Era complejo no involucrarse, si permanecían allí.

Greta observó que Leo estaba poco hablador cuando subieron a comer a su casa y ella mantuvo la misma tónica de no sacar temas sobre el pueblo. Le daría el tiempo que necesitase.

Por la tarde, lo vio irse al taller.

No hacía falta que le dijese para qué.

Tras un par de horas sin aparecer por la casa, mientras ella jugaba con Choco o se entretenía con lo que encontraba, decidió ir a buscarlo.

De nuevo se calzó las botas de agua y, poniéndose la chaqueta de lana sobre el pijama negro de él, cruzó bajo la lluvia al taller.

Ese sonido peculiar del guante chocando contra el saco, fue su bienvenida.

La chica apretó los labios. ¿Llevaba sacudiendo aquello todo ese tiempo?

Esta vez no se quedó escondida en la oscuridad, caminó hasta llegar a unos pasos cerca de él.

Leo la miró de reojo. Estaba empapado en sudor, con tan solo unos pantalones cortos de algodón, que en otra vida debieron ser largos, descalzo y con el rostro en tensión.

—Vete, Greta —le pidió con la respiración acelerada antes de dar un par de golpes rápidos.

Ella se quedó paralizada al escuchar ese tono de voz. El corazón le dio un vuelco.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí. Luego iré a casa —contestó parando los golpes, para retomarlos en cuanto terminó de hablar.

Greta arrugó el ceño. Algo no iba bien.

—Tienes que descansar un poco. Llevas dos horas boxeando.

El hombre abrazó el saco mientras recuperaba el aliento. La miró enfadado. No quería contestarle mal ni volver a ser un gilipollas con ella, pero en ese momento lo haría si no se marchaba. Su cabeza era un torbellino difícil de parar. Ya no estaba acostumbrado a la compañía ni a las explicaciones cuando estaba así.

Greta sintió un escalofrío. No hacía falta ni que abriera la boca, se conocían tanto que no era necesario.

Por un momento le recordó al pasado, a otros momentos en que algo o alguien le había hecho cambiar y comportarse de igual manera. Se lo había prometido. No se iría, se quedaría con ella, no huiría más.

Leo vio como le cambiaba la expresión de la cara, como el miedo a volver a malos momentos desenterraba a la antigua Greta y se arrepintió al instante.

—Greta —la llamó en un tono calmado, incluso dulce para enmendar lo que había hecho, pero ella, sin apartarle la mirada, caminaba hacia atrás en dirección a la puerta—. Mierda —susurró cerrando los ojos. Dio un golpe fuerte al saco y salió detrás de ella mientras se deshacía de los guantes, dejándolos tirados por el suelo del taller de cualquier manera—. ¡Greta! —insistió saliendo afuera, pero el rugido de la tormenta que se enfurecía en un nuevo ciclo torrencial de los que ya estaba harto, no la dejaban escucharlo.

Corrió hasta la casa.

Abrió el ventanal de cristal y caminó por ella recorriendo el reguero de agua que la mujer había dejado a su paso.

Subió las escaleras y llegó hasta la habitación azul. El agua terminaba allí, tras la puerta.

—Greta, lo siento. Estoy agobiado. Solo es eso. Necesito pensar. —Nadie contestó al otro lado. Leo apoyó las manos en el marco de madera mientras el agua de la lluvia goteaba en el suelo resbalando por su cuerpo—. Por favor, perdóname. No tienes la culpa de nada. Soy yo… Greta…

Ella, de pie junto a la cama, intentaba no revivir otros días en los

que esa mirada no le había avisado de lo que estaba por venir en los siguientes, en ese agobio del que hablaba que ella creía que era simplemente miedo al compromiso, a atarse a alguien o a algo que lo hacía ser ese Leo que intentaba disculparse al otro lado…

Pero ahora, con la experiencia de tantos años, era capaz de reconocer la situación al instante.

No quería pasar otra vez por eso. No quería odiarlo.

Tenía que salir de allí o todo se destrozaría.

Cogió la bolsa de viaje y metió toda la ropa que vio por la habitación, sus cosas personales y todo cuanto encontró. Lo demás estaba en el coche, aún no lo había vaciado. Quizá el instinto había hecho que actuase así.

Le escuchaba tras la puerta. Él sabía lo que había provocado, los fantasmas que había sacado a pasear.

Abrió la puerta.

Le encontró empapado por el agua de la tormenta, con el rostro desencajado por la situación y el arrepentimiento en la expresión, pero era mejor marcharse.

—¿Qué haces? —preguntó asustado al verla preparada para irse.

—Creo que es mejor que me vaya a mi casa antes de que hagamos algo que no tenga solución —contestó con un nudo en la garganta que le dificultaba hablar y casi respirar.

—No… —susurró sin creérselo—. No te vayas, por favor.

Greta apretó los labios, cerró los ojos y cogió aire.

Soltó las bolsas, levantó las manos y le cogió el rostro entre ellas.

—Durante mucho tiempo has sido tú quien se iba, muy lejos y sin mirar atrás. Yo solo me voy a la casa de mi abuela, calle abajo, para que no te vuelvas a marchar.

A Leo le dolió en el alma escuchar aquello.

—No quiero que te vayas —rogó con los ojos llenos de lágrimas.

—Ni yo irme, pero es mejor así —contestó en un susurró ahogado.

Se acercó a su boca, le dio un beso en los labios, suave, lleno de amor.

Él la abrazó al instante, intentando retenerla.

Con lágrimas en los ojos, ella deshizo despacio el abrazo, cogió la bolsa y se alejó de él escalera abajo o no sería capaz.

—Vamos, Greta. Vamos…, vamos, coge a Choco y sal de aquí —se decía en un murmullo para sí misma, sintiendo aún el hormigueo del beso en sus labios.

Estaba recogiendo las cosas del perro cuando lo sintió tras de sí.

—Prometiste que te quedarías.

Greta aguantó las lágrimas como pudo y se dio la vuelta para mirarlo a los ojos.

—Lo sé. No lo he olvidado, pero de nada sirve que me quede hasta

que deje de llover si no arreglamos la tormenta de nuestros corazones.

—Te quiero.

—Lo sé, Leo —susurró emocionada—. Y yo a ti, y por eso me voy porque te quiero y deseo lo nuestro. Lo he deseado toda mi vida como ninguna otra relación de cuantas he tenido, pero te lo avisé. Es nuestra última oportunidad. No quiero odiarte.

—Vayámonos los dos. ¡A la mierda Bellavista! Vendemos todo y nos vamos donde tú quieras.

Greta esbozó una sonrisa triste.

—Y cuando estemos en otro lugar, sin nada más a lo que aferrarnos y suceda algo que altere tu esquema de vida o tu idea de cómo deber ser ¿qué pasará? ¿Qué haremos? —preguntó con calma, con el conocimiento de que no era un lugar o una situación en particular lo que le hacía salir corriendo.

—Eso no va a pasar —susurró asustado por su inminente marcha.

—Ya pasó, Leo —contestó casi sin voz.

Le acarició el rostro con una sonrisa triste, con las lágrimas encharcando sus ojos, intentando no derramarlas delante de él.

Cogió a Choco y se alejó hacia la puerta.

CAPÍTULO 26

Leo se quedó bloqueado en la entrada de su casa, empapado por la lluvia torrencial, incapaz de decir ni hacer nada, viendo como Greta montaba a Choco en el coche con el chubasquero y las botas rojas de su madre.

La última frase le había volado la cabeza. Había descubierto el dolor que le provocó a Greta que él se fuera en otro momento de su vida. Hacía mucho tiempo, pero no como creía que le había afectado. Eso fue una fantasía mental que se había inventado para autoconvencerse de que todo estaba bien, que lo comprendía. Se había creído lo necesario que era irse a Londres para su carrera. Se lo había estado diciendo a sí mismo para no enfrentarse a la realidad.

Y ella… Greta… se lo había tragado todo y lo peor, le había perdonado o al menos había aprendido a vivir con ello, a gestionarlo para seguir adelante.

Pero ya no era la misma.

La dejó en el mejor momento de su relación y nunca volvió a ser esa chica.

Leo cerró los ojos recordando aquella soberana gilipollez que dinamitó su vida, mientras el motor del coche de Greta arrancaba y se colocaba ante la puerta metálica.

Aún tenía la esperanza de que se bajara y volviera a casa con él, pero no pasó.

Apretó los labios maldiciéndose a sí mismo. Después de unos largos segundos, ella solo esperaba. Ni siquiera bajaba la ventanilla enfadada porque no se podía ir.

Nada.

Solo esperaba con paciencia, en silencio.

En un resquicio de lucidez, caminó hasta su todoterreno y cogió una de las bolsas de emergencia.

Se acercó a su coche.

Greta apagó el motor y bajó la ventanilla.

Esperaba que el agua de la lluvia que la había empapado disimulara las lágrimas.

—Por favor, llévate la radio. Solo tienes que conectar la base de carga a la red para que se mantenga cargada en los ratos que vuelve la luz. Si se acaba la batería, hay dos más de reserva. —Señaló los sitios donde estaba cada cosa cuando lo decía, sin abrir la bolsa de lona para que no se mojase—. Mantenla conectada en el canal nueve. Será solo para nosotros.

—No hace falta todo esto —susurró negando con la cabeza.

—Las comunicaciones no funcionan bien aquí arriba y mucho menos lo van a hacer allí abajo. Tienes que llevártelo. No puedes irte a tu casa sin esto. Todos los que viven en la parte baja del pueblo tienen un equipo como este para emergencias.

—Mi abuela, no —se puso cabezota sin coger la bolsa, viendo cómo se empapaba bajo la lluvia.

—Tu abuela me tenía a mí, Greta. No necesitaba una radio. Pasaba por su casa cinco veces al día para saber que estaba bien —confesó algo que nunca le dijo.

Greta lo miró oscilando entre la pena y la sorpresa.

—No lo sabía —dijo pensativa.

—Claro que no. No lo necesitabas. Yo tampoco sabré muchas cosas de ti, ¿verdad? —Se mantuvieron la mirada unos segundos. Leo se acuclilló colocando un brazo en la ventanilla para ponerse a su altura—. Si no me quieres hablar, no me hables, pero llévate la radio y mantenla encendida. Me preocupa el tiempo. Por favor. El canal general del retén es el uno —rogó con la bolsa apoyada en el hueco vació del cristal de la ventana.

Greta la cogió y la dejó en el asiento del copiloto.

Choco ladró al hombre y después gimoteó sacando el hocico por el hueco entre el asiento de Greta y la puerta donde estaba él.

—Cuídala, campeón. No me falles —pidió al animal. Este cabeceó en su mano como si le contestase y después Leo la apartó.

Observó a la mujer. Ella asintió apretando los labios.

—Gracias —susurró arrancando el motor de nuevo a modo de despedida.

Leo se incorporó asintiendo también, se apartó un par de pasos del coche y accionó el mando a distancia que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Vio como el coche aceleraba ligeramente, se acercaba a la puerta y salía del porche.

Miró el espacio vació que acababa de dejar Greta en su patio con una mezcla de rabia y tristeza que no sabía cómo gestionar, con la mente mezclándose entre el presente y al pasado que ella había mencionado.

Aquello ya había sucedido…

Cerró los puños como si pudiese contener en ellos lo que sentía mientras el acceso al patio se cerraba.

Caminó a la casa, cerró la puerta y se fue al taller.

La cabeza le iba a estallar y necesitaba sacar lo que llevaba dentro.

Se dirigió directo al saco de boxeo. Ni siquiera se molestó en buscar los guantes, comenzó a golpearlo sin más, con rabia, con

pena…

Los recuerdos le inundaban la mente.

Aquella frase de Greta le taladraba la cabeza.

Ya había pasado…

Lo recordaba. Lo recordaba todo, incluso con más intensidad y detalle que en otras ocasiones.

Quizá su mente luchaba por comprender más.

Su mente viajó hasta aquel vestuario en la última planta de la tienda donde trabajaban en Madrid…

Estaba al lado de la puerta del almacén. Era una zona exclusiva para los trabajadores y estaban solos.

Él recogía sus cosas para marcharse a casa. Había acabado la jornada, pero a Greta aún le quedaban un par de horas.

—Luego paso a buscarte —susurraba en su oído mientras la rodeaba con sus brazos y ella lo abrazaba disfrutando de aquel refugio —. Te llevo a cenar y luego hacemos lo que quieras.

—Con estar juntos me basta —le contestó acercando la boca a sus labios.

Se besaron una vez más, con calma, sin prisa, disfrutando de cada movimiento de sus bocas.

Leo deshizo el beso.

—¿Cuánto tiempo te queda? —preguntó por su descanso.

—Cinco minutos —respondió acariciándole el cuello.

—Entonces me voy. No quiero que todos digan que te hago volver tarde del descanso.

—Que digan lo que quieran —susurró acercándose de nuevo a su boca.

Leo dejó que lo besara unos segundos, pero con cuidado deshizo el beso y se apartó.

—Venga. Baja ya. Luego vengo a buscarte. Esperaré cinco minutos para disimular.

—Vaaaleee…, pero solo porque tú me lo pides, no por lo que digan los demás.

—Lo sé —contestó con media sonrisa divertida.

Greta sonrió también, le guiñó un ojo, se miró en el espejo para colocarse la ropa y el pelo. Sacó un pintalabios de brillo natural del bolsillo, se pintó y caminó hasta la puerta.

Leo sonrió, se apoyó en su taquilla metálica y miró el reloj para cerciorarse de que pasaban esos cinco minutos prometidos para marcharse.

Se la imaginaba caminando a toda prisa al ascensor y al minuto de esperarlo, desesperarse y bajar por las escaleras a toda velocidad.

Calculó todo ese tiempo mentalmente y cuando pasó, se marchó del vestuario con tranquilidad.

Al bajar el último tramo en la planta en la que estaba la salida a la calle, miró al frente. Greta estaría en la caja, cobrando a los clientes como casi todas las tardes.

Se miraron con complicidad y él se marchó.

Cuando llegó a casa, estaba nervioso.

No le había contado nada a Greta sobre la videollamada que tendría en unos minutos.

Fue directo al ordenador. Lo conectó y también la *webcam*.

Habló con la empresa inglesa que barajaba su contratación en Londres. Hacía tiempo que sabía que el mejor futuro estaba allí y su profesor del máster no había dudado en enviar sus credenciales a aquella compañía.

Todo fue increíblemente bien en la entrevista, pero aquello implicaba involucrar a Greta o romper su relación tal y como la llevaban de bien. Estaban en su mejor momento. Era increíble lo felices que eran juntos y aquello haría saltar su vida por los aires.

Estaba preocupado. Él la amaba con todas sus fuerzas, pero eran muy jóvenes. No podía hacerle cambiar sus planes. No podía hacerla elegir entre su vida o la de él…

Pero luego pensaba que ella era quien debía elegir qué hacer, cada uno debía mirar por sí mismo e intentar buscar la forma de mantenerse juntos. Ninguno podía sacrificar su porvenir por el otro. Necesitaban crecer profesionalmente y no echarse en cara nada sobre ese tema en el futuro. Era muy importante.

En cuanto acabó la entrevista, se quitó el traje de chaqueta que usaban como uniforme en la tienda, se dio una ducha rápida, se vistió y se fue a buscar a Greta.

El camino hasta el parking de la Plaza de Benavente fue pensando en cómo se lo iba a plantear, pero en cuanto salió de él para caminar por la calle Carretas hasta la tienda, solo pensaba en verla y estar con ella.

Ya habían cerrado. Era la hora y Paco, el guardia de seguridad, era puntual. Abría solo para que las personas que faltaban por pagar fueran saliendo, mientras los dependientes doblaban y colocaban hasta la última prenda, zapato y complemento para que estuviese todo perfecto a la mañana siguiente.

Entró con permiso del vigilante y se acercó discreto hasta la caja.

Cogió aire cuando la vio contando dinero y al jefe de la planta de hombre a su lado.

Confiaba en ella plenamente. Le había demostrado con creces en

todos estos años lo que sentía por él, lo que lo amaba, por lo que aquella escena no le causaba celos. Solo le enfadaba por culpa de aquel tipo.

Dimas era el encargado de la planta de ropa masculina, su jefe directo y un pesado que no hacía más que echarle la caña a Greta cada vez que tenía ocasión, desde antes de que él llegase a la tienda.

Ella se lo había contado. ¡Se lo contaban todo! No tenía nada que hacer.

Se colocó con disimulo frente a la caja. No le veían porque habían bajado un poco las luces, pero si ella levantaba la cabeza, le vería, como siempre. Era capaz de encontrarle entre una multitud. Lo había hecho varias veces en su vida.

Aquel tipo le hablaba demasiado cerca y ella se alejaba un poco. Intentaba que su cuerpo no estuviese tan expuesto a él, pero en aquel cubículo, rodeada de cajas, percheros, armarios e intentando concentrarse en la cuenta para salir de allí lo antes posible, no tenía muchas opciones.

No escuchó lo que le dijo y ella nunca se lo contó, pero debió ser directo porque ella cambió el semblante, se irguió ante él y le dijo algo con contundencia para continuar trabajando de inmediato.

El tipo no contestó. Solo se marchó de allí.

Lo observó subir las escaleras. Él le vio, pero no le dijo nada. Entendió que lo había visto todo y la verdad es que era mejor así.

No se dio cuenta de la tensión en sus músculos y la mandíbula hasta que se encontró con la mirada de Greta.

Ella cogió aire, le sonrió y siguió con lo que estaba haciendo.

En cuanto terminó el balance, salió de la caja, fue directo a él y lo besó.

No fue un beso cualquiera. Fue un beso difícil de olvidar, de los que te hablan de lo que siente la otra persona, de los que te cuentan todo.

Estaba tranquila, feliz de estar con él y contenta por algo más.

Él se puso nervioso. ¿Ella también notaría que tenía algo que contarle?

Se fueron en cuanto Greta acabó de trabajar. Cenaron de tapeo por la zona de La Latina, pero en lugar de quedarse por allí, ambos decidieron marcharse a casa.

Cuando llegaron, Leo sacó un par de copas y descorchó una botella de vino blanco muy frío de la nevera, puso música y se cambió a algo más cómodo, poniéndose un pantalón ligero de algodón. Mientras, ella se quitaba el uniforme y se daba una ducha rápida.

Estaba nervioso.

Se había puesto un vestido ligero, estaba descalza y traía el pelo mojado.

Cogió la copa de vino que le tendía y sonrió.

—Tengo algo que contarte —dijo apretando los labios nerviosa antes de darle un sorbo a la bebida.

Le cogió desprevenido. Era él quién tenía cosas que decir.

Disimuló su desconcierto y la animó.

—¿A qué estás esperando? Cuéntamelo.

—Dentro de unos días, no sé cuántos, se hará oficial, pero… Soy la nueva segunda encargada de la tienda.

Leo se quedó sin palabras.

Esperaban que el ascenso fuese a segunda encargada de la sección de ropa de mujer, pero ser la segunda encargada de la tienda significaba mucho más.

—¿De la tienda? —preguntó sin disimular su sorpresa.

—Sí —contestó con la ilusión desbordando cada poro de su piel, aunque intentaba ser comedida. Aún no era oficial.

—Madre mía, Greta. ¡Enhorabuena! —exclamó levantando la copa para brindar con ella.

—Aún no me lo creo. Pensé que ascenderían a Dimas a segundo encargado de la tienda, además de seguir siendo encargado de su planta, y a mí me pondrían como segunda encargada de la sección de ropa de mujer, pero no. ¡Lo he conseguido! —contó feliz por ello. Siempre creyó que no sucedería por la antigüedad.

—Te lo mereces. Conoces todo de la tienda y a todos. No podrían haber elegido mejor.

—Gracias —susurró emocionada.

Leo se inclinó hasta su boca, besó sus labios y ella se lo devolvió al instante.

Su cabeza era un torbellino.

Por fin la reconocían en su trabajo, en un mes empezaría el máster que quería y estaba feliz. ¿Cómo iba a quitarle todo eso?

Decidió esperar a que le llamasen con el puesto asegurado. Entonces se lo contaría. Si no le querían en Londres, no tenía que preocuparla.

—No sé qué regalarte por tu ascenso —susurró divertido en su boca, desterrando de su mente cualquier pensamiento que no fueran ellos en ese momento.

—Tú eres mi regalo. No necesito nada más —contestó a media voz.

—Entonces, todo tuyo. Puedes desenvolverme —animó divertido mientras tiraba con gracia de la cinturilla de su pantalón para que ella se lo quitara.

Leo recordaba cada palabra, cada momento de aquel día y los posteriores. Aquella noche hicieron el amor y la siguiente y la siguiente…, disfrutando de su vida como si nada pasara, incluso el ascenso de Greta se hizo oficial, pero las entrevistas con la empresa londinense se sucedían, siempre en secreto para que ella no se enterase, hasta que le dijeron que le querían contratar.

Era su oportunidad, su gran oportunidad y había llegado el momento de contárselo.

Hizo un esfuerzo por rememorar cada detalle.

Le preparó algo de cena en casa mientras ella se duchaba y cambiaba tras la jornada de trabajo. Quedaban pocos días para que empezara el máster.

Salió del baño con su pelo mojado, oliendo a jabón de vainilla y una camisola negra imitando la chaqueta de un pijama masculino.

—Huele que alimenta —dijo entrando a la cocina—. ¿Qué falta?

—Solo faltas tú —contestó girándose para mirarla.

Se besaron y Leo la llevó a la mesa del salón. Le apartó la silla para que se sentara y le sirvió un poco de vino.

Terminó de colocar los platos y se acomodó a su lado.

Brindaron con sus copas y comenzaron a comer hablando de la tienda, del nuevo cargo de Greta, de las cosas del día a día o de las noticias que habían visto.

Cenaron tranquilos y durante el postre, Leo decidió que era el momento.

—Tengo que contarte algo —le dijo, igual que había hecho ella.

—¿También te van a ascender? —preguntó divertida.

—Algo así —respondió nervioso.

Greta notó que algo no iba bien. Si le iban a dar un mejor trabajo, no se le veía muy contento.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupada.

—Sí, va todo muy bien. —Ella le miró sin comprender y Leo cogió aire—. ¿Recuerdas la empresa de la que te hablé mientras hacía el máster, la que el tutor del curso me comentaba?

—¿La inglesa?

—Sí, esa. Me han ofrecido un puesto muy interesante en desarrollo de proyectos tecnológicos.

—¡Qué bien! —gritó Greta aplaudiendo, alegrándose muchísimo por su chico—. Tanto esfuerzo ha servido para algo. Me alegro tanto de que las horas sin dormir hayan acabado en buen puerto.

—Me gustan más las otras horas sin dormir y ese puerto —contestó refiriéndose a las noches juntos y a su relación.

Greta se levantó de la silla y se sentó sobre sus piernas. Le rodeó el cuello con los brazos y acercó la boca a sus labios.

Leo la envolvió entre sus brazos y le devolvió el beso.

El pulso le iba a mil por hora con la mezcla de sentimientos martilleando su cabeza.

Deshizo el beso con calma.

—Hay más —susurró con los nervios en la garganta.

—Cuéntamelo todo —le animó con una gran sonrisa.

—El trabajo es perfecto, lo que quería y en una de las mejores empresas del mundo, pero no es en Madrid. Tengo que irme a Londres.

A Greta se le paró el corazón. Eso no lo esperaba. Creía que lo que estaba buscando era en Madrid. Nunca le dijo que quisiera irse a vivir a otro país.

No sabía qué decir.

—¿No es para su filial en Madrid? —preguntó confundida para asegurarse de que lo había entendido bien.

—No. Es en Londres.

Aguardó unos segundos antes de hablar. Su cabeza iba a cien y le iba a estallar.

—Pensé que buscabas trabajo aquí —susurró sin entender nada.

—Todo ha sido una cadena de acontecimientos que han ido saliendo bien. Ni siquiera busqué este empleo, pero es justo lo que quiero —intentó explicarse, pero sonaba a excusa.

Greta se incorporó y se volvió a sentar en su silla.

Cogió la copa de vino, se sirvió un poco y lo bebió.

Leo aguardó. Sabía que estaba al filo del abismo y que cualquier palabra inadecuada podía dar al traste con su relación.

—¿Es un contrato por un tiempo o indefinido? —preguntó con toda la calma que pudo. Era una gran oportunidad para él, lo sabía de sobra, y eso no era lo que le había molestado. Lo que le había dolido es que no se lo contara, que le ocultara que se estaba planteando irse.

—De momento, por un año.

—Un año. Vale.

Greta asintió intentando sonreír, pero solo consiguió esbozar una mueca.

—Sé que estamos mejor que nunca, pero nuestra relación no puede truncar nuestro futuro. ¿No lo crees igual que yo?

—Claro que sí, pero ¿por qué no me lo has contado?

—Lo sé, pero, con sinceridad, pensé que no me contratarían y no quería estropear la ilusión por tu ascenso y por empezar el máster. Si no me cogían, te había ahorrado un montón de días dándole vueltas a esto. —Estaba a punto de contestarle que si se lo hubiese dicho habría podido hacerse a la idea o pensar en alternativas, cuando él continuó —: Sé que nuestra relación ahora está en la mejor etapa posible, pero que me marche a Londres no significa que se acabe. Quiero que sigamos juntos. Vendré los fines de semana o tú podrás ir a verme.

A Greta se le cayó el mundo a los pies.

No le estaba ni siquiera proponiendo que se fuera con él. ¿Por qué no lo hacía?

Su mente trabajó rápido. Él tenía todo pensado, había tenido tiempo de hacerlo y elegir. En sus planes en Londres ella no entraba nada más que para ir de visita. No se planteaba ninguna otra opción y si lo había hecho, lo descartó.

—Claro —contestó aguantando las lágrimas. Su vida se caía como un castillo de naipes. Ese no era el plan, pero ahora entendía que solo era su plan—. Enhorabuena, Leo. Me alegro mucho por ti —contestó comprendiendo lo que él no le contaba, rellenando los huecos de su explicación.

Ahora, en el taller de su casa, recordando cada palabra, cada gesto y cada momento de aquella noche, comprendía que lo único que hizo Greta, fue aceptar su decisión. Sin discusiones y sin alterarse porque le había partido el corazón.

En aquel instante hizo que la ilusión de Greta por él y por su relación, intacta hasta el momento desde que se besaron en la habitación azul, cambiara. Le seguía amando, le quería con todas sus fuerzas y su corazón, pero se sintió herida, apartada de raíz de la vida como la habían planeado entre los dos.

Lo sabía porque ahora él se sentía igual desde que el verano pasado ella se antepusiera a todo lo demás.

Se sentía orgulloso de ella, a pesar de todo. A pesar de que fuese el daño colateral de su crecimiento personal, pero también tremendamente perdido ahora que había decidido que la vida sin Greta era una mierda.

CAPÍTULO 27

Greta abrió la puerta de la casa vacía de su abuela con lágrimas en los ojos. Revivir las sensaciones de la pérdida de una de las etapas más bonitas de su vida, le removían por dentro.

Creía que ya lo tenía superado, que ya no le afectaba pensar en aquellos días en los que se mezcló lo bien que se sentía por su reconocimiento laboral, con su ascenso en la tienda, por sus estudios que entraban en la última etapa y lo feliz que era con Leo, con la bomba que supuso su decisión de marcharse solo sin contar con ella.

No era quién para hacerle decidir una u otra cosa en su vida. Era su futuro y era muy importante. Ella nunca se interpondría. Solo quería formar parte de él.

Ahora, tampoco lo haría, pero ser consciente de que no te tienen en cuenta para ese plan, es lo más doloroso. Sobre todo, si tú sí piensas en todo eso para tomar tu decisión.

Ahora no quería estar presente cuando Leo tomara una nueva, porque no quería que tuviera que pensar en ella.

Era cierto que habían cambiado, eran más adultos, habían vivido experiencias que les habían enriquecido y modificado su pensar e incluso cómo actuar, pero la esencia de la persona no cambia nunca y él era un hombre que, muy a su pesar, huía del compromiso. Nunca se ataba a nada ni a nadie.

Ahora era más libre que en toda su vida. Ella no iba a suponer un lastre.

Se lo dijo cuando se reencontraron y seguía fiel a esa convicción.

—Vamos, Choco —pidió al animal que entrase.

Con destreza organizó la chimenea y encendió el fuego.

Leo había arreglado la calefacción y el generador de emergencia, pero intentaría conservarlos por si el tiempo empeoraba.

Salió al coche de nuevo a coger algunas cosas imprescindibles. Era lo único que le apetecía. Ya llegaría el momento de vaciarlo.

Dejó las bolsas en la mesa del salón.

Una era la de lona impermeable negra con la radio.

La abrió.

Era una estación de radio completa. Resopló por un segundo, pero al momento comenzó a sacar todo lo que había dentro.

Movió una mesa baja, de las muchas que tenía su abuela con fotos junto a un enchufe. La vació con cuidado de no estropear nada sin pararse a mirarlas y encendió la base de carga.

La conectó en el canal nueve, el que era solo entre ellos dos.

Se quedó mirándola un rato. Incluso pensó en hablarle, pero no lo hizo.

Él siempre se había preocupado por ella, a pesar de lo que les había pasado. A pesar de no encontrarse como pareja, de no entenderse.

Se limpió una lágrima rebelde que se deslizaba por la mejilla.

No quería recordar. Lo había hecho demasiadas veces, repasando si hizo algo mal, si podía haber cambiado algo si hubiese tomado otras decisiones o dicho otras palabras.

Estaba convencida de que hubiese dado igual. Nada habría cambiado lo que aconteció en su vida a partir de la marcha de Leo a Londres. Fue como si aquel hecho desencadenara una serie de tormentas que aún no había cesado.

Cerró los ojos intentando pensar en otras cosas, pero cada pensamiento se iba a su casa en aquel entonces, a aquella cena, a su salón compartido de forma muy especial durante aquel año viviendo juntos.

Recordaba la casa, su casa desde que nació y que su padre le dejó cuando se vino a Bellavista para que ella siguiera estudiando, mientras él se buscaba un porvenir mejor con el padre de Leo. El olor, la luz, la voz de Leo retumbando en las paredes… Las risas, los besos…

La piel se le erizó y otra lágrima se deslizó por su rostro.

Fue su último resquicio de apego. Acabó vendiéndola tras la muerte de su padre un año después. Necesitaba reformas y era caro.

Al venderla se ahorró todos esos gastos, pero también los recuerdos que la avasallaban las noches que le daba por pensar en Leo.

Qué tontería. Todas las noches pensaba en él.

Ese tiempo allí sin Leo fue duro, aunque venía algún fin de semana y mantenían el contacto, y lo que podían de la relación, los dos sabían que era un barco que naufragaba.

Ahora tenía otro lugar en el que sentir el apego. Aquella casa enorme herencia de su abuela con la que no sabía qué hacer.

Porque allí también había recuerdos en cada rincón. Muchos. Preciosos.

No quería volver atrás. Necesitaba avanzar. Superar un nuevo escalón como había hecho más veces antes.

Después del mal comienzo con Leo al llegar a Bellavista, pensó que ya no podrían ser nada más que amigos, pero no era verdad. Por unos días habían sido todo otra vez.

Ahora sentía cómo un trocito más de su corazón se desgarraba. Año tras año, reencuentro tras reencuentro, estaba más herido y le quedaba poco para romperse del todo.

Los parches se los auto-colocaba para luchar por un poco de

tiempo más, pero todo se acababa.

Agotada física y mentalmente, dejó la radio en la base de carga, se quitó el chubasquero y las botas de agua, sacó una chaqueta de lana gruesa de una bolsa y se la puso. Era la que Leo le dio la noche que llegó.

Echó un par de troncos más al fuego al verlo ya vivo y bien activo. Se acercó al sofá y lo movió para acercarlo más a la lumbre. Se tumbó en él sintiendo el calor del fuego, acurrucándose tumbada mirándolo hipnotizada.

Cerró los ojos intentando descansar un poco, concentrándose para intentar no pensar en nada. Estar en calma y paz. Lo necesitaba.

—Greta, ¿me escuchas? —Se oyó una hora más tarde. Nadie contestó. Greta estaba dormida en el sofá. Leo insistió—: Greta, ¿estás bien?

La mujer se despertó arrugando el ceño. Choco le lamía la mano.

—¿Leo? —preguntó somnolienta. Se fijó en el fuego, aún era intenso. Choco ladró a la radio y Greta cayó en la cuenta de por dónde le hablaba. Se acercó a la base de carga y la cogió—. ¿Hola?

—Hola —contestó con un suspiro de alivio que a ella le dio un vuelco en el corazón—. ¿Ha ido bien la bajada? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —contestó regresando al sofá. Se echó una manta de las que había colocado el último día por allí—. ¿Y tú? —se interesó en un tono más bajo, con timidez.

—Me siento como un gilipollas —confesó sin tapujos.

Greta cerró los ojos y cogió aire.

—Tranquilo. Estás cansado. Has estado horas boxeando. Duerme y mañana estarás mejor.

—No. Eso no es importante. Me refiero a que siento que no soy capaz de retener la felicidad cerca de mí. Cada vez que he tenido todo lo que puedo desear, he hecho que se esfume.

Greta miró la radio con un nudo en la garganta. Que se diera cuenta y lo verbalizara, ya era un paso importante, pero no servía de mucho si no lo remediaba.

—Eso es algo en lo que no te puedo ayudar…

—Lo sé —contestó con la voz quebrada.

—Leo, te quiero. Siempre te he querido y voy a estar para ti, pero quizá debamos plantearnos ser amigos y nada más. Como antes, como cuando todo empezó —confesó lo que le rondaba la cabeza desde que se había marchado.

—No sé si puedo ser solo tu amigo…

—Siempre lo has sido por encima de todo lo demás.

El silencio se instaló entre ellos unos segundos.

—¿Te acuerdas la noche que nos escapamos a bañarnos al pantano antes de que te besara por primera vez? —preguntó Leo haciendo que

ella sonriera. Nunca olvidaría esa noche tan especial.

—Claro que la recuerdo.

—Fui un gilipollas por no besarte, ¿verdad?

Greta guardó silencio con un nudo en la garganta.

—Daría lo que fuera por volver a esa noche, aunque no me besaras nunca. Sentí que lo hacías a pesar de no tener tus labios.

Leo se quedó sin palabras. No sabía qué decir.

Aquella noche el miedo no le dejó hacer lo que deseaba, lo que ella esperaba, lo que necesitaban, pero aun así, para los dos fue especial.

—¿Por qué te conformas siempre? —preguntó sin comprender.

—Porque he intentado vivir sin ti, sin tu amistad, sin que estés presente en mi vida y no puedo hacerlo. Por eso no puedo odiarte —insistió con la voz rota en aquello que le había dicho ya en anteriores ocasiones—. Prefiero que estés a mi lado, aunque no pueda estar contigo. He tenido otras parejas, lo he intentado, y lo que necesito físicamente, me lo puede dar cualquier tipo que me atraiga un poco. Sexo, besos, caricias… Eso es fácil, pero no conecto con nadie como lo hago contigo. Lo he intentado.

Leo calló un buen rato. Solo se escuchaba su respiración al otro lado de la radio.

Él tampoco había conseguido esa conexión.

—Te quiero, Greta. Mucho. Más que a mi vida, pero tengo que aprender a quererte como tú necesitas.

—No, Leo. Primero tienes que decidir qué quieres tú del amor y pensar si deseas que dure para siempre con todo lo que implica. Sin miedo, sin huir, sin excusas. Si consigues contestar a eso y ser sincero contigo mismo, entonces sabrás cómo quererme.

—Estoy tumbado en nuestra cama improvisada, con el fuego de la chimenea desprendiendo mucho calor, pero siento frío.

—Yo también. Descansa —se despidió en un hilo de voz, incapaz de seguir la conversación.

Él ya no contestó.

Se levantó para dejar la radio en su sitio y de nuevo se acurrucó entre las mantas.

Se concentró en el ruido de la lluvia golpeando el suelo, el tejado, las ventanas… Podía distinguir los diferentes sonidos.

Pensó en Leo como se había descrito.

Quizá no era miedo al compromiso. Quizá era miedo a la relación, a que llegase un momento en que no fuese capaz de avanzar más.

Se quedó dormida con la tormenta de fondo y una lágrima resbalando por su mejilla.

CAPÍTULO 28

Greta se despertó con el sonido de un gran trueno.

Su grito asustó a Choco que lloriqueó junto a ella.

El agua descargaba de nuevo con fuerza.

—¿Esto no se va a acabar nunca?

Se levantó del sofá echándose una manta por los hombros. El fuego se había apagado y hacía frío.

Cogió aire. Leo no habría dejado que se apagara o que ella se levantara antes de haber caldeado el ambiente.

Cerró los ojos unos segundos, se repuso de la añoranza y se dispuso a encender la chimenea.

Recordó a su abuela, cómo lo hacía, su paso a paso.

Limpió bien la rejilla con la escobilla que tenía a un lado, echando los restos al cajón de debajo. Los rescoldos los había apartado para aprovecharlos.

Colocó maderas finas y pequeñas en el centro, puso los trozos de madera aún encendidas y después más ramitas finas.

Sopló con el tubo metálico que había al lado, sobre las pequeñas maderas encendidas, hasta que salió una llama.

No le costó mucho encender el fuego. Lo había hecho muchas veces y solo era cuestión de práctica.

Enseguida echó los troncos pequeños.

Ya lo había conseguido.

Salió al porche techado donde había aparcado el coche, abrió la puerta trasera y sacó una bolsa de rafia de supermercado.

Volvió a entrar.

Se fue a la cocina, cogió un cazo metálico de un armario y echó un poco de leche que sacó de esa bolsa.

Estaba allí desde que salió de Madrid. No la había necesitado hasta ahora.

Acercó el cazo al fuego de la chimenea, solo lo necesario para que se calentara colocándolo sobre la rejilla. Preparó su taza, azúcar y café que sacó de la misma bolsa, así como un paquete de galletas.

Era de las pocas cosas que se había decidido llevar al huir de Madrid. La leche y las galletas siempre te sacan de un apuro. Necesitaba llenar la nevera.

Miró por el ventanal mientras desayunaba, observando el agua caer con fuerza, pero sí o sí tendría que subir al pueblo.

Necesitaba comprar, pero también ver a los ancianos del hotel y comprobar que estaban bien después el susto de la casi riada.

También quería saber cómo estaban los ánimos en el pueblo, qué se hablaba de lo que había pasado después de la alarma por inundación. Estaba segura de que pasaban muchas cosas por la puerta de su hostal y ahora necesitaba saberlo más que nunca.

Choco la miró como si supiera lo que estaba pensando y gruñó.

—Me da igual lo que opines. Si no quieres venir, no vengas. Yo tengo que subir al pueblo.

El animal, como si la entendiese, se paseó hasta la radio y regresó.

—No. No voy a llamarlo ni avisarlo de que me voy. No voy a hacer nada de eso.

El perro ladró como si no estuviera de acuerdo con la decisión, pero Greta lo ignoró.

En cuanto desayunó, se preparó para ir a comprar. Se puso unos vaqueros ajustados, las botas rojas de Edelmira, un jersey grueso de lana, el chubasquero y un pequeño bolso oculto entre la ropa y el abrigo con su móvil, dinero y las llaves.

Al salir se fijó en su coche cargado aún con muchas de sus pertenencias. Resopló por ello, así no podía ir al pueblo.

Tardó media hora en sacar las cosas y dejarlas repartidas entre el salón y la cocina.

Por fin se fue dejando a Choco de guardián de la casa. No iba a poder entrar en las tiendas si le llevaba y a él tampoco le gustaba mojarse o quedarse solo en el coche. Era lo mejor.

La carretera casi no se veía. El limpiaparabrisas iba lo más rápido que podía, pero no era suficiente.

Ni siquiera salió a cerrar la cancela. No tardaría mucho y no estaba dispuesta a empaparse nada más salir de casa.

Subió despacio. No era momento de accidentes.

Consiguió llegar a la plaza. Aparcó frente al hostal de Isidro y Emilia, se colocó la capucha y salió corriendo para mojarse lo menos posible.

—¡Dios mío! —gritó al entrar al *hall*. Solo habían sido unos segundos bajo la lluvia, pero estaba empapada.

—Menos mal que llevas un buen chubasquero —dijo Isidro sentado en la recepción.

—Sí —contestó sonriéndole, intentando no recordar más de un segundo que era de la madre de Leo—. ¿Cómo está, Isidro? ¿Y Emilia?

—Todo fenomenal, bonita —contestó con cariño—. ¿Y tú cómo estás después del susto?

—Bien. Estoy bien, aunque sin provisiones. Vengo a comprar un poco y de paso quería ver cómo estaban.

—Estamos bien. Tu amigo sigue por aquí, así que, estamos entretenidos.

—¿Arturo sigue aquí? —preguntó sorprendida—. Pensé que se iría

después del aviso de inundación.

—No. Aquí sigue.

Los dos se miraron fijamente sin decir nada más.

Greta intentando dilucidar si se lo decía porque sospechaba algo más de Arturo o solo como comentario. El hombre sin tener claro qué quería saber la muchacha.

—¿Está dentro? —preguntó curiosa.

—En la cocina con Emilia. Pasa y tómate un café calentito. Aún es hora —invitó tras mirar su reloj de muñeca antiguo. Eran las once.

A pesar de que acababa de desayunar, Greta aceptó. Estaba helada y el café le vendría bien.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó la mujer al verla entrar.

Arturo se giró hacia la puerta para ver a quién se refería, aunque lo intuía. Una gran sonrisa se dibujó en su boca al encontrarse con Greta.

—Hola, doña Emilia. ¿Qué tal está? —saludó la chica, interesándose por la anciana.

—Divinamente. No hay nada como un buen susto para activarte los sentidos —confesó guiñándole un ojo.

Greta sonrió por la ocurrencia.

—Está bien si no te da un infarto en el proceso, ¿verdad, Arturo? —preguntó al hombre incluyéndole en la conversación—. ¿Qué tal estás?

—Hola, Greta —saludó contento de ver a la chica por allí y sola. Desde que apareció aquel tipo, no la había dejado nada más que para salvar al pueblo del fuego y del agua. ¡Ni que fuera de los Vengadores! —. Estoy bien. Esperando a que me rescaten.

La chica sonrió.

—¿Aún no has conseguido que te saquen de aquí? —preguntó curioseando.

—No.

—¿Y qué haces mientras tanto? Debes estar muy aburrido.

—A ratos. Tengo trabajo que adelantar y cuando tengo batería y cobertura en el móvil, voy haciendo gestiones.

—Ufff… batería. Lo importante por aquí era tener cobertura, pero ahora, tener móvil es como llevar un ladrillo. Cuando funcione, espero acordarme de cómo usarlo.

Todos rieron.

Emilia sirvió a Greta un café con leche.

—Toma, corazón. Un café como a ti te gusta.

Greta sonrió a la mujer agradecida. Era muy atenta con ella.

—¿Y tú qué haces por aquí? —preguntó la anciana—. Leo tiene de todo en ese búnker como para un año.

La chica sonrió nerviosa. Tenía razón.

—Estoy en mi casa y necesito comida. Allí no hay más que un cartón de leche, café, azúcar y galletas.

—Sí, está claro que necesitas algo sano —contestó la mujer sin darle importancia a lo que acababa de decir. Disimulando lo posible. Ya le preguntaría a solas.

A Arturo no se le pasó por alto esa confesión, pero tampoco dijo nada al respecto.

—¿Y por aquí cómo va la cosa? ¿Hay novedades de nuestro excelentísimo alcalde?

Los ancianos y el hombre se miraron entre sí, y después asintieron.

—Está que se sube por las paredes. La gestión de la emergencia por peligro de inundación le está pasando factura. Yo no entiendo mucho, pero hay movimiento en el ayuntamiento por lo que dice Isidro —explicó el chico.

—Sí, se les nota que no paran y no es que vaya mucha gente a visitarlos o a tramitar documentación. Se les nota nerviosos.

—¿Y ya se sabe cuándo va a ser el pleno? —se interesó Greta.

—Hay una nota clavada en la puerta del ayuntamiento donde explica en letra muy pequeñita que será la próxima semana.

—Madre mía… —susurró antes de dar un sorbo al café.

—Iréis a ver qué dicen, ¿verdad? —preguntó la anciana preocupada por la respuesta.

—Claro, Emilia. No se preocupe. —Le cogió la mano entre las suyas como muestra de cariño.

—Los jóvenes sois los únicos que comprendéis toda esa cháchara que sueltan para que los viejos no nos enteremos de sus tejemanejes.

—Lo sé. Haremos lo que podamos. No estáis solos —aseguró con media sonrisa cómplice.

Los ancianos asintieron más tranquilos.

Arturo observó la escena debatiéndose entre ellos y su trabajo.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó a Greta con el ruego impreso en la mirada.

Ella, que desde hacía días sospechaba de su presencia allí, asintió sin dudar.

—Tengo un rato antes de ir a comprar.

—Vayamos a mi habitación. Tengo cosas que enseñarte.

Emilia miró a Greta enarcando las cejas. Intrigado por lo que quería contarle.

Greta no lo dudó y se fue con él.

Caminaron en silencio el trayecto hasta su cuarto. Abrió la puerta y la invitó a entrar primero.

Era una habitación amplia, muy limpia y ordenada.

Arturo no tenía muchas pertenencias por allí y eso se notaba.

—Siéntate donde quieras —la invitó, pasando cerca de ella para dirigirse a un pequeño escritorio donde descansaba su ordenador, documentación y una pequeña televisión.

—Estarás deseando volver a casa, ¿no? —preguntó la mujer acomodándose en el borde la cama.

—Sí, pero aquí me están tratando muy bien. Muchas gracias por todo, Greta.

—De nada. Me alegro de que el accidente solo haya sido un susto y desperfectos en el coche —contestó pensándolo de verdad.

—Sí, y todo gracias a ti. Hasta el corte me lo curaste tú.

Los dos se sonrieron.

Greta apretó los labios, intentando no decir nada imprudente para que no se arrepintiera de contarle lo que fuera que les había llevado a esa habitación. Se mantuvo expectante.

Arturo, entendiendo que los temas personales habían llegado hasta ahí, cogió una bolsa de lona. Ella la recordaba de haberla sacado del coche accidentado. Observó cómo sacaba unos documentos y unos planos.

Se acercó a la cama y los fue extendiendo uno a uno.

Greta los miraba y leía palabras que no le estaban gustando, pero no quería adelantarse, quería que se lo explicase antes de juzgar.

—Cuéntame qué es esto, Arturo —pidió sorprendida.

—Solo te voy a pedir que me escuches hasta el final, por favor. También que pienses que yo solo soy un empleado más. No estoy de acuerdo con lo que se está haciendo y lo que se pretende hacer con este pueblo y con vuestro paisaje, y por eso no puedo callármelo. Estos días por aquí, aunque han sido una mierda por esta lluvia incesante y el accidente, me habéis tratado con mucho cariño. No puedo dejar que os hagan esto.

Greta arrugó el ceño preocupada, pero también se notaba la emoción de sus palabras en el brillo de sus ojos.

Sabía que Arturo pensaba en Isidro y Emilia en cada palabra.

—Te prometo que voy a esperar a que termines de contármelo todo.

El hombre asintió y señaló un plano.

—Supongo que sabes qué es esto, ¿verdad?

—La estación eléctrica del pueblo. La que llevamos reclamando mucho tiempo que se modernice y acondicione.

—¿Y si yo te digo que el dinero para todos esos trabajos está concedido?

—No puede ser. Damián ya lo habría puesto en marcha, ¿no? —preguntó disimulando que ya sabía que eso era posible. Quería ver hasta dónde sabía él. Arturo negó con la cabeza y Greta alzó las cejas sorprendida—. ¿Y tú cómo lo sabes? —intentó averiguar más.

—Porque he visto la documentación.

—Empieza por el principio, por favor —pidió controlando los nervios.

—Damián reclamó la modernización de la estación eléctrica que pidió el anterior alcalde y se la concedieron al principio del mandato.

—¿Qué?

Arturo sacó unos documentos que le dio a Greta.

—Voy a intentar resumirlo sin papeles. —Greta asintió prestándole toda su atención—. El alcalde tiene esos fondos, pero para entender por qué no hace esa modernización, no tienes que pensar como vecina del pueblo, sino como un empresario. —Greta afirmó de nuevo con un gesto de cabeza y Arturo se sentó en una silla frente a ella—. Él tiene toda la información actual sobre la zona y también tiene contacto con gente que quiere sacar más partido al pantano. Ellos desean que el pueblo cambie para hacerlo más atractivo, turístico y rentable, pero para que eso suceda, hay que invertir y para invertir, hay que tener dinero.

—Mucho —apuntó ella.

—Efectivamente —estuvo de acuerdo Arturo—. La forma más práctica de sacar beneficio es devaluar ciertas propiedades interesantes para los fines que tengan previsto, así será más barato hacerse con ellas e incluso pueden apostar por desvalorizar el pueblo entero. Por eso no da luz verde para la modernización de la estación eléctrica ni quería abrir las compuertas del pantano para desaguar el exceso de agua. No le venía bien para su plan. Además, quiere comprar propiedades a herederos de fallecidos recientes a los que no les interesa el pueblo o, en su defecto, devaluar las propiedades de los que sí quieren quedarse, obligándoles a vender. ¿Me sigues?

Greta le miraba totalmente en *shock*.

—¿Me estás diciendo que Damián tiene guardado el dinero de la instalación de luz que todos necesitan, para que baje el valor de los terrenos y casas, para que vengan inversores a comprarlo a bajo precio y luego reflotar el pueblo como zona turística cuando todo esté nuevo y bonito?

—Buen resumen, pero no te olvides de la parte de devaluar propiedades de herederos.

La mujer le miró incrédula. Damián no podía haber caído tan bajo. Ahí tenía su más que posible implicación en el fuego.

—¿El incendio? —Arturo asintió evitando decir la palabra sí, pero no hacía falta—. ¿Y tú le estás ayudando? —pregunto enfadada.

—No. Me pidió información y me quiso ayudar con el tema de la casa. Creo que me usó para encontrar lo que quería.

—¿Tu empresa está implicada?

—Es posible. —Cogió aire y lo soltó con un gesto de agotamiento

mental que no le pasó desapercibido a Greta—. Creo que sí, pero no tengo pruebas que demuestren mi intuición.

—Leo tiene que saberlo —susurró Greta mirando los documentos que le tendía el hombre. Desde que le había empezado a contar sus sospechas no había parado de pensar en él.

—Creo que necesitas a alguien con más poder para desbaratar esto. Si no le echáis del Ayuntamiento, hundirá el pueblo para sacarle todo el beneficio posible en comisiones de las empresas amigas que vengan a invertir.

—Lo sé —murmuró con los nervios en la garganta y la cabeza a mil por hora.

—Sé que es difícil de creer, pero esto pasa más veces de las que te puedas imaginar y en muchas de ellas la jugada no sale bien, y dejan el plan a medias. Dejan al pueblo sumido en la mierda, haciendo muy difícil que lo puedan reflotar.

Greta lo miró con una gran tristeza.

—Es increíble que haya sinvergüenzas de esta calaña y encima ser vecino del pueblo. No lo entiendo…

—Les ciega el dinero y el poder. Piensa que, si les sale bien, el pueblo los ve como los salvadores de la crisis, las personas que les han sacado de ese bache y les mantienen en el poder, inconscientes de que han jugado con su bienestar en todo momento, quedándose con el dinero que han podido y viviendo a costa del sufrimiento de muchos de sus vecinos.

Ella lo miró con detenimiento, aún no sabía la razón por la que lo había confesado todo.

—¿Por qué me lo has contado? Ya sé que te hemos tratado muy bien y que has cogido cariño a Emilia e Isidro, pero si tu empresa está implicada, te estás jugando el puesto.

Arturo sonrió mirando los papeles.

—Yo tenía un pueblo cuando era niño, el pueblo de mi madre, que me encantaba y donde mis abuelos tenían sus terrenitos y su casa. No es que fuera nada del otro mundo, ni que ellos fueran terratenientes, pero les había dado para vivir tranquilos después de mucho trabajo. Cuando eran ya ancianos, un alcalde hizo esto mismo con los terrenos que rodeaban mi pueblo y ellos perdieron lo poco que tenían para dejar a mi madre y a mis tías. Provocaron un incendio haciendo que los terrenos no valiesen para explotación agrícola, motivando que los vendieran por cuatro duros. Al año siguiente apareció una empresa constructora y anunció la edificación de una urbanización a todo lujo en esa misma zona. Todos pensábamos que era imposible, era terreno rústico, pero resultó que el alcalde lo había recalificado para que esos amigos sacaran provecho. Destrozaron nuestro pueblo y le quitaron a mis abuelos parte de lo que habían conseguido trabajando tanto. Os

veo, lo recuerdo y no quiero que le pase lo mismo a esta gente que tan bien me ha tratado en estos días tan complicados. Vuestro alcalde está haciendo lo mismo y le tenéis que parar antes de que sea demasiado tarde.

Greta estaba impactada por lo que escuchaba. Aun así, le sonrió.

—Me alegro de que seas tan valiente. Te estás jugando tu trabajo.

—Me gusta mi trabajo, pero cuando se mezcla con estas tramas, me dan ganas de marcharme.

—Yo también lo haría —contó sintiéndose identificada con ese sentimiento.

Arturo la sonrió.

—Es curioso como un instante de la vida puede provocar una cadena de acontecimientos que te la cambie entera, ¿verdad?

La mujer lo miró asintiendo, comprendiendo tanto esas palabras.

—Sí —susurró mordiéndose el labio inferior.

—Sea como sea, mi accidente al menos me ha despertado recuerdos y me ha cambiado la forma de ver las cosas, pero encontrarte también.

Los dos se mantuvieron la mirada unos segundos.

—A veces las personas que se cruzan en tu vida también te la cambian para siempre. Espero que, en tu caso, haya sido para bien.

—Conocerte y estos días aquí han sido una aventura difícil de olvidar.

Los dos se sonrieron.

La miraba intensamente, pero Greta no podía mirarlo de la forma en que él lo hacía.

Sabía que estaba interesado, incluso ella también por un instante, pero en cuanto apareció Leo, fue como volver al principio de todo, como empezar de nuevo la historia. Como sucedía siempre.

—Será mejor que me vaya. Tengo que contarle todo esto a Leo y ver cómo podemos atajar este problema. Llevo tiempo fuera del pueblo y nunca he estado tan involucrada en estos temas, era mi abuela quien lo hacía. Tengo que hablar con él y pensar.

—Claro —asintió. Lo sabía. Ella no podía evitarlo.

—¿Me puedo llevar la documentación? O al menos lo que puedas darme.

—Puedes llevártelo todo —consintió recogiendo cada papel de forma ordenada. Se lo tendió dentro de una carpeta.

—Gracias, Arturo. Eres un buen hombre. Te mereces lo mejor y espero que lo encuentres.

—Gracias. Yo también te deseo lo mejor. Ojalá ese tipo que va de duro por el mundo se dé cuenta de lo que tiene al lado, antes de que sea demasiado tarde. Si no lo hace, llámame.

Greta le sonrió, le apretó el brazo en señal de cariño y se marchó.

CAPÍTULO 29

Leo se había levantado muy temprano. No podía dormir. Solo le apetecía golpear aquel saco colgado del techo del taller, pero ya se había destrozado los nudillos de las manos y tenía que calmarse.

Había recogido toda la casa, había desayunado y ya no sabía qué hacer. Los trabajos en el hotel del pantano no eran prioritarios y llovía demasiado para bajar hasta allí. Tendría que pensar en otra cosa.

Le preocupaba Greta. Estaba sola y la casa no estaba preparada al cien por cien para estar allí. Aún no había acabado los arreglos. Tenía que ir, pero no sabía cómo se lo iba a tomar. No tenía pinta de que le quisiera rondando por allí.

De pie, como un pasmarote delante de la radio, se debatía en si llamarla o no.

Finalmente cogió el aparato y, nervioso, se aclaró la voz.

—Greta, necesito hablar contigo.

El silencio al otro lado no le extrañó. Ella iba a tardar en contestar.

—Greta. Háblame, por favor —insistió.

Nada.

—Tengo que ir a terminar tu casa. Solo quería avisarte de que voy a bajar ahora.

No hubo respuesta y se empezó a poner nervioso.

Lo intentó un par de veces más, pero según se quedaba la línea vacía, el miedo le iba devorando.

No se lo pensó. Cogió su material de emergencias, la ropa de lluvia y salió para allá lo más rápido que pudo.

El camino hasta la casa no estaba demasiado mal para todo lo que llovía, pero la visibilidad era prácticamente nula.

Cuando llegó a la verja y vio la puerta de par en par, el corazón se aceleró a mil por hora.

Nunca la dejaba abierta.

Aparcó bajo el techado junto a la cocina y sin casi apagar el motor, se bajó con rapidez.

—¡Greta! —la llamó inquieto.

La mujer no contestó, solo se escuchaban las pisadas de Choco correteando por la casa hasta la puerta de la cocina.

Lo vio por la ventana.

—Hola, chico. ¿Va todo bien?

El animal se puso de pie gimoteando, lo que provocó que los nervios de Leo aumentaran.

Caminó bordeando la casa hasta la puerta principal y miró por todas las ventanas a las que tenía acceso desde allí.

No veía nada, solo a Chocolate que le seguía desde el interior.

Se le pasó por la cabeza la historia que le contó Greta sobre su expareja en Madrid, sobre los tipos que habían ido a casa a amenazarla, y el cuerpo se le descompuso. Parecía que habían pasado meses desde que se lo contó, pero solo habían pasado unos días.

Tenía llaves de la casa, pero no quería usarlas. Ni siquiera Greta sabía que tenía una copia en la guantera, pero tenía que saber que todo estaba bien.

Regresaba al vehículo a buscarlas, cuando el coche de Greta entró a la parcela.

Se apoyó en el suyo para controlarse. Respiró hondo. No podía verlo tan nervioso. Le temblaban hasta las piernas.

Greta bajó conduciendo despacio la cuesta de acceso a su casa con el corazón en la garganta.

Él estaba allí.

Una sonrisa se le escapó, las mariposas se le agolparon en el estómago y la respiración se le aceleró. Era incapaz de sentir otra cosa por Leo.

Paró el coche junto al de él, apagó el motor y se bajó.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre un poco nervioso aún.

—Sí. ¿Y tú? ¿Pasa algo? —curioseó.

—Nada. Estoy bien. Es solo que te he llamado por radio para preguntarte si podía bajar a trabajar para terminar los arreglos que faltan y no contestabas —explicó su presencia.

—He ido al pueblo a comprar y me he pasado a ver a Isidro y Emilia.

—Claro. No tienes que darme explicaciones —contestó sincero, solo le preocupaba que le hubiese pasado algo. Respetaba profundamente sus decisiones, aunque a él le hubiesen roto.

Se miraron con intensidad unos instantes.

Los sentimientos echaban chispas cada vez que estaban juntos. Era inevitable y no tenía solución.

—¿Me ayudas con la compra? Tengo que contarte algunas cosas importantes. —A Leo se le debió cambiar el semblante *ipso facto* porque le miró preocupada—. Tranquilo. Estoy bien. Es sobre el pueblo.

—Dime qué necesitas que haga —se ofreció respirando aliviado de que no fuesen más decisiones sobre ellos.

Entre los dos cogieron todas las bolsas que Greta había traído del supermercado de Armando y su familia, y lo metieron en la cocina por la puerta del porche.

Greta hizo un último viaje para recoger la carpeta con todos los

documentos que Arturo le había dado en el hostal.

Tenía que pensar cómo se lo contaba a Leo. No podía coger el coche y presentarse en el ayuntamiento para partirle la cara a Damián. Tenía que hacerle controlar la furia que le iba a invadir en cuanto escuchara lo que le tenía que explicar.

Él era la única posibilidad que tenía Bellavista para arrebatar el poder del ayuntamiento a ese sinvergüenza.

Cuando regresó a la casa, Leo estaba junto a la chimenea avivando el fuego.

—¿Quieres una cerveza o un café?

—Un café. Gracias.

Greta entró a la cocina sin soltar la carpeta, pensando en cómo se lo iba a explicar.

Choco apareció a saludar con poca efusividad, como si lo hiciera por cortesía, y no porque lo sintiera. Con las mismas, se fue junto a Leo, haciendo que le prestara atención al instante como si lo hiciese adrede para demostrarle que él era el adecuado y que se equivocaba con cualquier otra posibilidad. Como si ella no lo supiera de sobra; solo que con quien tenía que hablar era con el humano que le hacía tan feliz.

Negó con la cabeza regresando al café y a sus pensamientos sobre la explicación para Leo.

Tenía que conseguir que quisiera enfrentarse a Damián en el pleno o no habría nada que hacer.

Regresó al salón con una cafetera italiana de aluminio preparada.

Se arrodilló junto a Leo, colocó una rejilla sobre el suelo de la chimenea y él apartó unas ascuas. Puso unas maderas pequeñas e hizo un pequeño fuego junto al principal para hacer el café.

Se fijó en sus manos. Tenía los nudillos llenos de heridas, y se sintió un poco culpable. Esperaba que fuera solo por el boxeo.

No le dijo nada al respecto. Esperaba que no le doliese demasiado.

Colocó la cafetera sobre el fuego recordando otros cafés.

Leo la miró y descubrió qué observaba ella. Estuvo a punto de taparse una mano con otra, pero no podía esconder las heridas, y tampoco mentirle si preguntaba. Deseaba que no lo hiciera.

La vio poner el cacharro en el hierro.

Sus miradas se cruzaron de nuevo.

Sonrieron.

Les venían a la mente muchos recuerdos. Muchos cafés hechos a la lumbre por sus padres, sus abuelos, de ellos en muchas etapas de sus vidas juntos…

—Voy a por las tazas y el azúcar —susurró Greta incapaz de quedarse tan cerca de él en ese momento.

Leo asintió mientras ella se marchaba sumida en esa nube de

nostalgia.

Cerró los ojos oliendo su esencia que se mezclaba con el olor a la lluvia.

Greta entró a la cocina respirando profundamente. Tenía que aprender una vez más a estar cerca de él sin ser pareja. Los ojos se le encharcaron en lágrimas que en ese momento no se podía permitir.

Cada vez que se alejaban, era un nuevo aprendizaje. Cada vez que se acercaban mínimamente, era enamorarse otra vez.

Armándose de valor, tomó una bandeja de metal que había en un cajón, colocó las tazas, las cucharillas, la manopla del horno y el azúcar. Puso también la carpeta y se encaminó al salón.

—He pensado terminar de aislar las ventanas de la planta de arriba, si te parece bien —dijo Leo en cuanto llegó a su lado. Tenía que hablar de algo. El silencio incómodo después del último episodio entre ellos, le torturaba—. Algunas han perdido el aislante que les colocamos hace años. Es mejor renovarlo para que no entre el frío exterior y pierdas calor. Aún hará frío hasta junio por las noches.

—Haz lo que consideres, Leo. Tú eres el profesional. No te voy a decir nada sobre el trabajo que estás haciendo y menos si no me vas a cobrar.

—Tú nunca me vas a pagar ni un clavo, ¿entendido? —dijo a media voz con convicción.

—Lo sé.

Ambos guardaron silencio. Solo se escuchaba el crepitar de la madera al quemarse y el ligero burbujeo del agua comenzando a hervir en la cafetera sobre el fuego.

El olor a café empezó a llenarlo todo.

Leo lo agradeció. Por un rato no tendría el olor de Greta rondándole.

La mujer se puso la manopla del horno para no quemarse, se acercó a la cafetera, levantó la tapa metálica y comprobó si ya estaba llena.

Al ver que así era, la apartó de las ascuas, dejándola sobre una piedra fuera del fuego.

—Dejaré que repose un poco.

—¿Qué es esto? —preguntó Leo cogiendo la carpeta que había dejado junto a la bandeja.

—Es lo que te tengo que contar.

El hombre arrugó el ceño.

—Esto son planos de la estación eléctrica de Bellavista —murmuró revisando algunos papeles.

Greta se colocó a su lado y con delicadeza le retiró la carpeta de entre las manos.

—Es mejor que te lo explique primero y luego miras los

documentos —le pidió intentando aparentar tranquilidad. Él le hizo caso, aunque se le veía preocupado—. Deja que sirva el café, ¿vale?

Leo asintió y la dejó hacer, pero no podía parar de pensar en lo que había visto. En su cabeza empezaron a formarse ideas, que sabía que era mejor ignorar y esperar a que ella le contase la información. Al menos lo tenía que intentar.

Greta sirvió el café y se sentó junto a él.

—Cuando he subido al pueblo, me he pasado a ver a Isidro y Emilia. Están muy bien. Siguen entretenidos con nuestro visitante. Estaban desayunando en la cocina y hemos tomado café.

A Leo no le hacía gracia aquel tipo al que se refería, pero disimuló el sentimiento como pudo.

—¿Aún no se ha ido?

—No. Cree que podrá hacerlo en un par de días. —Leo levantó las cejas dudándolo. No lo haría. Le gustaba Greta. Pero se calló. Dio un trago a su café y esperó a que ella siguiera—. El caso es que me ha pedido que hablásemos, así que nos hemos ido a su habitación y…

—¿A su habitación? ¿A hablar? —preguntó el hombre incapaz de contenerse.

Greta, que había dado tantos detalles adrede, resopló al escucharlo, pero en su interior se sentía más segura de lo que Leo sentía por ella y tanto le costaba a veces explicar. Le había molestado y eso solo significaba que le seguía importando.

No era la mejor forma de averiguarlo, pero no lo había podido evitar.

—Sí, quería enseñarme los documentos que están ahí —dijo con tranquilidad—. Esa documentación tiene datos sobre la trama que se está llevando a cabo en el pueblo y averigua quién es el cabecilla de todo.

—Damián —contestó rotundo.

—El mismo.

Leo apretó los labios primero y después le dio un trago a su café. Se estaba empezando a enfadar y aún no le había contado nada.

—Es grave, ¿verdad? —preguntó preocupado.

—Mucho —dijo escueta.

Y no le dejó preguntar más, le contó con detalle todo lo que Arturo le había dicho.

Leo estaba enfadado, pero también muy triste.

Era cierto que nunca pensó vivir allí como lo hacía ahora. Sus sueños y expectativas eran otros, pero la vida le había llevado a ese destino y no estaba dispuesto a que nada ni nadie destruyese aquel pedacito de su familia, de sus recuerdos, de su futuro.

—No quiero que le digas nada, por favor —pidió Greta en cuanto terminó de narrar todo lo que había averiguado—. La estrategia tiene

que ser otra y tenemos que pensarla muy bien, porque este tipo no puede seguir en el ayuntamiento. Nos hundirá.

—Ahora mismo me cuesta bastante pensar en algo más que en dar una paliza al cretino este. ¿Se puede ser más sinvergüenza?

—Lo sé, pero tienes que pensar muy bien las cosas o no podremos solucionarlo.

—¿Podremos? —preguntó animado porque ella se incluyera.

—Este también es mi pueblo. Esta casa es lo único que me queda. No quiero que ningún sinvergüenza lo estropee.

—De acuerdo. Analizaremos bien esta documentación y buscaremos soluciones.

—El pleno es la semana que viene —informó con prudencia.

—Hablaremos con Agustín, Armando y los demás. Tendremos que pensar una estrategia.

—Sí —afirmó Greta dando un último trago a su café, callando lo que pensaba sobre lo que se podía hacer.

—¿Te fías de Arturo? —preguntó Leo, observando cada gesto de ella por milimétrico que fuese.

—Creo que me ha contado la verdad y que ha sido sincero al explicarme por qué lo ha confesado.

—Lo más difícil de demostrar es la parte del incendio. Aquí no es como en la ciudad que hay cámaras de seguridad para poder buscar si hay imágenes. Si nadie le vio entrar, no hay nada que hacer.

—Demostrando el resto, puede ser secundario, aunque sigue siendo importante.

Leo se quedó pensativo.

—Si Arturo sabe algo, puede hablar como testigo, pero entiendo que es complicado —pensó Leo en voz alta—. Veremos qué podemos hacer.

Greta guardó silencio sin saber qué más decir. Se le veía interesado en el tema, pero no daba el paso que necesitaban. Al menos no lo decía en voz alta.

Leo se fijó en ella. Estaba preocupada. Era normal, la situación no era para menos.

—¿En qué piensas?

—En el pueblo y todo lo que está pasando. No creo que tenga fácil solución.

—Eso seguro, Greta.

—Ya, pero, además la gente es muy mayor, les suele costar estos cambios y confiar. No sé…

Leo cogió aire y suspiró. Cerró los ojos.

—Di lo que tengas que decir —la animó.

—No tengo nada que decir —contestó comenzado a recoger las tazas y demás cosas usadas para el café.

—Sí tienes algo. Te conozco, Greta. Suéltalo.

La mujer dejó lo que estaba haciendo y le miró fijamente.

—Yo no tengo nada que decir al respecto, Leo. Ayudaré en lo que pueda para que la gente sepa lo que está pasando y poder solucionarlo de la forma más conveniente para el pueblo. Eso es todo lo que puedo hacer. Ni siquiera estoy empadronada aquí. —Apretó los labios nada más acabar.

Claro que tenía cosas que decir, como que se presentara como candidato para desbancar a Damián porque la gente confiaba mucho en él. Era el único que lo podría lograr, pero ya había dejado claro que no lo iba a hacer.

No quería discutir otra vez con él, ni tampoco obligarle a plantearse ataduras que no deseaba.

El hombre asintió pensativo unos segundos.

—Sé que quieres que me presente como candidato a la alcaldía, pero no puedo.

—Ya… —susurró levantándose para recoger.

—Escúchame. No me gusta la política, soy un tío de lealtades, no de mangoneos y negociaciones para todo. Quiero a este pueblo y ten claro que le pondré todo mi corazón a cuanto haga falta para salvarlo de este impresentable, pero no valgo para lo demás.

—Lo sé. Era una idea tonta. No te preocupes. Encontraremos una solución.

—No es una tontería, Greta. Sé que la gente me quiere y confía en mí, pero no creo que sea lo suficientemente bueno para ello y prefiero dejarle el sitio a alguien que lo sea.

—Hablaremos con los chicos. Ellos sabrán qué puede funcionar. Lo conseguiremos.

Leo la escuchaba y solo veía a alguien que no se creía lo que le decía, que pensaba que eran excusas.

—Greta, créeme. Nada me gustaría más que presentarme allí, dar un discurso y poder quedarme con su puesto, pero no estoy afiliado a ningún partido. No tengo opciones para hacerlo en una semana —confesó la verdad irrefutable.

La mujer asintió. Sabía que tenía razón en la parte técnica, pero siempre le quedaría la duda de si solo era por eso.

Se levantó, recogió la bandeja y se fue a la cocina.

Choco no rondaba alrededor como era su costumbre. Estaba muy cauto, sin llamar la atención, como si supiera que era importante lo que estaban hablando.

Solo se movió cuando vio a Leo seguir a Greta a la cocina.

Levantó la cabeza para observarlos, pero regresó a su sitio junto al fuego.

Leo se apoyó en la puerta mirando como recogía.

Tras la conversación estaba más convencido de que ella creía que no aceptaba porque pensaba en marcharse en algún momento no muy lejano, pero no sabía cómo demostrarle que no era verdad.

—Greta —la llamó en un tono bajo de voz que la hizo girarse mirándole con otro talante—. Siento lo que ha pasado entre nosotros. No sé cómo arreglarlo, cómo hacer que me creas y me está matando.

Ella se acercó a él, le cogió de las solapas de la chaqueta de lana que llevaba y le sonrió con cariño.

—Creo en lo que me dices, Leo. Siempre te he creído porque siempre has hecho lo que me has prometido.

Leo la cogió de la cintura. Esa cercanía era lo que más deseaba. Desde que estaba de vuelta en el pueblo y estaban juntos, no quería otra cosa.

—¿Entonces? —preguntó sosteniéndola entre sus brazos.

—Eres uno de los hombres más inteligentes que me he cruzado en la vida. Estoy segura de que encontrarás tu respuesta —contestó cruzando los dedos de las manos para que así fuera.

—Iré a aislar las ventanas —anunció en un tono bajo de voz, profundo, soltando el abrazo más contento de lo que había llegado a la casa. Más seguro de que había esperanza al verla tranquila con él, pero inquieto por encontrar esa respuesta en un momento tan crucial para el pueblo, pero también para su relación.

CAPÍTULO 30

Cuando Leo se marchó de casa de Greta, ya era casi de noche. Había alargado la jornada todo lo que había podido, pero la luz ya no era suficiente para trabajar y se le acababan las excusas.

Le costó despedirse. Aún no se había hecho a la idea de que ella estuviese allí sola, pero debía hacerlo y rápido. Le aliviaba ver que había dejado de llover, aunque fuese por un rato.

La brisa traía el olor a campo mojado, haciendo que ambos respirasen con profundidad renovando el aire.

—Volveré mañana —anunció abriendo la puerta del coche.

Ella estaba muy cerca, debajo del tejado del porche, con Choco al lado y abrigada con la chaqueta de lana que le dio la noche que llegó y ya era de ella para siempre.

—Prepararé el desayuno —le invitó sonriendo.

Leo disfrutó de aquel momento, como cuando se gustaban sin decírselo al otro. Estaba preciosa.

—Mañana nos vemos —se despidió definitivamente, acariciando al perro antes de montarse en el vehículo.

Subió el repecho hasta la cancela de entrada a poca velocidad, mirando por el retrovisor como ella y Choco le despedían.

No dudó en bajarse del coche y cerrar la verja. Era lo más seguro para ella, pero también para su propia tranquilidad mental.

Levantó la mano diciendo adiós y ella le contestó igual.

En cuanto entró a su casa pocos minutos después, sintió la soledad cayéndole como una losa.

Era extraño. Hasta que ella llegó al pueblo no la había sentido de forma tan brutal.

Mientras cuidó de su madre no tenía mucho tiempo para pensar en eso. Estaba a su disposición veinticuatro horas y el agotamiento físico y mental no le daban cuartel.

Cuando ella murió, el duelo fue una mezcla de sensaciones que le atormentó durante algunas semanas. Estaba muy triste por perderla, pero aliviado por no tener la carga que representaba su cuidado.

No se sentía orgulloso de ello. De hecho, se avergonzaba y nunca lo había hablado con nadie ni lo diría en voz alta, pero había sido tan duro, tan brutal que, aunque le entristecía ese sentimiento y se había llegado a sentir mala persona, era la realidad y lo asumió.

Por eso no quiso decírselo a Greta. Ella no merecía otro duelo tan pronto tras la muerte de su abuela, pero tampoco sabía cómo explicarle todo eso.

Después pasó un tiempo en el que se dio la oportunidad de pensar en su futuro, en lo que quería hacer, en las posibilidades que le ofrecía su nueva situación.

Pero entonces llegó ella y lo descuadró todo. Desde luego, no estaba preparado para verla. Cuando se la llevó a casa ya no pudo esconder la verdad sobre su vida.

Tampoco le dio tiempo a estar solo de verdad, a pensar, a encontrar al nuevo Leo.

Ahora sí sentía la soledad, el vacío…

Ella lo llenaba todo de alegría, felicidad, risas, música… simplemente con estar.

Aquel sentimiento le recordaba al que sintió durante mucho tiempo cuando llegó a Londres.

Cada vez que volvía a verla o ella iba a Inglaterra, era empezar otra vez a hacerse a la idea y al final optó por mantenerse alejado.

Ella también.

La radio interrumpió sus pensamientos.

—Leo, ¿has llegado bien? —preguntó Greta.

El hombre sonrió mientras caminaba para contestar.

—Acabo de llegar. Todo bien —contó ilusionado. Dejando la carpeta con los documentos sobre el Ayuntamiento junto a la base de carga del aparato.

—Genial. Me alegro.

El silencio se instaló entre ellos unos segundos.

—He cerrado la verja con el candado. Si tienes que subir, no olvides la llave.

—Sí, te vi. Gracias. Descansa.

—Y tú.

Dejó la radio en su base con media sonrisa. Parecía que no estaba todo perdido.

Fue directo a la chimenea, encendió el fuego y después se preparó algo de cena, y, mientras se cocinaba en el horno de leña, se dio una ducha.

Cuando terminó, se sentó frente al fuego con la cena, revisando la documentación.

Era increíble cómo aquel tipo se la pretendía jugar al pueblo. Aún estaba en *shock* por la envergadura y el cariz que tomaba el tema.

Tenían que ser muy cuidadosos con ello, pensar muy bien a quién se lo contaban antes del pleno. Aquel tipo se jugaba mucho dinero con su plan y podía ser peligroso.

Durante el desayuno intentarían hablar con Agustín, Armando y Braulio de forma discreta. Algo tenían que hacer o al menos intentarlo.

La luz regresó abruptamente e imaginó que la tregua de la lluvia

había dejado que los técnicos reparasen la avería. Al menos de momento.

Fue a por el móvil. Lo conectó al cargador para tener el máximo de batería cuando hubiera cobertura e hizo lo mismo con su ordenador portátil. En algún momento cercano lo iba a necesitar.

Cogió la radio.

—Greta, ¿estás despierta?

Tardó un poco en contestar.

—Hola, Leo. Lo estoy.

—Ha vuelto la luz. Recarga lo que necesites antes de que se vuelva a ir.

—Gracias. Ahora mismo conecto el móvil y el ordenador. Seguro que cuando los encienda tendré bastantes *e-mails* y mensajes esperando respuesta.

—El trabajo, ¿no?

—Dije a mis clientes principales que me tomaba unos días libres, pero… ya sabes cómo funciona esto —explicó consciente de que lo entendería. Se dedicaban a lo mismo. Al menos antes lo hacía.

—Sí. Estoy igual. Aún conservo algunos clientes.

El silencio entre ellos otra vez…

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo un poco cansada.

—Greta, ¿quién más sabe lo que hemos hablado? —preguntó dándole vueltas al tema que le descentraba.

—Nosotros y él —dijo sin especificar más. Sabía que la radio no era segura. Alguien podía interceptar la conversación.

—No se lo cuentes a nadie.

—¿A quién se lo voy a contar? —preguntó sorprendida con el comentario.

—Ya. Lo sé. Es solo que estoy preocupado.

—Estás agotado. Tienes que descansar y mañana hablamos.

—Tú también. Asegúrate de que todo esté bien cerrado, por favor.

—Leo, para. Me estás acojonando —susurró asustada por sus palabras.

—Tranquila. Tienes a Choco, pero estás ahí abajo sola y…

—No sigas. Mañana nos vemos. Descansa —dio por zanjada la conversación.

—Y tú. Mañana nos vemos.

Greta dejó la radio en la base de carga para que recuperase la batería que le faltaba, un poco preocupada.

Ella nunca había tenido miedo en el pueblo, ni sentía temor por estar sola en aquella casa. También en parte porque su abuela no lo había percibido jamás y había contribuido a que ella se sintiese segura.

Miró a Choco, estaba dormitando plácidamente junto al fuego de la chimenea.

Todo iba bien.

Dio una vuelta a toda la casa para comprobar que las ventanas y puertas estaban bien cerradas, apagó todas las luces y se quedó solo con la de una lamparita pequeña de una mesa junto al sofá.

La noche anterior había dormido tranquila y caliente allí. No tenía intención de cambiar de plan.

Fue a la cocina y se sirvió un vino blanco frío de la nevera. El generador que le había instalado Leo mantenía todo lo básico en funcionamiento a pesar de los apagones.

Caminó con la copa en la mano hasta el salón, la dejó junto a la lámpara, sacó una caja de uno de los muebles y la colocó junto a su asiento.

Cuando la abrió, apretó los labios como si quisiera contener los sentimientos. La primera foto eran su abuela, su padre y ella sonrientes, en uno de los viajes al pueblo desde Madrid aquel verano del dos mil siete en que fue tan feliz. Se sentía tan completa con Leo viviendo con ella, el trabajo viento en popa, los estudios también y toda la familia aún.

Se limpió una lágrima rebelde en su rostro.

Era la caja de fotos de su abuela. Desde que tenía uso de razón le pedía que le llevase fotos cuando fuese a verla o que se las mandase por carta y había cumplido.

No había solo fotos de su padre y de su abuela. Había muchas fotos de los padres de Leo, de ellos juntos, de la pandilla de amigos.

Hacía tiempo que no las veía. Procuraba no tener muchas en Madrid y por supuesto no a la vista. Siempre habían sido su tesoro más preciado, oculto a todo el mundo.

Cogió una de Leo y ella riendo en la plaza del pueblo. Se la hizo su padre cuando tenían veinte años. Ya estaban juntos de forma esporádica, cada uno estudiaba en una ciudad, los kilómetros los mantenían alejados y solo se veían en el pueblo.

Sonrió acariciándola. Su abuela le había hecho el vestido que llevaba.

Lo preparó para el baile de jóvenes que hacían como tradición la primera noche de las fiestas del pueblo. Era algo parecido a la fiesta de fin de curso, solo que aquí se trataba del baile que hacían los llamados quintos del pueblo. Los quintos eran los chicos que, al cumplir la mayoría de edad tenían que irse a hacer el servicio militar obligatorio, un tiempo de instrucción militar al que toda España conocía como «mili» y cuando regresaban, se organizaba este baile para celebrar que se licenciaban. En ese año dos mil cinco, ya no existía la mili, pero la tradición se había quedado, reconvertida en el

baile de los jóvenes solteros.

El vestido era precioso. Blanco, por encima de la rodilla, entallado en el cuerpo, pero con mucho vuelo en la falda, sin mangas y con la espalda de encaje. Le había cosido también unos pantalones muy cortos y ceñidos en el mismo color, para que estuviese cómoda al bailar y no se preocupara del vuelo. Bien sabía ella lo que le gustaba bailar. Sonrió recordando.

Leo se había puesto unos pantalones negros de vestir, camisa blanca y corbata oscura.

Ella no lo sabía, pero él lo había organizado todo.

Había llamado a Lía para contarle que iba a llegar a tiempo para el baile, que le preparase un vestido precioso y se pasaría a buscarla a las diez.

Greta se limpió otra lágrima rebelde. Los recuerdos la abrumaban.

Aquella noche se vistió con el traje que le había hecho su abuela sin saber que él sería su pareja. Nadie le había dicho que ya estaba en su casa hecho un manojo de nervios.

Se recogió el pelo para que se viese lo bonito que le había quedado a Lía el detalle de la espalda y se calzó unas sandalias plateadas con un tacón no demasiado alto regalo de su padre.

Cuando se encontró a Leo en la puerta de su casa esperándola, fue uno de los momentos más especiales de su vida.

Su padre les hizo una foto allí mismo, en el porche, y se marcharon a la plaza, pero no era la que miraba.

La foto que Greta tenía entre las manos fue de madrugada, después de muchas horas de baile en las que ella ya se había quitado los tacones y se había puesto unas deportivas. Comenzó a llover y ellos se quedaron bailando bajo la lluvia entre risas y complicidad. Su padre, que en ocasiones especiales iba con la cámara a cuestas, se la sacó y desde ese instante fue su fotografía favorita.

A veces le costaba verla, igual que escuchar *Estoy hecho de pedacitos de ti* de Antonio Orozco, que bailaron al final de la noche ignorando el agua que los empapaba.

Aquellos años fueron muy felices y las personas que más le importaban estaban representadas de alguna forma en esa instantánea.

Ahora solo quedaban ellos dos.

Dejó la foto encima de la mesa, cerró la caja y se bebió lo que le quedaba de vino de un trago.

Se acurrucó en el sofá con una manta y cerró los ojos.

Ojalá todo fuese tan fácil como en aquella fotografía…

Ojalá.

Leo se tumbó en el colchón frente al fuego que aún no había retirado, pensando en cómo afrontar su relación con Greta.

Cerraba los ojos y la veía en cada momento importante de su vida y, si algo tenía claro, era que no iba a dejar que eso cambiara. Tenía que luchar con todas sus fuerzas por ello.

Analizó cada momento en el que se marchó con sus planes de vida, a pesar de querer estar con ella. Cada instante de sus despedidas. Lo que le dijo, lo que ella contestó.

Había recuerdos que se emborronaban por el paso del tiempo, se distorsionaban y ya no veía con claridad lo que ocurrió de verdad, pero otros, como aquellos más dolorosos, no se olvidaban con facilidad.

El cansancio fue ganando a sus ganas de buscar una solución. El boxeo excesivo, la tensión por lo que había pasado los últimos días y el trabajo, le tenían exhausto.

Se tapó con una manta cuando fue consciente de que el sueño le estaba ganando la batalla y decidió pensar en el recuerdo más bonito que conservaba.

El beso en la habitación sobre él, la noche en el pantano, el año en Madrid… Todos eran importantes y ocupaban un lugar especial, pero en su mente apareció Greta bajo la lluvia, con un vestido blanco precioso y unas deportivas, bailando con él.

Sonrió por el recuerdo con la nostalgia de que todo volviese a ser como en aquel baile.

CAPÍTULO 31

Leo llegó a casa de Greta a las nueve. Tenía trabajo que hacer y también, por qué no decirlo, estaba preocupado por ella. Necesitaba saber que durante la noche todo había ido bien.

Se bajó del coche al llegar al acceso por el camino viejo y abrió la cancela de la verja con su llave.

—Tengo que ponerle una puerta automática —murmuró para sí mientras montaba de nuevo en el vehículo y bajaba despacio a la casa.

Todo estaba muy cerrado. No salía humo de la chimenea.

Aparcó el vehículo bajo el techado cercano a la puerta de la cocina y cerró con cuidado.

Caminó despacio alrededor de la casa mirando el interior.

No había movimiento.

Esta vez no lo dudó y abrió la cerradura con su juego de llaves para entrar.

Sintió un alivio indescriptible cuando la vio dormida en el sofá del salón. Choco, que solo con los pasos había reconocido que era él, permanecía en su lugar privilegiado junto al fuego, aunque ya no sentía el calor que necesitaba. Se había apagado.

Leo lo acarició en silencio mientras el animal cabeceaba en su mano.

Se arrodilló junto a la chimenea y encendió un fuego nuevo.

Colocó la pequeña rejilla como habían hecho el día anterior y lo preparó para poner el café.

Se giró para mirar a Greta.

Estaba acurrucada con la manta, durmiendo tranquila.

Sonrió por la paz que aquella imagen le daba.

Se fijó en la copa de vino de la mesa y se acercó para retirarla.

Entonces la vio. Allí estaba la foto de ellos dos en el baile que había recordado él también, justo antes de dormirse.

Suspiró al mirarla con atención. Ambos habían pensado en el mismo momento de sus vidas.

—Qué fácil era todo entonces —susurró fijándose con atención en su retrato, en lo feliz que se veía y la complicidad con Greta. No lo podían evitar. Con el paso de los años, a pesar de los vaivenes, tampoco.

Sacó su móvil del bolsillo y le hizo una foto a la instantánea. Trasteó unos segundos con el menú y la colocó de fondo de pantalla. Sonrió.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Greta en voz baja incorporándose—.

Me he dormido —murmuró mirando alrededor.

Leo bloqueó el teléfono y lo guardó en su bolsillo trasero del pantalón.

—Tranquila —contestó acuclillándose a su altura. Observándola unos segundos—. Acabo de llegar. Quédate un rato más. Prepararé el café.

Greta asintió cerrando los ojos de nuevo, pero enseguida los abrió sobresaltada.

—No, dije que te haría el desayuno.

Aún agachado delante de ella, sonrió.

—Me lo haces mañana —respondió empujándola con cariño hacia atrás para que se volviera a acostar. Apuntándose un día más para bajar hasta allí con ella.

Le obedeció. No sabía qué le pasaba, estaba muy cansada, como si no hubiese dormido más que un par de horas.

No había bebido más que una copa de vino, por lo que no era por eso. Achacó su inquietud a lo que estaba pasando en el pueblo.

Debió dormirse un buen rato porque cuando abrió los ojos, Leo había preparado tostadas, café y algo de fruta cortada en rodajas y dados.

—Qué bien huele y qué pintaza. Gracias —correspondió agradecida por el gesto.

—¿Te encuentras bien? —Leo estaba preocupado.

—Estoy bien, es solo que sigo teniendo sueño y estoy cansada. Con el café se pasará.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco he dormido bien —reconoció sirviendo la bebida caliente.

—Será que ya nos habíamos acostumbrado al sonido de la lluvia y ahora lo echamos de menos.

—A la lluvia y algo más —susurró pensando en ella durmiendo a su lado.

Greta sintió como el corazón se aceleraba, pero lo disimuló. También le echaba mucho de menos.

Sus miradas se cruzaron un instante.

—¿Qué toca hoy? —preguntó interesándose por los trabajos en su casa para cambiar de tema.

—De momento desayunar. Voy a aprovechar que parece que funcionan los móviles para llamar a los chicos y ver qué podemos hacer con Damián.

—Me parece bien. Diles que vengan. Aquí estamos alejados del pueblo y podemos hablar tranquilos. Que vengan a comer.

El día fue ajetreado. Leo terminó de arreglar lo que faltaba en la planta de arriba mientras Greta hacía la comida para todos. Los hombres irían a comer y esperaban poder trazar un plan para luchar contra Damián.

Leo bajó las escaleras a las dos. Habían quedado para comer a las dos y media, y quería ayudar a Greta.

Estaba en la cocina tarareando una canción que no consiguió identificar, pero se quedó callado unos segundos, disfrutando de ella sin que se diera cuenta. Estaba de espaldas a él.

Greta levantó la vista a la ventana y lo vio en el reflejo del cristal. Se giró a mirarlo.

—¿Necesitas algo? —preguntó limpiándose las manos con un paño.

—He terminado arriba y venía a ayudarte.

Le sonrió.

—No te preocupes. Lo tengo todo bajo control. ¿Quieres lavarte o ducharte antes de comer?

—Una ducha estaría bien —aceptó.

—Estás en tu casa. Hay toallas en todos los baños y todo lo que puedas necesitar. —Había estado organizando justo eso mientras se hacía la comida. Si quería vivir allí, tenía que ir haciéndolo su hogar —. Si quieres ropa, seguro que encontraré algo de mi padre.

—Tengo ropa limpia en el coche. No te preocupes.

La chica asintió. Él atravesó la cocina para salir por esa puerta en dirección al vehículo, donde tenía la bolsa que siempre llevaba con sus cosas de aseo y ropa.

Greta le observó por la ventana.

Esperaba que él cambiara esta vez, que fuese cierto lo que le decía, porque lo veía preocupado y triste, y no era solo por los problemas del pueblo.

Estar en Bellavista le estaba cambiando en algunos aspectos para bien. No sabía si a causa de estar allí, por las circunstancias pasadas con su madre o por la soledad en la que vivía hasta que ella llegó. Quizá fuese un poco de cada una, pero el cambio era palpable y esperaba que también le hiciese pensar en ellos.

Mientras cocinaba un guiso de carne en salsa con verduras, típico de su familia, había pensado en el futuro.

Si su relación de pareja no se arreglaba, no estaba segura de querer quedarse. Optaba más por barajar otras opciones para la casa de su abuela, como convertirla en casa rural o alquilarla por temporadas sin más. Podía desarrollar su profesión en cualquier parte. No necesitaba ni siquiera irse a Madrid, pero estar allí con él, pero sin él, era una tortura.

A su abuela no le importaría que otras personas viviesen en su

casa. Siempre le dijo que, si las cosas con Leo no funcionaban, lo vendiera todo y se marchara para no volver jamás. Nada la ataba a Bellavista sin ella, pero no estaba segura de poder hacerlo de forma tan radical. Un alejamiento a temporadas, manteniendo el vínculo, podía funcionar.

Leo entró de nuevo a la casa, sonrió a Greta y se marchó al baño.

Cuando salió de la ducha, estaba sentada en la mesa de la cocina, con una copa de vino frío en la mano, mirando por la ventana pensativa.

—Huele que alimenta —apreció Leo al entrar.

—Gracias. Hay cerveza en la nevera —le ofreció.

Cogió una bien fría y se sentó a su lado.

Greta acercó la copa al botellín y Leo lo chocó contra el cristal. Greta siempre brindaba con él. No necesitaba preguntar el motivo, ella siempre le contestaba: *por vivir. Celebramos la vida*. Así que, cada vez que lo hacían, sin necesidad de que ella dijese la frase, se miraban a los ojos y sonreían por la vida.

Esperaron sentados el uno al lado del otro, con sus hombros rozándose ligeramente, con sus bebidas frías en las manos, en silencio, pero cómodos.

Choco entró discretamente y se sentó a los pies de ambos, como si lo hiciera todos los días.

Si su abuela hubiese elegido una foto para su álbum, sería esa.

Ella para el suyo, también.

Esperaron así hasta que un par de coches entraron a sus tierras.

—Ya están aquí —anunció Leo como si Greta no los hubiese visto llegar.

—No te comprometas a nada que no puedas terminar —pidió a media voz, mirándolo con tristeza.

—Nunca lo he hecho —contestó lo más obvio. Bien lo sabía ella.

Lo vio marcharse para darles la bienvenida.

Una lágrima resbaló por su cara.

Ella estaba incluida en esa frase. Su relación era algo que no podía terminar.

CAPÍTULO 32

La reunión fue difícil de gestionar. Los tres amigos sabían que algo sucio se estaba tramando en el pueblo. Lo veían cada día, pero no pensaban que llegase a tanto.

La situación era grave y sus negocios podían irse a pique si no le ponían solución.

Tuvieron unos cuantos momentos de gran indignación, pero consiguieron ordenar las ideas.

—De aquí solo Armando y Braulio están afiliados a partidos políticos, pero no creo que la cúpula de ninguno esté de acuerdo con que sean candidatos a la alcaldía —explicó Agustín.

—¿Por qué? —preguntó Greta curiosa.

—Siempre quieren a alguien de confianza que les baile el agua en la dirección que desean. Ninguno de nosotros lo hacemos habitualmente —contestó Armando.

—Entonces tendremos que contárselo a alguien para que frene esto. Si vosotros no podéis hacer nada, alguien tendrá que intervenir.

—Mi padre forma parte de la oposición —declaró Braulio—. Hace tiempo que está metido en la política del pueblo porque era la única forma de enterarse de lo que se cuece dentro. En cuanto se entere de esto, se le va a lanzar a la yugular.

—Pues tu padre tendrá que ser —animó Leo.

—Esta vez, sí, pero deberías plantearte presentarte a las próximas elecciones. El pueblo necesita gente como tú.

—Queda mucho para las próximas elecciones —contestó evitando el tema.

—No queda tanto. Si ponen sobre la mesa una moción de censura, solo durará el mandato hasta la fecha en que terminaría el original y habrá que votar de nuevo. Solo quedan un par de años.

—Centrémonos en el hoy —insistió mirando de soslayo a Greta que aguardaba en silencio.

—Vale, le llevaré a mi padre todo esto y…

—No —le interrumpió Greta—. Esto no lo puede saber nadie fuera de aquí. Tenemos que pensar cómo lo vamos a contar nosotros en ese pleno y, cuando lo contemos, entonces los políticos que piensen qué hacer. Si no podemos presentarnos ninguno para echar a Damián, que ellos se devoren.

Los hombres se miraron entre sí.

—Entonces… ¿cómo piensas hacerlo? —preguntó Agustín.

—Podemos inscribir una solicitud de turno de intervención para el

pleno. Es público. No nos lo pueden denegar —expuso Greta lo que creía que podía funcionar—. Haremos eso y cuando nos toque hablar, expondremos todo esto. Pillará por sorpresa a todos y no les dará tiempo a reaccionar. Además, viniendo de gente de fuera de la política, causará más impacto. Al final sois hombres del pueblo con negocios propios aquí, tradiciones familiares, antepasados a los que se está echando por tierra todo su esfuerzo y trabajo, por el beneficio de unos pocos. Uno en concreto. Creo que calará más.

Todos la escuchaban sin pestañear.

—¿Y quién crees que debe hablar? Yo lo tengo claro —preguntó Agustín.

—Leo —contestó con seguridad—. Ya sabéis lo que pienso. La gente confía ciegamente en él.

—¿Leo? Tú no te has escuchado, Greta —dijo Armando.

Leo sonrió. Él lo pensaba desde el principio.

—¿Yo?

—Eres la persona idónea para esto. Además, toda esa documentación la has conseguido tú y después de lo bien que organizaste la emergencia de la crecida del pantano, la gente te tiene más cariño y respeto. Ya no eres solo la nieta de Lía. Ahora creen en ti. Te has ganado un sitio aquí por ti misma—explicó Braulio.

Leo se mantuvo en un segundo plano. Callado, orgulloso de ella, pero no quería hablar para no estropearlo. Quería que la convencieran ellos.

—No sé qué decir —susurró abrumada por lo que escuchaba.

—Di que sí. Te ayudaremos a organizar la exposición y, por supuesto, estaremos allí contigo.

Greta miró a Leo. Estaba nerviosa, asustada y agradecida por la confianza. No sabía si era lo correcto, pero si era la oportunidad que tenían, era mejor que nada.

Él asintió sonriéndola, aunque ella no se la devolvió.

—De acuerdo. Lo haré.

—Perfecto. Lo mantendremos en secreto hasta el pleno. Yo le pediré a mi hermana que tramite la solicitud de palabra para ese día —dijo Braulio.

La comida se estiró hasta casi las siete de la tarde. Hablaron de todos los documentos, de los posibles planes de Damián según la información de la que disponían y de lo que supondría para el pueblo.

Era devastador, pero habían trazado un plan y esperaban que todo funcionase como pensaban.

Los despidieron en la puerta del porche. Leo se quedó con ella con la excusa de ayudarla a recoger.

Ella se marchó antes a la cocina.

Leo se quedó jugando un par de minutos con Choco; el animal

aprovechaba cada instante que lo veía solo para demandarle atención.

Cuando entró a la cocina, la vio de pie en la pila del fregadero mirando por la ventana al infinito.

Supuso que estaba nerviosa por lo que venía.

Se acercó a ella.

En otro momento de su relación la hubiese rodeado con los brazos y la hubiese envuelto en un gran abrazo, pero ahora, se resignó a acercarse hasta unos pocos milímetros de su cuerpo.

—¿Estás bien?

—Nerviosa —confesó cogiendo aire—. No esperaba tener que hacerlo yo, pero al final es lo mejor.

—Sé que querías que lo hiciera yo, pero…

—No pasa nada. Ya lo sé. No quieres comprometerte.

—¿Qué? —susurró sorprendido.

—Lo entiendo. Es mejor ser libre y no atarse a nada. La vida es más fácil, pero supongo que más triste —contestó con tristeza.

—¡No! ¿De verdad crees que ese es el motivo por el que no hablo yo? Greta, mírame, por favor —pidió controlando los sentimientos.

Ella se giró para mirarlo y asintió.

—Es lo único por lo que entiendo que no lo hagas. La gente te adora y te escucharía sin rechistar. Siempre lo hacen.

Leo negó con la cabeza. ¿Por qué pensaba eso?

—No, Greta. El único motivo por el que no quiero exponer la situación en el pleno es porque todo el mundo sabe lo mal que me llevo con Damián. Saben de los rifirrafes que hemos tenido toda la vida y sobre todo en los últimos días. No quiero que piensen que lo hago por venganza o que quiero ir a por él por una *vendetta* personal. No quiero que ignoren los hechos porque sea yo quien vaya a contarlos.

Lo miró sorprendida por sus palabras.

Tenía razón, pero no entendía por qué no se lo había dicho antes.

—Lo entiendo. Perdona, entonces —dio por repuesta con el gesto triste. Incidir en el tema solo conseguiría añadir más tristeza.

Se dio la vuelta y abrió el grifo dispuesta a terminar de limpiar los cacharros que le quedaban por lavar.

Leo se quedó allí quieto, mirándole la espalda, pensativo por lo que le había dicho un momento antes.

Cerró los ojos comprendiendo…

—¿Piensas que soy así de verdad? ¿Qué no quiero comprometerme con nada?

Greta cerró el grifo colocó las manos en el borde del fregadero y dejó caer la cabeza hacia delante.

Ahí tenía su conversación trascendental. La que les haría seguir siendo ellos o no.

Cogió aire.

—No lo sé —susurró con un nudo en la garganta incapaz de mirarlo—. Durante toda mi vida he estado esperando que te quedaras conmigo y nunca lo hiciste. Siempre había un motivo por el que marcharte. Así que, empecé a creer que no querías comprometerte —respiró profundo. No podía decirle todo eso dándole la espalda, tenía que ser fuerte y mirarlo. Se giró despacio. Él la observaba con los ojos vidriosos y la pena en el rostro, pero no podía decirle otra cosa. Era la verdad—. Mi vida ha sido una espera continua a que te quedaras, a que lo nuestro no se rompiera, a que me pidieras estar juntos aquí, en Londres o debajo del puente de Segovia… Pero nunca pasó. ¿Qué diferencia hay entre nuestra relación y el resto de cosas? Creo que ninguna. Tampoco has hecho nada que me demuestre lo contrario. —Leo negó con la cabeza incapaz de articular palabra. Ahí tenía la respuesta a su relación y no se había dado cuenta. Cerró los ojos para procesarlo—. Me acostumbré a que no contaras conmigo. A no tener un sitio fijo en tu mundo. A estar contigo cuando le viniera bien a tu vida. Supuse que salvar a tu pueblo, no le viene bien a tu vida ahora.

Leo respiró profundo, se aclaró la garganta y se tomó unos segundos para hablar.

—Me iba para ser lo mejor que pudiese ser para ti y nunca te dije que te vinieses conmigo porque no quería romper tu vida, tus planes, condicionarte a mí… —Tomó aire antes de seguir, pensando las palabras que quería decir—. Greta, eres la mujer más capaz, inteligente y preparada que he conocido, y no solo hablo de tu formación académica, ni de lo personal entre tú y yo porque lo nuestro es la relación más feliz y completa que he tenido en mi vida. Hablo de tu capacidad laboral, de liderazgo, de emprendimiento… —Se le hizo un nudo en la garganta, pero se aclaró la voz para poder seguir—: ¿Cómo te iba a ligar a mí? ¿Qué derecho tenía de lastrar tus expectativas, tus posibilidades por mí? Jamás lo haré. Yo no tengo derecho ni siquiera a plantearme la posibilidad.

Greta apretó los labios y pensó su respuesta.

Le agradecía profundamente que la respetase tanto, pero ¿de qué había servido todo eso en realidad? No les había hecho más felices, a ninguno de los dos. La solución fue clara, pero no la usó.

—Gracias, Leo. De verdad, pero se te olvidó lo más importante: dejarme elegir —contestó con la voz rota.

Leo no sabía qué decir.

Tenía razón. Nunca le dio la opción de elegir.

Greta se giró de nuevo dispuesta a volver a sus quehaceres.

Él se quedó con el corazón a mil por hora y los latidos zumbándole en la cabeza. Había estropeado sus vidas. Había perdido el tiempo por no ser sincero con ella y dejarle elegir. Lo que pensaba

que era lo correcto, les había hecho daño, además de mantenerlos separados durante muchos años.

Ahora comprendía muchas cosas.

Se acercó a ella.

—Lo siento —susurró a su oído pensando en lo distinto que habría sido todo.

Ella cerró los ojos haciendo que las lágrimas que retenía con voluntad titánica, cayeran por su rostro.

—¿Sabes? —susurró con la voz rota—. Siempre intentaba pensar en algo positivo de nuestra situación y lo encontré… Cada vez que nos reencontrábamos, era como enamorarme por primera vez. Eras un Leo distinto para mí, aunque la esencia era la misma, y me hacías sentir esa sensación tan especial que la gente pierde con el tiempo y la costumbre.

—¿Era? —preguntó con sus lágrimas también deslizándose por la cara. A él también le pasaba—. ¿Esta vez no te has enamorado de mí? Yo siempre estaré enamorado de ti.

A Greta la sacudió un hormigueo por todo el cuerpo cuando lo escuchó.

—Claro que sí. Aunque lo intente, no puedo evitarlo, pero prometí que sería la última. Ya no depende de mí.

Leo asintió. Sí, se lo había dicho en varias ocasiones en el último año y, aun así, le había dado nuevas oportunidades, pero todo llega a su fin.

—Lo siento —repitió incapaz de decirle nada más.

Greta se giró de nuevo para mirarlo.

Nunca habían tenido esa conversación y, su explicación al respecto y esos «lo siento», eran más de lo que había tenido hasta ahora.

Le pasó la mano por la barba de un par de días mientras se mordía el labio inferior, observando su boca, hasta que subió la mirada para ver sus ojos.

Él no se movió, no se atrevió a tocarla, solo esperó.

—Anoche saqué algunas fotos y recordé el baile al que me llevaste.

—Lo sé. La he visto —susurró emocionado—. Yo también recordé esa noche antes de dormir.

Greta sonrió con melancolía.

—Fue especial. Qué fácil era todo entonces, ¿verdad? —preguntó casi en un susurró, pasando la mano por el cuello de Leo, enroscando los dedos en su pelo.

—Mucho —contestó conteniendo sus sentimientos, aunque estaba deseando besarla, tocarla…

—¿Podemos ser como esos veinteañeros solo esta noche? —le

preguntó aguantando las lágrimas.

Leo la miró con intensidad asintiendo, mientras rodeaba la cintura con sus fuertes brazos por fin y se acercaba a su boca para besarla como deseaba cada vez que estaban cerca.

La atracción entre ellos permanecía intacta. Ambos respondían al otro como si bailasen juntos todos los días.

El beso se volvió exigente, acelerado, ansioso…

Greta se apretó a él demandándole más atenciones de las que recibía.

Leo, con un sutil movimiento, apartó a Greta de la pila del fregadero y la subió sobre la mesa de la cocina.

Ella se sentó al borde y abrió las piernas para que entrase entre ellas.

Gimió en su boca en cuanto sintió la erección en su sexo.

Él, consciente de que ella también estaba preparada, metió la mano por debajo del vestido de punto ligero que llevaba y le quitó la ropa interior.

Ella, mientras tanto, desabrochó sus pantalones vaqueros y tiró de ellos junto a sus bóxer.

No hizo falta más.

Leo la penetró sin preguntar, sin prepararla más. Sabía que no hacía falta.

Greta gimió al sentirlo entrar en ella.

Se dejaron llevar por el deseo.

Ese deseo que nunca se apagaba entre ellos, pasase lo que pasase, les llevara la vida donde les llevase…

CAPÍTULO 33

Greta amaneció enredada entre las sábanas, acurrucada en los brazos de Leo. Era la primera vez que dormía en una cama en su casa desde que había regresado. Que estuviese él, lo hacía más especial.

No había podido pensar en lo que habían hablado antes de perderse en ellos, a pesar de ser importante. Por fin, Leo había contado por qué nunca le pidió irse con él.

Se sentía bien sabiéndolo y creía lo que decía, pero tenía que demostrarle que había entendido su error y no volvería a suceder para confiar en él, en su relación.

Agudizó el oído, y escucho como algo golpeteaba las ventanas. Miró a una de ellas. Llovía otra vez.

Choco entró en el cuarto, los observó desde la puerta y fue directo a Greta.

Lamió la mano que ella le daba.

Le sonrió.

El perro se apartó un poco esperando.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Leo. Lo miró unos segundos, mientras se ponía una camisola que tenía sobre una silla, unos calcetines gruesos y la chaqueta de lana.

Estaba muy guapo dormido, desnudo bajo las sábanas que le tapaban solo de cintura para abajo, tranquilo.

Choco hociqueó en su mano.

—Lo sé, lo sé… —susurró acariciándole la cabeza—. Vamos.

Greta bajó la escalera, caminó con Choco a su lado hasta la puerta, la abrió y dejó salir al animal.

El perro corrió bajo la lluvia jugando con las gotas que caían son suavidad, al contrario que los días anteriores.

Ella se apoyó en el marco de la puerta cerrando los ojos unos segundos para oler la lluvia. Le encantaba el olor a petricor, pero con tanta humedad no se apreciaría en mucho tiempo. Ahora la lluvia olía diferente.

Observó a Choco disfrutar. Sonrió al verle corretear hasta la linde de la finca. Debía haber alguna liebre o conejo por los alrededores, y corría en su busca de un lado a otro, teniendo reacciones muy divertidas.

Sintió las manos de Leo deslizarse por su cintura y su cuerpo reaccionó al instante a su contacto con un cosquilleo que la recorrió entera como si lo despertase de golpe. La dejó sin respiración.

—Buenos días —susurró en su oído. Ese cosquilleo otra vez.

Giró la cabeza lo justo para poder mirarlo.

No le contestó. Solo acerco la boca a sus labios y lo besó.

Leo se lo devolvió sin dudar.

Ella se movió entre sus brazos para corregir la postura y poder abrazarle, besarle con comodidad.

Él la dejó hacer sintiendo la caricia de sus manos en sus brazos y espalda desnudos.

—Son los mejores buenos días que se puedan desear —apreció deshaciendo el beso un momento.

—Estoy de acuerdo —respondió Greta pensando que ya no iba a luchar más contra la corriente.

Habían sido sinceros, se habían dicho lo que necesitaban y se seguían amando a pesar de todo. Era incapaz de borrarlo de su vida, de ignorar sus sentimientos hacia él. Estaba cansada de ponerse etiquetas y barreras.

Le quería. No había más que hablar.

A partir de ahora, solo quería disfrutar de lo que pudiesen estar juntos. Ya se las arreglaría si salía mal.

El tiempo pasaba, la vida pasaba y nadie sabe cuánto vamos a vivir. Hay que disfrutar de lo que nos haga más felices.

Continuaron besándose, apoyados en el dintel de la puerta, mientras Choco se divertía con su salida matutina.

La melodía de la llamada entrante del móvil de Leo los separó de golpe.

Arrugó el ceño extrañado por la hora y porque hubiese cobertura.

Caminó descalzo hasta la cocina.

—Es Agustín —susurró antes de contestar—. ¿Sí? —preguntó mirando a Greta.

—Leo, tenéis que subir al pueblo y rápido. Este sinvergüenza ha adelantado el pleno a hoy a las nueve de la mañana. Tenéis media hora antes de que empiece.

—¿Pero eso se puede hacer?

—Ha alegado una urgencia en el territorio o algo así. No estoy seguro. El caso es que puede hacerlo y de esta forma se asegura que nadie declare en su contra porque la gente no lo sabe.

—Vale. Estoy con Greta. Subimos enseguida.

—No olvidéis la documentación.

—Desde luego que no. Gracias, tío.

—De nada, Leo. Ya sabes que le tengo muchas ganas. Voy a avisar a todos para que vaya la mayor parte del pueblo posible. No se va a salir con la suya. Os veo en un rato.

Leo colgó la comunicación preocupado, pero a la vez aliviado de que todo fuese a pasar rápido.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Greta nerviosa.

—No te va a gustar, pero lo vas a hacer genial —declaró, acompañando las palabras con un gesto de calma en las manos.

—Me estás asustando.

—El pleno es hoy. Este impresentable lo ha adelantado, pero tranquila, lo vas a hacer genial.

Greta abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¡Qué! —exclamó con los nervios en la garganta.

—No pasa nada. Sabes lo que tienes que decir. Lo tienes todo claro. Nos lo has explicado a nosotros. Solo tienes que hacerlo igual en el ayuntamiento. Todo irá bien.

—Nos jugamos demasiado.

—Y vamos a ganar —afirmó rotundo acercándose más para besarla.

Ella se dejó hacer, pero no podía quitarse los nervios del cuerpo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó asustada.

—Vístete que nos vamos.

El camino hasta el ayuntamiento fue una tortura. Los nervios la devoraban. Solo pensaba en lo mucho que estaba en juego.

Miró al cielo y agradeció a los que allí tenía que Leo estuviese con ella esa mañana en casa. Dentro de toda la situación tan embarazosa e indeseada que se avecinaba, él la acompañaba calmando la ansiedad.

Aparcaron frente a la puerta.

En contra de lo que Damián había intentado, la plaza estaba a rebosar de vecinos, aguardando para entrar al pleno. No se había salido con la suya.

—Hay mucha gente —susurró Greta acobardada.

—Sí. Agustín y los demás han conseguido convocar a todo el mundo. Damián debe estar que se sube por las paredes. Ten cuidado con él.

Greta lo miró unos segundos.

—Y tú —rogó cogiéndole la mano.

—No te preocupes por mí. Voy a quedarme en la parte de atrás del salón. No quiero que me vea y lo hará si me siento demasiado cerca. Tengo que evitar que desvíe el tema y quite importancia a lo que tienes que decir. Aunque no me veas, estaré ahí apoyándote. Siempre, Greta.

—Lo sé. Gracias —contestó acercándose hasta sus labios para darle un beso.

Leo se lo devolvió y armándose de valor, ambos bajaron del todoterreno.

En cuanto las gentes del pueblo vieron a Greta caminar con Leo de la mano hacia el ayuntamiento, comenzaron a acercarse.

Les daban las gracias por ayudarles con la casi inundación. Todos sabían que Leo les había salvado y que Greta había colaborado a ello.

Agustín, Braulio y Armando les esperaban en la puerta.

—La gente está volcada contigo ya. Verás cuando se enteren de lo que tienes que contar —animó Braulio a la chica.

Caminaban todos juntos por los pasillos hasta la sala de plenos. Se apartaron a un lado quitándose del medio para hablar a solas.

—Una última cosa —dijo Agustín—. He conseguido hablar con Felipe, el hijo de Genaro. Me cuenta que la intención de la familia era buscar un comprador para la casa o, en su defecto, alquilarla por temporadas o fines de semana. Lo que fuera saliendo, y por eso enviaron a la empresa del hombre del accidente para valorarla y así pensarlo, pero con el incendio ya no pueden hacer nada de eso. Arreglarla es caro y no se ponen de acuerdo entre ellos. Seguramente la vendan por lo poco que les den y que inviertan en ella otras personas.

—Que a tiempo llegó ese incendio, ¿no os parece? —preguntó Leo.

—Sí, no hace falta mucho más para atar cabos, pero lo pensamos porque sabemos lo que este personaje quiere hacer. No tenemos pruebas. No podemos hacer nada con eso. Seguiremos con nuestro plan inicial —determinó Greta concentrada en lo que tenía que decir y buscando mentalmente la mejor forma de hacerlo para que el mensaje calara en la mayor parte de los asistentes.

Aunque tenía fe en las pruebas, que eran más que contundentes y no necesitaban de muchas explicaciones, sabía que no todos los presentes las iban a poder ver ni comprender. La edad media de los vecinos era de casi setenta años.

—Es una pena, pero así es —dijo Agustín—. De momento no le he contado nada al hijo de Genaro de lo que está pasando. Prefiero hacerlo después del pleno para que nadie tenga información por adelantado.

Todos asintieron.

—Ha llegado el momento. Es la hora —anunció Leo mirando el reloj.

Los asistentes que quedaban en el exterior estaban entrando para sentarse.

Los cuatro hombres se encaminaron junto a Greta.

Clara, la hermana de Braulio que trabajaba en el ayuntamiento, le hizo una seña a su hermano para que tomaran asiento donde ella les indicaba. Los tres hombres, menos Leo, fueron hacia allí.

Él cogió a Greta de la mano, le dio un discreto beso y se quedó al

principio del salón, donde pasaría desapercibido, pero vería el espectáculo con detalle.

La mujer fue hasta donde estaba su sitio.

—Lo harás muy bien —la animó Agustín en cuanto se sentó a su lado.

Todo el pleno del ayuntamiento se acomodó en sus lugares y el alcalde tomó la palabra.

—Buenos días a todo el pueblo —saludó son soberbia palpable—. Parece que hoy habéis amanecido madrugadores —dijo con sarcasmo.

—El día merecía la pena —dijo alguien al fondo.

Leo miró de soslayo con media sonrisa divertida. No sabía con exactitud quién había sido, pero le pareció que era Arturo.

—Ya veo, ya —contestó Damián intentando disimular que no estaba molesto, pero lo estaba. Su plan no había salido como quería.

Después de una palabrería sin interés ninguno, sobre lo que adoraba a su pueblo y lo agradecido que estaba a Dios por haberlos librado de una gran desgracia, dio la palabra a una de las concejalas que hacía las veces de presidenta y se encargaría del orden del día.

Comenzaron con temas que no le interesaban a nadie. Una estrategia pensada para que la gente se cansara y decidiera marchase, pero no le salió bien la jugada. Todos se quedaron donde estaban durante más de hora y media aguantando el tirón.

Tras otra media hora más, comenzaron a hablar de lo que había pasado con la inundación e iniciaron una especie de sesión de control con el alcalde para que diese sus explicaciones al respecto.

La mayoría del pueblo pensaba que lo que contaba era una batería de excusas absurdas para librarse del tema, pero no estaba funcionando.

Cuanto terminó de decir cosas del calibre de que los trabajadores de la presa no quisieron abrir las compuertas y por eso tuvo que bajar el retén de emergencias o que altas estancias de la provincia le prohibían en principio tal apertura, comenzaron los turnos de palabra.

Dejaron hablar a un par de personas más del pueblo hasta que dieron la palabra a Greta.

Estaba muy nerviosa, le temblaban las manos y sabía que también lo haría la voz.

No quería mirar atrás y delatar a Leo, aunque deseaba verlo.

Damián se echó hacia atrás en el asiento con media sonrisa que Leo no supo identificar si era de odio, de deseo o divertimento, pero daba igual. No le gustaba. Viéndolo con esa actitud hacia ella, solo deseaba estrellar el puño en su cara.

Greta miró a aquel tipo con decisión.

Cuando le miraba, veía al chico enfadado de antaño porque no conseguía a la chica que quería. No había cambiado en nada desde

entonces. Más bien había empeorado en todo y seguía sin gustarle.

Antes le respetaba como antiguo amigo, ya que eran de la misma generación y vecino del pueblo. Ahora había perdido todo su respeto.

Con ese pensamiento se empoderó para caminar hasta el micrófono que había instalado en el centro de la sala frente a él y todos los concejales.

Los anteriores participantes no lo habían usado, pero ella quería hacerlo porque era importante que todos los asistentes escucharan lo que tenía que decir.

Leo sonrió al verla ir valiente ante aquel tipo.

—Hola a todos. Soy Greta, la hija de Darío, la nieta de Obdulia, aunque para todos era nuestra Lía. —Un murmullo de voces se escuchó en la sala. La gente del pueblo hablaba en voz baja de su familia con mucho cariño. Lo agradeció en silencio con una sonrisa nostálgica—. Sé que no he vivido en el pueblo de forma continua como lo ha hecho mi familia, pero ahora me he mudado aquí y lo que he encontrado no es lo que quiero para mi tierra. —Dejó claras sus intenciones de quedarse allí a partir de ahora. De que no iba a decir aquello y se iría a la ciudad—. Bellavista tiene unas deficiencias energéticas que hacen que el pueblo no tenga el desarrollo necesario para poder invertir en él de forma sostenible y que los visitantes vengan como antes a disfrutar de nuestro pantano y demás paisajes de la comarca. Desde hace muchos años, la estación eléctrica se ha ido quedando obsoleta y no es la adecuada para nuestras necesidades. Tampoco la cobertura móvil ni la conexión a internet. —Miró alrededor. Todos la escuchaban con atención—. De lo que hablo, es del desarrollo natural que debería tener nuestro pueblo para los tiempos que corren, pero el alcalde actual no está favoreciendo dicho desarrollo ni luchando por conseguirlo y por eso he venido hoy aquí.

—Muy bien, Greta —susurró Leo admirando su exposición. El señor que estaba a su lado, uno de los ancianos del pueblo que les conocía bien, puso la mano sobre la suya que descansaba junto a la otra sobre las piernas.

—Es bien lista, Leonardito. Serlo tú también y deja de hacer el imbécil. No la puedes dejar escapar más.

Leo, que sabía que quien le hablaba era un amigo de su padre, sonrió.

—Lo sé, Pablo. Lo sé.

Ambos miraron al frente para seguir escuchando.

—Gentes de Bellavista, Damián Marquina no es el alcalde que todos esperábamos. A pesar de su juventud y de ser un vecino que ama nuestras tradiciones más arraigadas, no está ayudando al pueblo a hacer frente al siglo veintiuno. Las políticas que está llevando a cabo en los últimos tiempos solo agravan nuestra situación y para muestra,

aquí les traigo los documentos que acreditan que el presupuesto para la renovación de la estación eléctrica que tanto necesitamos para evitar los apagones que venimos sufriendo desde hace años, está aprobado. Él lo ha ocultado para su propio beneficio.

Un revuelo de decenas de conversaciones entre asistentes hizo que Greta se callara unos segundos.

Damián aprovechó el momento.

—Espero que tenga pruebas de todo lo que está contando porque la voy a denunciar —amenazó el tipo muy pagado de sí mismo, sintiéndose poderoso e invencible, señal de que no sabía nada de lo que venía.

—Por supuesto. No es mi estilo enfrentarme a usted sin tener muestras de todo lo que digo. Como bien sabe, ya que nos conocemos desde pequeños, soy una persona bastante detallista que no deja nada al azar.

El semblante de Damián se transformó y su rostro se tornó a un tono blanquecino de miedo. Greta se sintió mucho mejor y los nervios casi desaparecieron.

—Continúe, por favor —pidió la concejala que le había dado la palabra.

—Estos últimos días no han sido fáciles para Bellavista. El aviso de riada nos dejó a todos bloqueados y con mucho miedo. Por suerte, tenemos un equipo de emergencias propio que nos salvó a tiempo de ser devorados por el agua. No así como nuestro alcalde que brilló por su ausencia cuando más le necesitábamos.

—No sé a dónde quiere ir a parar con tantos temas sobre la mesa que no concluye. ¿Va a algún sitio esta diatriba? —intervino Damián ya algo nervioso.

—Por supuesto, ya le he dicho que no dejo nada al azar.

Aquellas palabras le descolocaron todavía más.

El hombre se echó hacia atrás sobre la silla y cogió aire ya notablemente inquieto. Alguno de sus concejales le miraron nerviosos.

—Un tesoro tienes, Leonardito. Más lista que los ratones coloraos —volvió a insistir el anciano a Leo.

El chico asintió en silencio con una sonrisa en la boca que no podía borrar ni apretando los labios para disimularla.

—Como iba diciendo —continuó Greta—, nuestro alcalde estuvo ausente durante la emergencia, escondido en su despacho mientras el pueblo se organizaba por sus propios medios y yo, conociéndole desde siempre, sé que tampoco da puntada sin hilo. Por ello, he buscado información y he encontrado la respuesta. —Los murmullos crecieron por unos momentos. Damián no dijo ni media palabra, aguardando—. Usted tenía un interés especial en que el pueblo fuese devorado por el agua, o al menos en parte, de esa forma devaluaba el precio de las

tierras, negocios y viviendas, haciendo que la pobreza llegase hasta aquí. Eso generaría una crisis de la que usted y sus amigos iban a sacar tajada comprando terrenos y fincas a bajo coste, para reconstruirlas o convertirlas para su beneficio futuro al explotar de nuevo el pueblo a su gusto.

—Eso es una injuria que más vale que pueda demostrar.

—Puedo y se lo demuestro —dijo Greta dejando unos documentos sobre la mesa del padre de Braulio para que los viera—. En esos documentos se puede ver que han escondido el presupuesto de la estación eléctrica para no llevar a cabo el proyecto, así como el plan de recalificación de los terrenos que tenían más posibilidades de anegarse con la crecida, una vez el agua volviese a su lugar.

Los concejales leían la documentación sorprendidos e incluso escandalizados por lo que veían.

—¿A qué has venido aquí, Greta? ¿Intentas destruirme con mentiras? ¿Te manda el cobarde tu novio? —perdió Damián las formas.

—Vengo a defender a mi pueblo y a su gente. La mayoría de los vecinos son personas mayores que no tienen a familiares jóvenes aquí para estar al tanto de estos temas tan importantes y están desprotegidos, indefensos ante cualquier decisión de esta índole porque no saben lo que significa para Bellavista todo lo que se plantea en esos papeles. Ellos solo quieren vivir tranquilos y confían en las personas que dirigen el pueblo. Se merecen algo mejor que lo que tienen ahora, pero no seré yo quien lo juzgue. Eso se lo dejo a los concejales y demás políticos presentes, que sabrán cómo gestionar lo que he expuesto y los pasos a seguir para solucionarlo. Que no se le olvide que aquí hay mucha gente que ama Bellavista de verdad y queremos vivir de la mejor forma posible con lo que se pueda tener, no pisoteando a nadie ni hundiendo en la miseria a los demás. Ellos te votaron con la ilusión de avanzar hacia un futuro mejor, con un hombre joven y conocedor de lo que se necesitaba. Usted se ha aprovechado de esa confianza.

—¡No te consiento que hables así! —gritó el alcalde muy enfadado, levantándose de su silla en el centro de la mesa.

—¡Orden! —gritó la concejala que hacía las veces de presidenta de la sala. No solo gritaba Damián, también la gente del pueblo se estaba levantando en su contra al descubrir lo que tramaba—. ¡Orden en la sala o tendré que suspender el pleno!

La gente poco a poco fue tomando asiento y tranquilizándose.

Greta no se movió del sitio, ni tampoco se giró buscando a Leo, se mantuvo firme frente a su enemigo. Ya había conseguido lo que había ido a hacer. Ahora se quería marchar.

—¡Esto es inadmisible! —seguía Damián fuera de sí.

—Señor alcalde, no se lo voy a volver a repetir. —El hombre, resoplando y vocalizando con la boca lo que pensaba sin emitir sonido alguno, se sentó en su silla—. Señorita, ¿tiene algo más que decir o aportar?

—Sí, señora. Quería aprovechar el momento para recalcar lo que pasó en la riada. Las órdenes para no abrir las compuertas de la presa las dio este señor —declaró señalando a Damián—. Fui testigo de ello en persona. Además, se abrieron porque parte del equipo de emergencias del pueblo acudió hasta allí para convencer, repito, convencer a los operarios para que desobedecieran la orden directa del alcalde de no abrir para salvar al pueblo. Se jugaron la vida por todos, pero finalmente cedieron, y como sabemos, nos salvamos de una gran desgracia. No quiero que este hecho pase desapercibido —pidió dando a Leo y sus hombres el sitio que se merecían—. Por último, quería darles las gracias por darme la palabra. Dejo en sus manos la mejor solución para todos.

—Gracias a usted por dar luz a este Ayuntamiento. Espero que vuelva y colabore con nosotros para el beneficio de toda la comunidad. La animo a ello encarecidamente, ya que vivirá aquí de forma permanente.

Greta sonrió a la presidenta asintiendo cortés, se dio media vuelta y se marchó caminando, no al sitio anterior, sino al fondo del pleno a buscar a Leo.

La gente comenzó a levantarse para darle las gracias por haber contado todo aquello; incluso aplaudieron.

Ella, con timidez, agradecía cada mano, gesto de cariño y buenas palabras. Había conseguido contar lo que quería. Ahora ellos lo tendrían que resolver.

Leo, que veía como avanzaba hasta el final de la sala, se levantó de su sitio para ir en su busca. Al encontrarse, ambos se abrazaron y, tras retirarse hasta el último pasillo, se quedaron de pie para escuchar el resto de pleno.

No paraban de sonreír. Habían conseguido lo que el pueblo necesitaba.

Tras unos minutos más de reunión, el pleno decidió apartar de las funciones al alcalde por la gravedad de los hechos.

Él se reveló, por supuesto, pero la ley amparaba la decisión del resto y no tuvo nada que hacer.

Cuando Leo y Greta abandonaban el ayuntamiento, la gente se les acercó para darles las gracias.

Entre ellos estaba Arturo.

En cuanto Greta le vio, se acercó a su lado.

—Gracias por lo que has hecho. Sin ti no habríamos podido —le dijo lanzándose a él para abrazarlo verdaderamente agradecida.

El hombre, sorprendido por la actitud, sonrió devolviéndole el abrazo.

—De nada. Ha sido un placer. He disfrutado mucho del espectáculo —confesó divertido.

Ella rio por el comentario mientras deshacía el abrazo.

—Al final no me ha salido demasiado mal.

—Ha sido perfecto —declaró mirándola fijamente a los ojos.

Ella sonrió más tímida que antes. Menos efusiva.

—Espero que no tengas problemas en el trabajo por esto —susurró preocupada.

—No te preocupes. Lo he dejado. He pensado en montar mi propia empresa. Voy a hacer el mismo trabajo, pero para mí, y así podré decidir qué y a quién quiero gestionar sin tener que enfrentarme a más sorpresas inesperadas, pero sobre todo lo haré con cariño.

—Enhorabuena. Es una gran decisión. Te deseo lo mejor.

—Gracias y yo a ti.

—Espero que nos veamos antes de que te vayas.

—No creo. He conseguido que una grúa suba hasta aquí para recoger el coche y me voy con ellos. Tengo que largarme antes de que se arrepientan.

Los dos rieron.

—Me alegro de que puedas marcharte. Ya sabes donde estamos. Ven a visitarnos alguna vez.

Arturo miró a la mujer y después desvió la mirada al hombre que la escoltaba a escasa distancia.

—Quizá cuando haga mejor tiempo —dijo divertido y ella sonrió asintiendo—. Gracias, Greta. Espero que seas muy feliz. Adiós, Leo —se despidió de ambos.

—Adiós, Arturo. Gracias por tu ayuda. Ha sido vital para poder deshacernos de este impresentable. Disculpa si he sido un poco borde contigo —le pidió perdón tendiéndole la mano para estrechársela. Arturo se la dio sin dudar.

—Disculpado. Gracias a vosotros por vuestra hospitalidad. Cuidaos mucho.

—Adiós —dijo Greta adelantándose para darle otro abrazo.

Arturo se dejó abrazar una vez más. Después le dio la mano a Leo de nuevo y sin más, se marchó.

—Es un buen tipo —susurró Greta a Leo que le pasaba la mano por la cintura para abrazarla.

—Sí. Lo ha sido.

—Lo ha sido —afirmó Isidro, que venía caminando junto a su mujer Emilia y lo había visto y oído todo—. No nos ha dado ningún problema. Al contrario, nos ha ayudado en cuanto ha podido y se portó muy bien durante la emergencia. Aunque pensamos que podía

estar haciendo daño al pueblo en un momento de esta locura, ha sido todo lo contrario. Es un buen chico.

—Don Isidro, doña Emilia, ¿qué tal están? —preguntó Leo saludándoles y dejándoles su espacio.

—Muy bien, hijo —contestó la anciana—. ¡Qué bien has estado, hija! Tu abuela y tu padre estarían muy orgullosos de ti.

Greta apretó los labios antes de esbozar una tímida sonrisa, intentando contener la emoción.

—Muchas gracias. Solo he hecho lo que debía.

—Hay gente que no hace lo que debe, vida mía. Ahí mismo has tenido la prueba. Te estamos muy agradecidos. A ver si pronto arreglan todo y nos olvidamos de ese hombre —respondió Isidro indignado.

—No se preocupe. Ya no podrá hacer más daño aquí. Al menos no desde esa silla de poder —contestó Greta feliz de que todo hubiese acabado bien.

—Nos vamos a casa. Hay que hacer la comida y organizar un poco, que con el espectáculo hemos perdido la mañana —contó Emilia.

—Vayan tranquilos que no hay prisa —animó Leo.

—Pues eso digo yo, hijo, que si no se come a las dos pues se comerá a las tres. ¡Qué más da! —dijo el anciano ya dándoles la espalda mientras su mujer se agarraba a su brazo, caminando tranquilos en dirección a su casa en la planta baja del hotel del pueblo.

El hombre levantó una mano en señal de despedida. Greta y Leo le contestaron del mismo modo, aunque ya no les veían.

—Son un matrimonio increíble —susurró Greta con una suave sonrisa en los labios llena de cariño.

Leo la observó sin contestar, después volvió a mirar a la pareja que caminaba despacio, agarrados del brazo, sosteniéndose el uno al otro.

Su cabeza voló hasta un futuro en el que paseaba con Greta de la misma forma, en esa misma plaza, los dos del brazo. Juntos.

Nunca se había imaginado a ellos dos en un futuro tan lejano. Se sintió feliz de ser capaz de creer en ellos hasta llegar a algo así. Quizá la conversación con Greta el día anterior, confesar el porqué de sus decisiones, le habían liberado y abierto la mente más allá de él mismo.

Sonrió por lo que sentía, por lo que imaginaba, por lo que tenía en ese momento junto a ella.

Ahora ya no lo iba a soltar.

La observó con otro semblante.

—¿Estás bien? —le preguntó mirándolo con gesto de extrañeza.

—Mejor que nunca —contestó Leo acercando la boca a sus labios

para besarla, pero no como siempre, ni siquiera con el sentimiento puro de la primera vez en la noche de la habitación azul. Ahora la besaba con la convicción que da la seguridad de los sentimientos.

A veces hay que dejar ir, aunque se ame tanto que duela.

A veces hay que perderse para encontrarse.

A veces hay que esperar, hay que dejar que pase el tiempo, que pase nuestra tormenta personal y madurar para ser la mejor versión para la persona que queremos.

La vida de Greta y Leo, como pareja, había sido difícil, convulsa, llena de baches y zancadillas… muchas veces las que ellos mismos se ponían, pero eso era pasado.

El tiempo de Greta y Leo por fin había llegado.

EPÍLOGO

Junio de 2021
Más de un año después

Leo se despertó contento, deseando organizarse para salir de casa, ir a Guadalajara a recoger unos encargos y bajar por la tarde a casa de Greta.

Había pasado más de un año desde que salieran de aquel pleno del ayuntamiento con todo el pueblo sabedor del personaje que tenían al mando y consciente de que no podía continuar ahí ni un minuto más.

Las cosas fueron mejor de lo esperado.

Ante la gravedad de los hechos, los partidos denunciaron a Damián por el expolio que pretendía llevar a cabo en el pueblo y no solo le cesaron del cargo de forma inmediata, también empezó un proceso judicial del que tardarían en saber el resultado, pero que seguro que no era muy favorable para él.

Su familia se marchó de Bellavista. Su mujer Marina y sus hijos se fueron con la excusa de llevar a los niños a estudiar a Madrid, pero todos sabían que aquella situación era insostenible para el matrimonio y era cuestión de tiempo que se separaran.

En la actualidad, en el ayuntamiento, todo era gestionado por la vicealcaldesa. Se pensó que era lo mejor para ahorrar dinero al pueblo y no tener que elegir un nuevo edil hasta las fechas asignadas para ello en su ciclo natural. Se sometió a votación en un pleno extraordinario y todo el pueblo estuvo de acuerdo con ello. Por fin las cosas fluían entre vecinos y consistorio.

La estación eléctrica se había actualizado y mejorado, haciendo que los vecinos viviesen mucho más tranquilos.

Greta y él se habían convertido en consejeros para tramitar todo el tema de las telecomunicaciones e intentar que Bellavista tuviese toda la tecnología necesaria para dar una mejor cobertura a sus vecinos y visitantes. Estaban muy contentos con el giro que había dado la situación.

Ellos, por su parte, seguían con su relación, pero con vidas separadas. Ella estaba en la casa de Lía, siempre la llamarían así, y él en la de sus padres.

Había sido lo mejor. Vivir cada uno en su espacio les daba margen para pensar en qué querían para el futuro y mantener una relación de pareja más convencional. Esa que no habían disfrutado hasta ahora.

En su relación solo habían tenido extremos. Pasaron de estar

juntos, viviendo en casa de sus padres solo los veranos o el tiempo que coincidían en Bellavista, a vivir juntos y no separarse prácticamente en todo el día cuando Leo se fue a vivir a Madrid. Después, a esa relación más difícil cuando él se marchó a Londres en la que se veían menos y sufrían más. Luego aquella en la que parecía que solo se necesitaban en los peores episodios de sus vidas.

Ahora, pasando de los treinta y cinco, es cuando podían vivir una relación más tranquila y convencional, y estaba bien.

A Leo le gustaba ir a buscarla, tener citas y disfrutar de ella con la calma mental que no había tenido antes.

A Greta le encantaba la sensación de sentirse como si tuviera dieciocho años y esperase junto a su abuela a que apareciera por casa. Era mágico y le parecía increíble a estas alturas de la vida.

Él llevaba días inquieto, bastante atareado y nervioso.

Ella le había preguntado muchas veces si le pasaba algo, pero en todas las ocasiones le había dicho que no, que solo estaba ocupado con los preparativos de las fiestas.

Greta le creía, pero no podía mentir, estaba preocupada.

Ya empezaba a hacer calor durante el día, aunque las tardes se tornaban más frescas cuando bajaba el sol. Pronto llegaría el verano y haría mucho más. Quedaban escasos días de respiro.

Choco entraba y salía de casa a su gusto. En cuanto se pasaba el frío, Greta instalaba la cortinilla de verano con sus tiras para evitar que entrasen moscas y dejaba la puerta abierta.

Estaba en la parte de atrás cuando escuchó el coche entrar a su finca. Se acercó a la puerta a recibir la visita.

—¿Es usted Greta? —preguntó un repartidor sin bajarse de la furgoneta.

—Sí, soy yo —contestó observándolo.

El hombre asintió ante la respuesta, se bajó del vehículo y le tendió un documento.

—Firme aquí, por favor. Le voy a entregar un encargo.

—Creo que se equivoca, no he pedido nada —contestó extrañada. El membrete era de una floristería y ella no había comprado nada ni para su casa ni para regalar.

—Yo solo tengo que entregar el encargo. Será mejor que lea la nota para saber quién se lo manda —animó el muchacho con una gran sonrisa.

Greta firmó donde le indicaba y esperó paciente a que trajese su paquete.

Se quedó sin habla cuando vio un ramo de peonías blancas y malvas, rosas inglesas en rosa empolvado y astilbes.

—Madre mía, qué bonito —susurró mientras el repartidor se aproximaba a ella con una sonrisa en los labios.

—Imagino que, ahora que sabe lo que le traigo, tendrá más interés en saber el remitente.

Greta asintió y el chico le dejó coger la nota antes de recoger el ramo.

Abrió el sobre muy nerviosa, ya que no había nada escrito en él, y sacó la nota.

Ponte un vestido bonito.
Te iré a buscar al atardecer.
Te quiero.

Leo

Sonrió al leerlo.

—Gracias —le dijo al repartidor.

—Espere, tengo que dejarle algo más. —El muchacho se volvió de nuevo a la furgoneta y sacó una caja—. Se lo dejaré en el porche, si le parece bien. Es un jarrón para ellas.

Greta asintió.

Después de ver cómo se marchaba el repartidor, entró en la casa. Dejó las flores sobre la mesa de madera del salón que Leo le había ayudado a restaurar, quitándole todos los esmaltes y barnices para dejarla natural.

Salió de nuevo hasta el porche y recogió la caja.

La abrió en la cocina.

Era un gran jarrón redondo y alto, hecho del cristal grueso de las botellas y frascas antiguas, que le daba ese toque de color verdoso azulado tan bonito.

Sonrió al verlo. Leo sabía bien lo que le gustaban esos objetos de decoración. Nuevos, pero con apariencia de antiguos. Era ideal para su mesa.

Lo llenó de agua hasta la mitad y lo llevó al salón.

Las flores entraron en él y se asentaron como si fuesen la pareja perfecta.

Volvió a leer la nota. No podía borrar la sonrisa de la boca.

Él siempre había sido atento con ella, pero desde que aclararon sus dudas, era perfecto. Greta estaba en una nube continua. Mejor que nunca antes.

Quedaban algunas horas hasta el atardecer y ya estaba nerviosa.

Leo se montó en su coche, cerró los ojos y cogió aire. Los nervios podían con él, pero ya quedaba poco para el atardecer y llegaba el momento que tanto había esperado.

Al día siguiente empezaban las fiestas y todo el pueblo se volvería una algarabía, pero ya se sentía el espíritu de celebración.

Le costó atravesar la plaza. La gente estaba en la calle, en las terrazas de los bares y bullía el buen ambiente.

—¡Leo! —le llamó Agustín levantando la mano. El hombre aminoró despacio hasta que detuvo el coche—. Ven a tomarte una cerveza —le invitó llegando a su altura y se apoyó en la ventanilla—. Están Braulio, Armando y nuestras chicas.

—No puedo. He quedado con Greta —contestó escueto.

—Pues recógela y os venís los dos. Ya hay un ambientazo y eso que hasta mañana esto no empieza.

—Sí, la gente tiene ganas de fiesta —declaró sonriendo. El pueblo había renacido desde que Damián no estaba—. Gracias, pero hoy tenemos planes. Mañana nos vemos.

—Vale, pero mañana tomamos el aperitivo a las dos aquí mismo —le dijo apartándose del coche para que retomase la marcha.

—¿Y a la bodega quién la cuida? ¡Vaya bodeguero estás hecho! ¡Hasta mañana! —se despidió de su amigo entre risas, reanudando la marcha, levantando la mano para saludar también a Braulio, a Armando y a las chicas.

Salió del pueblo conduciendo en dirección contraria a todo el mundo.

Ese era el plan.

Bajó despacio por el camino viejo, observando la casa de Greta. Había dejado la puerta abierta, a pesar de que le había instalado una automática y no necesitaba subir para abrir. Con su mando a distancia podía controlarlo todo.

Supuso que era para él. Le esperaba.

Sonrió nervioso.

Entró a la finca y, en esta ocasión, aparcó el coche en la entrada principal.

Se tocó el bolsillo del pantalón vaquero que se había puesto, se miró en el espejo para pasarse las manos por el pelo, se miró la camisa blanca de lino que estaba impoluta y bajó del coche.

Greta estaba en su habitación calzándose unas zapatillas de esparto de tela blanca roto con un hilo de brillo plateado, cuando escuchó el todoterreno de Leo.

Los nervios se instalaron en su estómago y sonrió nerviosa.

Choco, que no la había hecho ni caso en todo ese tiempo, ladró una sola vez y salió corriendo a la puerta para recibir la visita.

—Es increíble. Es más suyo que mío —relató mirándose en el espejo por última vez.

Se había puesto un vestido ligero de verano en color rosa empolvado como las rosas del ramo que le había regalado, estampado con diminutas flores blancas de almendro.

Cuando lo vio en la tienda lo compró sin dudar. Le recordaba a la primavera.

Él ya no llamaba a la puerta. No le hacía falta, pero es día lo hizo.

Greta, sorprendida, bajó deprisa las escaleras.

Leo, en la puerta esperando, sonrió al escuchar la carrera sobre los peldaños. Amaba ese sonido.

Ella corrió la cortina.

Se miraron unos segundos sin decirse nada.

—Estás preciosa —susurró Leo.

—Y tú muy guapo —contestó Greta.

Se sonrieron.

—¿Estás lista? —preguntó sin dar ninguna pista.

—Sí, entra mientras recojo mi bolso y apago las luces.

Leo pasó al interior. En ese último año habían cambiado algunas cosas por allí.

Greta quería una casa llena de luz y espacio, algo que en realidad ya tenía, pero deseaba que hubiese todavía más. Así que, Leo había tirado todos los muros que pudo y dejó vistas las vigas que no podía quitar, haciendo diáfana la mitad de la planta. Unió el salón y la cocina en un solo espacio.

Era una gran idea, sobre todo porque la cocina se podía cerrar con unos paneles plegables de cristal para evitar los olores cuando se cocinaba, pero que dejaba el espacio limpio cuando se abrían. Además, la luz siempre iluminaba todo, pasando por los ventanales de ambos lados.

Por eso, desde pocos pasos más allá de la entrada, vio el ramo de peonías que le había enviado.

Había visto las flores en un par de ocasiones en las últimas semanas, al bajar a la ciudad a recoger material y ver a algún cliente. No dudó en encargar uno para que se lo enviasen ese día. A ella le encantaban y por eso sabía que significaban amor.

Quedaba perfecto en la gran mesa que habían restaurado.

—Gracias por las flores —le dijo oliendo el ramo—. Son increíbles

—De nada. Sabía que te gustarían. —Se sonrieron.

—¿No me vas a decir dónde me llevas? —preguntó curiosa.

—Si te lo digo, estropearía la sorpresa, pero tenemos que irnos ya.

Greta asintió nerviosa. Fuera lo que fuese, estaba deseando descubrirlo.

Leo condujo por caminos durante más de quince minutos. Se estaba adentrando en la zona del pantano. La conocían bien.

Ella no dijo nada. Era inútil preguntar, pero no tenía ni idea de qué hacían por allí. Lo único que podían encontrar al final de aquel camino, era agua.

Cuando ya quedaba poco para llegar a una parte donde bajaban a bañarse desde que eran adolescentes, Leo le tendió un antifaz.

—Ponte esto, por favor.

Greta, inquieta, lo cogió sin preguntar y se lo puso.

Leo sonrió y cogió aire impaciente.

Cuando el coche paró, se acercó a su oído.

—No te quites el antifaz hasta que yo te lo diga, ¿vale? Tardaré solo unos minutos.

—Vale —contestó la mujer con una sonrisa nerviosa.

Leo se bajó del todoterreno, cogió una bolsa de la parte de atrás, sacó algo bien doblado de ella y miró el reloj. Ya quedaba poco para el atardecer.

Se acercó al árbol donde tantas veces habían dejado sus cosas a la sombra para disfrutar de un baño cuando el agua estaba cerca como ahora. Abrió la bolsa y tendió unas telas en el suelo. Se acercó al tronco y comprobó que las luces, que había estado enroscando en las ramas esa tarde, funcionaban. Regresó al coche, comprobó que estaba la cesta con la cena y se acercó a su puerta.

—Ven conmigo —le dijo cogiéndola de la cintura para bajarla en volandas hasta el suelo.

Ella aprovechó la cercanía para abrazarse a él esos instantes y oler el perfume que tanto le gustaba.

Ya en el suelo, se dejó guiar y, junto a él, caminó unos segundos.

Cuando estuvieron en el punto exacto sobre el centro de esas telas, le quitó con lentitud y con cuidado el antifaz.

Delante de ellos se veía el pantano con una capa dorada sobre el agua, resplandeciendo con fuerza al bajar el sol en el atardecer.

El cielo estaba limpio, azul, pero lo decoraba también pinceladas de rosa.

—Vaya atardecer más bonito —susurró mirándole.

Leo asintió.

—Espero que el de hoy sea más que eso —contestó con una voz profunda que a Greta le erizó la piel—. Hace ya más de un año que volviste a mí, que creíste de nuevo en lo nuestro y, a pesar de mi falta de compromiso constante, decidiste quedarte a mi lado. —Greta asintió emocionada—. Nunca me imaginé que después de tantos años siguiera siendo el primero de tu lista y, lo más increíble de todo, es

que, a pesar de mis graves fallos, he descubierto que jamás me borraste.

—No hagas que me arrepienta —le dijo intentando ser divertida, porque estaba tan nerviosa que no sabía ni qué hacer ni qué decir.

—Eso espero —contestó cogiendo aire y ella apretó los labios—. Greta, sé que no te gusta el matrimonio ni quieres oír hablar de ello. Sé que tienes tus razones personales, que crees que es algo innecesario entre dos personas que se quieren porque firmar esos papeles no te asegura el amor. Estoy de acuerdo y lo respeto, pero quiero enlazarme contigo. Aquí y ahora. Un compromiso entre tú y yo, sin nadie más, sin papeles… Solo tú y yo.

—Leo —susurró sin voz porque la emoción se la había robado.

Le observó con las lágrimas resbalando por su cara sin saber cómo había sucedido.

Ahí tenía su compromiso hecho realidad, el que siempre había querido.

Él la miró emocionado. Llevaba mucho tiempo pensando en ese deseo, pero no sabía cómo hacerlo realidad respetando sus decisiones. Esa era la mejor manera que se le había ocurrido.

Ellos solos, en su pantano, en su árbol.

—También sé que no quieres que me gaste el dinero en joyas ni regalos, que no lo necesitas, pero esto es para ti.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja antigua.

La abrió con cuidado.

Greta vio el anillo de aguamarina rodeado de un halo de diamantes de la madre de Leo y contuvo el aliento.

—No puedes darme el anillo de tu madre —susurró admirando su belleza.

—Nadie puede llevar este anillo más que tú. Mi madre me lo dio para mi futura mujer y yo no me imagino a otra que no seas tú. Creo que ella tampoco. —Lo sacó de la caja que se volvió a guardar en el bolsillo y lo cogió con cuidado. Levanto la vista y la miró a los ojos—. A pesar de mis fallos, a pesar de haber tardado tanto… Greta, te prometo que siempre estaré contigo. Te amo y te amaré hasta que la muerte o tú lo decidáis. Deseo que seas mi mujer. ¿Aceptas?

Greta lo miraba sin creerse aún que hubiese dado ese paso tan importante para demostrarle su compromiso y que lo hubiese hecho de aquella forma tan bonita, tan íntima y personal.

—Leo, te amo desde hace tanto tiempo que he perdido la cuenta porque creo que te amo desde antes de ser consciente de que lo hacía. —Sonrió nerviosa—. He compartido mi vida con otros hombres cuando no has estado a mi lado y ahora pienso que ha sido un intento tras otro de comprobar que nadie podría sustituirte. No podría aceptar a otra pareja que no fueses tú. No sería feliz sin ti. Te quiero. Acepto.

Leo, con una sonrisa que iluminaba de nuevo el día, le puso el anillo y después la besó.

Se habían dado muchos besos a lo largo de su vida. Furtivos, apasionados, furiosos, lentos y delicados… Otros muchos imaginarios cuando estaban separados o ni siquiera sabían que se deseaban, pero ninguno tan especial como ese.

Ese beso, en la intimidad de aquel precioso paisaje, sellaba sus sentimientos, su compromiso mutuo y era el más especial que se darían jamás.

AGRADECIMIENTOS

Este año ha sido muy duro, muy difícil y, siendo sincera, me ha mantenido en una alerta continua que me ha complicado mucho escribir. Pero no me he rendido y he conseguido llegar hasta aquí.

Gracias a mi marido, mi hijo, mis padres y mi familia por animarme a seguir.

Gracias a Arantxa por seguir a mi lado desde que tenemos dieciséis años. Los días sin nuestras conversaciones serían un infierno. Seguimos adelante, fuertes y valientes siempre. Te quiero.

Gracias a Merche y María. Sin vosotras y vuestro ánimo, esta aventura no sería lo mismo.

Gracias a Soraya, Belén y Elena. Ya queda menos para vernos.

Gracias a Zayra por su ayuda. Tú sabes a lo que me refiero. Gracias de corazón por tus palabras. Te deseo mucha suerte y lo mejor.

Gracias a vosotros, lectores, porque sin vuestro cariño, sin vuestras palabras y vuestro ánimo, este camino es muy difícil. Gracias por seguir a mi lado libro tras libro, año tras año.

Gracias a Ediciones Kiwi y a Teresa, mi editora, por la confianza una vez más. Gracias a Borja por esta espectacular portada que no puede ser más bonita y más perfecta para la novela.

Vivimos en tiempos raros donde la vida es diferente, pero los libros nos permiten vivir otras vidas, otros momentos. Ese es mi proyecto, haceros felices, aunque sea un rato, mientras tenéis una de mis historias entre las manos.

Gracias por leerme.

Os quiero.